Miguel Salinas
C de la Academia
Española de la Historia
SITIOS
PINTORESCOS
DE MEXICO

F
RY
PAIGN

SITIOS PINTORESCOS DE MÉXICO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

HISTORIAS Y PAISAJES MORELENSES (agotada).

DATOS PARA LA HISTORIA DE TOLUCA.

CUENTOS, LEYENDAS Y POEMAS escogidos y anotados.

GRAMÁTICA INDUCTIVA DE LA LENGUA ESPAÑOLA,
Primera parte.
(Hay un libro para el Maestro y otro para el Discípulo).

EJERCICIOS LEXICOLÓGICOS para el aprendizaje de la Lengua Española.
(Primera parte, HOMÓNIMOS y SINÓNIMOS).

ARTÍCULOS LITERARIOS Y FILOLÓGICOS (En preparación).

MIGUEL SALINAS
DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE GEOGRAFÍA
Y ESTADÍSTICA

Sitios Pintorescos de México

MEXICO, D. F.
1929

DE ESTA OBRA SE HAN IMPRESO
VEINTICINCO EJEMPLARES
NUMERADOS EN
PAPEL FINO.

PROPIEDAD ASEGURADA

IMPRENTA "PATRICIO SANZ". TLALPAN, D. F. — MÉXICO.

917.2048
Sa33a

A los Lectores

ESTE *libro contiene dos o tres artículos correspondientes a cada una de las entidades federativas de la República Mexicana. El que lea tales artículos podrá transportarse, en espíritu, a todas las comarcas de nuestro país, podrá sentirse satisfecho de la hermosura de las regiones del suelo patrio y sentirá avivarse sus sentimientos nacionalistas; quizá se proponga trabajar con buena voluntad, a fin de que una tierra tan bella y tan llena de riquezas, tenga hijos que vivan en paz y concordia y se aprovecher de los dones naturales que poseen.*

En el presente momento histórico, se habla mucho de que debemos emprender una labor de acercamiento y de unificación, labor generosa que se llama HACER PATRIA. A esa obra, noble y trascendental, pretende contribuír este humilde y modesto libro.

MIGUEL SALINAS.

SITIOS PINTORESCOS DE MEXICO

La puesta del sol en Cuernavaca

A mi hija Margarita.

LA NATURALEZA nos ofrece espectáculos eternamente bellos que despiertan siempre las más gratas emociones. Desde tiempos remotos, el hombre los ha contemplado con arrobamiento, sin cansarse de admirarlos, pues aunque se renuevan de continuo, tienen el raro privilegio de nunca producir hastío. Siempre se ha deleitado nuestra vista en presencia de un valle ameno, de un lago de encrespada superficie, de un torrente que azota sus aguas en las rocas y de una noche de luna, en que la luz argentada del Satélite envuelve con pálida mortaja la superficie del Planeta. Igual delectación se experimenta al contemplar la grandeza imponente de las montañas, la inmensidad del mar y la incomparable majestad del sol cuando aparece o cuando muere.

Estos espectáculos, no sólo deleitan, influyen también poderosamente sobre el espíritu y el corazón de algunos hombres. Nuestras sierras surianas y los paisajes michoacanos quizá comunicaron mayor grandeza al alma de Morelos; los portentosos Andes, siempre estupendos, siempre excelsos, tal vez vigorizaron el alma de Bolívar; y los picos helados, los azules lagos y los hondos valles que en el suelo helvético se guarisman por millares, quizás han contri-

buído a la formación del noble carácter suizo y engendraron el espíritu heroico de Guillermo Tell.

Afirma Michelet que Voltaire y Rousseau, artistas de la palabra, pero habituados a la atmósfera malsana de las ciudades, abrillantaron su estilo y se elevaron extraordinariamente el día que conocieron la naturaleza suiza; y que en el seno de la propia naturaleza fueron a templar su heroísmo los revolucionarios e infortunados esposos Roland.

Lamartine, al hablar del cura de aldea, enumera las virtudes que a éste deben adornar y los hábitos que debe contraer; y, tal vez para vigorizar unas y otros, aconseja al sacerdote que ascienda por las tardes a una montaña, que lea en ella algunos de los versículos de las poesías sagradas y baje después lentamente, ocupado sólo en la santa y dulce contemplación de la Naturaleza y de su Autor.

Los cuadros en que aquélla ostenta la riqueza de sus galas son bellos en todas partes, en todas partes son grandiosos; pero a causa de circunstancias locales, en algunos sitios del mundo, esos cuadros tienen más hermosura, más grandeza, más sublimidad. Tal sucede con la puesta del sol.

En el valle de México, el astro del día se pone lleno de majestad; ésta es realzada por la extensión de la cuenca, por los lagos, por los numerosos poblados, por el gran caserío de la Capital, por el hermoso alcázar de *Chapultepec* y por los montes gigantescos que, cual enormes atalayas, cierran el valle hacia el Sureste. Pero el polvo que sube de las calles y plazas, el humo que se escapa de las chimeneas, el vaho espeso de la inmensa urbe roban colorido al espectáculo y amenguan su magnificencia.

En el valle de Toluca — tan alto, tan extenso, tan bien cultivado y tan densamente poblado —, la pues-

ta del sol tiene también muchos encantos: dora en estío campiñas frescas y lozanas, ilumina multitud de blancos y rojos campanarios, realza la esbeltez y gallardía de numerosas montañas y hace que descuelle al Norte la redonda cima del cerro de *Jocotitlán* y, al *Sur*, la cumbre dentada del enhiesto *Xinantécatl.*

Las campiñas de Puebla tienen amplísimo horizonte. En ellas, poco antes del crepúsculo vespertino, parece que el sol, como dando un adiós postrero, besa con sus rayos la cabeza nevada del *Popocatépetl*, del *Iztaccíhuatl*, del *Pico de Orizaba* y de la *Malinche;* tiende gasas de oro sobre las cúpulas angelopolitanas y alumbra, melancólico, la misteriosa pirámide de *Cholula;* pero aquellas campiñas son monótonas, carecen de amenidad

Nunca olvidaré una tarde de octubre, en la que, desde las ventanillas de un vagón, vi hundirse el sol detrás de cerros excesivamente lejanos. Iba yo en aquella comarca que cruza el Ferrocarril Central entre Fresnillo y Torreón. El espectáculo fue para mí nuevo e imponente. Figuraos un incendio colosal aislado en el confín de dilatadísimas llanuras, donde todo es soledad, tristeza y desolación.

En cambio, contemplad el mismo fenómeno en Cuernavaca. ¡Qué variedad de cuadros! ¡Qué opulenta magnificencia de panoramas! ¡Qué abundancia de dulces emociones! ¡Con razón el férreo Conquistador de México eligió esta ciudad suriana para levantar en ella su morada señorial! ¡Con razón el infortunado Maximiliano de Hapsburgo acudía a ella con frecuencia, buscando un sitio delicioso y tranquilo donde poder apartar la vista de las miserias de la política! ¡Con razón, desde que México está cruzado por vías férreas, los angloamericanos y los europeos acuden

a *Cuauhnáhuac* por millares, en demanda de vistas que sólo han contemplado en Italia o en otros lugares del mundo, célebres por su hermosura!

Hay en Cuernavaca una multitud de sitios donde puede observarse la puesta del sol con la seguridad de gozar de encantadores panoramas; pero voy a señalar únicamente dos.

En una tarde serena y apacible, haced un viaje al próximo pueblecito de *Acapancingo*, donde está la casa de campo que habitó el príncipe Maximiliano. Un poco después de las cinco de la tarde, regresad por el camino de *Atlacomulco*. La parte de vía que tenéis que atravesar corre paralela a la profundísima barranca que limita a Cuernavaca por el Este, barranca famosa, por la cual pasaron los españoles, sobre un tronco de árbol, cuando se apoderaron de esta comarca en tiempo de la conquista. El amplísimo flanco occidental de la barranca está todo el año cubierto de verdura. Fijad en él vuestra vista y gosaréis de un hermoso espectáculo. Desde la parte más baja del declive hasta la más elevada, las plantas ostentan su variada riqueza. Allí veréis siempre flores de los tintes más diversos, abundantes helechos, sonantes carrizales, plátanos y cafetos y todos los árboles frutales de la región. Allí están todos los matices del verde, todas las mil variedades del follaje, todo el brillo, la frescura, la lozanía y el encanto de una vegetación opulenta y magnífica. Sobre los últimos árboles, sobre los más empinados — como si salieran de la copa de éstos —, columbraréis el almenado Palacio de Cortés, la torre de la catedral y la linternilla de la cúpula de Guadalupe. Detrás de tales edificios — como si se apoyaran en ellos, y a modo de altivas cimeras —, se yerguen los picos de una sierra, azules, boscosos y fantásticos. Por fin, como fondo de seme-

jante cuadro, contemplaréis el cielo de Occidente lleno de celajes que fulguran en todo su esplendor. Ese cielo parece un dosel recamado de oro, un riquísimo manto de escarlata, una inmensa cortina tejida con hilos multicolores y sutilísimos de luz.

Pero el sitio que voy describiendo es muy estrecho: en el lado opuesto del camino, nada hay que llame la atención. Busquemos un lugar de horizonte dilatado, donde la vista pueda espaciarse, y el corazón ensancharse.

Las *Lomas de Guadalupita*, situadas al Norte de la Ciudad, y sobre las cuales se está formando la *Colonia de Miraval* (1907), son para nuestro objeto un excelente observatorio; pero tratando de añadir a lo grandioso del panorama el aliciente de la sorpresa, yo os aconsejaría que, al declinar de una hermosa tarde de otoño, ascendieseis a *Las Lomas* por el camino de *Las Cascadas*

En la calzada de Leandro Valle — que une la Ciudad con la estación del Ferrocarril —, hay un punto en que dos lomas se separan, una de otra, dejando entre sí una hondonada de rápido declive. En el *thalweg* de la cañada, corre un arroyo abundante y cristalino, cuyas aguas brotaban antes de *Los Ojos de Gualupita*, y hoy, debido a una obra hidráulica ejecutada recientemente, brotan en un punto más alto con gran ventaja para los habitantes de Cuernavaca.[1]

Penetrad en esa cañada y seguidla hacia arriba. Sus flancos, en septiembre y octubre, están cubiertos de *hipericón* (Hypericum formosum H. B. K.), que ostenta sus ramilletes blancos y amarillos y baña el ambiente con la fragancia de su perfume suave. Se-

(1) La obra hidráulica se hizo bajo la dirección del Sr. don Eugenio de J. Cañas.

guid subiendo, mirad los arbolillos y las plantas; pasad los puentes rústicos y escoged un lugar para sentaros a contemplar el agua. Ésta puede apagar vuestra sed con su frescura y sabor exquisito, halagará vuestro oído con sus rumores musicales y deleitará vuestras miradas, pues en aquel terreno quebradísimo, la corriente serpea, huye fugaz, se precipita, se estrella, salta de cascada en cascada, se tiende en cristales, se desgrana en perlas y se alza en vapores

Gratamente impresionados con la hermosura del paisaje, salid de la hondonada, caminad unos cuantos metros hacia arriba por el flanco occidental, y llegaréis a la parte más alta de la loma.

Allí os espera un espectáculo maravilloso. Los más brillantes colores de una paleta son pálidos para pintarlo; todos los recursos de la elocuencia, todas las galas del lenguaje son impotentes para describirlo con fidelidad. El astro brillante que se hunde en el Ocaso, el teatro inmenso que se tiende a vuestra vista, el horizonte lleno de luz, las montañas, los bosques, los campos y la ciudad que se yergue a vuestros pies, os impresionarán de tal manera, que no podréis menos que confesar que estáis en presencia de un fenómeno imponente, de un cuadro deslumbrante, de una vista de majestad incomparable.

Cuando se tiene la fortuna de observarla durante varios días, se convence uno de que allí se realizan completamente las más bellas figuras de la Poesía. Aquel Occidente es un *ruedo de cambiante nácar, un solio de amaranto, una inmensa clámide de grana, un amplio cendal con franjas de plomo y de carmín, un océano de fuego, un mar de oro líquido.* Allí se realizan todas las visiones heráldicas, todos los sueños que la opulenta fantasía de Heredia engarzó en ese

joyel de insólito primor, en ese soneto que se titula *Blasón Celeste.* ¡Cuántas fulguraciones! ¡Qué variedad de colores! ¡Qué diversidad de matices! ¡Qué multitud de formas en las nubes! En ciertos momentos, todo el Occidente se cubre de un celaje clarísimo y brillante en cuyo centro hay nubes muy obscuras que parecen islotes surgiendo del mar; en otros momentos, el celaje es obscuro y tiene desgarraduras luminosas que semejan lagos cristalinos en medio de sombría llanura; muchas veces, en la parte alta del cielo, se amontonan nubecillas gualdas y blancas, de forma redonda, que figuran inmenso rebaño de carneros con vellón dorado.

En el cuadrante opuesto, el cielo ostenta un azul más diáfano y más puro que el zafiro, surcado por nubes de inmaculado armiño, y la colosal *Montaña Humeante* refleja en sus nieves el regio colorido de los cambiantes del Ocaso.

Hacia el Norte, el azul del cielo es muy obscuro; en él se destacan los picos de la sierra de *Huitzilac,* más obscuros y más azules todavía: parece que la noche se acerca por allí. Hacia el Sur, la vista se pierde, se extravía, pasando de campo en campo, de aspereza en aspereza, de colina en colina, y siguiendo una sucesión interminable de sierras, de las cuales la última borra sus picos en el confín de dilatada lejanía.

Cuando la luz disminuye, cuando los celajes van palideciendo, cuando el astro rey lanza sus postreros reflejos, todo el firmamento se tiñe de un color violado tan suave y tan puro que semeja amplísimo y vaporoso velo de amatista.

Absorto el espectador en aquella deliciosa contemplación, se olvida de que el tiempo vuela y se cree perdido y soñando en el seno maternal de la Natu-

raleza. Cuando despierta de aquel sueño, nota que la noche va tendiendo sobre el mundo su pabellón de sombras; que la blanca corona del *Popocatépetl* se esfuma en lontananza; que los objetos van perdiendo su forma y que las estrellas van brotando una tras otra. Vienen después algunas manifestaciones de la vida civilizada que lo vuelven del todo a la realidad.

Súbitamente se encienden los focos eléctricos, que se columbran como enormes *cocuyos*, perdidos en las umbrosas arboledas de la ciudad; se oye sonar la campanilla de una locomotora que anuncia el arribo de un tren a la próxima estación; se percibe el rumor de un carruaje que se desliza por las calzadas, o el timbre de algún ciclista que anuncia su paso fugaz.

Por fin expira el día. Las campanas de la vecina iglesia de *Tlaltenango* y las de la catedral tocan el *Ángelus*, y el corazón de los creyentes se conmueve, pues, según la expresión de un altísimo poeta, ese toque condensa todas las armonías de la tierra y constituye una plegaria solemne que sube al cielo en alas de la fe.[1]

1907.

(1) Este artículo y todos los que van sin firma son originales de Miguel Salinas.

Chapala

A las diez de la mañana, sale uno de Guadalajara, llamada *La Perla de Occidente*. Este mote ¿querrá decir que tal perla carece de *oriente?* De ninguna manera. Si las montañas que la ciñen son bajas y desnudas, si carece de un parque y de los pintorescos alrededores de la capital de la República, en cambio, carece también de esos *peladitos* desvergonzadamente sucios, que harán por mucho tiempo que la ciudad de México no pueda ostentar un sobrenombre de flor o de piedra preciosa.

A las once y media, una pesada diligencia tirada por ocho mulas — dos, cuatro, dos — nos lleva con ligereza por los maizales de *Atequiza*, entre llanos pastales entrecortados de barrancas boscosas, y nos hace tramontar unos cerros. El lago aparece a nuestra vista.

Su longitud es de ochenta y seis quilómetros; su anchura, en algunos puntos, es de veintitrés: tiene dos veces y un tercio la superficie del lago de Ginebra.

A la una, ya está uno en *Chapala*, sobre la margen septentrional del lago. Es gran placer tomar el refrigerio bajo un toldo de buguenvilias y de rosas; comer allí un puñado de *charales* asados, menudos pececillos del lago; tomar a los postres las naranjas que, pendientes de las ramas de su árbol, cuelgan sobre la mesa.

A la altura ideal de mil doscientos metros sobre el mar, en la zona seca del Pacífico, el cielo tiene, durante el invierno, la pureza, la profundidad, la ondu-

lante sonrisa del cielo de Turena en junio o la del cielo de Toscana en septiembre.

Hacia la tarde, se hace un paseo por el camino de *Jocotepec*. Pasa uno frente a los jardines de las quintas, al pie de dos altozanos, cuyos arbustos y malezas esmaltan de verde un fondo de hierbas de color de oro viejo. Yo me alejé hasta los mangares de la quinta de Elízaga, la última hacia el Poniente. Pasaban por allí, cuidados por unos indios, largas filas de jumentillos cargados de tabaco, de legumbres y de naranjas; la brisa comenzaba a soplar; lánguidas olas batían las rocas con rumores discretos. Los colores del lago, del cielo y de las montañas, eran también discretos.

En el Ocaso, blancas nubes atenuaban los rojos demasiado vivos; atenuaban también los tonos demasiado crudos, como pudiera haberlo hecho un pintor con toques precisos y ligeros. En el Este, hacia la embocadura del río de Lerma, hacia los contrafuertes de la sierra de Álica, todo era gris rosado o gris de lino. Los dos altozanos de Chapala, tan ricamente vestidos algunos momentos antes, se cubrían ahora de terciopelos vetustos de color de musgo.

Generalmente, las aguas del lago son de un amarillo claro, menos bellas, en pleno día, que las aguas de la mayor parte de los lagos circuídos de montañas; menos bellas que las aguas del mar; pero bajo la luz oblicua, su tinte neutro se presta mejor que cualquiera otro a los efectos más inesperados. Aquella tarde, tenían visos de ópalo y cambiantes de viejas sedas de color rosado.

En la atmósfera seca de la Altiplanicie Mexicana, bajo la deslumbrante blancura de un día tropical, los contornos son muy precisos, los colores demasiado vivos. Pero, al contacto de esta gran masa de agua,

el aire se carga de átomos líquidos, por una evaporación lenta, continua, invisible, y adquiere el dón precioso de la atmósfera veneciana, el dón de los colores cambiantes, de los tonos fundidos, de los tintes matizados. Entre una puesta de sol tropical ordinaria y una puesta de sol en *Chapala*, hay la misma diferencia que entre una vidriera moderna, resplandeciente de oros y azules intensos, y una de las vidrieras antiguas del siglo XIII, tan harmoniosa bajo la pátina del tiempo.

Aquella noche, oí desde mi lecho una canción mexicana quejumbrosa y monótona, acompañada de las notas agudas de la guitarra y del sordo gemido de las inquietas aguas. Un olor de heliotropo penetraba por la ventana abierta; al frente, la iglesia blanqueada por la luna...; más lejos, un jirón de lago teñido de perla.

Al día siguiente, al salir el sol, un gris azulado se extendía por todas partes; gris traslúcido, tan perfectamente uniforme que apenas se distinguían los confines del cielo, de las montañas y de las aguas. Un mundo argentado, impreciso, luminoso — como en un cuadro de Corot — despertaba envuelto en finísima gasa. No era bruma, nó, porque con un anteojo marino, se divisaba claramente la blanca iglesia de *Tuscueca*, a cinco leguas, sobre la ribera meridional. Aquella gasa, hecha de partículas de agua esparcidas, tan tenue como era, hacía inofensivos los rayos del sol tropical; pasé todo el día con la cabeza descubierta, bogando por el lago, sin experimentar deslumbramientos ni jaqueca.

A cien pasos del Hotel de Arzapalo, donde yo estaba alojado, un arroyuelo de agua termal sale del flanco de la montaña y se precipita en el lago, a través de cuencas bastante amplias para poder nadar en

ellas. No hay allí más toldo que las ramas de los naranjos y las grandes hojas de los bananos del jardín. La temperatura del agua es la misma que la del cuerpo, así es que bien puede uno sumergirse allí, sin experimentar frío ni calor, y puede uno prolongar su baño por largas horas.

Éstas no se cuentan aquí; transcurren dulcemente, en todas las estaciones, como el agua que tengo a la vista, siempre límpidas y siempre tibias. En este sitio, lo mismo que en el Coronado californiano, en esta playa sin invierno y sin estío, se figura uno que no puede hacerse otra cosa que cazar, pescar y bañarse, esperando la hora preciosa, la hora feérica de los colores de la tarde. Chapala, creo yo, es el único lugar de México donde se experimenta esa sensación de reposo y bienestar que es el encanto de algunas ciudades, en Europa, durante una corta estación.

Chapala me recuerda también las estaciones de estío del Viejo Mundo por el estilo de sus *villas* y por la cortesía y agrado de sus indígenas, que saben ganar diestramente la voluntad de cada visitante para convertirlo en futuro cliente. Hasta los perros —los perros de un pueblo mexicano— se abstienen de ladrar a los transeuntes.

Con la ayuda de un remero fui al islote del Alacrán, que se yergue al Sur, a cinco kilómetros de distancia. El lago ostentaba un color de miel; dos mariposas, lejos del borde, revolaban de lirio en lirio.

El lirio es una cebolla, una especie de jacinto acuático, cuyas gruesas matas flotantes, de flores color de lila, cubren las aguas de la orilla en bandas de veinte a treinta metros de anchura, que a las veces se ensanchan empujadas por el viento. Hace

seis años, el lirio era desconocido en Chapala. Venido del río de Lerma, se ha extendido con tal rapidez que no deja a los barqueros salir cómodamente de sus puertos; y los ribereños ven con inquietud esas fajas que se van ensanchando más y más y alejan en cada estación los sitios de la pesca y de los baños, un empresario trabaja en la destrucción de esta bella planta invasora — verdadera *american beauty* — y ha logrado defender a *Ocotlán* que se halla al Oriente del lago.

El islote que yo abordé tiene la figura — sin más ni más — del horrible animalejo cuyo nombre lleva. Cubierto yo por unas rocas y algunos viejos árboles de forma extraña, *zalates* y *manzanitas*, disparé a las ocas y a otras especies de patos hasta quemar mi último cartucho, mientras el batelero arrojaba la red a lo largo y lograba coger una docena de bagres y mojarras.

Después remamos hacia Chapala cuando ya se había soltado la brisa. El cabeceo es tan fuerte como en plena resaca, cerca de las costas del Pacífico. Si entra una ola, zozobramos, pues se zozobra en este lago de aires dulces lamartinianos; allí se ahoga uno como en cualquiera otra parte. "El otro día..." y los relatos de naufragio vienen en seguida. Hay que ser hábil, amigo batelero.

Pero los blancos campanarios de Chapala se van aproximando, y, por otra parte, el cabeceo y cualquier riesgo se olvidan ante los alabastrinos esplendores del Oeste. No se divisan ni oros ni cobres, sólo se ve un manto de plata viva; se diría que todos los grises esparcidos durante el día se han concentrado y fundido en el fuego del Ocaso. El vuelo de las grises gaviotas se platea; se platean las aguas, las montañas también se platean. ¡Qué soberbia ilumi-

nación para el prospecto de un empresario americano que quisiera explotar las minas de plata que están allí debajo de aquellas argenterías resplandecientes; allí, hacia el Pacífico, en Bramador y en Cuale!

Tarde o temprano, alguno explotará el lago de Chapala. En algunos puntos de él, a cuarenta metros bajo el agua, brota petróleo. Pero para explotar Chapala, es decir, para ponerlo en plena boga, no para hacer de él una dependencia industrial de la *Standard Oil*, sería necesario agrupar en sindicatos a los principales ribereños; cambiar la diligencia por un tranvía rápido; hacer un camino de automóviles hacia *Jocotepec*, y poner trenes especiales que llevaran en una hora a las playas chapálicas a los viajeros de Guadalajara, y en una noche, a los viajeros de México.

¡Que *Meztli*, la diosa nahoa de las aguas, proteja a su más bello lago contra los agentes de Mr. Rockefeller!

1908.

LOUIS LEJEUNE.

(Traducido del francés por Miguel Salinas).

Uruapan

ESTE bellísimo pueblo, quizá el más hermoso de Michoacán, no existía antes de la conquista. El venerable religioso franciscano Fr. Juan de San Miguel, uno de los primeros que vinieron a la Nueva España después de los doce hombres apostólicos de su orden, fue el fundador de *Uruapan*. Habiéndose remontado al interior de la Sierra los indios tarascos, por el horror que concibieron contra Nuño de Guzmán, que había sacrificado cruelmente al rey *Catzoltzin*, no era posible reducirlos al cristianismo sin gran peligro de la vida de los misioneros: Fr. Juan de San Miguel, lleno de celo por la conversión de las almas, penetró hasta los lugares más remotos: "No quedó cumbre, gruta, o monte de esta provincia, dice el P. Larrea, que no recorriera a pie, descalzo y desnudo." En efecto, este hombre extraordinario, el año de 1536, aprendió la lengua tarasca, redujo a los indios a la civilización y al cristianismo, fundó los pueblos de *Tancítaro*, *Charapan*, *Peribán* y otros muchos de la sierra, estableció en todos ellos iglesias y hospitales, y concluída esa conquista, vino a fundar a *Uruapan* el año de 1540. Él mismo escogió el sitio para la erección del pueblo, trazó la plaza, las calles y las huertas, estableció escuelas de primeras letras y de música, levantó los templos, enseñó las artes a los indígenas y los defendió valerosamente de toda opresión por parte de los conquistadores.

Tuvo cuidado de levantar al fin de cada calle una iglesita, de tal manera, que las capillas están unas

frente de otras; a cada barrio le fabricó la suya y las habilitó de órgano, buenas esculturas, paramentos sagrados y todo lo necesario para el culto.

No hubo fruta alguna de las de tierra caliente o tierra fría que no aclimatase en las huertas. Ya el Ilmo. Sr. don Vasco de Quiroga había traído los primeros plátanos y los había hecho plantar en *Ziracuaritiro*: el P. San Miguel aclimató en *Uruapan* cuatro clases de ellos; además, mameyes chirimoyas, naranjas, limas, cañas, zapotes prietos y toda clase de frutas y verduras.

El pueblo está situado cerca de un ojo de agua de muchas varas de diámetro y de gran profundidad: en él nace el río llamado de *Cupaticho* o *Cupatitzio*, que se esconde bajo la tierra para formar a dos leguas de distancia el famoso cedazo conocido con el nombre de *Tzaráracua*. En esta magnífica cascada se presenta durante el día el arcoiris, debido a la continua descomposición de la luz del sol en millones de gotas de agua purísima y cristalina.

Dentro de la población existen gran número de manantiales que, a más del mencionado, surten de agua las huertas y las casas. Tal abundancia de riego produce una admirable vegetación y hace que *Uruapán* se mantenga en una primavera perpetua.

Grande fue el número de colonos que el P. San Miguel llevó a la nueva fundación; algunos los hacen subir hasta veinte mil, que fueron disminuyendo por las terribles pestes que asolaron el país.

Se le dio al pueblo el nombre de *Uruapan*, de la voz *urani* que, en lengua tarasca, quiere decir *jícara*, porque los indios se comenzaron a dedicar a la fábrica y pintura de las *jícaras*, en cuya industria han sobresalido por espacio de tres siglos.

El fundador construyó una hermosa iglesia y un

convento de su orden: aquélla sirvió de parroquia durante muchos años. Ahora el convento se ha convertido en hospital; en su fachada subsiste todavía la estatua del P. San Miguel, que los indios agradecidos levantaron a la memoria de su bienhechor. Es un prodigio que los tiempos y las revoluciones hayan respetado el busto de este hombre humilde que fundó el primer colegio de Michoacán, refundido después en el de San Nicolás; que acabó de formar el pueblo de Acámbaro y fundó la ciudad de San Miguel el Grande; que lleno de merecimientos fue a morir entre los indios de *Uruapan,* a los cuales había amado tanto. Este busto es el único homenaje que se ha tributado a su memoria; ni los pueblos de la sierra de Michoacán, ni *Uruapan,* ni *Acámbaro,* ni San Miguel el Grande, ni Morelia, ni *Pátzcuaro,* que tanto debieron a su beneficencia, han conservado un retrato de tan esclarecido varón.

La parroquia actual fue construída algunos años después de la muerte de Fr. Juan de San Miguel. Todavía existen las nueve capillas que edificó. La población del curato es de 12.000 habitantes, la mayor parte indios bien parecidos, que probablemente son de raza mixta, aunque hablan el idioma tarasco. La temperatura del pueblo es más caliente que templada; la situación geográfica de *Uruapan* es de 19° 21′ de latitud septentrional y 2° 37′ 16″ de longitud occidental de México.

Entre los árboles exquisitos que hay en *Uruapan,* está uno sumamente notable por ser *único en su especie, género e individuo,* según afirma Lejarza. Está cerca del molino de harina llamado del *Sacramento*: se le describe con el nombre de *Huanita Urapensis:* el Sr. don Pablo Lallave habla de él en sus opúsculos botánicos y le atribuye virtudes medicina-

les a las hojas y raíces de ese vegetal. El Sr. Lejarza quiso propagarlo; pero hasta hoy no se conoce otro individuo.

El Sr. don Pablo Lallave, en el tomo primero, página 152, de su *Registro trimestre*, describe el *Coccus Axin*, gusano o insecto del que se saca una especie de manteca con que los indígenas de *Uruapan* barnizan las *jícaras*, bateas y otros utensilios de gran mérito y belleza que forman uno de los ramos de su industria. Yo creo que este charol limpio y hermoso podría fácilmente aplicarse a los muebles y a los coches con gran provecho de las artes.[1]

JOSÉ GUADALUPE ROMERO.

(1) Este artículo pertenece a un excelente libro publicado en 1862. Desde entonces, las cosas deben de haber cambiado mucho en el **Paraíso Michoacano:** aquella región está unida por vía férrea a Morelia y a México; pero **Uruapan** sigue siendo uno de los sitios más pintorescos de nuestro país.

Las fuentes del Río de Lerma

La literatura geográfica contiene capítulos muy bellos destinados a estudiar y describir las fuentes de los ríos. ¡Con qué interés hemos leído todo lo que atañe a las fuentes del Nilo, fuentes buscadas en un lapso de mil ochocientos años, desde Nerón hasta Baker y Livingston! ¡Con qué placer nos enteramos de que el mayor volunmen de agua dulce que existe en nuestro globo, forma grandes lagos que se desbordan uno en otro, que van descendiendo de escalón en escalón, que dan prodigioso salto en el Niágara y originan el gran río de San Lorenzo! ¡Con qué admiración hemos devorado las maravillosas descripciones del alto Marañón, convertido después en el Amazonas gigantesco! ¡Con qué delicia, estudiando el Danubio, río de gran importancia comercial y militar, sabemos que en su origen, cuando es humilde arroyo todavía, brota y comienza a correr en el patio de un castillo ubicado en la Selva Negra, en la comarca alemana de Baden!

¡Y hay razón para que nos tomemos interés por tales fuentes! Apagan la sed de millones de seres; y cuando se trasforman en ríos, contribuyen a la fertilidad de los campos; mueven máquinas enormes; sirven de vías de comunicación y acrecientan el bienestar de los pueblos.

En México, donde no hay ríos de la importancia del Volga y del Danubio, no se ha estudiado con amplitud el asunto de las fuentes fluviales; los tratados de Geografía las mencionan a la ligera, y la

mayor parte de los jóvenes que estudian nuestra Geografía desconocen el origen de los ríos mexicanos.

El de Lerma, que es sin duda el más importante de los que nacen en nuestra altiplanicie, tiene sus fuentes en el pueblo de *Almoloya del Río*, perteneciente al Estado de México. El sitio de su nacimiento se halla a unos veinticinco kilómetros al S. E. de Toluca, en comarca muy poblada, de fácil acceso y cercana a la capital de la República; sin embargo, son pocos los que visitan ese sitio, son pocos los que han admirado esas fuentes.

Mi curiosidad por conocerlas era de antigua data; por fin la satisfice hace algunas semanas y me propuse, a propósito de tal sitio, escribir un breve artículo para leerlo en el seno de nuestra docta y benemérita Corporación.[1]

* * *

En la carretera de automóviles que liga entre sí a México y Toluca, inmediato a la estación que llaman de *Maclovio Herrera*, y cerca de *La Nobilísima y Gran Ciudad de Lerma*, está el humilde pueblo de *Amomoluco*, nombre que, según Robelo, significa "en los borbollones del agua", es decir, "donde el agua mana con fuerza". De este punto, parte hacia el Sur un camino que conduce al poblado de *Ocoyoacac*, en seguida a *Capuluac*, después a *Santiago Tianguistengo* y al fin a *Almoloya del Río. Santiago Tianguistengo* es población de importacia; está casi unida a *Capuluac;* un puente las separa.

Ocoyoacac constituye una de las bellezas que adornan la vía férrea que va de México a Toluca. Los rieles pasan por la cumbre de un cerro muy empina-

(1) La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

do, a cuya falda se tiende la extensa población mencionada. Los viajeros que, al salir de México, ocupan asientos de la izquierda en los vagones, al llegar al cerro empinado, pueden ver allá en el fondo, a gran porfundidad, el pintoresco caserío de *Ocoyoacac,* pueden ver las calles, las iglesias y hasta los patios y corredores de aquellas humildes moradas. En cambio, los habitantes del pueblo, desde tales moradas, contemplan diariamente allá en la altura, como pudieran contemplarla en la cinta de un cinematógrafo, la serie de convoyes que recorren la vía y cruzan el espacio como una exhalación.

El cerro de *Ocoyoacac,* pelón ahora, estuvo cubierto por una selva de *ocotes,* allá en los tiempos en que los hombres no sentían, como muchos de los de hoy, estúpida ojeriza contra el arbolado. El nombre del pintoresco pueblo de que voy hablando es una voz nahua que significa *donde comienza el ocotal.*

El camino que mencioné antes, el que conduce a *Almoloya,* está abierto en la falda de las últimas colinas que van descendiendo desde la cordillera de las Cruces hasta el valle tolucense. Desde esa vía, se contempla una serie de terrenos de sembradío que se alejan y se alejan hasta larga distancia; en abril, aquellos terrenos son preparados para la siembra; se ven por doquiera con satisfacción los muchos gañanes que asiendo la mancera del arado, van abriendo surcos y más surcos; detrás de los gañanes, marchan cuadrillas de hombres y mujeres que van depositando la simiente en el suelo. El color pardusco de aquella tierra esmeradamente cultivada contrasta con el azul claro de los cielos, con la nota amarilla que dan las flores de la *jara,* exhuberante en aquellos parajes, y con el verde tierno y fresco de los sauces llorones que también abundan por allí;

verde agradable, aunque algo melancólico, pues no puede olvidarse que ese vegetal es el árbol de las tumbas, el árbol generoso que cobija con su follaje los sepulcros y que con sus ramas colgantes parece que llora por los muertos.

Sobre uno de los cerros que acabo de citar y que bajan hasta el Valle; en la cumbre de suave colina, o más bien, sobre una loma, a 2589 metros de altura, está el pueblo de *Almoloya del Río*, que es cabecera de municipalidad. No obstante su modesta jerarquía de pueblo, posee una calle principal bien empedrada y dos líneas de casas perfectamente paralelas. Contigua a la plaza, está la iglesia parroquial; después de ésta, por una callejuela no muy larga, pero sí de agria pendiente, se llega a un sitio donde se ofrece a la vista una hermosa laguna de poca extensión.

Observando atentamente aquel lugar, se da uno cuenta de que bajo la capa rocallosa que sirve de base a la loma en que se asienta *Almoloya*, corren presurosos abundantes raudales de agua fresca, límpida y sabrosa que brotan por multitud de puntos y forman el hermoso lago. El perímetro de éste, en el sitio donde mana el agua, que es también el perímetro de la base rocallosa, tiene forma irregular ondulada; allí se ve salir el líquido en abundancia; un tramo importante de aquel contorno se llama TECALCO; allí fluye el agua copiosamente por veintisiete manantiales diversos; otro tramo, llamado TEXOCOAPA, cuenta con diez y ocho surtidores; el tercero, que lleva el nombre de IXCAUIAPAN, abarca seis puntos brotantes; en los sitios nombrados PRETUNTA, IXCAHUIAPITA, TEPOZOCO y LOS BAÑOS, los manantiales son de menor importancia. Sospecho que, además de los siete manantiales que he mencionado,

hay otros dos que tributan sus linfas a la laguna, pues ésta lleva el nombre de *Chiconahuapan*, voz que significa *nueve aguas*. Como aquella cuenca lacustre es de capacidad exigua, el ubérrimo caudal de líquido busca por donde salir, abre un cauce, comienza a correr hacia el Norte y forma el famoso río de LERMA que justamente debiera llamarse río de *Almoloya*.

En el lugar donde se reúnen todas las aguas para comenzar su carrera, hay un islote que atrae con su plácida belleza a los amantes de las jiras campestres; le llaman ISLA DE MIRAFUENTES, emerge cerca de la orilla boreal de la Laguna, como a medio kilómetro de distancia de *Almoloya*.

El cauce del río de Lerma es insuficiente para contener toda el agua que mana en aquel sitio; así es que dicha agua se desborda y se extiende a uno y otro lado del río, formando ciénegas. Esta región cenagosa que puede dividirse en tres partes, se extiende de Sur a Norte, desde el pueblo de *Texcaliacac* hasta el de *Tarasquillo*, aproximadamente. La primera parte, que lleva el nombre de *Ciénega de Almoloya*, tiene, según el ingeniero Alcalá, cincuenta kilómetros cuadrados de superficie, y comprende la zona que va desde *Texcaliacac* hasta la hacienda de *Atenco*, famosa por sus toros de lidia; la segunda abarca desde esta hacienda hasta *San Mateo Atenco*, y ocupa terrenos de los pueblos de *Capuluac*, *San Pedro Tlaltizapán* y *Tultepec;* su extensión superficial es de veinticinco kilómetros cuadrados; la tercera, de diez kilómetros cuadrados, comprende la ciudad de Lerma y ocupa tierras de las haciendas de Doña Rosa y San Nicolás Peralta.

En adelante, el agua del río cabe bien en su cauce; pasa por *Ixtlahuaca*, se desvía algo hacia el Noroeste,

y, al llegar a la hacienda de Solís, por un abra que allí forman los montes, abra que se llama *Puerto de Medina,* sale del valle de Toluca y del Estado de México, recorre otros estados y entra en el lago de *Chapala.*

Desde siglos atrás, han existido personas que afirman que el Lerma que entra en *Chapala,* no es el mismo río que sale de dicho lago y va a echarse en el Pacífico, sino que son dos ríos diversos. Sea lo que fuere, la corriente que sale de *Almoloya* y entra por la ciudad de La Barca en el lago de *Chapala* es de gran importancia y bien merece que se la estudie y se la admire.

Para conocer sus fuentes, basta emprender un viaje que dura el transcurso de un día, que no causa fatigas y que origina un gasto insignificante. El sacrificio que se haga — si pudiera llamarse sacrificio — queda compensado con la contemplación del hermoso cuadro que ofrecen aquellas comarcas: ya sea la linfa cristalina que fluye sin cesar; ya la loma, asiento de Almoloya, que con otras eminencias se encadena a la cordillera de Las Cruces, a los montes de *Jalatlaco* y de *Ocuila* y a toda esa aglomeración montañosa que culmina en el *Ajusco;* ya la plácida laguna surcada por ligeras canoas; más allá mil sementeras que se tienden hasta larga distancia y son el granero de una gran parte de nuestro país; por fin, el amplio cinturón de montes que limitan el antiguo valle de *Matalcingo,* montes que yerguen airosos su elevada cumbre, como el *Xuxtépetl* que está junto a Tenango del Valle, el *Jocotitlán* en la región del Norte y el viejo Nevado que muestra siempre los dientes de su cráter, ora sepultados en la nieve, ora envueltos en capa inmensa de nubes plomizas.

El Arbol de Santa María del Tule

Santa María del Tule, o de los Tules, como antiguamente se llamaba, es un pueblo perteneciente a la villa de San Miguel Tlalixtac, en el Estado de Oaxaca, situado en un valle, tres leguas distante (hacia el Oriente) de la capital de dicho Estado, en el camino común que va para Tehuantepec y Chiapas. Tiene sobre poco más o menos seiscientos habitantes; su temperatura es templada; sus producciones principales son maíz, frijol y varias frutas; el terreno es húmedo, quizá porque en tiempos remotos el lugar donde hoy existe la mayor parte del pueblo, fue una gran laguna, después una ciénega, y hoy Santa María del Tule, cuyo nombre tuvo origen de que allí abundaba mucho el tule o tulin, planta que en español se llama *enea* o *espadaña*. Este pueblo es muy frondoso, principalmente en la vegetación de tallo leñoso. Al pasear por sus calles, se siente un fresco agradable, que hace bastante perceptible, aun al mediodía, el abundante desprendimiento del oxígeno vegetal.

Entre varios árboles elevados que allí existen, se ven multitud de aguacates (*Laureus per sea*), algunos zapotes (*Phitolacea divica*) y muchos otros frutales. Hay también algunos fresnos (*fraxinus excelsior*) y seis sabinos (*Cupressus disthica sabina*) de magnitud extraordinaria; pero el que se puede llamar con razón EL GIGANTE DE LOS ÁRBOLES, es sin duda el que está situado en el cementerio de la iglesia de dicho pueblo, hacia delante y a la derecha de la puerta.

Es imposible averiguar la verdadera edad de este árbol; pero no hay duda en que ostenta su fortaleza desde tiempo inmemorial. Este viejo respetable estaba presente, y quizá adelantado en su juventud, cuando los Tultecas, Zapotecos y Mixtecos hacían correr la sangre humana para aplacar a sus mentidos dioses; y fue también mudo testigo de las crueldades y rapiñas de los fingidos hijos del sol. Su aspecto ofrece toda la idea de la vejez: sus raíces asomando en varias partes aun a distancia de cincuenta varas, sobre la superficie de la tierra en forma de un arco leñoso; su corteza áspera, desigual y partida en muchas partes de su extensión; su tronco, compacto y lleno de botones y excrecencias seniles; sus ramas tan extensas, encorvadas y gruesas; y en fin, su cima de un gris amarillento, que bien pudiera llamarse figuradamente una cabellera encanecida: todo manifiesta la larga vida de este sér casi impasible.

Varios escritores antiguos y modernos se han ocupado de este monstruo-vegetal. Mas entre ellos, el célebre viajero Barón de Humboldt lo cree de más magnitud que todos los árboles de que él tiene conocimiento. En el tomo 2º de su Ensayo político sobre el reino de la Nueva España, dice: "En el pueblo de Santa María del Tule, a tres leguas de la capital (de Oaxaca) se halla un enorme tronco de sabino (*cupressus disthica*) que tiene 36 metros de circunferencia. Este árbol antiguo es aún más grueso que el ciprés de Atlixco, de que más arriba hemos hablado; más que el dragonero de las islas Canarias y que todos los boabales del Africa. Pero examinándolo de cerca, el Sr. Anza ha observado que aquel sabino que sorprende a los viajeros, no

es un solo individuo, sino un grupo de tres troncos reunidos".

En esta aserción última, si no me emgaño, se equivoca el Barón de Humboldt con el Sr. Anza. Estos respetables viajeros quizá *examinaron de cerca* el árbol, esto es, al pie de él, y en este caso no extraño que les parecieran tres troncos, sino que no les parecieran diez. Son tantas sus concavidades y desigualdades, que reconociéndolo en su derredor y sobre la tierra, es muy fácil equivocarse. Tiene hacia el Sur una concavidad en que pueden caber diez personas sin incomodarse. Menores que ésta tiene otras muchas, que inspiran la duda de si es o no un individuo sabino. Yo creí que el mejor modo de desengañarme era subir sobre el árbol para examinarlo con toda escrupulosidad. Lo conseguí con algún trabajo, auxiliado de una reata y algunos ayudantes, y llegué solamente hasta donde termina el tallo común y se comienzan a dividir los troncos secundarios.[1] Allí me encontré con un ámbito bien espacioso, que podría servir en caso urgente de habitación a cualquiera que quisiese ocultarse y dormir con comodidad. Tiene además varios recodos, divisiones y escondrijos, que por temor no examiné; pero no me quedó duda de que el tronco era un individuo, y de que las divisiones que al pie de él se consideran como troncos separados no son sino partes de un solo tallo. Advertí más, que este *coloso-vegetal* da asilo a una multitud de habitantes de varias especies de animales. Cuadrúpedos, reptiles, y aves, principalmente nocturnas, son los moradores

(1) No es posible subir adelante sin gran peligro, principalmente al bajar. Entre todos los individuos del pueblo, uno sólo hay, que allí es muy celebrado, por la facilidad que tiene de subir y recorrer todo el árbol hasta su cima.

de aquel recóndito y sombrío lugar. Es tal la espesura del ramaje que le rodea, que situándose uno en la parte superior del tronco, cree estar oculto en un bosque. Tiene treinta y ocho varas de circunferencia, tomada la medida con un cordel tirante: si éste se adapta con exactitud por todos los puntos de su superficie, de modo que siga los huecos y desigualdades que tiene el palo, resulta una medida mucho mayor. Su altura total es de cuarenta y seis varas, y su latitud de follaje, de Oriente a Poniente, de cuarenta y cuatro, y de Sur a Norte de cuarenta y una y media varas.[1]

Este árbol singular tiene gran abundancia de jugos saviales. Por la concavidad que mira al Sur está continuamente destilando agua, a la manera que se ve muchas veces en las hendeduras de las peñas. Los indígenas del pueblo tienen ciertas preocupaciones sobre esta materia. Algunos creen que al pie del enorme sabino hay un subterráneo por donde pasa un río cuya agua absorbe el palo y la vierte por diversas partes de su tronco: sostienen que aplicando el oído, en el silencio de la noche, sobre la tierra, cerca de él, se oye el ruido de una corriente que se precipita. Yo apliqué el oído por varias partes en derredor, y sólo por una oí un ruido que me pareció ser de abejones u otros insectos, que habitan a algunas capas de profundidad bajo la superficie de la tierra. En nada absolutamente me pareció ese ruido al de un río. Mi observación fue hecha a las dos de la tarde. Entre los que me rodeaban no faltó quien me dijera que aquel era un palo *encantado* que anti-

(1) Es de advertir que la dimensión del tronco puede sufrir alguna alteración relativa al punto donde se tome la medida, por no ser aquel perfectamente cilíndrico. La que aquí se refiere está tomada de un punto medio.

guamente fue laguna, y que como toda el agua se convirtió en árbol, de aquí le viene su rara magnitud y también su humedad.

No obstante su vejez, este árbol tiene incremento, aunque con suma lentitud. El Sr. Lic. D. José María Unda, actual cura de la misma doctrina, y persona muy recomendable por su literatura y recto juicio, me ha asegurado que el año de 1834 midió el tronco del sabino la primera vez, y repitió la medida en el mismo lugar el año de 39, y tenía media vara de aumento. Esta curiosa observación provoca luego una idea problemática. He aquí cuál es: todas las especies tienen un cartabón, al que someten ordinariamente a sus individuos. Cuando ellos llegan a tocarlo en sus dimensiones, principalmente en longitud, entonces tocan el *hasta aquí* de su incremento, sobre poco más o menos. Pero ¿los individuos que notablemente se exceden de la medida, tienen un término que no sea igual al de la vida? ¿Los gigantes cesan de crecer algún día, y sin embargo continúan viviendo? Cuestiones son estas bastante curiosas para la fisiología animal y vegetal.

El sabino de Santa María del Tule, si no es el más grande de todos los árboles en los diferentes países y climas (lo que no me atreveré a asegurar), ocupa sin duda una de las primeras plazas entre los árboles colosales que hermosean la superficie de la tierra.

JUAN N. BOLAÑOS.

1857

El Quiebraplato

A mi hija Alicia.

LA contemplación amorosa y devota de las maravillas del suelo nos deja alguna vez mpresiones encantadoras y gratas, que conservamos con cariño durante nuestra vida. Así conservo las que me produjeron las campiñas morelenses, al mirarlas por la primera vez, hacia el fin del otoño, cuando están cubiertas con extraordinaria profusión por las flores azules, fragantes y lindas, de esa planta que llaman todos *manto de la virgen* y que en Morelos llaman *quiebraplato.*

Recuerdo que la ví, cuando era niño, en el patio de alguna casa, plantada en humilde tiesto y trepando por un muro, una columna o un arco. Entonces no me cautivó, no atrajo mi atención; pero más tarde, cuando miré sus flores cubriendo extensiones de leguas y leguas; cuando observé la elegancia con que yerguen su pétalo, la gallardía con que lo muestran al sol, y la delicadeza con que lo pliegan y recogen al caer la tarde, para no volver a abrirlo jamás; al ver las miriadas de flores que cuajan las pequeñas matas, que cubren los grandes matorrales, que se tienden como cortina sobre los cercados, que se enlazan a las ramas de los arbustos y trepan hasta los árboles más altos; cuando admiré todo esto, nació en mi corazón un tierno afecto por el bello *quiebraplato;* lo recuerdo siempre con agrado; gozo al verlo mostrar su hermosura en los campos,

y gozo al ver su forma regular y graciosa, al sentir la suavidad y tersura de su pétalo — desdoro del más exquisito terciopelo — y al contemplar su límpida coloración azul, competidora de la celeste y *émula de la lumbre del zafiro.*

Mi afecto creció más tarde al saber que esta humilde y linda flor, no sólo es gala de las campiñas morelenses, sino que esmalta el suelo de diferentes regiones mexicanas. La he visto después (aunque de coloración más obscura y menos bella) en las tierras que señorea el *Xinantécatl* y en los alrededores de Aguascalientes; la ví trepando por las ruinosas casas que forman la hacienda del Pabellón, donde Hidalgo fue privado de la investidura de generalísimo, después de la derrota sufrida en el Puente de Calderón; la contemplé en la ciudad y en la campiña de Durango; y la vi también, muy azul y fragante, fingiendo marco florido en la puerta de una casita de adobe, perdida en las inmensas y desoladas llanuras de Chihuahua.

Tal circunstancia me ha hecho considerar al *quiabraplato* como algo que es muy nuestro — aunque en realidad no lo sea —; como algo que forma parte de la patria, de la misma manera que el *Citlaltépetl* es la montaña estrella de nuestro suelo; el floripondio, la flor de nuestros huertos; el *cenzontle*, el bardo alado de nuestras florestas; y el puma, la fiera reina de nuestros bosques.

El amor y predilección por ciertas flores es sin duda un sentimiento innato en el hombre. Así se explica la devoción y culto de los egipcios por el loto, de los israelitas por la rosa de Jericó, de los galos por el muérdago, de los griegos por el mirto y de los nipones por el crisantemo.

Con la misma profusión con que crece en Morelos

la planta trepadora del *quiebraplato*, crece también un arbusto llamado *cazahuate*, cuyas albas flores son alimento delicioso a los venados. En presencia de las ramas largas del *cazahuate*, ornadas de nivea floración, mezclada armoniosamente con el matiz cerúleo de las flores de la enredadera, he pensado muchas veces en los hermosos tirsos cantados por los poetas helenos. Nuestras humildes ramas, tan lindamente matizadas y floridas, no hubieran sido desdeñadas quizá por los jóvenes griegos, para ser llevadas en la mano, durante aquellas solemnes procesiones que salían de los templos marmóreos de Grecia, y regresaban a ellos, cantando himnos a las divinidades, en esas horas luminosas en que se oían a lo lejos los tumbos del Egeo y el sol doraba las cumbres sagradas del Helicón y del Himeto.

La última vez que miré una campiña ornada con miriadas de *quiebraplatos*, fue una mañana de octubre, mañana de singular belleza. La luz esplendorosa se difundía por todas partes sin obstáculo alguno; la atmósfera, muy diáfana, dejaba ver, en dilatadas lejanías, los picos azules de las sierras y las cimas blancas de los nevados; entre los cocoteros de la huerta de *Treinta*, se erguía el esbelto *chacuaco* del ingenio, coronado por su penacho de humo; entre las tupidas arboledas de la villa de San Miguel, surgía el viejo campanario; el arroyo de *Tepalcapa* murmuraba melodiosamente y retrataba en sus limpios cristales las plantas de sus márgenes; los naranjos de Pueblo Nuevo mostraban sus pomas color de oro y su follaje lustroso y aromático; y el lindo *quiebraplato* daba su nota azul a todas las partes de aquel encantador paisaje.

¡Ojalá vuelva a verte, humilde florecita, cuando el suelo que te nutre tan amorosamente no esté

afligido por el azote de la guerra; cuando los hijos de los campos que embelleces estén unidos por lazos de concordia! ¡Plegue a Dios que vuelva yo a ver tu color azul, *émulo de la lumbre del zafiro*, y que admire de nuevo la elegancia con que yergues tu pétalo, la gallardía con que lo muestras al sol y la delicadeza con que lo pliegas y recoges al caer la tarde para ya no abrirlo jamás!

El Cerro de Mercado

Los historiadores de la conquista de México están contestes en afirmar que todos los españoles que llegaban de la Península, traían la preocupación de tres cosas que halagaban su codicia: el descubrimiento de lo que denominaban *Islas de la Especiería,* en cuya empresa Cristóbal Colón, Hernán Cortés y Pedro de Alvarado gastaron grandes fortunas en armar escuadrillas que fueran a buscarlas a ambos mares; la posesión de la llamada *Provincia de Quivira,* nueva tierra de promisión de fantástica riqueza; y el encuentro de *La Montaña de Plata,* que, según unos primeros aventureros de la Florida, se suponía situada en términos de lo que después fue la Nueva Galicia y por la cual montaña tanto indagó su gobernador Francisco Coronado.

El adelantado don Nuño de Guzmán fue el primero que se atrevió a penetrar por el lado de Sinaloa a la Sierra de Topia, habitada por los belicosos *acaxes;* después destacó dos poderosas secciones militares desde Culiacán, al mando de los capitanes José de Angulo y Cristóbal de Oñate; éstos, después de muchos combates con los aguerridos indios, lograron atravesar dicha sierra y dirigirse rumbo al Sur, hasta tocar la región tepehuana. Los nativos de aquí tenían una elevada idea de cierta mole mineral que existía en su territorio, que era de tradicional riqueza, la cual noticia se había propagado ya entre las tribus nayarites y zacatecas circunvecinas. Un indio, tal vez prisionero, reveló esto mismo a los expedicionarios guerreros

que venían en busca de oro y plata, porque algunos años más tarde, en medio de zozobras y fatigas, regresaron los españoles a su cuartel general, propalando mil especies maravillosas del país que habían recorrido, haciendo el principal papel de sus narraciones una montaña que se decía presentaba en su superficie el oro y la plata en estado natural.

Remitidas estas noticias a Compostela y de allí a la Audiencia de Guadalajara, se propuso ésta extender sus conquistas hacia el país donde se encontraba la sierra del oro o montaña de plata, para lo cual necesitaba un capitán cuya audacia y valentía fueran excitadas por la codicia. El año de 1552 dicha audiencia determinó que Ginés Vásquez de Mercado saliese con una división competente a colonizar aquellas tierras de que hablaban los soldados de Nuño de Guzmán.

Era Vásquez del Mercado un esforzado caudillo, hombre acaudalado y ambicioso, sobrino y yerno de Ginés Vásquez de Tapia, capitán de Hernán Cortés en la conquista de México. Muy mal recibió Mercado esta comisión que oficialmente se le daba, por estar trabajando unas minas ricas en *Tololotlán* (Jalisco); mas tuvo que obedecer y así organizó la ordenada expedición, seleccionando cien de sus mejores soldados que equipó debidamente de su propio peculio. En Valparaíso, unos indios le confirmaron la opulencia del territorio a donde se dirigía, asegurándole que *tierra adentro había un cerro todo de plata en unos llanos grandes*, y se ofrecieron a servirle de guías; con esto creció la avaricia de Mercado y se animaron muchísimo sus soldados.

El mencionado ejército avanzó por las regiones de Zacatecas y Fresnillo; al encontrar en el camino cerros minerales, Mercado los veía con desprecio, preocupado tan sólo por la idea de la *montaña de plata*

pura que desde hacía mucho tiempo estaba en la mente de los conquistadores. Así avanzó sosteniendo combates con los indios que hostilizaban a la expedición, pasando por Sombrerete, *Chalchihuites, Súchil* y Poanas, hasta llegar a los llanos de Guadiana; allí pernoctó Mercado con su gente, no lejos de una sierra, y al amanecer supo que los indios de Valparaíso habían desaparecido; pero observando la figura y color de los cerros que tenía delante, entre los cuales se destacaba una montaña negra, de aspecto metálico, dijo a los suyos: *a buen tiempo se han ido nuestros guías, cuando tenemos a nuestra vista el país de nuestra ventura.* Todos se alegraron con esta reflexión y exclamaron: *ésta es sin duda la riqueza por cuyo descubrimiento se han fatigado otros; este es el oro y la plata que a costa de tanta sangre y sacrificios mandó el Virrey de Nueva España buscar a Francisco Coronado.*

Se dirigieron luego al codiciado cerro y al llegar vieron que todo él era de fierro, metal demasiado conocido de los españoles vizcaínos, algunos de los cuales venían en la expedición. Con esta enorme contrariedad los soldados no quisieron dar un paso adelante; el propio Mercado, ante tan triste realidad, decidió volverse inmediatamente a Guadalajara para informar del malogro de su empresa.

En el viaje de regreso, muy decaídos de ánimo los expedicionarios, fueron atacados por los indios, una noche, en Sain, mientras dormían profundamente; grande fue la sorpresa al verse rodeados de enemigos, eso no obstante lograron rechazarlos, teniendo que lamentar la muerte de dos soldados y varios heridos; el mismo Vásquez del Mercado, que peleó denodadamente, recibió una grave herida de flecha, a consecuencia de la cual falleció en el camino hacia Guada-

lajara, siendo sepultado en *Juchipila* en el convento de San Francisco. Allí se disolvió la tropa de la desafortunada expedición española, llegando únicamente a Guadalajara dos soldados a quienes Mercado, al morir, les regaló el dinero que llevaba, encargándoles que fueran a dar parte de lo acontecido al gobierno de Nueva Galicia y llevar la noticia de su muerte a su familia.

¡Hasta el día conserva la montaña de fierro de Durango el nombre de *Cerro de Mercado!*

Descubierta ya la montaña de fierro el año de 1552, once años después fue fundada la ciudad de Durango, a sus inmediaciones, por Francisco de Ibarra, sobrino del Virrey don Luis de Velasco. Con motivo de la abundancia de fierro en el lugar, a semejanza de los yacimientos del mismo metal en la Vizcaya de España, los conquistadores designaron a la provincia descubierta con el nombre de Nueva Vizcaya.

Durante la larga época colonial, casi no se explotó el Cerro de Mercado; a juzgar por los informes antiguos que hablan de ruinas de hornos de fundición al pie de la montaña, se cree que algunos herreros sacaban de allí el fierro necesario para sus trabajos y para fabricar rejas de arado y otros útiles. Por tradición se sabe también que el mineral de fierro era llevado a la Sierra donde se hacía carbón vegetal a bajo costo, por el camino del Salto; y en estos lugares se encuentran todavía cimientos de forjas catalanas, lo que prueba que efectivamente se beneficiaba en la Sierra el mineral de fierro de Durango, aunque en pequeña escala. En este período virreinal, el procedimiento que se empleaba era el de fundición rudimentario, y no obstante esto, se producía fierro bastante bueno llamado de "marqueta", con el que se fabricaban herramientas para minas, instrumentos de labranza, armas y lanzas para la defensa contra los indios.

No fue sino hasta después de la Independencia de México, cuando se estableció una primera Ferrería, el año de 1828, en tiempo del Gobernador Santiago Baca Ortiz, quien ayudó a una compañía para que aprovechase la fuerza hidráulica del Río del Tunal y estableciese la fundición en la margen derecha de dicha corriente fluvial.[1]

El Gobernador del Estado, el año de 1831, Sr. D. Juan Antonio Pescador, al presentar su memoria administrativa a la Legislatura local, decía lo siguiente:

"*Ferrería.* — Para establecer ésta, ha gastado la Compañía Unida de Minas una crecida cantidad de reales, y aunque la obra no llega todavía a su perfección, se halla muy adelantada, porque la maquinaria, en lo principal, está al corriente, y porque en las últimas operaciones que practicaron los directores en el anterior mes de junio, consiguieron liquidar perfectamente el fierro, que era lo que tanto deseaban y con cuya operación se han reanimado sus esperanzas, así como también porque han conocido sus diferentes

(1) La inmensa riqueza que contiene el cerro de Mercado dio asunto a Mr. **Bowring**, hace mucho tiempo, para el curioso cálculo siguiente. Estimando el producto de aquella inmensa masa metálica, en 230 millones de toneladas, y suponiéndola existente en **Inglaterra**, que es el país donde se produce más fierro, dice que podría mantener su explotación por 330 años, a razón de 15 millones de quintales por año, valiosos, cuando menos en 9,900 millones de pesos; cantidad, añade, siete veces mayor que todo el oro y plata acuñados en la casa de moneda de México desde el año de 1690 hasta el de 1803. — "Apenas puede uno formar idea de esta masa enorme, continúa el calculista; pero ayudará la imaginación con figurarse uno que, colocados esos 9,900 millones de pesos en fila, se extenderían sobre una línea igual a más de nueve veces la circunferencia del globo, que es de 7,200 leguas náuticas, o la distancia que hay entre la Tierra y la Luna, y que puestos uno encima de otro, formarían una columna de 500 leguas de alto."

J. F. Ramírez.

clases, y los beneficios que cada una necesita, según los experimentos que aseguran haber hecho. Si vencidos los obstáculos que se presentan para perfeccionar el establecimiento, se llega a conseguir éste, tendremos un ramo de comercio, que aunque la principal y mayor parte de sus frutos ceda en beneficio de los extranjeros empresarios, produciría mucho al Estado, y además verá ocupados a algunos de sus hijos, con la esperanza de que se perfeccionen en el arte".[2]

Luis Zubiría y Campa.

---

(2) Fragmento de una disertación premiada en concurso y publicada en el número 4, tomo X, 5ª Epoca del **Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística.**

La isla californiana del Carmen

ESTANDO la Baja California rodeada del mar casi por todas partes, no puede dejar de haber en ella buenas salinas. Y en efecto, hay muchas; pero ninguna es comparable con la de la isla del CARMEN, situada en el Golfo de California, a los 26° de latitud Norte, frente al puerto de Loreto, del cual dista cuatro leguas.

Esta isla, que tiene trece leguas de circunferencia, está desierta, y no se alimentan en ella más que ratones y un gran número de serpientes: en la parte occidental tiene una áspera montaña; pero el terreno de la parte oriental es llano; en él se halla aquella salina que sin contradicción es una de las mejores del universo. Comienza a distancia de media legua del mar, y se extiende tanto, que no se alcanza a ver el fin; presenta al observador el aspecto de una inmensa llanura cubierta de nieve. Su sal es blanquísima, cristalina y pura, sin mezcla de tierra ni de otros cuerpos extraños. Aunque no es tan dura como la piedra, se necesitan picos para trozarla, y de este modo la dividen en panes cuadrados de un tamaño proporcionado para que cada operario pueda llevar uno de ellos a cuestas.

Este trabajo se ejecuta en las primeras y en las últimas horas del día, porque en las restantes, los rayos del sol se reflejan con tanta viveza que deslumbran a los trabajadores. Aunque todas las flotas de Europa acudiesen a cargar sal de aquella isla, jamás podrían agotarla, no sólo por su gran extensión, sino

principalmente porque se reproduce luego la sal que de ella se extrae: apenas pasan siete u ocho días después de haberle sacado la cantidad necesaria para cargar un barco, cuando ya la excavación está llena de nueva sal.

Si esta salina estuviera en algún país de Europa, produciría al que la poseyese una renta más considerable que la que producen las famosas de Wieliczka en Polonia, en cuya tenebrosa y horrible profundidad se sepultan tantos centenares de esclavos a sacar sal; mas en el Golfo de California no sirve más que de proveer a los pocos habitantes de aquella península. Aun en el lugar en que Dios la puso, pudiera ser mucho más útil si se excitara la industria de los habitantes de Sinaloa, de Culiacán y de los otros pueblos de la costa; porque siendo allí tan excelente y abundante la pesca, y habiendo toda la sal que se quiera, sin que cueste nada, podrían hacer un comercio muy lucrativo de pescado salado con las provincias mediterráneas de la Nueva España.

Dos criaderos de sal gema se han descubierto en la península: el uno en la costa del mar Pacífico, a los 26° de latitud Norte, y el otro a los 28° en la llanura perteneciente a la Misión de San Ignacio. La sal que de ellos se extrae es semejante en la blancura y pureza a la del Carmen, pero no es tan tersa y reluciente.[1]

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO.

1767.

(1) Tomado de la **Historia de la Antigua o Baja California.**

El cenzontle

LA noche está silenciosa. Un cielo azul recamado de estrellas ofrece a la mirada investigadora multitud de mundos, de astros resplandecientes que giran en el espacio, impelidos por la acción que les ha dado la voz poderosa del Criador.

Árboles seculares, plantas y arbustos, forman en la superficie de la tierra grupos de sombras o de estatuas que, mudas, parecen vigilar el reposo augusto de la Naturaleza.

Un lago transparente, circundado de flores y de aromas, yace tranquilo y adormecido bajo el follaje de los sauces, reflejando en sus puras aguas el cielo iluminado y la faz resplandeciente de la Luna que descorre el velo de blancas nubes donde se ocultaba.

¿Qué hace el mundo tan mustio y silencioso, en esta hora sublime en que el cielo aparece como el santuario de las maravillas de Dios, en que la naturaleza se muestra con toda la profusión, con todo el arte maravilloso que no es dado al entendimiento describir?

El sueño ha rendido al hombre, que, fatigado de los ardores del sol, pasó su día en el rudo trabajo.

La juventud, deslumbrada y gozosa, se precipita en el salón a recoger una mirada, una palabra, una sonrisa que cree ser el augurio de su felicidad, mientras va a posar su ardorosa frente en los mullidos almohadones.

El sabio, encerrado con su lámpara, estudia, medita, quiere romper el velo de lo porvenir, quiere comprender los arcanos de la existencia, en tanto que el hom-

bre de negocios arregla sus cálculos y labores hasta que el vértigo los arranca de allí y se apodera de sus ojos.

El anciano descansa en su lecho; pide a su memoria recuerdos de otro tiempo, repasa su historia, deplora sus desengaños, se enfada con sus dolencias y cuenta a veces las horas de la noche, anhelando, porque el día venga a sacarle de su insomnio y sus pensamientos.

En medio de esa somnolencia fascinadora, de ese letargo universal en que el mundo entra, suelta su canto alegre y variado el tierno *cenzontle*, y, parado sobre una rama, dirige a la noche sus sentidas y armoniosas notas, como para demostrar que no falta en la naturaleza quien entone un himno de alabanza en aquella hora misteriosa, en el fondo de la soledad más profunda.

Infatigable en su canto, ya imita el de las otras aves, ya busca y articula sonidos nuevos, amorosos y tiernos, tan contento y satisfecho como si el mundo lo escuchara, como si en aquel silencio tuviese que formar un coro dulce y solemne para dirigir sus plegarias al Hacedor Supremo del Universo.

Retenido y preso el *cenzontle* por la avara curiosidad humana, teniendo por espacio una jaula estrecha donde se halla confinado, allí cumple con su misión armoniosa, allí canta el majestuoso silencio de la noche, allí repite sus notas musicales, sonoras y melífluas unas veces en que todo lo olvida, y triste en otras, cuando quizá lamenta su cautividad y la perpetua ausencia amorosa a que se le condena.

El sentido musical del *cenzontle* se conmueve, se desarrolla, se embebece cuando escucha otros sonidos armoniosos, y quiere desde luego formar coro con ellos.

¿Por qué ha lanzado la Providencia a nuestros campos desiertos esta avecilla cantadora, de plumaje hu-

milde y oscuro? ¿Será que viene a suplir en esas horas de silencio, con su armonía y canto, el sentimiento del hombre que se adormece, que se embriaga, que se fascina, que bajo las sombras del sueño se olvida perezoso de que la Providencia no descansa, no retrocede y sigue su obra misteriosa, mientras el mortal queda inactivo y abandonado en un lecho que vienen a herir los rayos del sol...?

El *cenzontle* ha sido arrebatado de su nido, y aislado de todos los seres de su especie, y sustraído de su hogar formado en el follaje de un arbusto: ha sido llevado al centro de las populosas ciudades y al pequeño cortijo para que celebre con sus cantos el fausto, el brillo y la elegancia, o viva sencillamente bajo el rústico techo del aldeano: la hermosura no se ha desdeñado de buscar en sus trinos melodiosos la distracción y el placer, acariciándolo y sustentándolo con su blanca y delicada mano; y él, en pago de todo esto, donde quiera que ha ido, aislado y prisionero, allí ha hecho resonar sus cadencias variadas y sentimentales; pero siempre con más fuerza, con más soltura y amor cuando se halla libre en los campos, callando únicamente al pasar el cambio de su pluma que lo enferma y entristece, o al acercarse el invierno que deseca las flores y envejece momentáneamente la Naturaleza.

S. C.

La cascada de Basasiáchic

En el corazón de la Sierra Madre Occidental, en la porción llamada *Tarahumara*, que comprende parte de los Estados de Chihuahua, Sonora y Sinaloa, y aproximadamente a los 28° 17′ de latitud Norte y 8° 40′ de longitud Oeste del meridiano de México, se encuentra situada la cascada de *Basasiáchic*, hermosa e imponente caída de agua, casi desconocida, y de la cual creo que nadie hasta ahora ha hecho mención.

Su situación, con respecto a los lugares inmediatos y a las ciudades más cercanas, es la siguiente: a 130 kilómetros directamente al Oeste de la ciudad de Chihuahua y al Sur del mismo paralelo; a 56 kilómetros de la línea divisoria entre los Estados de Chihuahua y Sonora, y a 40 del Río Bravo del Norte al pasar por Ciudad Juárez. Está situada, pues, en el Cantón de Rayón, Estado de Chihuahua, en la parte más elevada de la Sierra Madre, en donde ésta empieza a inclinarse hacia el Oeste y forma ya la vertiente del Pacífico.

Los puntos de referencia más inmediatos aún son: hacia el Noreste y a 4 kilómetros de distancia, el pueblo de *Basasiáchic*, lugar de donde toma nombre la cascada, por ser el sitio habitable más cercano; al Norte y a 12 kilómetros está el mineral de Pinos Altos; y a 15 kilómetros al Sur, el de Candameña, por cuyo lugar pasa el río del mismo nombre, continuación de la cascada.

Los canales aferentes que forman la caída de agua

son los arroyos de El Durazno y el de *Basasiáchic;* este último, casi un río, pasa por el pueblo de su nombre, se dirige hacia el Suroeste, recorre una distancia de dos kilómetros y medio y ahí se le une el arroyo de El Durazno; ya los dos, formando una sola corriente y abriéndose paso entre las rocas, recorren un kilómetro y medio y se lanzan formando la soberbia cascada, objeto de esta descripción. La masa de agua varía entre cuatro y ocho metros en su mayor espesor, según la época del año; es, pues, de muy poco volumen, pero en cambio su altura es imponente, pues mide 311 metros; tiene además de notable que forma un solo salto, sin sufrir interrupción o quebradura, debida a desigualdades del terreno, y llega al fondo, donde se recogen las aguas en una gran tinaja, origen del río que desde ese punto se llama Candameña; serpentea por una gran cuenca o abertura en las montañas, como de cuatro kilómetros de diámetro, cubierta de una vegetación exuberante, y después de atravesarla en toda su extensión entra y sale por un desfiladero angosto que forman los cerros, cerrando casi completamente el círculo de la cuenca mencionada; continúa su curso descendiendo hasta el mineral de Candameña; de allí se dirige al Suroeste y viene a ser uno de los afluentes del Río Mayo, que a su vez desemboca en el Océano Pacífico. Volviendo a la cascada, ésta puede observarse perfectamente desde tres puntos: en la parte superior, en la parte media y en el fondo.

Por la parte alta, el observador se sitúa a una distancia de cinco metros al Norte, o sea a la derecha de la cascada, viendo hacia el fondo; se puede estar cómodamente sentado en un asiento natural de la roca, distante unos cuantos centímetros del borde del abismo; el lado Norte es casi tan notable como la cascada

misma; está constituído por un cerro tallado a pico, que tiene, desde el nivel en donde se encuentra el observador hasta el fondo, la misma profundidad de 311 metros, y hacia arriba, casi otro tanto; así es que forma un muro gigantesco vertical de 549 metros, cuando menos, de altura. Hacia el lado Sur, el terreno es muy quebrado e inclinado; en tiempo de aguas se forman pequeñas cascadas, de las cuales una tiene como 50 metros. Por este mismo lado sur se puede practicar el descenso al fondo, pero haciendo un gran rodeo y ayudándose en varios lugares con las manos. Como a la mitad del camino, hay una abertura formada por dos acantilados; desde este punto, llamado la *ventana*, se ve a una distancia de 500 á 600 metros la mitad superior y la inferior de la caída de agua, puesto que se está aproximadamente a la mitad de su altura.

Al llegar al fondo, queda la cascada a más de un kilómetro de distancia, y se tiene que retroceder esa distancia para colocarse al borde de la gran tinaja, punto final de la catarata y nacimiento del río de Candameña. Es de notarse la diferencia que hay entre el clima de este lugar y el de la parte superior; la temperatura de uno y otro punto tiene una diferencia de muchos grados, pues hay que considerar, además de la altura, las diferentes condiciones del sitio, el fondo muy abrigado y la parte alta, en donde casi siempre sopla un viento frío que viene de las montañas cubiertas de nieve durante todo el invierno. La vegetación también tiene grandes diferencias, en la parte alta casi solo hay gigantescos pinos, y en la parte baja se encuentran madroños, encinos y otras plantas.

En cuatro o cinco kilómetros a la redonda no se encuentra un solo habitante, y el aspecto salvaje del lugar hace resaltar más su hermosura.

Es de tal manera bello el espectáculo de la cascada de *Basasiáchic*, que cuando tres meses después de haberla visto por décima vez, visité el Niágara, sufrí una desilusión, pues sin que niegue el mérito de la catarata del Niágara, *Basasiáchic* es en muchos puntos superior. Esta opinión es la de tres o cuatro personas más que han podido hacer la comparación, entre otras, el célebre explorador Lumholtz, quien en su prolongado viaje por la Sierra Madre con objeto de estudiar el idioma, los usos y costumbres de los indios Tarahumares, visitó la cascada de Basasiáchic y me comunicó sus impresiones.[1]

JOAQUÍN G. COSÍO.

(1) Tomado de las Memorias de la **Sociedad Científica de Antonio Alzate.**

El Bosque de Chapultepec

¿Qué fue de aquellos hermosos verjeles, de aquellos bosques magníficos que los reyes de *Tenochtitlán* y de *Tezcuco* plantaron en los días de su grandeza, de su poder y de su gloria?... ¡Todo fue devastado por la barbarie de los conquistadores!

¡Sólo tú, bosque grandioso, has sobrevivido a tanta devastación y a tanta ruina! Tú embelleces todavía con tu frondosidad, con tu verdor y con tus sombras, ese sitio de tantos recuerdos, tan silencioso y lleno de misterio. Todavía en tu recinto se levantan excelsos, robustos y lozanos, aquellos *ahuehuetes*, bajo cuya sombra reposó Cortés y la hechicera Malintzin, Moctezuma y sus concubinas, y sus guerreros valerosos. Todavía esos árboles gigantes cubren con su ramaje la alberca en que se bañaron tantas hermosas indias del harem de aquel sultán; y se oye aún, junto a esa alberca, aquel mismo murmurio que adormecía a los príncipes de Anáhuac, cuando reposaban en el regazo de sus queridas después de una victoria. Todavía, recorriendo tu recinto, podemos seguir aquellas sendas por donde vagaban los guardias de la corte, cazando pájaros y alimañas; y cuando vuelan las aves entre las selvosas ramas de tus árboles, parece que silban en el viento las flechas que disparaban aquellos cazadores. Porque bajo tus bóvedas de verdura, en la espesura de tus excelsos *ahuehuetes* y en tus veredas tortuosas y sombrías, por todas partes hay recuerdos, por todas partes aparecen esas memorias de lo pasado, que por sí solas bastarían para hacerte, como eres, tan hermoso.

Venid a este bosque, hombres que amáis la soledad y que buscáis inspiraciones. Veréis qué bello es, cuando en la alborada del día interrumpen las aves con sus gorgeos el silencio con que se adormecía aquella naturaleza salvaje y misteriosa. La cumbre de los árboles más colosales se ilumina con el albor de la mañana, y entonces resaltan más esas sombras, entre las que se mecen suavemente las ramas de la selva. Por entre esas ramas flotantes y sombrías, pasan algunos rayos de luz, y uno que otro pájaro atraviesa esas ráfagas, volando perezoso.

Al medio día, la luz del sol cae sobre el bosque, como una gasa de oro que flota entre las ramas. Entonces sorprende más ese hermoso contraste de sombras y de luz, que hace aquel sitio tan bello y misterioso. Uno que otro graznido, uno que otro canto interrumpe el silencio del bosque; porque las aves van a aquella hora a buscar sombra y frescura hasta la cumbre de los *ahuehuetes*, y a esconderse del sol entre los ramosos brazos de aquellos árboles.

En la tarde, el cielo se tiñe, en el Occidente, de rosicler y nácar, se inunda con un fulgor purpúreo, o se extiende en él un velo de topacio. Sobre esa tela de luz que flota en el ocaso, veréis cómo se diseñan con sus grandiosas formas, con sus membrudos brazos, y con su tupido y sombrío ramaje aquellos *ahuehuetes*, que aislados y dispersos, forman en el bosque grupos pintorescos. Entonces vaga entre ellos ese pájaro que llaman crepuscular, porque sale a cazar insectos a la hora en que el lucero de la tarde centellea entre las ramas de la selva. ¡Qué vago se percibe entonces en esta soledad el rumor de la corte populosa y el eco sonoro de las campanas, cuya voz resuena majestuosa, cuando el ángel de la oración baja a la tierra!

En la noche, la obscuridad del bosque es imponente, misterioso el silencio de aquel vasto recinto, y poético el murmurio del viento rumoroso.

Pero nada está en más armonía con la majestad y silencio de este antiguo bosque, como esa luz aperlada y suave, esa apacible claridad que la luna derrama sobre la copa de los árboles, y esos rayos plateados del astro de la noche, que penetran entre las sombras, que vagan trémulos y brillantes cuando el follaje se agita al soplo de las auras. Entonces el silencio de la selva, interrumpido solamente por el murmullo de la noche, y la luna que riela sobre las ondas de la alberca, y las sombras de los árboles, cuyas formas fantásticas varían a cada instante, todo da a *Chapultepec* un aspecto salvaje, y al mismo tiempo augusto y misterioso. Se trasporta uno involuntariamente a los pasados siglos; y cuando entrevé algunos árboles cubiertos con la niebla vagarosa, cuando escucha el murmullo de los vientos, le parece ver un guerrero que pasa por la selva, un cazador en pie bajo un árbol, y que se apoya en su arco formidable. Entonces, cuando se levanta de la alberca un vaporcillo que la luna platea ligeramente, parece que asoma entre las aguas una de aquellas beldades indias en tiempo de Guatimoc y de Alvarado.

¡Qué majestuosos sois, soberbios *ahuehuetes*, y qué venerable es vuestro aspecto, cubiertos con ese parásito ceniciento que crece sobre vuestras ramas y brazos gigantescos! Al veros envueltos en él, se diría que el tiempo había ido acumulando sobre vosotros el polvo de los siglos. Ni las tempestades, ni el huracán os despojan jamás de ese manto pardo y ondeante que os hace tan hermosos. ¡Vivid aun por muchos siglos, árboles excelsos, que tantas veces habéis visto estallar sobre vuestras cabezas el rayo de los cielos!

¡Ah! Si en la soledad hay algunos genios que se recreen en contemplar las bellezas salvajes de una naturaleza vigorosa, magnífica y fecunda, yo les pido que sean propicios para vosotros, y que os preserven de la barbarie de los hombres. ¡Ojalá que la presente generación no llegue a ver por el suelo vuestros enormes troncos, ni mutilados vuestros brazos, ni marchito el verdor de vuestras ramas! ¡Ojalá que un siglo que presume de civilizado conserve y embellezca cada día más ese bosque, que los antiguos veneraron como sagrado, y que lo dejaron a su posteridad, como un monumento de civilización, como resto magnífico de una vejetación salvaje exuberante y prodigiosa![1]

LUIS DE LA ROSA.

(1) Este artículo se publicó en 1850. Hasta hoy, el deseo del autor se ha cumplido: el bosque ha sido ensanchado y embellecido. En su género, es uno de los paseos más hermosos del mundo.

Coatepec

SALIENDO de Jalapa, los viajeros que descienden hacia *Coatepec* disfrutan, en ese trayecto, de un espectáculo agradable por mil motivos, pues el bosque de *Pacho*, poblado de liquidámbares, iluminado por la luz matinal y humedecido por el rocío de la madrugada, no puede menos que cautivar su atención, así como las llanuras de la Orduña y *Coatepec*, el grandioso panorama que ofrecen las vertientes del Cofre de Perote y la pintoresca serranía de *Ixhuacán* y *Cosautlán*, coronada por el pico nevado del *Citlaltépetl*. El canto de los pájaros y su variado plumaje aumentan la belleza del lugar.

Nos hallamos en el centro de la región cafetera, en la que abundan, además de los cafetos, grandes plantíos de naranjos, plátanos y cañas de azúcar.

El punto de parada del tren es la ciudad de *Coatepec*, rica en negocios, situada al pie del cerro de su nombre, comúnmente llamado *de la Culebra*. Su clima es húmedo, más caliente que templado; llueve en todas las estaciones; raras veces soplan vientos fuertes, y en algunos años, caen granizadas.

Coatepec presenta bonito aspecto, pues sus calles son anchas y rectas y tienen varias casas particulares de construcción moderna, así como establecimientos comerciales bastante buenos. Entre los edificios principales de la ciudad, son de notar el *Palacio Municipal*, la *Escuela Benito Juárez*, las escuelas de niñas denominadas *Miguel Hidalgo* y *José María Morelos*, y el *Hospital*. También cuenta la ciudad con varios templos y un jardín público.

Atraviesan el Cantón varios ríos: el Sordo, el *Pixquiac* y el *Suchiapan;* son afluentes del río de La Antigua que desemboca en el Golfo y forma la barra de su nombre. Hacia el Norte de la ciudad y muy cerca de ella, se extiende un llano en el que se advierten excavaciones y ruinas de pueblos antiguos, de los que ya no hay memoria, existentes antes de la conquista. Subsisten unos cerritos artificiales, llamados *teteles,* en los que unos labradores encontraron, hace mucho tiempo, un cascabel de oro que fue vendido sin que se hubiera apreciado ni su valor ni su mérito. El que lo compró, admiró su hechura original y, sobre todo, la circunstancia de no distinguirse el lugar en que estaba la soldadura.

Se encuentran otras ruinas en los terrenos de la Orduña y *Zimpizahua,* así como en las afueras de la ciudad de *Coatepec,* entre las que puede citarse como más importante la de *Teocaque,* que representa una víbora clavada en una peña, con la particularidad de que su cola remata en donde nace un ojito de agua. Existen otras antigüedades que han tomado los coatepecanos para su uso, como una gran piedra labrada que se llamó *Cama de la Malinche.*

Coatepec es el punto principal de reunión para los compradores de café. La cosecha de éste se hace en los meses de noviembre a enero; se obtiene de mejor calidad no dejando que el grano madure enteramente en la mata. En algunas partes, todavía secan el grano y en seguida lo mortean para quitarle la cáscara; se sirven de morteros de mano; pero en la maquila y preparación del café, prestan hoy día sus servicios grandes máquinas, merced a las cuales se llevan a cabo con mayor rapidez las operaciones de lavar el precioso grano, secarlo, mortearlo, limpiarlo y clasificarlo. Las primeras de dichas máquinas se encuentran en Orizaba, Córdoba y Coatepec.

El café del estado de Veracurz ha adquirido buena fama y se exporta casi todo a los Estados Unidos, a Francia, Alemania y España.

Tomando el tren de *Coatepec* y siguiendo adelante, se pasa por Los Puentes y se llega a *Xico*. El camino ofrece hermoso panorama. Algunos pasajeros se bajan en *Xico* para ir a visitar las famosas cascadas de *Texolo*, lugar en donde se halla establecida la planta eléctrica que abastece de luz y fuerza motriz a *Jalapa*, *Coatepec*, *Xico* y *Teocelo*. Dicha planta se encuentra situada en una profunda barranca a la que se llega por una escalera de 365 peldaños; su vista es sorprendente; las aguas, al precipitarse, forman copos espumosos que igualan en blancura a la nieve; parte de esas aguas golpean sobre grandes peñascos, levantando una nubecilla que cuando es herida por el sol, produce los colores del arco iris; y el golpeo de la cascada forma lluvia menuda que rocía el fondo de la barranca, dando lozanía y frescura a la vegetación que tanto embellece aquel lugar.

En las partes planas del terreno se han establecido algunas haciendas.

María Petra Rodríguez.

Agustín Lorenzo

(EL CAÑON DE LA MANO)

En todas las poblaciones de Morelos y en las de la parte septentrional de Guerrero, se conserva por tradición el recuerdo de las hazañas — o más bien fechorías — de un célebre ladrón y famoso salteador llamado AGUSTIN LORENZO.

No he podido encontrar una persona que posea noticias exactas acerca del nacimiento, edad, lugar de origen y señas particulares de este representante conspicuo del bandolerismo; pero se puede asegurar que sus hechos tuvieron gran resonancia en aquella región, y que se grabaron hondamente en la memoria de los pueblos; pues todas aquellas gentes que nada o muy poco saben de Ayala, de Matamoros y de Bravo, saben bien la vida y milagros de Agustín Lorenzo. Según el decir de un vecino de Tetecala, fue coetáneo de Pedro Asensio. Si tal afirmación fuese evrdadera, las correrías de nuestro personaje podrían fijarse en los últimos años de la guerra de la Independencia.

Durante mucho tiempo, en algunas fiestas de los poblados que antes nombré, se representaron, — además de *retos, loas y coloquios* —, algunos *pasos* en que era protagonista el popular colega de Diego Corrientes. En 1879 vi una de esas representaciones en un barrio de la villa de Tlaltizapán.

Un tramo del camino real de México a Acapulco — el comprendido entre Cuernavaca e Iguala — y los muchos caminos vecinales que entroncaban con él, fueron seguramente el teatro de los robos de Agustín Lorenzo. Las selectas mercaderías asiáticas venidas

en la *Nao de China*, las barras de plata sacadas de Tasco y el dinero efectivo que semanariamente se enviaba a los *ingenios* para sus rayas, eran el blanco de los audaces ataques del salteador.

Los golpes de mano dados por éste, han de haber sido numerosos y de importancia; pues no hay cueva, barranco o recoveco del áspero y quebradísimo agro morelense, en que no se crea que yacen escondidos los tesoros de aquel célebre infractor del *séptimo mandamiento*. Y cuando alguien tiene alguna necesidad pecuniaria, o desea capital de importancia para una empresa, es muy frecuente oir frases como éstas: "¡Quién encontrara una de las *tapazones* de Agustín Lorenzo!" "¡Ah, mal haya una de las cuevas de Agustín Lorenzo!" Por supuesto que las voces *mal haya* están usadas incorrectamente en la última expresión.

A pesar de haber robado tanto y de haber atesorado miles y miles — según la fantasía popular —, nadie ha encontrado alguna de las mentadas tapazones del famoso ladrón. Esto se explica, teniendo en cuenta que cada vez que Agustín Lorenzo reunía un tesoro, lo escondía con arte y maña, y mataba inmediatamente después a aquellos de los miembros de su banda que le habían ayudado a efectuar la ocultación.

Aprovechando las tradiciones y las mil consejas referentes a nuestro héroe, algunos individuos de buen humor pintaron con cal, sobre un gran boquete que da entrada a una cueva, un enorme letrero que dice: ¡AGUSTIN LORENZO! ¡QUINCE MILLONES DE PESOS! Hay que confesar que lograron impresionar al público los chuscos autores de la inscripción, pues al escoger para ésta un lugar apropiado, realzaron todo lo que el asunto tiene de fabuloso.

El lugar aludido es uno de los repliegues que hacen los bellos y soberbios acantilados que forman el *Cañón de la Mano*.

El valle de Iguala es típico; puede servir de ejemplo a la definición de valle que dan los tratados elementales de geografía: *es un terreno plano encerrado en un cinturón de montañas.* Para salir de él, o para entrar por el lado norte — antes de la construcción del ferrocarril —, había que subir y bajar la *Cuesta del Platanillo,* célebre por un combate en que reaccionarios surianos derrotaron y mataron al General don Plutarco González, Gobernador del Estado de México (1857).

Cuando se trató de construir la vía férrea de Iguala, se buscó un lugar a propósito para entrar en el valle, evitando cuestas empinadas como la del *Platanillo.* Los ingenieron hallaron lo que buscaban: hallaron una *hendidura,* una *arruga* del terreno, llamada el *Cañón de la Mano.*

Entre los cerros que ciñen el valle, hay dos que dejan entre sí un hueco, una grieta larga y profundísima, en cuyo lecho corre un arroyo de caudal exíguo, al menos durante la mayor parte del año. Se hicieron obras encaminadas a arrojar las aguas hacia un lado del *Cañón,* y en el otro lado se construyó el viaducto.

El *Cañón de la Mano* es muy bello: su aspecto es grandioso e imponente. Se cuenta que algunas viajeras — a mí no me consta el hecho —, quizá anonadadas por la majestad del espectáculo, se envuelven la cabeza con su chal o rebozo mientras el tren atraviesa el Cañón. Hacen muy mal las medrosas señoras: deben aprovechar la oportunidad de gozar de un cuadro cuya rara hermosura pocas veces se ofrece a nuestros ojos.

Cuando el viajero penetra en el *Cañón,* comienza a recorrer un dilatado y tortuoso cal'ejón que podrá tener una longitud de cinco kilómetros. En el fondo, ve a un lado las aguas del arroyo, y al otro, el

viaducto por donde camina el tren; a derecha e izquierda, ve dos enormes acantilados, las masas de los cerros que forman el callejón, y que allí están labrados a plomo, como gigantescos muros, altos, muy altos, demasiado altos; y más allá del borde de los muros, aparece un jirón de cielo, de cielo claro, de cielo suriano, de cielo de un *purísimo azul como el zafiro.*

No sé cual es la altura máxima de los acantilados, pero recuerdo que, en cierta ocasión, vi tres o cuatro zopilotes que volaban sobre el tren, como si lo fueran siguiendo; estaban a grande elevación, pues se veían muy pequeños, y, sin embargo, mucho más arriba de las aves, divisaba yo los bordes de los acantilados.

Estos ofrecen en todo tiempo bellísimo especto. En el invierno, cuando se seca una parte de la vegetación que los tapiza, muestran amplios tramos de superficie tersa, como si estuviera revocada; en otros puntos, la erosión de las aguas ha producido enormes desconchados; más allá se divisan con toda claridad las capas geológicas que forman aquel terreno; en ciertos lugares, hay oquedades y rocas salientes; y por dondequiera aparecen manchas húmedas que conservan su vegetación. Entre las plantas persistentes, hay miriadas de magueyes que, adheridos a la roca, se ven como aplastados y nos hacen creer que los muros del *Cañón* están tachonados de estrellas.

En los meses de lluvias, en agosto y septiembre, la vegetación recobra su vigor y presta a las dos gigantescas murallas el atavío de su frescura, de su lozanía y de su extraordinaria exuberancia. Los helechos grandes y pequeños, la menuda hierba, los musgos, las enredaderas, los magueyes y los otates, que en apretados haces lanzan al aire sus elegantes tallos rematados por lindos penachos, toda aquella variedad infinita de plantas, cuelga los acantilados

del *Cañón* con enormes ramilletes, con dilatados festones, con regias guirnaldas y con amplios y soberbios cortinajes; y a tan maravilloso cuadro, se une, en octubre, la nota azul del *quiebraplato*, del *manto de la Virgen*, esa linda *ipomea* que derrocha sus tesoros en las florestas de América, desde las tierras frías del Canadá, donde le llaman *morning-glory* (gloria de la mañana), hasta las llanuras de Tejas; y desde estas llanuras — ayer mexicanas — hasta las campiñas chilenas, donde le dicen *suspiro*.

Cuando el viajero va absorto en la contemplación de tan insólito espectáculo, divisa de repente una oquedad, la entrada de una cueva, y lee sobre ella la inscripción: ¡AGUSTIN LORENZO! ¡QUINCE MILLONES DE PESOS!

NOTAS. — Un poco después del kilómetro 223 de la vía de **Balsas**, comienza el **Cañón**; termina antes del 230. — El apellido **Asensio** se escribe con **eses**, viene de la voz **ajenjo**. En el caso de Pedro, célebre insurgente, algunos escriben **Ascensio**, y quizá tengan razón, pues se dice que se llamaba **Pedro Ascensión**, y que sus contemporáneos suprimieron al segundo nombre la **n** final, con lo que quedó **Ascensio**.

Perfiles de Tasco

LAVADO por la tormenta y barnizado por el sol que se levanta, el caserío de Tasco, a pesar de su vejez, parece nuevo. Es un anciano vigoroso que despierta temprano, dispuesto a trabajar con alegría, bajo el cielo que canta la estrofa de un himno.

La población se ha transformado con el día. Ahora ya no es Toledo. ¿A cuál ciudad española podrá compararse? Tiene tal vez la sonrisa de un cromo andaluz; algún parentesco con las postales de Córdoba.

Se ofrece a la vista un conjunto de casas —blancas paredes, tejados rojos— que acuden, en rebaño, hacia el templo, y el templo alza sus torres como alas bruñidas de un ángel de bronce.

Las flechas que envía el sol desde las almenas de la montaña, apenas oblicuas, se clavan en un solo lado de las casas y alargan sus sombras por el lado opuesto. Así alternan paredes pulidas, tejas lucientes y sombras contrastadas.

Para poseer una ciudad, hay que contemplarla desde lo alto. Al ir por sus calles, formamos parte de la población y es ella la que nos domina y absorbe.

Las construcciones de Tasco no se apiñan ni confunden al ser observadas desde lejos. Las casas señoriales de la plaza conservan la distancia respetuosa que las separa del templo, y los árboles colocan ante él, en ofrenda, una verde corona que oculta la fealdad del kiosko central, moderno. De ese modo, Tasco se embellece más con la lejanía, como la música y las montañas.

Del conjunto emergen, destacados, el templo con sus

finas torres y el relicario de esmalte de su cúpula, revestida de azulejos policromos, y la casa de Borda que indica, con su elevación, la categoría del prócer minero que la hizo construír.

Más allá ondulan, en planos sucesivos, como en una decoración teatral, las colinas, los montes y las montañas distantes. Cada plano tiene un color diferente: las cumbres se pintan de verde sombrío; las lejanías, de gris azulado.

Sirviendo de fondo al paisaje, el tajo de peñas sonrosadas cae, a plomo, como un telón.

Tasco entero es una vasta decoración.

Cuando algún rastacuero del cinematógrafo lo conozca, seguramente lo copiará íntegro, sin prescindir del menor detalle, con sus muros, sus tejas, su empedrado y sus grietas, para el desarrollo de una película colonial.

La población es teatral, efectista, escenográfica.

Sus paredes antiguas, que exhiben los zarpazos del tiempo y manchas de humedad como flecos negruzcos, tienen por fondo otras paredes no menos viejas, pero recién encaladas, sin que la pintura —como en el rostro de las muejeres— oculte su edad.

A cada instante, la decoración cambia. Un paso, en cualquiera dirección, basta para que el viajero pueda percibir otros detalles que lo retienen y cautivan.

Líneas y planos que concurren en un punto, se separan luego, y, al separarse, transforman el diorama.

Tasco es un caleidoscopio que combina muros y tejados, en vez de cristales.[1]

FRANCISCO MONTERDE.

---

(1) El señor Monterde tuvo a bien permitir que, de su precioso libro titulado PERFILES DE TASCO, se tomasen las páginas anteriores; permitió además que la voz TASCO se escribiese con S, a fin de uniformar la ortografía del presente volúmen.

Los Campos del Altar

(SONORA)

LOS campos del Altar son un país siniestro; por doquiera montañas calcinadas, horizontes de arena, matorrales espinosos que no cambian de aspecto en ninguna estación. Lo desolado de aquellas comarcas, lo mismo se muestra a la brillante luz del día que bajo las frías claridades de la noche. Sin embargo, este desierto, tan completamente desierto, tan abominable y maldito, retiene a sus huéspedes, los fascina, como las serpientes de cascabel que allí moran fascinan, según se cuenta, a las presas de las cuales están en acecho.

Se aficiona uno, se interesa tanto por estos valles, a pesar de que son tan hostiles al hombre como pueden serlo los valles de la Luna, que se habitúa uno a vivir allí como se han habituado sus vegetales singulares, que no hallando agua en el suelo, se aferran a él, sin embargo, y se nutren del aire. Aquel desierto absorbe al hombre y lo convierte en uno de sus elementos. Yo he pasado varios años en esa tierra, sin tener libros, ni personas con quienes conversar, sin recibir noticias, sin más vecinos que unos rancheros que moraban a catorce leguas de mi choza; a pesar de todo esto, nunca me fastidié.

Los colores locales, los del suelo y los de las plantas, son neutros y casi nulos; pero los generales, los creados por la atmósfera, son de maravillosa riqueza.

En la mañana, a la salida del sol, llanos y montañas se tiñen de un color rosado tierno y ligero; en la tarde, las sierras florecen de iris en su falda y de lilas en su cumbre; y el mar —ese Mar Bermejo tan bien apodado— es un manto inmenso de metales en fusión, cobijado por nubes de color de gemas: rubíes, topacios ardiendo, amatistas y esmeraldas

Bajo el cielo intensamente azul del pleno día, todo es verde, montes y llanuras, de un verde singular, del verde lívido de las plantas que viven sin agua, de un verde descolorido, aniquilado por el sol. Los haces de tallos espinosos de las *ocotillas*, de hojas tan pequeñas como las del mirto; las salvias y los espliegos, apenas verdes, casi grises; los *copalillos* de color gris argentado; el *palo verde*, el que entre todos los vegetales parece más artificial, un árbol cuyo tronco y ramas tienen color de cardenilo; los troncos altos y estriados de los *sahuaros*, de donde brotan, a la mitad de la altura, unas ramas que parecen brazos que amenazan o que llaman; las *cinitas*, herizadas de pelos blancos, como si fueran animales muy viejos; los *cactus*, ya sea en *nopaleras*, en bolas o en nudos de serpientes; los *sahuesos*, que forman candelabros grises, como los mármoles de las ruinas; en fin, todas estas plantas, aquí, son espinosas, menos la *flecha venenosa* y algunas especies que se defienden contra los animales por medio de su resina, como el *torote* y el *copalillo*, o por su aroma penetrante, como el espliego, que también se llama lavanda o alhucema.

Armados y apercibidos para la lucha, todos estos guerreros yerguen sus tallos rígidos y sus ramas inflexibles, que resuenan al paso del viento con sonidos de lira; así es que este país vacío es singularmente sonoro y melodioso.

A la voz del viento entre aquella espesura de es-

pinos, se añade a las veces el grito de un águila o el arrullo de las palomas; de noche, el aullido de los *coyotes*, el ruido de insecto que producen las víboras de cascabel y, muy lejos, al Oeste, la quejumbre del mar, tan desierto como la tierra, de ese mar que tantas veces he contemplado desde la cima de las montañas, sin haber columbrado siquiera una vela o una espiral de humo.

La mesa o altiplanicie pedregosa donde está mi campo, pertenece a los extensos llanos tendidos al pie de las montañas y cruzados por barrancas, producto de la erosión, donde corren las aguas de los tres o cuatro aguaceros que caen durante el estío. Hay al Sur unos llanos donde la vista no se detiene sino en las dunas; y más allá, en el horizonte, se detienen en la cordillera de Lobos. A menudo, entre las dunas, se divisan columnas errantes de arena, o ligeras nubecillas de polvo que van marcando la huída de un rebaño de antílopes.

Al Oeste, más dunas, y después la mar. Al Norte y al Este, la sierra. Esas serranías, sembradas de arriba a abajo de grupos de plantas tan duras y tan inmóviles como las piedras, tienen perfiles muy puros. Nada en ellas bulle; pero con la ayuda de un anteojo, se distingue ligero movimiento, el de algún carnero que destaca su gran cornamenta.

LOUIS LEJEUNE.

(*Traducción de M. S.*)

Guadalajara de lejos

GUADALAJARA, que a justo título puede llamarse la reina de Occidente, es sin duda la primera ciudad del interior, pues si bien León tiene una población más numerosa, y Guanajuato la tiene casi igual, la circunstancia de ser la primera de estas dos ciudades muy pobre y escasa de monumentos, y de estar la segunda situada en un terreno áspero y sinuoso, aunque rico en metales, hace que Guadalajara por su belleza, por su situación topográfica, por su antigua importancia en tiempo de los Virreyes, la que no ha disminuído en tiempo de la República, sea considerada superior, no sólo a las ciudades que he mencionado, sino a todas las de la República.

La antigua capital de la Nueva Galicia, que contaba en el año de 1738 más de ochenta mil habitantes, según afirma Mota Padilla, cronista de todos los pueblos de Occidente, ateniéndose a los padrones de su tiempo, razón por la cual me parece extraño que el célebre Barón de Humboldt no le haya concedido más que diez y nueve mil, parece conservar una población igual a la que tenía en el siglo pasado, aunque según los datos estadísticos recientes, se afirma que disminuye.

Esto, y el hecho de ser el centro agrícola y comercial de los Estados occidentales, así como el haber representado siempre un papel importantísimo en nuestras guerras civiles, dan a Guadalajara un interés que no puede menos de inspirar la curiosidad más

grande a los viajeros mexicanos que la ven por primera vez.

Yo particularmente sentía un place inmenso en ir acercándome instante por instante a la bella ciudad que había oído nombrar a menudo como la tierra de los hombres valientes y las mujeres hermosas, y esto me compensaba en parte de la contrariedad que sufría por verme alejado del círculo de los sucesos militares.

Guadalajara está separada del centro de la República por una faja de desierto que comienza en Lagos, y que con la única interrupción de Tepatitlán, pequeño oasis famoso por la belleza de las *huríes* que le habitan, concluye a las puertas de la gran ciudad: de modo que ésta se muestra al viajero que la divisa a lo lejos, más orgullosa en su soledad, semejante a una mujer que dotada de una hermosura regia se separa del grupo que forman bellezas vulgares, para ostentarse con toda la majestad de sus soberbios encantos.

Por el lado de las poblaciones centrales de México, Guadalajara está defendida naturalmente por el caudaloso río de Santiago que, nacido en la gran mesa del Anáhuac, y después de formar el lago de Chapala, va a desembocar en el mar Pacífico.

Por el Occidente se alza gigantesca y grandiosa una cadena de montañas cuyos picos azules se destacan del fondo de un cielo sereno y radiante.

Es la cadena de la Sierra Madre que atraviesa serpenteando el Estado de Jalisco, y cuyos ramales toman los nombres de *Sierra de Mascota*, *Sierra de Alica* y, más al Norte, el de *Sierra del Nayarit*, yendo después a formar las inmensas moles auríferas de Durango, hasta salir de la República para tomar en

la América del Norte el nombre de *Montañas Pedregosas* (*Rocky Mountains*).

En el centro de este valle, trazado por el gran río y por la gigantesca cordillera, se halla asentada Guadalajara.

Magnífico es el aspecto que presenta al que la ve, llegando por el lado del Oriente, y después de trasponer las últimas colinas que bordan la ribera del Santiago por el paso de Tololotlán.

La vista no puede menos de quedar encantada al ver brotar de la llanura, como una visión mágica, a la bella capital de Jalisco, con sus soberbias y blancas torres y cúpulas, y sus elegantes edificios que brillan entre el fondo verde oscuro de sus dilatados jardines.

Todavía más que Puebla, Guadalajara parece una ciudad oriental, pues rodeada como está de una llanura estéril y solitaria, encierra en su seno todas esas bellezas que traen a la memoria la imagen de las antiguas ciudades del desierto, tantas veces descritas en las poéticas leyendas de la Biblia.

Efectivamente, la llanura que rodea a la ciudad da un aspecto extraño al paisaje, que no se observa al aproximarse a ninguna de las otras ciudades de la República.

En las mañanas del estío, o en los días del otoño y del invierno, como en los que llegué por primera vez a Guadalajara, aquel valle es triste y severo; el cielo se presenta radioso y uniforme, pero el sol abrasa y parece derramar sobre la tierra sedienta torrentes de fuego.

La brisa es tibia y seca; y el suelo, pedregoso o tapizado con una espesa alfombra de esa arena menuda y bermeja que los antiguos indios llamaron con el nombre genérico de *xalli*,[1] de donde se deriva *Ja-*

(1) Arena, en lengua náhuatl.

lisco, se asemeja a la rambla de un inmenso lago disecado, o al relleno cráter de un volcán extinguido hace millares de siglos.

Esto, como he dicho, en los tiempos calurosos; pero en la estación de aguas todo allí cambia de aspecto.

El cielo aparece siempre entoldado de nubes sombrías y tempestuosas; la cordillera no se distingue en el horizonte oscuro; la ciudad se envuelve en un manto de lluvia; silba el viento de la tempestad en la llanura desierta; se estremece el espacio a cada instante con el estallido del rayo, y el valle todo aparece magníficamente ceñido con una corona de tormentas.

En pocos lugares de la República puede contemplarse el grandioso espectáculo que en Guadalajara, que pudiera llamarse la hija predilecta del trueno y de la tempestad.

Parece también que este cielo y esta atmósfera influyen en el alma de los hijos de la ciudad, pues hay algo de tempestuoso en sus sentimientos; y en sus amores, en sus odios y en sus venganzas se observa siempre la fuerza irresistible de los elementos desencadenados.

Pero volviendo al camino de Guadalajara, observaré que no se advierte al aproximarse a ella ese movimiento, esa animación que anuncian la proximidad de una ciudad populosa.

Ni carros, ni caminantes, ni rebaños se divisan en aquellas cercanías.

Apenas atraviesa veloz uno que otro jinete por aquellos senderos arenosos y tristes. El silencio rodea por todas partes a la más alegre y bulliciosa de las ciudades de Occidente.

Así avanzando, y cuando se camina absorto contemplando a lo lejos aquel cuadro de desolación, re-

pentinamente una oleada de brisa fresca y balsámica anuncia al viajero que ha llegado por fin al suspirado oasis de Jalisco.

Casi sin darse cuenta de ello, toca uno en ese pueblecillo delicioso que se llama San Pedro, por el cual se entra en Guadalajara como por una portada de verdura y de flores.

San Pedro es un lugar de recreo, con lindas casas de campo y bien cultivados jardines. Desde que se entra en sus callecitas alegres y risueñas se comprende que el paraíso va a compensar a uno del fastidio del desierto.

Sobre las cercas, cubiertas con millares de parietarias, se asoma la oscura copa del nogal, el zapote de hojas brillantes, la magnolia con sus grandes y blancas flores, y el naranjo con sus pomas de oro.

Los árboles de diversas zonas se mezclan allí en admirable consorcio. El plátano confunde a veces sus anchos abanicos con los ramajes del albaricoque, y el chirimoyo se cubre de flores a la sombra de la higuera. El granado se cobija bajo las ramas del olivo, y el limonero y el manzano parecen alargarse mutuamente sus aromáticos frutos.

Se comprende, al ver esto, el por qué se ha dado a Jalisco el nombre de la *Andalucía de México*, y por qué el buen Mota Padilla, hijo cariñoso de Guadalajara, haya dicho, al hablar de ella: *que está situada en país alegre, abastecido y regalado.*

No menos entusiasta que Mota Padilla, yo también me he difundido, señores, de una manera que parecerá fastidiosa a quien no estime aquella tierra, a la que me siento unido por la dulce cadena de los recuerdos.

Perdonen ustedes mi afición a describir, y no la juzguen tan censurable, mientras que ella sirva para

dar a conocer las bellezas de la patria, tan ignoradas todavía.

* * *

Por una calzada de hermosos fresnos se atraviesa en un instante la pequeña distancia que hay de San Pedro a Guadalajara.

Desde que se penetra en sus primeras calles, hay algo que simpatiza profundamente; se ve algo semejante a la sonrisa de una familia hospitalaria; se diría que una mujer amable y buena le abre a uno los brazos y le estrecha contra su corazón.

Yo conozco muchas ciudades de la República, caballeros, y puedo asegurar a Udes. que al atravesar por primera vez el umbral de algunas de ellas, he sentido algo que me repelía, se me ha oprimido el corazón como al penetrar en una ciudad enemiga o en una cárcel.

En cada habitante que he encontrado en las calles me ha parecido ver un pícaro: cada cara me ha mirado con ceño, y la población entera se me ha figurado que me hacía una mueca de odio y de insulto. Y aunque parezca singular, puedo añadir también que en cada una de estas poblaciones *chocantes* he tenido siempre una jaqueca durante el tiempo que he permanecido en ellas, el cual he procurado abreviar para no morirme de tedio, deseando al alejarme, lo mismo que aquellos dos discípulos de Jesús al pasar por una ciudad que les cerraba sus puertas; esto es: que lloviera fuego del cielo para que las consumiera como a la antigua Sodoma.

Tengo esta debilidad, así como tengo la contraria, a saber: la de apasionarme de los lugares que a primera vista me son simpáticos.

Guadalajara lo fue.

En cada habitante que se detenía a ver pasar nuestra columna, creí ver un íntimo amigo, y ganas tuve más de una vez de apearme del caballo para ir a abrazar a la primera vieja que asomaba a su ventana, para sonreírme con benevolencia, o a la muchacha del pueblo que fija en nosotros sus negros ojos con mil promesas de tierna confianza.

En Jalisco hay, como en todos los Estados de la República, *provincialismo*: pero no es ese provincialismo celoso y estúpido que cierra al extraño las puertas, y que le ve como a un animal feroz o como al *gafo* de la Edad Media; sino ese sentimiento apasionado hacia todo lo que pertenece a la tierra natal, y que, sin ser exclusivista, procura embellecer lo propio a los ojos del extraño.

Así es que en Guadalajara, apenas llega un mexicano cuando veinte personas le rodean afectuosamente, le invitan a pasar a la casa, le brindan con la más franca hospitalidad, le procuran relaciones, y le inician por decirlo así, en todas las intimidades de aquella sociedad.

Se procura hacer deliciosa la mansión del viajero, se desea que encuentre el placer en todas partes, y se logra por fin que lleve de Guadalajara los recuerdos más alegres y duraderos.

Se conocerá la diferencia que hay, por ejemplo, entre el carácter de Guadalajara y el carácter de Puebla, en lo siguiente:

En Puebla invitan al forastero a visitar las iglesias: en Guadalajara a vistar los establecmientos de beneficencia: en Puebla, después de infinitas pruebas parecidas a las que se exigen del profano antes de entrar en la masonería, los amigos, como una gran muestra de confianza, le ofrecen agua bendita y rezan

con él un *vía-crucis;* en Guadalajara a los diez minutos de haber sido presentado, le ofrecen un banquete y apuran en su compañía la copa de la amistad.

En otras partes las mujeres apenas asoman las narices por sus balcones para ver pasar al viajero, y se apresuran a esconderse para no ser examinadas de cerca.

En Guadalajara, las mujeres se presentan francas y risueñas, comprendiendo muy bien que no es preciso ser mojigatas para ser virtuosas.

Decía yo que el provincialismo en Guadalajara consiste en querer aparecer bien a los ojos del extraño, y por este sentimiento, que es el origen de todo patriotismo, no es raro oír encomiar en sus tertulias el valor de sus guerreros, el acierto de sus gobernantes, el talento de sus escritores y la belleza de sus mujeres.

Y a fe que tienen razón.

Jalisco es la tierra de Prisciliano Sánchez, de López Cotilla, de Otero, de Herrera y Cairo, de Cruz Aedo, y de Epitacio Jesús de los Ríos; y bajo aquel cielo de fuego se ha templado la lira de Isabel Prieto, que nacida en España, se ha desarrollado desde su niñez bajo la influencia de nuestro sol, y nos pertenece por entero, como nuestro Alarcón pertenece a España.

El carácter de los jaliscienses es demasiado conocido para que tenga yo necesidad de determe en encomiarle.

En cuanto a las mujeres, en mi concepto, no sólo son hermosas sino divinas, y tienen además de los encantos físicos que el cielo les otorgó con mano pródiga, una cualidad que no es común, que va siendo más rara de día en día, que va a desaparecer del mundo si Dios no lo remedia:

El corazón, amigos míos, el corazón; lo que se llama hoy corazón; ¿entienden Udes.? No la entraña

que yo, médico, no me atreveré a negar a ninguna mujer de la tierra, sino esa facultad que, como el verdadero talento, es privilegio, y consiste en saber amar bien y cumplidamente, con ternura, con lealtad, sin interés, sin miras bastardas, sino en virtud de un sentimiento tan exaltado como puro.

Este culto del amor ya sólo existe en algunos puntos del globo: él ha sido hasta aquí la religión del género humano, pero desgraciadamente va sustituyéndose con la horrible idolatría del becerro de oro, que se halla extendida por toda la tierra, que gana prosélitos a cada momento, y que parece estar cobijada bajo las alas poderosas de la civilización.

¡Blasfemia! diría cualquiera que me oyese hablar así. En efecto, flasfemia me parece también a mí, cuando me pongo a reflexionar en que la civilización es la propaganda de todo lo bello, y de todo lo bueno, y no puede de ningún modo reputarse tal, esa infame codicia que mata las más santas aspraciones del alma.

Yo creo que esta especie de ateísmo que se burla de los sentimientos, y que no hace caso sino del estúpido goce material, no es más que el retroceso que toma una nueva forma, y que envuelve y se mezcla entre las galas del progreso para empozoñarle y destruírle, como un insecto que logra esconderse en el cáliz de una flor pomposa y perfumada para roerla y secarla

Sea como fuere, nosotros advertimos, y esto es muy perceptible, que a medida que nuestro pueblo va contagiándose con las costumbres extranjeras, el culto del sentimiento disminuye, la adoración del interés aumenta, y los grandes rasgos del corazón, que en otro tiempo eran frecuentes, hoy parecen prodigiosos cuando los vemos una que otra vez.

Cuando el mundo está así, la poesía es imposible, la

novela es difícil, y sólo hay lugar para los cuentos de *cocottes* que hoy hacen la reputación de los escritores franceses, o para las sangrientas sátiras que no por disfrazarse con la elegancia moderna, son menos terribles en la boca de los *Juvenales* del siglo XIX.

Leandro y Hero, Romeo y Julieta, Isabel Segura y Diego Marsilla, hoy serían dos tipos increíbles.

Por eso amo a Guadalajara: allí todavía el amor tiene un santuario y adoradores fieles: allí se sabe amar; allí la civilización ha entrado, pero sin sus falaces arreos de codicia y de egoísmo.

Algunas excepciones habrá, pero la mayoría de las mujeres permanece fiel a las leyes del corazón.

Y esto que digo de Guadalajara, debe considerarse dicho de todo el Estado de Jalisco.

Sí, señores; aquella es una tierra en que la naturaleza se ostenta pródiga en las bellezas físicas y en las bellezas morales.

A veces han pasado sobre ella los huracanes de la guerra, dejándola asolada, o ha corroído sus entrañas el crimen. Pero la savia poderosa de su vida se ha sobrepuesto a estas crisis pasajeras, y Jalisco se ha alzado de su abatimiento más lozano, más pomposo, más bello que nunca.

Su pueblo será grande cuando sus hijos, olvidando sus rencillas domésticas, comprendan que es en la unión donde encontrarán el secreto para hacer que vuelva su país a su preponderancia anterior; porque Udes. no ignoran, y nadie ignora en México, lo que ha pesado Jalisco en los destinos de la patria.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

La laguna de Catemaco

EL DICCIONARIO UNIVERSAL DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA, publicado en 1855 bajo la dirección del señor Orozco y Berra, contiene artículos muy interesantes que caben perfectamente en este libro, porque informarán al lector acerca de sitios hermosos de México. En algunas de las noticias contenidas en esos artículos, podrá haberse efectuado algún cambio con el transcurso del tiempo; pero en lo sustancial, el relato conserva su importancia. El artículo que reproducimos a continuación trata de un lago de la región de los *Tustlas*.

La laguna de *Catemaco* se halla en la costa de sotavento del estado de Veracruz, en la mesa de la serranía de San Martín, distante unos quince kilómetros de la villa de San Andrés *Tustla*. La mayor longitud de la laguna es como de unos catorce kilómetros; su latitud, de ocho; su perímetro, de cincuenta. Este depósito de agua está a doce mil pies sobre el nivel del mar;[1] su profundidad máxima es de quince brazas, según el reconocimiento practicado por el señor Orbegozo. El agua es potable, por lo que sirve para el uso del vecindario de *Catemaco*, pueblo bellísimo de mil habitantes, situado en la margen derecha de la laguna, y al que concurren en el verano, como a lugar de recreo y con el objeto de bañarse, muchas personas de San Andrés y de otras poblaciones cercanas.

(1) Sin duda esta cantidad es errónea: debe ser mil doscientos.

La pesca no es escasa en *Catemaco*. Abunda en el lago la mojarra de varias clases, generalmente de exquisito sabor, y hay además el *topote*, el *cuatopote*, la *pepesca*, el *moquille* (especie de sardina), el *juil* y el *mogüile;* éste último, de la familia del pulpo. Es también abundante el galápago, y no lo son menos los lagartos, cuyo tamaño medio es de tres o cuatro varas. Surcan las aguas del lago unos ciento cincuenta *cayucos*, embarcaciones pequeñas dedicadas al tráfico y a la pesca a que se entregan los habitantes del pueblo y los de las rancherías de las márgenes.

Hay en la laguna doce islas cubiertas de lujosa vegetación, en las que se encuentran plantas desconocidas. Entre las que no lo son, se hallan la zarzaparrilla, la palma real y el *ixtle* (debe ser *istle* o *iscle*.) En algunas de las islas se hacen pingües cosechas de máiz, piña y plátano.

La feracidad de las orillas y de las cercanías del lago, puede calificarse, sin hipérbole, de prodigiosa. Además de los frutos que he mencionado, se producen con profusión el café, el arroz, el garbanzo, el frijol, el cacao, el algodón, la caña dulce, la papa, la sandía, el camote, la calabaza, el chayote: en fin, todo género de frutos tropicales. No es menos rico este terreno en maderas, entre las cuales citaremos el *fonote*, de cuya corteza, después de lavada y de secada al sol, se extrae un filamento llamado *majagua*, notable por su blancura y consistencia. De tal fibra se hacen reatas de superior calidad.

Entre los pequeños afluentes que rinden el tributo de sus aguas al *Catemaco*, se halla el llamado *Arroyo Agrio* por serlo su agua, de manera que si se le mezcla una poca de azúcar, se convierte en excelente limonada. Ignoro si tal agua ha sido analizada químicamente, y por eso nada digo de la cualidad distin-

tiva que posee el flúido de que trato; es evidente que esta causa debe ser la mezcla de algún ácido vegetal o mineral, y si se atiende a que el agua de este arroyo se mantiene fría, aun en los días más calurosos del verano, puede inferirse por esta razón que contenga algo de ácido nítrico. El uso de ella no produce otro efecto que mover a veces ligeramente el vientre.

Aunque el clima de la parte en donde se halla el lago es cálido y húmedo, no por esto es demasiado ardiente; porque estando esa parte bastante elevada, recibiendo libremente los vientos del mar, del cual dista apenas diez y seis o veinte kilómetros en línea recta, y refrescada también la atmósfera con la evaporación del lago, todas estas causas contribuyen a modificar la temperatura en el lugar a que se alude, y hacen poco sensible el calor durante el día y agradables las noches por su frescura.

Distando tan sólo unos ocho kilómetros este lago del de *Santecomapan,* que tiene salida al mar por la barra de su nombre, la comunicación de ambos lagos daría benéficos resultados para los *Tustlas.* El transporte de los algodones que se cosechan en estos poblados y el demás tráfico que mantienen con Veracruz, podría hacerse, en la hipótesis insinuada, en embarcaciones de poco calado, con gran ahorro de tiempo y de gastos, por *Catemaco,* cuya distancia de San Andrés es bastante corta, como antes se ha manifestado.

Al Poniente del lago, muy cerca de éste, se halla una laguneta de corta extensión, y otras al Oriente, como a dos kilómetros; ninguno de estos depósitos de agua disminuye con la evaporación. Encontrándose el lago y las lagunas menores en las cimas más altas de la sierra de San Martín, donde se alza el volcán de *Tustla,* que hizo una de sus erupciones el 2 de mar-

zo de 1793, y existiendo lavas y otros productos volcánicos en las riberas del lago, hay entre la gente sencilla de la comarca la presunción de que aquellos depósitos de agua provienen de algún trastorno volcánico.

Circundado el *Catemaco* de colinas revestidas de vegetación, ya natural, ya artificial, que muestra la hermosa variedad del verde en toda su escala; apareciendo la vista del lago de dos maneras muy diferentes, ya como llanura tersa y plateada, apacible y deliciosa; ya con sus aguas agitadas por el viento, que le dan el aspecto majestuoso e imponente de un mar alborotado; el contraste de tales aspectos es un espectáculo encantador y sublime que no es dado a la pluma bosquejar debidamente.

Procede de esta laguna un río llamado, en su origen, *Songoloacan*, que forma a los doce kilómetros de su curso la cascada de *Ellipantla*, digna de ser conocida.

Si el *Catemaco* no tiene la extensión de los lagos de *Tamiahua* y *Chapala*, la masa de sus aguas es acaso más considerable que la de éstos, quizás por su gran profundidad que permite la navegación de buques de alto porte; por su aspecto, no es menos pintoresco que el de Pátzcuaro, y merece que se le conozca y se le visite.

JUAN SOTO.

(1) Para ir a **Catemaco**, se toma, en Córdoba o Veracruz, el Ferrocarril del Istmo. En éste se llega a la estación de Rodríguez Clara, de donde parte un ramal para Santiago **Tustla**.

La Isla de Cozumel

San Miguel de Cozumel es una isla del mar de las Antillas, cercana a la costa oriental de la península de Yucatán, de la que dista unos diez y seis kilómetros. Tiene de largo cincuenta o sesenta, y como veinte de ancho. Su latitud Norte es de 20° 30′, y su longitud Oeste de 83° 28′.

Esta isla se ha hecho notable en la época anterior a la conquista por su influencia religiosa en todas las costas cercanas. No lo ha sido menos en la época del descubrimiento del continente, por las relaciones de Fernández de Córdoba, de Grijalva y de Cortés. Y finalmente, después de la conquista, ha llamado la atención, porque siendo el primer punto que ocuparon los españoles, uno de los más poblados, y cuyas calles, edificios y construcciones, presentaron desde luego la idea de un pueblo antiguo y civilizado, su destrucción ha sido la más completa, y su despoblación tan extrema, que ha llegado a quedar completamente desierta: sin embargo, en estos últimos años ha merecido las curiosas investigaciones de algunos viajeros tan ilustrados como M. Stephens.

Los padres Lizama y Cogolludo, que son los primeros, y acaso los más minuciosos historiadores de Yucatán, aseguran que en lo antiguo la isla se llamaba *Acuzamil*, porque en su centro se encontraba un gran santuario, adonde venían en peregrinación, no sólo los habitantes de toda la península, sino los de *Tabasco*, *Chiapas* y *Guatemala*, a cuyo efecto habían construído

dilatadas calzadas y sólidos caminos, siendo el más notable uno que se dirigía desde el pie de la pirámide principal hasta el mar, para que, sin riesgo de perderse, como dice Cogolludo, llegasen al templo a cumplir sus promesas, a tributar sus ofrendas, a hacer sus sacrificios, a pedir el remedio a sus necesidades, o a consultar los oráculos de sus deidades falsas. Entre las tradiciones conservadas en la época de la conquista, apenas merecen mencionarse una que otra, pues la inverosimilitud del resto, haría inútil y fastidiosa cualquiera relación.

Se habla de un convento de monjas, del que nunca querían salir, permaneciendo vírgenes, y cuyos retratos o estatuas que se conservaban después de su muerte, llegaban a ser adoradas como diosas y aun se conservaba el nombre *Zuhuy Kok*, esto es, fuego virgen, a la que estaban encomendadas las educandas de aquel monasterio, y a la que ofrecían sus sacrificios.

Adoraban por dioses a sus reyes difuntos, siendo los más notables el de la guerra, que se distinguía por una flecha, y se llamaba *Akhulané* o *Akhulneb*, y el patrón principal del gran templo, cuya visita causaba la peregrinación hasta aquella isla, se dice que era muy distinto de todos los demás, y de una figura extraña, de enorme tamaño, de barro cocido, hueco y pegado a la pared con cal. A sus espaldas había una especie de sacristía, con una pequeña puerta oculta por donde entraba alguno de los sacerdotes, y desde allí respondía a las preguntas y demandas que le dirigían los peregrinos. Creían los miserables alucinados, dice Cogolludo, que el ídolo les hablaba, y no dudaban de lo que les decía, por lo que lo veneraban más que a los otros, le hacían cuantiosas ofrendas y le sacrificaban aves, perros y aun a veces hombres, siendo muy

grande el concurso de todas partes y la multitud de los que venían a consultarle y a solicitar remedio en sus aflicciones y cuidados.

Cozumel hace un papel muy importante en la época de la conquista. Poco podríamos decir de los descubrimientos de Colón y de Córdoba, que pisó aquella isla, conducido por el piloto Juan Alaminos, en 1517, el que ya había acompañado a Colón en su cuarto viaje, cuando reconoció la isla de Guanaja; pero sí podríamos decir mucho sobre el viaje de Juan de Grijalva, capitán general de la flota del rey de España, habilitada por don Diego Velásquez, publicado en italiano en Venecia, en 1522, y después en francés por Ternaux-Compans en su Colección de viajes y relaciones de América, en el tomo décimo; y lo mismo del de Hernán Cortés, si los límites de este artículo nos lo permitiesen.

Diremos solamente, sobre su estado actual, algo de lo que refiere el célebre viajero M. Stephens, quien dice que el primer objeto que llamó su atención en Cozumel, fue una fuente de agua pura y cristalina, cuya construcción denota desde luego su antigüedad, e indica bastante haber sido obra de las mismas manos que construyeron la antigua ciudad de *Uxmal*. La fuente se encuentra en una gruta o caverna, con su bóveda y correspondiente cúpula, más ancha a la entrada que en el interior.

A primera vista se notan los restos de muchas construcciones de oratorios o templos, siendo la pirámide principal el objeto de los cultos y el término de la peregrinación de los antiguos habitantes de todo Yucatán, para los que, como Roma con respecto a los cristianos, era su orbe católico.

En medio de una vegetación exuberante de árboles seculares, se advierten todavía muchos vestigios de la antigua población. Uno de ellos se ve a cerca de

doscientos pies de la playa, por encima de los árboles de los bosques que se acercan a la costa. Es una pirámide situada sobre un terraplén, con escaleras a los cuatro lados, y cuya base es de diez y seis pies cuadrados; tiene cuatro puertas, que miran a los cuatro puntos cardinales. El exterior es de piedra labrada, y se conoce que estaba cubierto de estuco y adornado de pinturas, cuyos vestigios se ven todavía. Las puertas dirigen en el centro, por un corredor estrecho de veinte pulgadas, a un cuarto de ocho pies y seis pulgadas de largo, con cinco pies de ancho.

A seiscientos pies de la playa se encuentra otro edificio levantado encima de un terraplén, y sobre él una pieza de veinte pies de frente y dos varas diez pulgadas de profundidad; tiene dos puertas y una pared atrás de siete pies de espesor. Hasta la bóveda, que es triangular, hay tres varas y media de altura. Sobre las paredes se reconocen también vestigios de pinturas.

En la parte más espesa de la selva, detrás de los edificios mencionados, hay otra ruina no menos interesante. Es una iglesia construída después de la llegada de los españoles: su largo es de doscientos pies, y su ancho de setenta. La pared del frente ha caído enteramente, pero las de los lados conservan todavía la altura de siete varas. Queda también alguna parte de la obra de yeso, y a lo largo una línea de adornos pintados. La parte interior está llena de las ruinas, de las bóvedas y cubierta de zarzales; un árbol ha crecido en medio del altar mayor, y todo presenta una escena de lamentable destrucción. La historia de esta iglesia no es menos oscura que la de los templos arruinados, o *cúes* (de la palabra maya *cu*, que significa Dios). Cuándo se edificó, y por qué se abandonó, como también su verdadera existencia, son cosas que enteramente se ignoran, pues no hay memoria ni tradición

alguna, y sería infructuosa hoy cualquiera tentativa para investigar su historia, no quedando sino la idea de la vanidad de las empresas humanas, y de la ignorancia de los conquistadores acerca del valor de las regiones descubiertas en América.

Cogolludo sólo encontró la tradición de que en Cozumel estaba el supremo santuario, a donde no sólo los moradores de esta isla, sino los de tierras muy distantes, concurrían a la adoración de los ídolos que en ella veneraban; lo que comprueba con los vestigios de las calzadas que atraviesan no sólo a Cozumel, sino a todo Yucatán, siendo muy notable la que llega hasta la playa del mar, por el punto donde un brazo de él divide a esta isla de la península de Yucatán. En otra parte dice: "Estas calzadas eran como caminos reales, que guiaban sin recelo de perderse en ellos, para llegar a Cozumel, al cumplimiento de sus promesas, a las ofrendas de sus sacrificios, a pedir el remedio de sus necesidades y a la errada adoración de sus dioses fingidos."

Cozumel, finalmente, se ha hecho célebre por el descubrimiento que hicieron los conquistadores en el expresado santuario, de una cruz de piedra, que ocupa en los anales de Cogolludo y de Lizama, muchos capítulos. Esta cruz se encuentra ahora en el convento de franciscanos, llamado la Mejorada, en Mérida, capital de Yucatán, a donde fue conducida probablemente por algún piadoso fraile, cuando se despobló esta hermosa isla.

ISIDRO RAFAEL GONDRA.

Oaxaca

La vieja Antequera se adormece bajo las caricias del calor incipiente. Se anuncia la primavera en la voluptuosidad de esta mañana, ensoñadora. La primera impresión de *Oaxaca* es la de que el mundo ha disminuído de estatura o que ha aumentado el índice de la pesantez. Los edificios no alcanzan altura desmesurada; los portales que rodean la plaza son bajos y profundos, sus pilares macizos, y alguno, en su esquina, presenta dos gruesos resaltos: es una esquina acorazada. Sólo las casas del barrio céntrico tienen dos pisos; las demás son bajas, de grandes muros y risueños interiores. Dominando este conjunto de edificios, atalaya y fortaleza, el templo de Santo Domingo se alza arrogante. Desde sus bóvedas se domina toda la población; poseyéndolo a él, se posee a Oaxaca; por eso ha sido teatro de combates, centro de la resistencia, foco de las armas en las diversas guerras civiles. La catedral, rechoncha, no compite con Santo Domingo; las demás iglesias se esfuman: sólo él impera.

Oaxaca está rodeada por cerros bajos que le forman una pequeña hondanada en el gran Valle que dio nombre al Marquesado de Cortés. En el extremo de un cerro que parece ceñir la población, hay un paseo, y domina todo una estatua de Juárez, señalando con su diestra extendida la estación del ferrocarril. Dicen que cuando algún forastero se muestra disgustado de *Oaxaca*, lo llevan ante esa estatua que le señala el camino por donde debe alejarse.

La vida en *Oaxaca* se desliza apacible y grata. Des-

de la terraza del *Edén*, al mediodía, cuando aprieta el calor; al anochecer, cuando la sangre vibra largamente de sensualismo, las inquietudes ceden el puesto a un bienestar consciente, satisfecho de sí, pero no frívolo. El ocio dorado, en estos atardeceres, reconforta el espíritu. Nos sentimos más jóvenes, capaces de empresas gloriosas, de obras brillantes y, hasta con algo de romanticismo, de actos heroicos.

CUANDO LLUEVE, OAXACA TOMA UNA COLORACION VERDE

Es la coloración de los edificios que con la humedad acentúa ese matiz. Entonces, *Oaxaca* es una ciudad de jade. Ahora *Oaxaca* es gris como las ciudades castellanas. Cada ciudad tiene su color inconfundible como tiene su espíritu: *Querétaro* es rosa; Puebla, policromada con predominio de los azules y los rojos; *Cuautla*, verde; *Zacatecas*, roja...

La plaza mayor, en *Oaxaca*, es de una exuberancia tropical. La sombra que dan sus árboles espesos es negra en la resolana, fresca en el calor, helada en el frío. El ornato principal de la plaza son las chicas que noche con noche gozan de la frescura, paseando en grupos al rededor de las cuatro bandas. La vida de la provincia es así, con sencillez edénica, con regularidad cronométrica que vienen sólo a interrumpir las fiestas anuales o los acontecimientos políticos, temidos y odiados.

Fuera de eso, la santa Paz reina en *Oaxaca*.

LA CASA OAXAQUEÑA

Es distinta de las demás casas coloniales, de la mexicana de afelpado *tezontle*, de la poblana de espejeantes azulejos, de la queretana de fina cantería. La

casa oaxaqueña es baja de proporciones, maciza de muros, ayudada por contrafuertes exteriores que, a veces, hasta aspectos de fortaleza le prestan. No tiene el orientalismo poblano, sino más bien se asemeja a las casas de las ciudades de Castilla. Su portada es simple; un dintel encuadrado entre columnas, y un balcón arriba, también entre columnas, que descansan sobre las de abajo. Todo con gran predominio del muro, del lleno, sobre los vanos. Esta casa está construída en plan de defensa contra terremotos, así como el templo y el monasterio. Las hay suntuosas, como las de los marqueses de Fagoaga; las hay sencillas, como la mayor parte de ellas, casi todas de un solo piso. Tras el zaguán hay un pequeño arco de tres curvas, dos cuartos de círculo laterales, unidos a un medio punto central por dos ángulos rectos, y luego queda el patio. El patio sí se parece a los de las demás casas coloniales: el patio es de los elementos característicos de la casa colonial. A veces se nota influencia poblana, la más vecina, pero las más tienen individualidad, carácter propio dentro del sistema a que obedecen.

Claro que no todas las casas viejas son iguales. Recuerdo la portada de una, completamente clásica, bajo bárbara capa de cal; una trabe adintelada, dos medallones con relieves de busto; parece una portada de Avila.

Las casas modernas son tan abominables como las de todo el país. Avergonzarían a la generación que las hizo, derribando para ello joyas insustituíbles, si esa generación tuviera un adarme de sentido artística, de cultura arquitectónica, de patriotismo bien entendido que pugna por hacer de México, no un simio de Europa, sino un país que conserva su individualidad propia, individualidad que no pudo arrebatarle del

todo la conquista, que acrecentaron los siglos y esperamos ver algún día reconocida de propios y extraños.

EL MONASTERIO OAXAQUEÑO

No ofrece más diferencia característica respecto de sus semejantes de otros sitios, sino su fortaleza, mayor, si cabe, que todos los monasterios son fortalezas; sus dimensiones no son desmesuradas, salvo en el caso prócer de Santo Domingo.

Los hay humildes, como el de San Francisco, perdido en un barrio remoto, de una pequeñez, de una miseria digna del *poverello* asceta. Los hay intermedios, como el de San Agustín, como el de la Soledad, éste sin vigoroso carácter arquitectónico, con un claustro de pilares pidamirales, y que en el abandono y ruina en que yace, vese más miserable que un edificio paupérrimo, pero gozoso de su limpieza y culto. Los hay suntuosos como el grande majestuoso palacio o castillo de Santo Domingo, en el cual, en un momento, ha hallado hospedaje todo un ejército: diez mil soldados que mandaba el general Porfirio Díaz.

El convento de Santo Domingo parece haberse ido formando por agregación de sucesivos edificios; primero un patio, luego otro, luego otro. El claustro principal es de las obras coloniales más conocidas de Oaxaca, con el interior del templo de Santo Domingo y la fachada superpuesta de la Soledad. Hay en su centro una fuente que en un tiempo estuvo adornada de columnas; sus corredores están formados por arcos de medio punto que descansan en medias muestras adosadas a pilares. Estos pilares, por el exterior, hacen de contrafuertes, y por dentro sobresalen en grandes resaltos rectangulares en los que hubo retratos pintados. Tiene el claustro bajo bóvedas nervadas,

y el alto, vaídas. La gran escalera que sube al convento está cubierta con una rica bóveda decorada como la del crucero del templo. ¿Qué más? El patio llamado de la torrecilla evoca en sus gruesos bloques el aspecto de un medioeval castillo; en dos de sus ángulos hay pasadizos apoyados sobre trompas... Y esta enormidad de convento ruinoso, donde resuena ahora la resolana de la escoleta; abandonado, sumergido en el polvo y en la desgracia, paciente como el más miserable Job, cuya pena, interminable, lenta, viene apenas a turbar uno que otro viajero curioso y atrevido, ha visto repetidas veces manos codiciosas hurgar sus entrañas en busca de fantásticos tesoros. La ignorancia se ha cebado en él sin comprender que es él mismo el tesoro de que habla la leyenda. Veneremos sus piedras grises, bruñidas en admirable desgaste por el tiempo.

MANUEL TOUSSAINT

El Santo Desierto

A la memoria del Naturalista
D. Gabriel V. Alcocer

AL pronunciar la palabra *desierto*, brota en nuestra mente la idea de soledad, de carencia de vegetación, de suelo estéril y arenoso. Sin embargo, por su origen, el verdadero significado de la voz es el de *abandono*. Un sitio aislado, sin población, inculto, inaccesible o difícilmente accesible, abandonado del mundo, aunque tenga vegetación exuberante, aunque lo cobije el más esplendoroso de los cielos y lo circunden los horizontes más dilatados, un sitio así, bien puede llamarse *desierto*, bien puede calificarse de *yermo*. No es maravilla, pues, que a un cerro enhiesto, cercano a *Tenancingo*, perteneciente a los montes de *Nixcongo*, vestido de opulenta fronda, con cuestas agrias y empinadas que hacen difícil el ascenso, y con un monasterio carmelitano construído en la meseta de la cumbre, no es maravilla digo, que se le llame *El Desierto*. Por el edificio que lo corona, a causa de ese monasterio de carmelitas, dedicado antaño a prácticas religiosas, a las veces muy austeras, los habitantes de *Tenancingo* y de los pueblos comarcanos le llaman *El Santo Desierto*[1] o simplemente *El Desierto*.

El viaje, desde la ciudad de México hasta aquel his-

(1) El presente artículo es un trabajo de vulgarización; trata ligeramente del asunto. Los que deseen noticias más extensas pueden consultar las páginas 121 y 132, respectivamente, del **Boletín del Museo Nacional de Arqueología** (Tomo II, 4ª Época, enero a marzo de 1924); allí, los señores don Enrique Juan Palacios y don Federico Gómez de Orozco publicaron sendos artículos que abundan en noticias del Monasterio y de la región en que está ubicado.

tórico y pintoresco sitio, es fácil y barato; además es ameno: el camino de la Capital a Toluca, ya por la vía férrea, ya por la carretera de automóviles, ofrece a la vista *risueños paisajes;* el tramo de Toluca a Tenango y a *Atlatlauca* (por apócope le llaman *Atla*), recorrido en cómodos vagones que van en una vía férrea construída con esmero y con esmero cuidada, es también agradable, pues permite contemplar el extenso valle tolucense (antes valle de *Matalcingo*), muy poblado y bien cultivado; permite contemplar hacia el Suroeste la dentada cima del Nevado de Toluca; al Sureste, el altanero *Zempoala,* que algunas veces, en diciembre y enero, luce cándida corona de nieve; al Sur, el azulado *Xuxtépetl,* ante el cual, cierto insigne poeta virgiliano exclamaba:

¡Oh monte, monte de quietud venero,
en tu ardua selva rumorosa y fría,
acógeme ya pobre y forastero!

En *Atla,* término del ferrocarril, se encuentran camiones y automóviles que por módico precio llevan a los viajeros a *Tenancingo* en una hora, cuando el tiempo es seco; en hora y media cuando el tiempo es de lluvia. El recorrido de este tramo es deleitoso; la carretera se halla en medio de un *ocotal* espeso: se ven *ocotes* a la derecha y *ocotes* a la izquierda; unos pequeños, de color verde claro, otros añosos, de color verde obscuro; la rojiza tierra del camino contrasta con el verde variado de la selva, y el precipitado correr del carruaje hace aspirar con delicia el aire fresco impregnado de brea. Saliendo de la Metrópoli a las siete de la mañana, puede uno llegar a comer tranquilamente a Tenancingo entre la una y las dos de la tarde. Mientras se come, puede proyectarse el ascenso al *Santo Desierto.*

Este ascenso lo hacen a pie los habitantes de aque-

lla serranía y los intrépidos alpinistas; pero los simples mortales, los sedentarios urbanos, esos necesitan la ayuda de un caballo o de una paciente acémila. Ambos animales se consiguen con facilidad en Tenancingo. Dura el viaje dos horas o un poco más; al principio se recorre un planío, después se trepa por empinado cerro. La vista del agro tenancingueño es grata y apacible: montes boscosos, campiña verde, cielo azul y sol esplendoroso. Yo transité por aquella planada al mediodía; soplaba fresca brisa, y el calor no molestaba; la serenidad del paisaje y lo bien logrado de los maizales que se tendían a la vera del camino, ensanchaban el corazón: aquellas sementeras llevarían el pan y el bienestar a muchas criaturas. Esos terrenos, o son fértiles, o los labriegos que los siembran son de aquellos hombres beneméritos que cultivan amorosamente sus tierras. La contemplación de un campo que *muestra en esperanza el fruto cierto*, que dijera Fr. Luis, me ha subyugado siempre, ha sido para mí espectáculo bienhechor. ¡Con qué suprema elegancia se yergue la fina caña de maíz, rematada por amarillenta espiga! ¡Cómo cuelgan en torno de ella las anchas y largas hojas de verde muy subido! ¡Cómo se ostenta la ubérrima panoja, envuelta en su cubierta amoratada que se abre hacia arriba para dar escape a blondas cabelleras! Sin querer se recuerda lo que dijo Chocano:

> Brota el maíz entre hojas relucientes
> y se destaca en los fecundos llanos,
> como si le aclamaran los hispanos
> por rey de las indígenas simientes.

Al llegar a las lindes del llano, comienza el ascenso del montecillo donde se alberga el monasterio carmelita. La senda está muy empinada y su recorrido produce fatiga; es angosta, pedregosa a trechos y

trazada en *zigzag;* en sus flancos se abren profundas simas. Va en medio del bosque; árboles corpulentos, tiernos arbustos, hierba menuda y grandes matas de helechos se ofrecen a la vista por doquiera; al volver los ojos a uno y otro lado, se piensa involuntariamente en lo terrible que sería rodar por aquellas hondonadas que limitan los bordes del sendero; la marcha sobre éste se efectúa poco a poco; los caballos, jadeantes, detienen sus pasos a menudo y respiran con fuerza; al fin se columbra entre los árboles una portada ruinosa, hecha de tosca mampostería: es la entrada en el recinto del *Santo Desierto.* Tal recinto se halla enteramente circundado por gruesa tapia de piedra que mide varios kilómetros de longitud; el área concedida a los carmelitas, según rezan los documentos correspondientes, fue de una legua cuadrada; pero n realidad, el área comprendida dentro de las tapias es menor que la mencionada. El tramo que media entre la puerta de mampostería y el monasterio es bastante largo, mide un cuarto de legua; va en medio del bosque; tiene de trecho en trecho unas cruces, son las *estaciones* donde se detienen a orar los peregrinos que enderezan sus pasos hacia el convento. Hasta que se halla uno a pocos pasos del edificio, es cuando éste se deja ver; los árboles que lo rodean lo ocultan del todo a las curiosas miradas del viajero.

Al traspasar los umbrales de la portada para penetrar en el recinto de aquel yermo, los visitantes, sobre todo, los que cultivan *el amor del árbol,* tienen a su vista un espectáculo de insólita hermosura: una calzada, una avenida formada por dos hileras de altísimos pinos, de follaje tan obscuro que se antoja negro; los troncos de aquellos colosos de la vegetación son tan gruesos y se alzan rectos con tal gallardía, que semejan la grandiosa columnata de dilatado y

gigantesco pórtico. Esos estupendos vegetales que detuvieron mis pasos y me pasmaron, son *cedros del Líbano*, legítimos *cedros del Líbano*, de esa familia de árboles famosos, cantados y ensalzados desde las páginas de la Biblia hasta las de los libros de viajeros modernos. Los monjes carmelitas, habitadores de aquella cordillera asiática, enviaron una almáciga de tales árboles a sus hermanos del *Santo Desierto;* éstos los plantaron probablemente, en los últimos años del siglo XVIII o en los primeros del XIX: ya tienen, pues, derecho a contarse entre los árboles seculares. Como aquel retiro, aquel *secreto seguro y deleitoso*, no tiene, desde hace muchos años, quien lo cuide con solicitud constante y cariñosa, sus arboledas, atacadas quizás por algún parásito, se están destruyendo; muchos cedros se han secado ya, y sus troncos han sido derribados. Tuve la curiosidad de medir uno de éstos y hallé que tenía treinta y seis metros; quedó adherido a las raíces un trozo como de un metro, y contando, además, la altura de la ramazón que lo remataba, puede asegurarse que aquel árbol era de cuarenta metros. Los que lo abatieron me aseguraron que no era de los más altos; por eso me inclino a creer que aquellos cedros tienen una altura comprendida entre cuarenta y cincuenta metros. Don Enrique Juan Palacios afirma que, visto el monte del *Desierto* desde puntos lejanos, las copas de los cedros sobresalen de toda la arboleda y se columbran como *ceja obscura y crespa*. La Sociedad Forestal Mexicana ¿no podría hacer algo en pro de aquellos gigantes? ¿No sería posible intentar su reproducción?

* * *

Es bien sabido que la Provincia de San Alberto, de la orden de carmelitas descalzos, establecida en la Nueva España, fundó un yermo en las montañas que

limitan por el Oeste el valle de México, cerca de *Cuajimalpa.* El lugar se ha hecho célebre; se le llama *El Desierto de los Leones.* Don Federico Gómez de Orozco, poseedor de excelentes documentos carmelitanos, describe pormenorizadamente la fundación de este monasterio, en un interesante artículo que publicó en el número correspondiente a mayo y junio de 1922, tomo I, Época IV, de los *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología.*

Según el curioso relato del señor Gómez de Orozco, el carmelita Fr. Juan de Jesús María, Prior del convento de la Puebla de los Ángeles, concibió la idea de fundar un yermo semejante a los que había en España. Buscó un sitio a propósito y lo halló, tal como lo quería, en un punto comprendido en la jurisdicción de *Huexotcingo;* además, obtuvo la promesa de amplia ayuda pecuniaria por parte de un rico gaditano, don Melchor de Cuéllar, que, abundando en caudales y careciendo de sucesión, deseaba favorecer con largueza a la Orden del Carmen.

La fundación de institutos religiosos en Nueva España tenía grandes dificultades: era indispensable obtener del Rey una cédula de permiso; era necesario el consentimiento de varias autoridades de la Colonia, y todo esto demandaba largo tiempo y múltiples diligencias. Fr. Juan no pudo vencer los obstáculos que se opusieron a su empresa; desistió de llevarla al cabo, al menos en el obispado de Puebla; pero dio pasos para realizarla en el arzobispado de México.

El tesón de los Carmelitas, la liberalidad de Cuéllar y de otros magnates, la aquiescencia del Arzobispo y la voluntad casi omnipotente del Virrey, triunfaron de contradicciones; los religiosos se apercibieron a la ejecución de la obra, y, aunque no sin tener que alla-

nar graves dificultades, la casa conventual quedó terminada en 1611.[1]

La mente de los carmelitas de Nueva España al fundar un yermo, fue tener un sitio retirado, un seguro escondido, un refugio alejado del ruido mundanal, refugio apropiado para aquellos que aman la soledad y necesitan satisfacer un anhelo del espíritu. La construcción de una clausura en el Desierto de los Leones no satisfizo aquel deseo. Lo cercano del convento a la ciudad de México, lo pintoresco del sitio y la curiosidad que sentían muchos de contemplar a los solitarios llevaban día por día multitud de visitantes al yermo; como esos visitantes pertenecían generalmente a elevadas clases sociales, los monjes se veían en la precisión de agasajar a tales personas; esto los obligaba a desatender el cumplimiento de sus reglas monásticas y a gastar cada año algunos miles de pesos en refrigerios y colaciones ofrecidas a sus numerosos huéspedes.

Los habitantes de los pueblos circunvecinos, deseando acortar las distancias que tenían que recorrer en las caminatas diarias que efectuaban a diferentes puntos, y mirando que lograban su intento fácilmente atravesando la huerta del convento, no vacilaban en abrir portillos en las tapias del inmueble y transitaban por éste como por un camino real.

Estaba rigurosamente prohibido que las mujeres penetrasen en el interior de la casa. Para que la prohibición tuviera mayor fuerza, en lo alto de una de las

(1) En aquella época, los Carmelitas contaban entre sus miembros a un insigne ingeniero, el lego Fr. Andrés de San Miguel; éste sabio matemático fue el constructor del monasterio cercano a **Cuajimalpa**, de otras varias casas carmelitanas, entre ellas la de Salvatierra, en cuya edificación le sorprendió la muerte; construyó el puente de **Tlaquiltenango** y el que está sobre el río de **Jojutla** (Morelos) y otros más; tuvo parte en la obra colosal del Desagüe del valle de México y fue por muchos años el consultor de todo el país en materia de Arquitectura, Mecánica e Hidráulica.

puertas, sobre unas tablillas, estaban fijadas las excomuniones que los papas Clemente VIII y Gregorio XV habían lanzado, a este respecto, contra las que desobedeciesen tal mandato; sin embargo, parece que las indias no entendían de excomuniones, y, con terquedad increíble, penetraban con frecuencia en aquella mansión.

Hubo un tiempo en que la madera estaba muy escasa en la ciudad de México y se proyectaron varias obras que la exigían; los frailes del Desierto temieron que se diera orden de cortarla en el predio de éste, y sus temores fueron fundados, pues la orden fue dada.

Tantas contrariedades y tantos obstáculos hicieron perder la paciencia de los carmelitas del Desierto y los obligaron a pensar seriamente en abandonar su yermo de *Cuajimalpa* y buscar un sitio que satisficiera sus anhelos. En ese tiempo ya existía el convento del Carmen de *Toluca* y ya poseía importantes bienes raíces, entre ellos, la hacienda de la Tenería, muy cercana a *Tenancingo*. En un cerro perteneciente a dicha hacienda y a los montes de *Nixcongo*, se fijaron los miembros de la Provincia de San Alberto para fundar un yermo que no tuviera los inconvenientes del de Santa Fe y que llenara las aspiraciones de los amantes de la soledad.

Estudiado maduramente el asunto, consultado con los padres graves de la Orden, se comenzó a llevarlo a la práctica. En el capítulo provincial de los carmelitas, efectuado el 15 de abril de 1780, se acordó la traslación del convento que había tenido su asiento en los montes de Santa Fe y *Cuajimalpa* al montezuelo ya dicho, ubicado en la jurisdicción de *Malinalco*. Conforme el Definitorio con tal acuerdo, redactó en 12 de mayo de 1780 un memorial para el virrey don Martín Mayorga. El asunto entró en complicada tra-

mitación que duró años enteros; por fin en 21 de noviembre de 1796, el rey Carlos IV despachó en el Escorial la cédula de permiso para la erección de aquel retiro monacal. El Justicia Mayor de *Malinalco* dio solemne posesión a los Carmelitas, el 23 de marzo de 1797, del sitio donde iba a levantarse el nuevo convento.

Éste fue edificado en brevísimo tiempo, pues el 15 de febrero de 1801 se efectuó la dedicación de la iglesia y monasterio, según lo afirma una inscripción que leí en el presbiterio de la iglesia del Desierto, en el muro correspondiente al lado de la Epístola. En casi todos estos pormenores, sigo el ya citado artículo del Sr. Gómez de Orozco.

* * *

Entre las partes que integran el edificio conventual del Desierto, descuella la iglesia. Su planta tiene la forma de una cruz latina; la torre no se alza en la parte delantera del templo, sino en la posterior; la anterior da a un gran patio oblongo que sirve de atrio; a uno y otro lado de éste hay dos patios menores con fuentes, cuyo fondo y brocales muestran muy lindos azulejos; se notan partes desconchadas; los azulejos van desapareciendo; no es raro que visiten aquella morada, además de los devotos de la Virgen y los del arte, los devotos de lo ajeno. Los patios que acabo de mencionar están limitados por otros departamentos de la casa; uno de ellos es la amplia y larga crujía, abovedada y decorada al temple, a la cual se abren las puertas de las celdas. Éstas no son muy espaciosas, pero tampoco estrechas; sus paredes están pintadas; sus camas, compuestas de tablones que reposan en vigas empotradas en los muros, no convidan al descanso; una ventana de regular tamaño, abierta hacia el huerto, da luz a la estancia.

El huerto se extiende en torno de tres lados del monasterio; sus árboles frutales, en un tiempo famosos, hoy están descuidados, casi arruinados. Los legos carmelitas cultivaron allí lindísimos rosales y lograron recoger abundantes y exquisitas variedades de rosas.

La cocina, el refectorio, el salón de los secretos, donde, en voz bajísima, pueden conversar dos personas colocadas en ángulos opuestos, todo esto llenaba su objeto, y hasta el departamento de letrinas, tan descuidado en aquella época, es cómodo, a pesar de su rudeza. En toda la casa se nota el sello de la austeridad; fue hecha, como es natural, para los que buscan la soledad y la penitencia, no para los que aman el regalo del cuerpo.

En mi visita a la iglesia y a la sacristía del Desierto, no encontré las alhajas y preciosidades de antaño; hogaño, todo es pobreza en aquella mansión. En el presbiterio de la iglesia, sobre una puerta que se abre al lado del Evangelio, mírase la estatua orante de don Melchor de Cuéllar, benefactor de los Carmelitas, a los que concedió con prodigalidad miles y miles de pesos para la fundación del yermo de Santa Fe. Los frailes del Carmen, agradecidos, no quisieron abandonar los despojos mortales de su favorecedor y los llevaron al Desierto de Tenancingo. La estatua de Cuéllar es pequeña y carece de las condiciones de una obra de arte; no impresiona gratamente.

En cambio, en una capilla que da al crucero, se venera una imagen de Jesucristo que perteneció al célebre obispo de Puebla don Juan de Palafox y Mendoza y que lleva el nombre de *El Señor de las Siete Suertes*. La escultura es bella; queda complacido el que la mira con ojos de artista; más complacido aún el que está animado de fervor religioso.

Cuéntase que la exquisita escultura pasó de las manos del Obispo angelopolitano a las de una monja, la que, sintiendo que no viviría largos años, se desvelaba pensando a quién donaría la queridísima imagen. Cierta vez, encomendó al azar de una rifa la resolución del asunto; rifó el Cristo entre varias iglesias y casas de su predilección, y el yermo carmelita resultó favorecido; repitió siete veces la rifa y siempre la suerte señaló al supradicho yermo: hé aquí por qué aquella efigie de Cristo lleva la advocación de *El Señor de las Siete Suertes.*

* * *

Saliendo del interior del monasterio y vagando de aquí para allí por la ardua selva que lo circunda, se encuentran algunas ermitas; son pequeños recintos cerrados por tapias; en su interior contienen un oratorio, una pieza para dormir, una cocina y un patio, todo muy reducido. Algunos de los monjes, no contentos con estar ya separados del mundo en aquel convento, se aislaban de sus hermanos de clausura, y se iban a vivir solitarios, temporadas más o menos largas, en aquellas ermitas. En cada una de ellas había una campana que servía al solitario para llamar en caso de enfermedad o cuando se le habían agotado los víveres.

Son sitios muy notables de aquel bosque, algunas depresiones del terreno que constituyen verdaderos abismos; al borde de algunos, se alzan grandes rocas que forman antepecho y permiten gozar del panorama como en un cómodo balcón. *El Balcón del Diablo* se llama el que yo visité; desde él, se espació mi vista por dilatadas lejanías. En primer término se muestra la hacienda de *Jalmolonga,* donde, según se dice, se cultivó la caña de azúcar, después de haber sido sem-

brada en *Cuernavaca; Malinalco* está muy cerca de *Jalmolonga,* pero lo cubren unos cerros y no puede verse desde el *Balcón del Diablo;* más lejos se tienden los planíos morelenses de *Palpa* y *Miacatlán;* hacia el Sur, se divisa una aglomeración de cerros; se hace notable la mole abultada del de *Jojutla;* al pie de una de aquellas eminencias se nota un punto blanco: es el curato de *Tlaquiltenango,* que fue en su origen un convento franciscano y pasó luego a manos de los dominicos. Se columbran también desde ese balcón del Desierto los más gallardos crestones de la serranía *Tepozteca,* una de las bellezas más extraordinarias del agro morelense.

* * *

Hubo en Tenancingo un ciudadano distinguido, amante de su pueblo, el Sr. don Ruperto Millán, que poseía la hacienda de *Chalchihuapan,* muy próxima a la ciudad citada. Millán fue diputado al Congreso de la Unión, era amigo personal del presidente Lerdo y estaba afiliado al partido liberal. Durante nuestras tristes revueltas intestinas, cuando tropas liberales entraban en Tenancingo en són de guerra, muchas familias que profesaban ideas conservadoras, temiendo ser objeto de alguna tropelía, buscaban el amparo del Sr. Millán, acudían a *Chalchihuapan* y allí encontrabran amplia hospitalidad y defensa, pues el dueño de la finca tenía gran ascendiente sobre los corifeos liberales. Al advenimiento de la República, Millán quiso servir a sus conterráneos de otra manera; acudió al Gobierno Federal, procedió con suma diligencia y obtuvo del presidente Juárez que el monte y convento del Desierto no entrasen en la adjudicación de la hacienda de la Tenería, sino que fuesen donados a

la ciudad de *Tenancingo*, representada por su Ayuntamiento.[1]

Hoy, ha de haber en *Tenancingo* muchas personas que no sepan quién fue don Ruperto Millán; pero los coetáneos de éste siempre le agradecieron el bien que les hizo, al obtener para su tierra natal la posesión del célebre monasterio que han amado tanto los hijos de aquella comarca.

Después de la exclaustración, continuó viviendo en el retiro del Desierto un carmelita llamado Fr. Pedro que, con una que otra interrupción, permaneció en aquella casa y la cuidó con solícito esmero. Actualmente, el sacerdote católico y diligente arquéologo don Canuto Flores, usando discretamente de la muy merecida influencia que ejerce sobre los pueblos de la región tenancingueña, procura con amantes cuidados la conservación del edificio carmelita del Desierto. A la exquisita benevolencia del P. Flores debo la satisfacción de haber visitado y conocido el célebre yermo de los montes de *Nixcongo*.

* * *

Una de sus celdas me abrigó durante la noche; allí pasé horas de reposo. Al día siguiente, cuando ya el sol estaba sobre el horizonte, me apercibí para el descenso del montecillo. Confieso que experimentaba yo cierta desconfianza, pues parecíame que la bajada ofrecería algunas dificultades y peligros. Felizmente no fue así. Caminando poco a poco, dejando floja la rienda al manso animal que me llevaba, fui bajando,

(1) Estas noticias me fueron comunicadas desde hace mucho tiempo por dos tenancinguenos, por el naturalista don Gabriel V. Alcocer, amigo mío desde la infancia y ahijado de Millán, y por el Lic. don Ignacio Manjarrés, primo de don Ruperto y magistrado que fue del Tribunal de Justicia de Morelos.

bajando, sin que hubiera nada anormal en aquella marcha.

La lentitud de ésta me permitió contemplar a mi sabor el cuadro inmenso que se ostentaba ante mis ojos. La mañana era fresca, serena y deliciosa; la diafanidad del cielo, extraordinaria; los picos fantásticos de nuestras montañas se perfilaban claramente en lontananza; el caserío de *Tenancingo* se dejaba ver en toda su extensión, reclinado voluptuosamente sobre el cerro del Calvario. Este cerro, piramidal o cónico, es sin duda una rica presea de aquella campiña. Al mirar otros cerros vecinos, cuya cima conserva aún restos de murallas construídas por razas que ya fenecieron, restos quizá de viejos *teocallis*, pensé que tal vez el monte que hoy sostiene el edificio del Desierto, sostuvo antaño un templo del paganismo, un altar levantado a deidades de una religión politeísta, así como la actual pirámide de *Cholula* fue el pedestal de un adoratorio erigido a *Quetzalcóatl*, así como el Monte Casino donde San Benito fundó su abadía, fue asiento de un magnífico templo de Apolo.

Los antiguos habitantes de América, que no llegaron a la alta concepción de una religión monoteísta, contaron seguramente entre sus dioses a los montes y a los árboles; quizás tuvieron en su Teogonía miriadas de ninfas que, como las Oréades, las Dríades, las Nepeas y las Hamadríades, guardaban amorosamente las montañas, los bosques, los valles y los árboles en particular. "Las cosas son divinas", dice Taine, y por eso la fe del hombre primitivo puso un dios en cada una de ellas. Nosotros también tenemos fe, aunque de otra forma; sentimos necesidad de renovarla en presencia de los grandes espectáculos de la

Naturaleza, y por eso vamos a contemplar las montañas, los prados y los árboles, que, con su sin par belleza, reviven nuestro espíritu ensombrecido y enfermo por las desilusiones, por el ajetreo pungente de la vida mundana, por la atmósfera malsana de la urbe moderna.

Pensando en el bello simbolismo que encierran las Mitologías, seguí mi camino descendente, contemplando con arrobamiento la infinita diversidad de los seres vegetales. Los múltiples encantos de la mañana, la dulce orquesta de los jilgueros y la nota colorida de las mariposas en el verde variadísimo de la floresta, excitan la fantasía y hacen soñar y creer que los apretados grupos de encinas y pinos, altivamente erguidos, son batallones de soldados que se aprestan para una marcha bélica; se figura uno que los pinos añosos, gruesos, enhiestos, aislados en los claros del bosque, heridos en su rugosa corteza por el hacha del leñador, son centinelas avanzados; y que las hileras de tiernos *ocotes*, airosos y gráciles, que van desde la falda hasta la cumbre, son falanges de Canéforas que, tocadas con verde y fragante corona, conducen arriba sus canastillas de flores, ofrenda de los humanos a los dioses.

Caminando ya sobre el planío que se tiende al pie del monte del Desierto, volví mis ojos hacia él para contemplarle por última vez. Si hubo en efecto templos paganos en aquella eminencia, ojalá que hayan sido alzados a la dulce *Centéotl*, que aceptaba benigna los presentes florales y se conformaba con sacrificios de conejos, mariposas y codornices; pero si hubo aras para el tenebroso *Huitzilopochtli*, si allí se derramó sangre humana, si allí reinó la maligna hechicera

Malinalli, hermana del Dios de la Guerra y fundadora de *Malinalco*, entonces debemos alegrarnos íntimamente de que hayan sido aniquilados tan abominables ritos y de que hayan desaparecido tan horribles costumbres; y debemos sentir honda satisfacción al ver que hoy, con beneplácito de millones de almas, allá en la cima del monte del Desierto, se rinde culto a una Madre amorosa y a la insignia redentora que ofrece sus brazos abiertos a los hombres.

Apéndice al Santo Desierto

PARA completar las noticias que se dan en el artículo anterior, relativas al *Desierto de los Leones*, voy a agregar dos notas: una que es de tradición popular y que no he visto impresa en ningún libro ni documento; la otra es la descripción breve que hace de dicho convento carmelita el viajero italiano Gemelli Carreri que vino a México en 1697. El libro de Gemelli, que no es sino parte de una obra mayor escrita en italiano y traducida a otras lenguas, se publicó en español hace mas de cien años, pero en extracto y con varios errores. Últimamente, en 1927, la *Sociedad de Bibliófilos Mexicanos* publicó una bella edición de 150 ejemplares numerados y con el nombre del dueño del ejemplar (miembro de la Sociedad). Esta edición tuvo por original una traducción que hizo directamente del italiano al español el señor don José

María de Ágreda y Sánchez, distinguidísimo bibliófilo y hombre de letras.

Pensé publicar también lo que dijo en la relación de sus viajes el sacerdote católico inglés Tomás Gage, que también visitó la Nueva España en la época colonial. Lo que dice Gage del yermo de Santa Fe, nada nuevo agrega a lo dicho en el artículo anterior; además, parece que su afán de censurar a los católicos españoles, le hace incurrir en exageraciones.

La noticia que se ha conservado por tradición popular, cuenta que una virreina, visitado el yermo, concibió vehementes deseos de ver el interior del monasterio y rogó con instancia al Prior que le permitiese entrar. El Prior se resistió, pero al fin consintió en dar gusto a su distinguida visitante. Mientras se efectuaba la visita, cuenta la tradición popular, un fraile iba marcando con un pedazo de yeso, y con el mayor disimulo, los ladrillos pisados por la Virreina. Al retirarse ésta, todos los ladrillos pisados fueron destruídos y cambiados por otros.

* *

El viaje de Gemelli al Desierto se halla en la página 158 del libro citado. Dice así:

"Deseando yo ver el eremitorio de los religiosos carmelitas descalzos, y necesitando para ello licencia del Provincial, fui a pedirla el sábado, día 18, con don Felipe de Rivas y otros dos amigos a San Angel, pues

había prometídomela días antes el mismo Provincial. Nos recibieron con mucha cortesía el Rector y otros padres y nos dieron de comer bien. Obtenido la licencia, nos pusimos en camino por una mala calzada y llegamos a la puerta de la cerca una hora después de haber anochecido, porque tardamos mucho tiempo en subir el monte por otra calzada de media legua de largo, que había costado al convento seis mil pesos. Tocada la campana, esperamos media hora para tener audiencia, a causa de que el convento está retirado de allí una milla, y fue necesario enviar un indio que estaba adentro a que diese aviso, el cual volvió con la llave. Vino a recibirnos a la puerta el padre Prior con otros religiosos, nos hospedaron en un departamento a propósito y nos dieron buena cena.

El domingo, día 19, luego que oímos misa, vino a nosotros un religioso para llevarnos a ver la iglesia y los dormitorios. La primera es pequeña, y tiene cinco altares modestamente adornados, y están en ella las sepulturas del fundador y sus descendientes. Las bóvedas de los dormitorios son bajas y las celdas chicas. De trecho en trecho hay devotos oratorios en los que pueden los padres celebrar la Santa Misa cuando quieren. Hay también una buena biblioteca y un jardín que no produce sino manzanas y rosas. Además del convento hay allí nueve lugares solitarios a los cuales se retiran los religiosos en tiempo de cuaresma o de adviento, o en algún otro que sea de su agrado. En cada uno de ellos se ve un oratorio, una celdita, una cocina y un pequeño jardín de frutas y flores, regado por una clara y fresca fuente. No es permitido a los religiosos comer allí ni aún peces, sino solamente

frutas y queso, o a lo más un potaje de legumbres. Hacen oración a la misma hora que los del monasterio, por cuya campana se gobiernan.

Todo el espacio de este eremitorio, que es de cerca de siete leguas, está rodeado de un buen muro hecho de pieda y cal. Hay dentro altísimos montes cubiertos de elevados y frondosos pinos y algunos abetos, y se encuentran allí libres, aunque encerrados, ciervos, leones, tigres y conejos que llegan hasta bajo de las ventanas del convento. Habiendo yo matado un ciervo, disgusté grandemente a los religiosos, pues está vedada en aquel lugar, no se sabe por qué, la caza.

Lo más admirable en este eremitorio es que desde su fundación se han visto siempre en él dos cuervos que no permiten la entrada a otros de fuera, y al punto que sus cuervitos pueden volar, los sacan de allí. El cocinero llama con un silbo a estos dos cuervos y vienen, comen y se vuelven al bosque. El clima es hórrido y destempladísimo a causa de la continua niebla que hay en las montañas, ocasionada de los ríos y valles de los alrededores, por lo cual padecen mucho los religiosos si se detienen allí.

A poca distancia se ve un monte llamado DE LOS IDOLOS porque en otro tiempo los indios sacrificaban en él. Todavía se ven en la concavidad de un bajo y antiguo muro ciertos idolillos de barro, y algunos indios no muy firmes en la fe, va a hacer allí sus abominables ofrendas.

Fué fundado el eremitorio en 25 de enero de 1605 bajo el título de Nuestra Señora del Carmen, por don Melchor Cuéllar, europeo, que habitó hasta su muerte en la Puebla de los Angeles. Además de haber fabrica-

do el convento y dejado renta para que se sustenten los religiosos, gastó veintiseis mil pesos en circundar tan grande espacio con el muro dicho, y después hizo donación al monasterio de los oficios de ensayador y de fundidor que producen cerca de dez y seis mil pesos, como antes he referido: por lo que haciéndose un cálculo general, el gasto será de seiscientos mil pesos, que con su industria adquirió en los oficios expresados, pues cuando vino de España era pobre. Doña Mariana Niño, su mujer, fué como él, bienhechora de esta misma orden; fundó el colegio de San Ángelo, y de su dote dejó a éste rentas suficientes para el mantenimiento de los religiosos."

Aquí termina lo que atañe al Desierto. Sigue una noticia curiosa de los españoles que, enriquecidos en Nueva España, costearon la fábrica de suntuosos conventos en la ciudad de México.

. . . . . .

. . . . . .

No siendo permitido estar en el eremitorio más de veinticuatro horas, nos volvimos a México el lunes día 20; y para ver el manantial del agua que viene a la ciudad, tomamos el camino de Santa Fe, a donde llegamos a comer después de haber andado dos leguas. Brota el agua al pie de un monte; una legua antes de llegar a México entra en unos canales abiertos y luego en acueductos cerrados, los cuales la comunican a todos los cuarteles de la ciudad. Cerca del manantial se ve la casa en que vivió muchos años en ejemplar retiro, Gregorio López natural de Madrid. Una

señora mexicana hizo fabricar en aquel sitio un oratorio para que en él se dijese misa, y una cómoda casa para ir a ella con ese fin. Habiendo andado desde allí tres leguas, regresamos a nuestras casas ya de noche.

La Cascada de Tizapán

UNA montaña se endereza al borde del abismo; caprichosas rocas de granito se agarran a la montaña con sus enormes antenas de piedra, como temerosas de caer: por la cumbre de la serranía, soberbia, espantando con sus mugidos a las aves que huyen despavoridas al acercarse a ella, viene amplia y magnífica una corriente de agua.

De improviso, el álveo se pierde, el río aborda el precipicio; encréspase como si tuviera el vértigo de la altura, oscila un minuto y desbaratando al fin su cauce en el vacío, brinca, se precipita, azota con furia gigantesca las peñas de la pendiente y rueda por fin en lo hondo de la quebradura, jadeante, bañando sus nuevas riberas con blanquísima sábana de espuma, en tanto que su hálito de brumas sube al cielo entre las alas multicolores del arco iris.

Enmudeced a toda la naturaleza en torno de la maravilla, escuchad el grito del trueno que abriga en su líquida falda, y si algún otro que no sea Dios, debe hablar allí, dad una voz a Chateaubriand o una lira a Heredia.

Hé ahí una de las grandes fases de la naturaleza, hé ahí lo sublime, hé ahí lo que hace temblar.

En cambio, venid a orillas de la corriente plácida, venid y sentaos cabe la ribera amiga, en cuyas doradas arenas brotan las flores y juegan las aves; venid junto al arroyo en cuyas guijas la paloma bebe agua mirando al cielo.

Allí la cascada es un fuego de cristal, cuya caída quiebra dulcemente la tersa superficie del riachuelo, arrojando en todas direcciones lluvia de rocío que aljofara los débiles estambres de las flores.

Allí duermes tú entre los nevados borbotones de espuma, arrullada por el balido de la cascatella, por el susurro de los álamos y el suave piar de las alondras; allí ¡oh musa de Teócrito y de Gessner! allí moras, exponiendo al alisio de la mañana tu arpa eólica, y mezclando a las misteriosas voces de la naturaleza la tuya argentina y melodiosa. ¡Oh dulcísima hada de los campos, blonda y tierna poesía del idilio, hija de la calma del corazón y de las horas tranquilas!

Junto de soberbias construcciones llenas de esa severa poesía de la industria moderna rodeada de un paisaje encantador, se halla la pintoresca cascada de *Tizapán*. De lo alto de la fábrica, que ha ido a buscar a orillas de la corriente el alimento de sus enormes máquinas, se disfruta de un panorama bellísimo. Mirando hacia la Capital, sobre las policromas colinas que la rodean, vemos tenderse todos esos deliciosos pueblecillos del S. O. del Valle, los de blancos caseríos y perfumadas flores; a lo lejos, siguiendo la dirección de la cinta de hierro que parte de San Angel, levántase, sobre sus gigantescos sabinos, Chapultepec, ese bardo de piedra que cuenta tan poéticas leyendas a los ecos convecinos, mientras vela armado de punta en blanco sobre el tesoro de los aztecas; aún más allá, tras una planicie entre cuyas múltiples ondulaciones se esconde Tacubaya, se mira, perdida un tanto en la bruma, a la *Tenochtitlán* de nuestros abuelos.

Del otro lado, las montañas cubiertas de largas procesiones de pinos, el Ajusco azul con su fugaz diadema

de nubes, y al Oriente los dos volcanes con sus eternas coronas de nieve.

Empero, todo aquel paisaje tan rico en colorido, soberbio de variedad y de esplendor en sus líneas, en sus accidentes, en su cielo incomparable, parece formado como para servir de relicario a la primorosa caída de agua, que embarrancándose entre las flores, lamiendo los guijarros de su cauce, sombría y silenciosa, allá en donde se proyecta la sombra de la fábrica, fresca y verde y traviesa bajo los árboles que se miran en sus linfas, por donde quiera que se la contemple, habla de poesía, invita a la paz de la vida, mientras empuja muellemente sus olas por el estrecho cauce.

¡Cuántas dulcísimas horas he pasado junto a ti queriendo comunicar a mi sangre el frescor de tus aguas! ¡Cuántos pensamientos míos han ido tras de cada uno de tus prismas líquidos! Allí hánse ahogado entre la rica pedrería de tu espuma, en esa mágica hora del crepúsculo en que el sol deja vacío a la contemplación del mundo su inmenso lecho de púrpura! En ti admiré otra de las infinitas fases de la naturaleza, no la que estremece, sino la que hace soñar.

Justo Sierra.

Sierra de Pachuca

ATOTONILCO EL CHICO

¡Cuán agradable, risueño y pintoresco es el lugar en que se asienta el Mineral del Chico! La topografía del lugar y la vegetación primaveral que allí se manifiesta eternamente, ofrecen al naturalista un campo vasto para sus estudios.

Atotonilco el Chico se encuentra a tres leguas al Norte de Pachuca; y desde el momento en que el viajero sale de este punto con dirección al primero, empieza a experimentar las sensaciones más agradables. No existe entre ambos lugares una vía que merezca verdaderamente el nombre de camino, pues solamente un estrecho sendero cruza por entre precipicios y desfiladeros que a cada paso infunden temores y sobresaltos aun al viajero más animoso, y que sólo lo pintoresco del lugar puede inspirarle el valor necesario para proseguir en su anhelado viaje. Adelántase el sendero por la muy inclinada falda del cerro de la Magdalena; y si bien su ascenso es cada vez más peligroso, ofrece, en cambio, la oportunidad de poder admirar más libremente las gigantescas obras de la naturaleza.

El acompasado y lejano ruido de las máquinas de vapor, y el que produce el martilleo incesante de los morteros en las haciendas de beneficio; el sonido confuso causado por el choque de las cadenas destinadas a las obras de desagüe; el rechinar de los malacates, el estrépito del agua empleada como fuerza motriz,

y el retumbante estruendo de la pólvora en las concavidades de las minas, no producen, ciertamente, las bellas armonías de la música ni del canto de las aves: mas aquel conjunto de sonidos inarmónicos, aquellas disonancias, hieren, sin embargo, de una manera grata el oído del viajero, porque esos sonidos son la voz del trabajo, cuyos ecos, conducidos velozmente por el viento, pregonan por todas partes los triunfos de la industria.

Allí todo es movimiento: en los tenebrosos antros de la tierra, miles de trabajadores se afanan por arrancar a ésta los tesoros que guarda en sus entrañas, mientras que exteriormente las máquinas de vapor, con el movimiento uniforme de sus balancines, hieren con su varilla maestra la dura corteza de la tierra para extraer el agua que, brotando a torrentes por los vertederos, froma después arroyos cristalinos: vense girar las poderosas ruedas hidráulicas con pausado movimiento, comunicándolo a los morterros y arrastras: grupos de acémilas en los patios de las haciendas de beneficio recorren en círculo las *tortas* minerales que cubren el suelo simétricamente: los pequeños carros que conducen el metal, deslizándose por una vía férrea, aparecen súbitamente por los socavones de las minas; y por último, la misma naturaleza parece que lucha contra la destrucción decretada por los consumidores de leña, porque allí mismo, donde se ven derribados, y muchas veces inútilmente, hermosos y corpulentos árboles, brotan los renuevos, como si la naturaleza tratase de enseñar al hombre un gran principio económico, que por negligencia abandona.

Poco más allá del cerro de la Magdalena, el ruido que nace en la industriosa población de Pachuca, llega al oído como un vago rumor que, debilitándose más

y más, acaba por extinguirse completamente: entonces el silencio de las soledades, la quietud de las selvas, se enseñorean de esos amenos lugares; silencio y quietud que sólo son interrumpidos de vez en cuando por los golpes del hacha del leñador, por el soplo impetuoso de los vientos, o por el fragor de las tempestades.

Desde el desfiladero de una gran eminencia, en el fondo de una barranca, y rodeado de reducidas tierras de labor, descúbrese el pintoresco pueblo de Cerezo, cuyo conjunto, por la distancia, aparece como un paisaje en miniatura.

En lo más fragoso de la sierra se encuentra un pequeño llano cubierto de césped y matizado de flores, como un rico tapiz que ha tendido allí la naturaleza. Ese llano de corta extensión y cercado de altas montañas, que se conoce con el nombre de *Sabanilla*, con su verde alfombra y sus límpidas corrientes, incita al viajero a descansar de sus fatigas y a mitigar su sed. A la derecha de ese pequeño Edén, se levanta majestuosa la cresta de la sierra con una forma caprichosa: parece que la mano de un hábil artista ha colocado en la cumbre de la montaña las rocas que la coronan, con arreglo a las precisas reglas de la arquitectura. Una serie de huecos e intersticios, formados por el hacinamiento natural de las rocas, hace dudar, al pronto, de que aquello sea obra de la naturaleza, a no revelarlo la poca simetría, que es lo que constituye esencialmente lo sublime de las grandes obras de la naturaleza. Esta cumbre se conoce con el nombre de *Ventanas del Chico*.

Bellos, majestuosos, sublimes se presentan los variados paisajes que por todas partes se dibujan en el fondo de un cielo purísimo. Contémplase en primer lugar la sierra de Pachuca, con sus cumbres de for-

mas caprichosas; el Zumate, el Jacal y los Pelados o Navajas, la Peña del Águila, las Peñas coloradas, las Brujas y el Ahuizote; las que circundan el Mineral del Monte; los Jaspes, la Peña Alta y otras de menor importancia; pero sobre todas descuella la aglomeración de peñas llamadas *las Monas*, al S. O. del Chico, y que aparecen a lo lejos como un grupo de estatuas.

Al Noreste, terminando la sierra de Pachuca, se extienden las llanuras de Atotonilco el Grande, limitadas al Norte por la gran barranca de Metztitlán, que es un prodigio de la Naturaleza. Dibújase aquella barranca en el término de la llanura, sin que la vista pueda abarcar toda su longitud, y en vano se esforzaría la imaginación por hallar la causa de aquella obra sorprendente. La sierra alta de Zacualtipán, más allá de la barranca, cierra el horizonte de tan bello paisaje.

Las feraces campiñas que se distinguen a lo lejos, que con sus cimas llegan hasta la región de las nubes; las vastas llanuras que se dilatan perdiéndose en el horizonte, todo desaparece ante el nuevo espectáculo que ofrecen las montañas de Actopan con sus gigantescos monolitos.

Hacia el occidente, en medio de frondosas selvas, se extienden las campiñas de Actopan. Los cerros que por el S. E. circundan a esta población, cubiertos de árboles y plantas, sustentan en sus cimas aquellas rocas colosales de pórfido, aquellos monolitos, de los que algunos alcanzan a cien metros de elevación, y que aparecen como estatuas gigantescas o como soberbios edificios, verdaderas maravillas del arte o de la arquitectura.

El aspecto que tales obras naturales presentan, varía con el lugar de observación elegido: desde el

camino de México al Interior, se distinguen como un grupo de estatuas representando monjes en oración, motivo por el cual se les da el nombre de *los Frailes*. Cerca de Actopan, se ven clara y distintamente los monolitos, irguiendo sus moles gigantescas y rasgando con sus picos elevados las nubes, que impelidas por los vientos llegan a chocar contra sus masas. Más grandioso, más sorprendente es el aspecto que presentan, observadas desde las llanuras y montañas de Pachuca: uno de aquellos monolitos, y de los más voluminosos, descuella dominando a los demás, y otros dos a los lados de éste, y en posición más avanzada y simétrica, figuran la cúpula y las dos torres de un templo cristiano. La ilusión es completa: el viajero llega a creer por un momento que viaja por Inglaterra, y que acercándose a Londres distingue ya próxima la famosa catedral de San Pablo.

Variado y de otro género es el paisaje que se extiende por el Sur: llanuras interrumpidas por algunas sierras cuyos accidentes y detalles se dibujan perfectamente; lagos que bañan con sus aguas una gran extensión de terreno, y los cuales, vistos desde el declive de una montaña al descender a la llanura, producen la ilusión óptica de los límpidos espejos verticales; montañas gigantescas que por partes rodean esas campiñas, y que a medida que más se alejan aparecen medio veladas por la bruma, asomando resplandecientes en el último término del paisaje las nevadas frentes del Popocatépetl y el Iztaccíhuatl. Tal se ve el pintoresco Valle de México.

Prosiguiendo la excursión por la sierra de Pachuca, interrumpida por algunas horas, a causa de la contemplación de los otros lugares descritos y de que no se puede prescindir, el camino de Pachuca al Chico presenta sin interrupción objetos admirables: ya son

los accidentes de aquel fragosísimo suelo; ya la selva umbría con sus aves canoras de esmaltados plumajes; ya las rocas caprichosas que coronan las cimas de los montes; ya el aspecto que ofrece el Mineral del Chico, que surge de pronto en el fondo de una deliciosa cañada.

Desde el momento en que se comienza a descender por el fuerte declive de la montaña, se descubre el caserío diseminado en un suelo fragoso, los huertos y jardines que rodean las habitaciones, y en posición dominante el templo de orden dórico, con su elevada cúpula. Un límpido arroyo que va a unirse al río de las *Adjuntas* pasa serpenteando por la población y poniendo en movimiento con el impulso de su corriente la maquinaria de la hacienda de San Cayetano. Las montañas que circundan completamente la población, se hallan, en su totalidad, vestidas de una vegetación lozana, dominando entre las plantas los oyameles, que, con sus gaciosas copas de figura cónica, se destacan unas de otras con cuanta simetría puede caber en las obras de la naturaleza, y se escalonan desde la base a la cima de las montañas. Brotan de las eminencias raudales de agua, que en su caída chocan y saltan de peña en peña, produciendo un sonido armonioso, se abren paso al través de un rico cortinaje de plantas y de flores silvestres y fecundizan la cañada de San Diego, sitio de los más pintorescos, en donde la pródiga naturaleza ostenta eternamente su espléndido ropaje primaveral. Allí los árboles corpulentos con sus nudosos troncos cubiertos de lama y plantas parásitas; el agua que juguetea multiplicando sus corrientes para encajonarse después en su cauce, acariciando con su espumosa linfa las exquisitas flores de un verde prado, y las variadas aves y mariposas que vuelan de rama en rama y de flor

en flor, todo forma un bello conjunto, imagen fiel del paraíso perdido, que inmortalizó Milton con sus cantos.

Si por su buena suerte llega a presenciar el viajero alguna de aquellas escenas conmovedoras, tan frecuentes en aquellos lugares, que tan favorablemente predisponen el alma para recibir gratas sensaciones, nace la inspiración y se desea el genio del artista para transladar al lienzo sus impresiones, o el numen del poeta para cantar las maravillas de la naturaleza. La imaginación más atrevida apenas puede forjar un cuadro como el que tuve la dicha de presenciar, y del que me permitiré hacer un pálido bosquejo.

Era una noche de invierno, muy cerca ya de la época del plenilunio. En un cielo diáfano y sereno la luna derramaba sus vívidos fulgores por toda aquella espléndida naturaleza: el curso y movimiento de las cascadas se hallaba interrumpido por la congelación del agua, la cual, herida por los resplandores del astro, suspendía sobre el abismo las yertas masas de sus cristales, o serpeaba por los declives de las montañas como ricos filones de plata virgen. Iluminado el interior del templo, de sus ventanas se desprendían los rojizos rayos de la luz artificial, contrastando con la blanca y apacible luz de la luna. El repique de las campanas, cuyos ecos repetían las montañas, anunciaba un acto religioso. En efecto, los trabajadores de las minas y algunos niños y ancianos, con cirios encendidos y entonando cánticos de alabanza, salían del templo con el mayor recogimiento, precediendo a un sacerdote que conducía el sagrado Viático. Siguiendo la procesión por las asperezas del suelo, se detuvo pocos instantes en un lugar, cual si hubiera sido intencionalmente el elegido para presentar en toda su majestad aquel cuadro conmovedor.

En ese momento la luna había llegado al punto más

culminante de su carrera, desprendiendo con mayor intensidad sus rayos luminosos. La tersa superficie de las hojas de los árboles, la linfa cristalizada de los ríos, los inclinados techos de las casas, las montañas y el suelo, todo reflejaba la argentada luz de aquel astro, y no se veían más sombras que las que proyectaban las plantas o la que producía, de una manera indecisa, el humo del incienso y de las antorchas, el que, como las plegarias de los hombres, se eleva al estrellado firmamento. ¡Cuadro admirable, lleno de belleza y de unción; poético y pintoresco para el artista, sublime y arrobador para el creyente!

Aquella procesión continuó su marcha para llevar los consuelos de la religión al moribundo, y regresó al santuario. Algunos instantes después todo se hallaba sumergido en la más completa calma y silencio; sólo el tiempo, por el indefinible sendero de los siglos, y el esplendente astro de la noche por su camino sembrado de estrellas, prosiguieron cumpliendo con las irrevocables leyes de su destino.

El recuerdo de aquella hermosa noche vivirá eterno en mi alma.

ANTONIO GARCÍA CUBAS.

La Sierra de Tepoztlán

La gran cuenca que se conoce con el nombre de Valle de México está separada del Estado de Morelos por una intrincada e imponente aglomeración de montañas — algunas de altísima cumbre — que forman distintas serranías y llevan diversas denominaciones. En la vertiente meridional de este macizo montañoso, casi en la falda de él, al Norte de la ciudad de *Cuernavaca* y a muy pocos kilómetros de ella, se yerguen unos cerros cuyo conjunto forma la *Sierra de Tepoztlán*. Vista desde lejos, semeja una especie de costa adherida a la falda de la gran cordillera.

Su extensión es corta: está comprendida entre los meridianos 0° y 0° 10′ de longitud oriental de México; y su eje tiene una largura de veinte a treinta kilómetros, desde el extremo occidental, cortado por la vía férrea de *Cuernavaca*, hasta el oriental, formado por una eminencia que, a causa de la forma caprichosa de su cima, se llama *Cerro del Sombrerito*.

Las abruptas colinas que constituyen la serranía tepozteca son de conformación tan rara, de forma tan fantástica, de aspecto tan peculiar, tan bello y pintoresco, que quizá no se halle algo semejante en otras comarcas montañosas del suelo mexicano.

La erosión efectuada por las lluvias, carcomiendo las cimas, las vertientes y los acantilados; abriendo surcos, haciendo cuevas y cavando tajos, contribuye a hacer más y más fantástico el aspecto de la Serranía. Las cumbres de ésta son de diferentes alturas y

de variadísimas formas: las hay esféricas, cónicas, cuadradas, alargadas y puntiagudas; fingen almenas, torreones y murallas; semejan fortalezas erizadas de toda clase de obras de defensa; y aparecen como edificios ciclópeos derruídos por la mano del tiempo.

En algunos tramos, los cerros se suceden unos a otros; en ciertos lugares, se amontonan, se aglomeran de tal modo, que parece que los mayores quieren echarse sobre los menores; y entre cerro y cerro, se forman barrancas de pendiente rápida, en cuyo lecho discurren las aguas pluviales, bramadoras y raudas, formando impetuosos torrentes.

Hay sitios en que dos eminencias, cortadas a plomo, forman dilatados callejones. Los acantilados que les sirven de muros alcanzan bastante altitud; en parte están desnudos, en parte carcomidos y en parte ornados de bella y copiosa vegetación.

Sigueindo hacia el Poniente la dirección del eje de la Sierra, a muchos kilómetros de distancia, sobre la falda de la misma aglomeración montañosa citada antes, en el sitio pintoresco donde está ubicado el célebre *Santuario de Chalma*, se yerguen también unos cerros enteramente iguales a los que forman la cadena tepozteca. Sin duda que el fenómeno geológico que formó esta singular cordillera, comenzó a producirse en Chalma, se interrumpió en seguida y vino a terminar en *Tepoztlán;* o quizá dio nacimiento a una larga serranía, en la cual, fenómenos posteriores han abierto amplísima solución de continuidad. Lo que haya pasado acerca de esto, lo podrán explicar solamente los geólogos, que saben leer, en páginas pétreas, la historia de los cambios que ha sufrido la corteza terrestre.

Las cumbres, picachos y riscos de la sierra que describo se guarisman por centenares; cada uno tiene

su nombre particular; la lista de esos nombres sería larguísima. En la imposibilidad de consignarlos todos, voy a limitarme a dar los de las cimas que más descuellan. El *Tlahuiltépetl*, cerro que alumbra; el *Ehecatépetl*, cerro del aire; el *Papalótzin*, *Cihuapapalótzin* o *Zuapapalótzin*, cerro de la mariposa; el *Tlamintépetl*, cerro heridor o cerro de la trinchera desde la cual se hiere; el *Chalchiuhtépetl*, cerro de la esmeralda o del tesoro; el *Ocelotépetl*, cerro del tigre; y una especie de aguja u obelisco, de muchos metros de altura, que se llama *Topíltzin*, esto es, el hijito o el báculo.

En algunos cerros se ven socavones que tal vez fueron hechos con el objeto de buscar metales; pero hasta hoy, no hay noticia segura de que se haya descubierto en aquella región algún yacimiento mineral.

Las eminencias de esta sierra estaban cubiertas antaño de abundante vegetación; en el día, a pesar de la ojeriza estúpida que se tiene al arbolado y que ha hecho horriblemente destructora la tala de nuestros bosques, se conservan todavía en la comarca tepozteca algunos millares de árboles. Los dominantes son el *ocote*, el encino y el madroño; el *oyamel* crece en los lugares más elevados.En algunos sitios abundan los maguyes. Abunda también una orquídea llamada *amatzauhtli* (Epidendrum patoris) o gluten de papel, que itene un jugo muy viscoso, empleado en el aderezo de dicho artefacto. Tal vez por la abundancia de esta hierba, se desenvolvió extraordinariamente en la comarca tepozteca la fabricación del papel de *amate*.

La Sierra de *Tepoztlán* pertenece totalmente al Estado de Morelos: su parte principal está en el distrito de *Cuernavaca;* la otra, en el de *Yautepec*.

Dicha primera parte corresponde a la municipalidad de *Tepoztlán;* la segunda, a la de *Tlayacapan.*

La villa de *Tepoztlán,* cabecera de la municipalidad de su nombre, está escondida entre las rugosidades de la Sierra. También lo están los pueblecillos de San Juanico, Santo Domingo, *Amatlán* y Santiago. Son nidos de águilas ocultos entre rocas. San Andrés de la Cal ocupa un punto de la falda meridional de la serranía; y ya fuera de ésta, también hacia el Sur, está Santa Catarina *Zacatepec.* Todos estos poblados pertenecen a *Tepoztlán.* De la municipalidad de *Tlayacapan,* la cabecera, que lleva este nombre, está rodeada al Poniente y al Sur por las colinas tepoztecas; en la falda meridional, rumbo a *Yautepec,* se encuentra Santa Catarina *Tlayca.*

La primera de las municipalidades mencionadas formó parte del Marquesado del Valle; la segunda perteneció a las tierras de la Corona.

El sitio en que se asienta la villa de *Tepoztlán* es un vallecito formado por los cerros que en ese punto se separan un poco. El valle se extiende de Poniente a Oriente. Al Oeste, sobre un plano inclinado, está construída la villa; en seguida, hacia el Este, se tiende un pequeño llano donde se cultiva maíz y donde se reúnen las aguas que bajan de los cerros. El corto plantío tiene fácil comunicación con el valle de *Yautepec;* el riachuelo de este nombre recibe, como tributo, las aguas mencionadas antes, que se juntan en un arroyo llamado de *Ixcatepec,* nombre de un barrio de *Tepoztlán.*

Esta villa, situada a 1701 metros sobre el nivel del mar, a los 18° 59′ de latitud septentrional, y a los 0° 2′ de longitud oriental de México (aproximadamente), es de antigüedad remotísima; quizá es coetánea de las tribus que trajeron a las regiones mexica-

nas la antigua civilización nahua; su grandeza y poderío de otro tiempo están demostrados en un ciclópeo monumento que aún se conserva en pie y que patentiza extraordinario desenvolvimiento cultural.

No quedaría completa una reseña de la Sierra de *Tepoztlán* si no se mencionaran particularmente dos de sus riscos, que, por diversos motivos, tienen importancia histórica. Uno de ellos es el cerro de *Zuapapalótzin* o Peñón de *Tlayacapan;* el otro es el que soporta en su cima un viejo y famoso templo, conocido con el nombre de *Casa del Tepozteco.*

Más notable que el *Zuapapalótzin,* es el empinado risco que parece un enorme fragmento desprendido de los montes cercanos, que se yergue al Norte de la villa de *Tepoztlán* y que ostenta en su cima la famosa *Casa del Tepozteco.* Este viejo edificio es una pirámide rematada por un adoratorio, del que sólo quedan ruinas. Para subir a contemplarlo, es preciso emprender una ascensión penosa, dilatada y no exenta de peligros.

Saliendo de la población, hacia el Norte, por la calle de la Santísima, se llega a un sitio llamado *Axítla.* Esta voz significa *donde sale el agua;* y, en efecto, allí brota un pequeño manantial. El sitio es hermoso y pintoresco. Realzan su hermosura algunas huertas de plátanos y cafetos que hay en él; una glorieta sombreada por viejos y frondosos *ahuahuetes,* y una cruz secular que se yergue en el centro de la glorieta, cruz que ha sido restaurada en varias ocasiones y que perpetúa el recuerdo conservado por tradición, de que a raíz de la conquista, fueron bautizados en el manantial que allí fluye los primeros tepoztecos que abrazaron la religión cristiana. Tal vez allí se dijo la primera misa, y se celebraron los primeros matrimonios.

En la glorieta efectúan sus comidas y meriendas los moradores de *Tepoztlán* durante los días de campo: por tal razón ese punto es llamado *Tlatlacualoya*, lugar donde se come.

Pasando de *Axitla*, sigue una senda de pendiente algo rápida que conduce a la base del peñón, pedestal de la *Caza del Tepozteco*. Allí, en esa base, brota el manantial más copioso de los que surten de agua a *Tepoztlán*. El cristalino líquido no fluye como un borbollón, se escapa, en forma de chorro que cae hacia abajo, de la superficie vertical de una roca. Aquello parece una fuente cuyo tubo surtidor estuviera empotrado en un muro.

Después del manantial, comienza la ascensión verdaderamente penosa y aun peligrosa. Debe caminarse paso a paso, de piedra en piedra, ayudándose con las manos para no caer. Hay que recorrer la segunda parte del camino que se sigue desde la villa hasta el monumento. Durante ese camino se asciende a una altura de dos mil pies (400 metros aproximadamente). Y si la primera parte, descrita en los párrafos anteriores, es practicable y no muy larga, en cambio, la segunda, la que va por el talud del peñón, es de mayor longitud y está erizada de obstáculos. Puede decirse que es una dilatadísima escalera de peldaños irregulares, unos abiertos en la roca, otros formados por piedras superpuestas; unos bien conservados y otros deslavados o totalmente destruídos por las lluvias. Esta escarpada vía es de trayecto sinuoso: ya va para un lado y ya tuerce para el opuesto; avanza sensiblemente hacia el Este; va serpenteando por la vertiente empinadísima del cerro; se encierra en largos cañones limitados por muros de roca, y si tiene algún pequeño tramo horizontal bien nivelado, tiene otro bastante grande, casi vertical, fatigoso y difícil

de subir, y en el cual se ha colocado últimamente una escalera de fierro que proporciona cierta seguridad en el ascenso.

Así, con algunos peligros y con extraordinaria fatiga, se llega a la *Casa del Tepozteco*. La pirámide, asiento de ésta, se levanta en una meseta que corona la cumbre del peñón. Esa meseta, inclinada de Poniente a Oriente, se compone de dos partes unidas por una lengüeta de tierra, especie de istmo flanqueado por espantosas profundidades.

En la parte oriental, que es la más pequeña, hay gran cantidad de escombros, fragmentos de paredes que quizá formaron las moradas de los servidores del *teocalli* y de los guardianes del monumento. Este, consta de tres troncos de pirámide, superpuestos, y de un templo o adoratorio construído sobre el tercer tronco.

El primero arranca de la roca de la montaña; tiene sólo tres caras que se elevan a nueve metros y medio de altura, con una inclinación de quince grados. Falta la cara del Oeste, porque de ese lado la meseta tiene cierta elevación que permitió nivelar su suelo con la base superior del primer tronco de pirámide. En la cara oriental, hay una escalera totalmente destruída; hay otra en la cara sur, regularmente conservada. El terraplén o plataforma integrado por la base superior del primer tronco y por el terreno adyacente de la meseta, está dividido en dos partes: la primera, la occidental, que ocupa aproximadamente el tercio de toda la superficie, forma una especie de plazoleta, o, más bien, el atrio del templo; y la segunda, la oriental, de área doble de la anterior, sirve de base al segundo tronco de pirámide y segundo cuerpo del monumento.

En el centro del atrio se alza una plataforma pe-

queña, de forma cuadrangular, de esquinas dentadas, hecha de manpostería. Según parece, tuvo escalones por los cuatro lados. Se cree que tal construcción fue el altar de los sacrificios. El doctor Séler, en su estudio sobre el Templo de *Tepoztlán*, hace notar que en otros templos aztecas existían plataformas semejantes colocadas de la propia manera. Existe también en el mismo atrio otra construcción de forma circular, que fue ta vez una fuente. La escalera mencionada antes, qu se halla en la cara meridional del primer tronco, va a terminar frente a esa fuente.

De las cuatro caras del segundo tronco de pirámide, sólo la del Oeste, frontera al altar de los sacrificios, tiene una escalinata, de la que se conservan aún, en buen estado, seis escalones. Estos conducen a la base superior de la segunda pirámide, asiento del tercero y último cuerpo. La escalera del segundo continúa sobre la cara occidental del tercero y conduce a la plataforma final, donde hoy se contemplan las ruinas del adoratorio que en otro tiempo se alzó en honor de *Tepoztécatl*, dios del pulque.

Por la descripción anterior se ve que el verdadero frente del monumento está al Poniente. Como los tres troncos de pirámide son de dimensiones diferentes y van de mayor a menor, resulta que sobre la base superior del primero, hay una faja por donde puede caminarse cómodamente en torno del segundo; y sobre éste puede transitar al derredor del tercero. En la última plataforma hay asimismo espacio suficiente para andar en torno de los muros del adoratorio.

Este no era conocido de los modernos tepoztecos, porque el tiempo, con su potencia destructora, había hecho que se derrumbase aquel templo, que sobre sus escombros se acumulara el polvo de los siglos y que,

al fin, presentara el aspecto de un montón de tierra cubierto de vegetación.

Pero nada puede quedar oculto a la curiosidad humana. En el mes de agosto de 1895, el ingeniero don Francisco M. Rodríguez, oriundo de *Tepoztlán*, ayudado de buena voluntad por sus conterráneos, llevó al cabo la benemérita labor de ir removiendo discreta y pacientemente aquella aglomeración de tierra y de hacer que surgiesen de ella los restos admirables e interesantes de un *teocalli*, que han aportado nuevos datos a nuestra historia precolombiana.

La pirámide siempre ha sido conocida y visitada por los viajeros y, sobre todo, por los tepoztecos. Entre los años de cuarenta y sesenta del siglo pasado, don Francisco Navarrete mandó blanquear con lechada de cal los tres cuerpos del monumento. Así es que, durante algún tiempo, el empinado *teocalli*, visto desde lejos, se destacaba como una mancha blanca en el fondo oscuro de los bosques que cubren la Sierra.

El templo descubierto por el señor Rodríguez ocupa una superficie de cuarenta metros cuadrados. Los muros que lo cerraban — de un metro noventa centímetros de grueso — se han derrumbado, sólo queda la parte inferior. De la entrada, que ocupa todo el lado poniente, apenas hay dos pilastras que forman una puerta central de regular anchura y dos laterales angostas, una de cada lado. El espacio interior consta de dos cámaras separadas por un muro de noventa centímetros de grueso y comunicadas por amplia puerta. La primera cámara tiene algo más de cinco metros de fondo, y la segunda un poco más de tres. La anchura de ambas (de Norte a Sur) es de seis metros. Adheridos a dos paredes de la primera y a tres de la segunda, hay poyos de mampostería, bien conservados en su mayor parte y ornados en el frente con

muy interesantes jeroglíficos. Esta parte delantera de los poyos, la que baja del borde del asiento al piso, se compone de dos zonas: la superior es angosta y está un poco volada, tiene esculpidos los signos de los veinte días del mes nahua; la inferior, más ancha, contiene otras figuras, de las cuales, unas han sido interpretadas por el doctor Séler.

En el centro de la primera cámara hay una oquedad en la que el señor Rodríguez encontró, mezclados con los escombros, algunos fragmentos de carbón y unos granos de copal. Esa oquedad fue sin duda el brasero en que se conservaba el fuego sagrado y se incensaba al ídolo. Este, que, como se ha dicho, era el *Tepoztécatl*, estaba en el camarín o segundo departamento, sobre un pedestal de piedra, adosado a la parte media del muro, frente a la puerta.

Además de los jeroglíficos mencionados, se hallan en otros puntos del templo, sobre todo en las columnas que forman las puertas, hermosos relieves hechos con verdadero primor. Allí se ven grecas como las que hay en los Palacios de Mitla; muros pintados y cubiertos de cemento finamente bruñido, estrías, perlas, casquetes esféricos y dentículos; figuras pintadas de rojo, de azul, de amarillo y de negro; y en todo el decorado que se conserva, se nota gran esmero, habilidad y gusto en la ejecución de la obra.

Estudiando concienzudamente los grandes trazos de piedra adherida con mortero, que, como escombros, llenaban el recinto del templo y sus partes adyacentes, el ingeniero Rodríguez se convenció de que el adoratorio estaba cubierto por una bóveda plana de cinco metros de diámetro, cincuenta centímetros de flecha y setenta de espesor.

El que quiera saber algo más acerca de la interpretación de los jeroglíficos que hay en la pirámide de

Tepoztlán, y acerca del dios o dioses que allí recibían veneración, debe leer el estudio del doctor Séler, publicado en alemán en el *Globus*, tomo 73, número 8, febrero de 1898, págs. 123 a 129. En un modesto trabajo descriptivo y de vulgarización como es el presente, no sería posible entrar en pormenores de índole verdaderamente científica.

Sin embargo, no está por demás consignar aquí que dicho arqueólogo alemán cree que el *teocalli* en cuestión, estaba dedicado, no sólo a *Tepoztécatl*, sino a otros cuatrocientos dioses de la embriaguez, lo mismo que a la diosa de la Tierra y a los dioses de las cosechas, que, en mitología nahua, tienen estrecha relación con los primeros. El haberse encontrado en *Tepoztlán* una estatua del dios del fuego y un hermoso *Tlachtemalácatl* — piedra anular que se empotraba en un muro del juego de pelota, a fin de hacer pasar a ésta por el anillo — inclina a Séler a pensar que tal deidad recibía también adoración en la *Casa del Tepozteco*.

En el Palacio del Gobierno de Cuernavaca, en un rincón del patio, permaneció durante algunos años un hermoso *tlachtemalácatl*, muy bien conservado y primorosamente esculpido. Oí decir que procedía de *Tepoztlán*. En reciente visita hecha a este pueblo, vi, junto a la puerta de la escuela de niños, otro *tlachtemalácatl*, más pequeño que el de Cuernavaca, menos esculpido y muy maltratado. Pregunté a algunos niños qué era aquella piedra y cuál había sido su uso: nadie supo contestarme.

Al estar interrogando a los niños, enderecé mi vista a un salón cercano donde estaba el Museo Tepozteco, que visité doce años há. Ya no hay museo: sólo vi cuatro muros ruinosos, sin techo, que están pregonando que por allí pasó su brutal mano la barbarie.

Es muy posible y aun probable que con el estudio

atento que se hace, con mayor empeño cada día, de los antiguos códices mexicanos, se lleguen a descifrar las figuras mencionadas antes, lo mismo que muchas que se hallan en los acantilados del cerro y que se divisan perfectamente al ir trepando por la escarpada vía que conduce al monumento.

En cuanto a los signos de dos tableros de piedra que estaban empotrados en el muro meridional del segundo tronco de pirámide, ya Saville encontró la interpretación, la cual ha sido aprobada por Séler. Uno de los tableros representa el jeroglífico del rey *Ahuítzotl* — 8º monarca azteca, — y el otro es una fecha, el año 10 *tóchtli* — correspondiente al de 1502 de la era cristiana, — representado por un conejo y diez círculos. ¿Será esa la fecha de la dedicación del templo? ¿Será aquella en que *Ahuítzotl* fue reconocido como amo y señor de *Tepoztlán?*

Mientras son contestadas las anteriores preguntas, la *Casa del Tepozteco,* siempre visitada y admirada por los viajeros, convidará a la meditación y hará pensar en la férrea condición de la raza que supo llevar, a la cima de un peñón inaccesible, millares de toneladas de tezontle rojo y negro, de piedra basáltica, de arena y de cal, para erigir un monumento ciclópeo — ciudadela, cripta y santuario, — en cuya construcción fue preciso resolver un difícil problema arquitectónico de equilibrio producido por fuerzas contrarias.

Esa construcción pasmará siempre a todos los que la contemplen. Al ver los obstáculos que debieron vencer para llevarla al cabo, al notar el corte de los sillares, su perfecta juntura y la habilidad de ejecución que hay en la obra entera, todos confesarán que el pueblo que la hizo, realizó ostentosa exhibición de poder y de fuerza, alta manifestación de fe religiosa y orgulloso alarde de conocimientos arquitectónicos.

No sólo para levantar templos a sus dioses buscaban los tepoztecos las empinadas cimas, también las escogieron para sepultar a sus deudos. En un cerro que está junto al pueblo de Santiago — extremidad SE de lo que llamaremos cordillera meridional de *Tepoztlán,* — cerro que, según don Mariano Rojas, se llama el *Cuauhchachâltech,* hay muros de contención que sirven para formar una meseta en la cumbre, la cual meseta, llamada *Yohualtécatl* (vigilante de la noche), no es sino un cementerio, un campo de la muerte, un lugar para dormir el sueño postrimero.

El señor Rodríguez, que comenzó a explorar aquella comarca, pero que se vio obligado a suspender sus importantes labores, logró abrir un sarcófago en el *Yohualtécatl* y encontró los restos de un hombre, cuyo cráneo era tan voluminoso, que no fue posible acomodarle ninguno de los sombreros que llevaban los exploradores.

En el cerro de que hablo, no sólo hay sepulcros en la meseta de la cima, los hay también en los acantilados o tajos cortados a plomo. Los nichos y gavetas abiertos en la roca están en puntos inaccesibles: así es que los antiguos tepoztecos, suspendidos sin duda por medio de cuerdas, labraban el nicho y luego depositaban en él al difunto. El cuerpo de éste descendía también — debemos suponerlo — por medio de cuerdas a su última morada. Se ve, pues, que *Tepoztlán* tenía — según el dicho del señor Rodríguez — su *acrópolis* al Norte, en el *Tepozteco,* y su *necrópolis* al Sur, en el *Yohualtécatl.*

*
* *

El tiempo, que tiene en sus manos todas las fuerzas aniquiladoras de la Naturaleza, hará que poco a poco, por medio de las lluvias, los huracanes y los terremo-

tos, se vaya carcomiendo y derrumbando el monumento tepozteco; pero todavía, durante un lapso secular, la Pirámide, muda, altanera y orgullosa, se mantendrá erguida sobre su enhiesto risco; descollará entre las colosales protuberancias de su serranía abrupta y pintoresca; se cubrirá con el fanal inmenso de un cielo siempre azul y siempre claro; verá a sus pies una alfombra, perennemente verde, de encinos y madroños, ocotes y oyameles, matizada por las flores del *amatzáuhtli* — el tesoro del *Tepoztlán* de antaño; — y contemplará su mágico horizonte, lleno de tintes arrebolados, de fulguraciones maravillosas y de paisajes imponentes, unos divisados a corta distancia, y otros perdidos en dilatadas y confusas lejanías.

El Acueducto de Querétaro

Los viajeros que van a Querétaro, o los que simplemente pasan por allí, contemplan el lindo espectáculo de una larga y esbelta arquería que se tiende entre las arboledas y el caserío Aquéllos que se detienen en la histórica ciudad, pueden embelesarse de cerca con los altísimos arcos, medir la anchura de sus pilastras y caminar en torno de ellas. Los pasajeros encerrados en un vagón, columbran, como en la cinta de un cinematógrafo, los árboles de la Cañada y los de la ciudad, la gran Fábrica del Hércules, las torres y cúpulas queretanas, los apretados grupos de casas que se alinean formando calles y el célebre acueducto que se destaca de todo lo que lo circunda.

Ese monumento gallardo que resplandece por sus méritos arquitectónicos, resplandece más aún por ser monumento de la caridad de un varón liberal y generoso que, dueño de copiosos bienes de fortuna, quiso darse la satisfacción de apagar la sed de toda una ciudad y de librarla del tormento de la falta de agua.

El autor de la grandiosa obra, el benefactor de Queréatro, fue don Antonio de Urrutia y Arana, marqués de la Villa del Villar del Aguila.

Querétaro no tenía agua potable. Hubo de tomarse de un punto que se halla al Sur, en la Cañada, sitio quebrado, fértil, pintoresco, gran productor de árboles frutales, sobre todo de aguacates, cuyos frutos son famosos en muchos mercados.

En un punto de dicha Cañada, donde erguía su

tronco un árbol de *capulín* (que le dio nombre al lugar), formaron la alberca, y para salvar la hondonada que media entre la Cañada y la ciudad, hicieron el famoso acueducto.

Uno de los cronistas de Querétaro, el P. Navarrete, dice a este respecto: "Después de la fábrica de la alberca, tan maravillosa, se prosiguió la atarjea por el dilatado tiro de dos leguas, con tantas vueltas y revueltas, que mirada con la circunspección y curiosidad que merece obra tan grande, se pasma el ingenio al contemplar una atarjea que forcejando por tan dilatado espacio con los embarazos que ofrecen a cada paso, ya lo empinado de los cerros, ya lo profundo de los arroyos, ya la dureza de los peñascos, causa una visión peregrina mirar esta prodigiosa atarjea, unas veces caminar por un lado, otras por el otro; unas veces por lo empinado de las cuestas, otras por lo profundo de las quebradas; unas veces dejándose ver sobre sus arcos, para pasar lo profundo de los barrancos, otras escondiéndose totalmente a la vista."

El acueducto se compone de 72 arcos construídos con sillares y con la más exagerada solidez. Lleva dos siglos de levantado, y se yergue altanero y orgulloso como desafiando los movimientos sísmicos y pregonando las obras gigantescas, benéficas y filantrópicas.

Las pilastras que soportan los arcos son prismas cuadrangulares; tienen cerca de veinte metros de bojeo; para aguantar su enorme pesadumbre, se abrieron cimientos de unos doce metros de profundidad; la anchura de los arcos es como de quince metros, y la elevación de los más altos es de veintiocho.

Cuando se inició la obra del acueducto, muchos creyeron que no se llevaría al cabo, y hubo uno que se atrevió a ofrecer que si en efecto, el ansiado líquido llegaba a Querétaro, haría dos fuentes públicas de pla-

ta maciza para recibirla. Llegó el agua, y el prometedor estuvo listo para cumplir su promesa; pero no se lo permitieron; le indicaron que las hiciese de bronce, pues las de plata despertarían la codicia de muchos y muy pronto quedarían destruídas.

Con la fabricación del acueducto, Querétaro ganó agua potable y a la vez se engalanó con singular presea que recuerda la no menos singular de *Cempoala*. Los que ascienden a lo más alto de la arquería y caminan, si es posible, por los pretiles de ésta o sobre la tapa de la atarjea, divisan variados paisajes y tienden su vista por dilatados horizontes; pero si bajan los ojos, quizá experimenten la horrible sensación del abismo.

Esto hace recordar la anécdota de un célebre niño queretano, que desde sus primeros años mostró valor admirable y serenidad increíble. Se cuenta que con frecuencia subía sobre el acueducto y lo recorría de un extremo a otro, en desaforada carrera, poniendo espanto en los que lo miraban, abriendo los brazos y dando al viento la blonda cabellera. Ese niño llegó a ser Presidente de la República y se llamó Manuel Gómez Pedraza.

En la playa de Cuyutlán

He realizado al fin un ensueño acariciado amorosamente desde hace largo tiempo: he contemplado el Pacífico durante horas y horas. Mis ojos se han saciado mirando aquella superficie líquida, interminable, cambiante y procelosa; mis oídos se han saciado también, escuchando aquella eterna y majestuosa sinfonía de tumbos y rugidos, de notas graves y confusas como si las diera un contrabajo gigantesto, de rumores cadenciosos como la quejumbre del céfiro en un sotillo de arbustos, de tenues sonidos como el de la espuma que se apaga.

Todo esto lo he oído y lo he mirado recorriendo la playa, humedeciendo mis pies en la mojada arena, olvidado de todos los cuidados y congojas que me desvelan, sin compañero alguno, sentándome a las veces en algún lugar escueto, en medio de la más plácida y tranquila de las soledades.

Es grato y bello, es verdaderamente patético, contemplar frente a frente, con arrobamiento místico, con éxtasis excelso, los dos espectáculos que han engendrado en la mente humana la idea de inmensidad: el espectáculo del cielo y el espectáculo del mar.

Alguna vez, desde la torre de una vieja iglesia, situada en medio de amplísimo valle, contemplé una esplendorosa puesta de sol. Detrás del *Popocatépetl* y del *Iztaccíhuatl* — enormes colosos de blancura —, extendíase la inmensidad de un cielo verde claro, de un verde de azufre, que fingía olas y más olas y que

contrastaba con el azul obscuro de algunas montañas y con la viva lumbre del Ocaso. Aquel cielo era un mar multicolor, una gigantesca paleta de tintas deslumbradoras, era un piélago maravilloso; pero no tenía el volver y revolver de las aguas del Océano, no entonaba la sinfonía conmovedora de tumbos y rugidos.

Al escuchar éstos, vienen a mi memoria los famosos versos de Quintana:

Calma un momento tus soberbias ondas,
Océano inmortal, y no a mi acento
con eco turbulento
desde tu seno líquido respondas.
Cálmate, y sufre que la vista mía
por tu inquieta llanura
se tienda a su placer.....

Pero ¡ay! nunca dará calma a sus aguas, nunca se despojará de su soberbia, jamás acallará la ronca voz de sus furores; será perenne la hervorosa espuma de sus olas.

Éstas vienen a morir a la playa en sucesión interminable; se forman lomos larguísimos de agua que corren a gran distancia y se deshacen; otros viene a sustituírlos y chocan con los que van en dirección opuesta; de cuando en cuando, allá, muy lejos de la orilla, aparecen en la superficie del agua unos objetos negruzcos, como grandes cuernos que salen y se ocultan: son las aletas de monstruos marinos que van avanzando entre las aguas; más lejos, mucho más lejos, veo tenue columna de humo que se esfuma en el aire: es un vapor que pasa fugaz y apenas se columbra en lontananza, surgiendo de las inquietas olas.

Estas olas inquietas, estos montes de espuma, este rebramar interminable pasma a los que vienen a extasiarse ante el Pacífico; así hubieron de pasmar, así

hubieron de avivar y apagar, alternativamente, el viril ardimiento de aquel puñado de temerarios que, metidos en pobres y endebles barquichuelos, surcaron estas ondas, guiados por el férreo Conquistador, cuando los llevó al descubrimiento del golfo y de la tierra donde dijo, según se narra, las palabras *cállida fórnax*, que dieron nombre a la región y al golfo; golfo que justamente lleva también el nombre de Cortés.

Desde este sitio en que me hallo, columbro las rocas que forman la entrada de la bahía de Manzanillo; después de ésta, me imagino que está frente a mis ojos la inmensa extensión de la costa mexicana hasta las tierras de Sonora; veo los puertos insignificantes de Navidad y *Chamela* en *Jalisco*, de donde zarparon las naves de algunas expediciones marítimas tan célebres como desgraciadas, y mi mente se llena de recuerdos.

Sueltas, pues, las velas de mi fantasía, mientras contemplo la espuma que viene a deshacerse a mis pies; mientras hundo mi vista en el dilatadísimo confín del Poniente, acuden a mi memoria los nombres de los ilustres marinos que por llegar a este mar, en que algunos perecieron, lograron eternizar su nombre en la Historia.

De *Chamela* salió Cortés rumbo a California; pero a su regreso, pasó frente a esta playa que huello con mis pies (aunque haya pasado a considerable distancia), cuando fue a desembarcar en *Acapulco*. De este puerto zarpó su lugarteniente Ulloa para ir a continuar las exploraciones marítimas de su señor. Salidas de *Tehuantepec* o de *Guatemala*, cortaron estas aguas las doce flamantes naves de la escuadra que equipó Alvarado y que mandó venir a la próxima costa de *Jalisco*, para zarpar de allí y emprender una nueva expedición a las tierras septentrionales del Pacífico;

pero el célebre *Tonatiuh*, que por sus prendas personales, muy valiosas, y por otros motivos, había subido a la cima de la grandeza y se había convertido en prócer rico, opulento y omnipotente, no estaba destinado a tener por tumba el seno del movedizo ponto.

Sus barcos permanecen en el puerto, mientras él acude en auxilio del Gobernador de la Nueva Galicia que combatía con los indios sublevados; y en una retirada, el capitán famoso, el que hubiera sabido pelear con gloria en combate homérico, va a morir oscuramente en una barranca de *Jalisco;* y no combatiendo, sino empujado y arrollado por mísero caballo que cae y rueda como piedra por el suelo de la cuesta. ¡Ejemplo grande a la arrogancia humana!, que dijo un poeta.

Pasan los años como las corrientes de este inquieto mar; se olvida la frustrada expedición de Alvarado y se organiza otra que preside el ilustre marino portugués Juan Rodríguez Cabrillo; sale del cercano puerto de La Navidad; recorre el Pacífico temido; alcanza muy avanzadas latitudes y da a un cabo notable el nombre de *Mendocino,* en honor del buen virrey don Antonio de Mendoza, alma de la expedición. Cabrillo no volvió a estas costas, murió en California; pero su gloria ha sido exaltada por los angloamericanos con suntuosos monumentos alzados frente a las olas de este mar.

Otro ilustre peregrino del Océano, Sebastián Vizcaíno, habilísimo en las bregas marítimas, cruzó cuatro veces este piélago borrascoso, hizo estudios importantes y, si no fue recompensado en vida, dejó su nombre a una de las grandes bahías que rasgan el litoral californiano del Oeste.

Mas no sólo acuden a mi memoria los nombres de los nautas de nuestra raza, vienen también los nombres extranjeros: el de un corsario inglés, famoso ma-

rino, de renombre universal en su tiempo, el almirante Drake, que surcó el Pacífico de Sur a Norte, y después en sentido contrario, pasó por estas latitudes, visitó las costas de California, la declaró isla y le puso el nombre de Nueva Albión.

Este mar fue testigo de los viajes periódicos que hicieron durante tres siglos los bajeles que venían de la Oceanía y del Asia: la nao de China y el galeón de Filipinas, naves que aportaban a la Nueva España las lindas y ricas mercaderías asiáticas.

En las últimas décadas del siglo XVII y en las postreras del XVIII, vuelven estas aguas a contemplar dos expediciones importantes por los resultados que produjeron: La primera, mandada por el almirante Otondo, llevaba entre sus individuos al padre Kino, cosmógrafo de la armada, el cual efectuó operaciones astronómicas, dibujó cartas y se dio cuenta de la gran labor que había en California y en Sonora para los verdaderos apóstoles. La condición de Kino lo empujaba hacia las obras civilizadoras, hacia las tareas científicas, hacia los descubrimientos geográficos. Cuan acompañado de Otondo fue a México a dar cuenta de la expedición, hizo por despachar pronto sus asuntos y regresó a Sonora para entregarse enteramente a sus trabajos evangélicos; trabajos increíbles por su magnitud y dificultades. Vivió en aquellas regiones cerca de un cuarto de siglo; aprendió las lenguas que hablaban los indios; bautizó a 25,000 de éstos; les enseñó las labores agrícolas y pecuarias; fundó misiones, entre ellas la de *Los Dolores;* construyó iglesias; exploró regiones de Arizona y descubrió la Casa Grande; avanzó al Oeste y descubrió los ríos Gila y Colorado; fue más allá y llegó a las playas de este Océano gigantesco que en este momento me anonada, al pensar que se tiende desde las tierras americanas hasta las de

Asia. Kino destruyó el error de Drake: la California es península y no isla.

En la expedición del siglo XVIII, de un puerto de la costa tepiqueña, salió el franciscano Fr. Junípero Serra (los franciscanos sustituyeron a los jesuítas en las misiones de California) y llegó a la rada de Loreto en la Baja California; después avanzó hasta la Alta, de tierras propicias para el hombre, donde constituyó nuevas misiones, entre ellas el pueblo de San Francisco, hoy bella, grande y opulenta ciudad. Los habitantes de la Alta California han comprendido lo que su región debe a Serra, lo recuerdan con amor y lo han honrado con esplendidez: le han erigido una estatua que yo he visto en el *Golden Park* de San Francisco y han alzado otra, colosal y magnífica, frente a las soberbias ondas de este mar.

¿Por qué Kino no tiene una estatua en el litoral mexicano del Pacífico, sobre todo en Sonora? ¿Por qué mostramos tal ignorancia y tal ingratitud al privar de altos honores a un varón de sabiduría excelsa y de caridad todavía más excelsa? Como recibe Serra la estrofa perenne del infinito Océano, así Kino debiera recibir la del Golfo de California. En algunos mapas, se ve en el litoral sonorense una exigua desgarradura que lleva este letrero: *Bahía Kino.* ¡Qué miseria! ¡En bahía tan pequeña no cabe un nombre tan insigne y tan grande!

Mi éxtasis místico, mi contemplación arrobadora ante la grandeza del Mar Pacífico, en esta amplia y abierta costa de *Cuyutlán*, van a terminar. Ha llegado la noche. Recibo por último la brillante impresión de las gigantescas pinceladas de oro y de fuego que el sol, en el ocaso, tiende sobre los cristales del Océano.

Hondamente conmovido por lo que he contemplado y por mis recuerdos, al retirarme, atravieso por entre

las chozas de *Cuyutlán*, y mi espíritu se encoge, y quedo conturbado. ¡Cuánta pobreza o cuánto descuido! ¡Cuánta fealdad y cuánta sordidez!

¿Volveré a Cuyutlán? ¡Quién sabe! Lo que yo sé muy bien, es que nunca olvidaré que he visto el Océano; que mis ojos se han saciado al mirar aquella superficie líquida, interminable, cambiante y procelosa; que mis oídos se han saciado también, escuchando aquella eterna y majestuosa sinfonía de tumbos y rugidos, de notas graves y confusas como si las diera un contrabajo gigantesco, de rumores cadenciosos como la quejumbre del céfiro en un sotillo de arbustos y de tenues sonidos como el de la espuma que se apaga.

La Breña

A seis leguas al S. E. de la ciudad de Durango comienza el grupo de peñascos y escorias volcánicas llamado la *Breña*, digno, según el Barón de Humboldt *de la muy particular atención de los mineralogistas.*

Encuéntrase en medio de la llanura, y se dilata por más de doce leguas, con dirección casi de N. a S., y con seis de E. a O. El sabio viajero juzga haber sido solevantado por la acción del fuego volcánico, y dice que sus rocas son de *amigdaloide basáltica.* El aspecto físico del terreno es, en lo general, muy semejante al que en México llaman *Pedregal de San Angel,* salvas las numerosas colinas y collados diseminados en el nuestro, terminados muchos de ellos por un cráter en que los siglos han casi borrado la materia volcánica. Sólo el volcán del cerro del *Fraile,* mencionado por dicho Barón, se encuentra, por decir así, fresco, presentando en sus rocas los efectos del fuego en todas sus graduaciones. Yo he descendido hasta el fondo, y no sólo he visto una gran masa de roca en principio de fusión, sino que, en uno de los macizos o respaldos parece intacta y sólo como ahumada. El cerro tiene otras tres o cuatro bocas laterales, y lo que particularmente llama la atención es que sus lavas, en lo general de un color pardusco, como el pórfido ordinario, corren sobre las otras negras que constituyen todo el terreno volcánico de la Breña, dejando así marcada la época de su nacimiento, sobre la cual no

hay tradición alguna. Él existía ya en su actual estado al tiempo del descubrimiento de *Durango*.

En el resto de la *Breña* he visitado 22 volcanes, cuyo cráter, según dije, sólo se reconoce por su forma, mas no por su terreno, cubierto enteramente por tierra vegetal. Tres de ellos, muy inmediatos entre sí, llamaron fuertemente mi atención, porque sus nombres son el único y mudo recuerdo que se conserva de tres pueblos y de tres lenguas diversas que los siglos han borrado del valle de Durango y que la mano de Dios ha desparramado a largas distancias. De ellos daré razón más adelante.

También es digna de particular estudio la gran cantidad de cavernas *subterráneas* que se encuentran en la *Breña*, y las llamo *subterráneas* porque no están abiertas en los flancos de las montañas, sino en la planicie del terreno; se descubren por lo que los mineros llaman *hundidos*. Su techo abovedado y sus costados, son de roca volcánica, negra, dura, y cual si se hubiera vaciado en un molde, pues no presenta otras fracturas que las grietas formadas al enfriarse la lava. Hay algunas cavernas que tienen dos pisos, bastante altos para andar de pie; en la que pasé la noche, tenía tres, siendo uno de sus pavimentos de cosa de tres cuartas de vara de espesor, de muy poco arco, y sin grieta alguna. La altura interior varía, por término medio, desde tres hasta cinco varas; bájase el cielo en trechos hasta dificultarse el paso, elevándose en seguida. La latitud es de doce varas, más o menos, y su profundidad muy variable. En unas partes se comunican las aberturas, en otras el paso queda obstruído por los *hundidos* y en algunas penetramos más de doscientas varas sin ver su fin.

Todas siguen aparentemente la misma línea, que en lo visto tendría cosa de tres leguas, y que parece como

el cauce de un torrente. El pavimento de las cavernas está cubierto de una gruesa capa de polvo muy sutil, que produce bastante salitre. En él se han encontrado varios objetos de antigüedad, que depositó en el Museo Nacional, y de los cuales es muy notable una *tortuga* cuyo diámetro no excede las dimensiones de media pulgada, perfectamente labrada, de piedra dura.

Colocado el observador en el centro de la Breña, ve partir por tres rumbos un número igual de torrentes de lava, que en partes se ensanchan hasta ocupar un terreno de casi tres leguas, corriendo sin interrupción por más de siete. La altura o espesor de esta masa sobre el nivel del terreno, es desde dos hasta cuatro y más varas, reconociéndose todavía las olas que formaba al enfriarse. Detenida la lava por una montaña a tres o cuatro leguas de la villa de *Nombre de Dios*, ascendió hasta formar una colina, de cuya base brota hoy una abundantísima y cristalina fuente, llamada *Ojo de los Berros*. Aquí oyeron por la vez primera las tribus bárbaras de *Durango*, el nombre de Jesucristo, pronunciado por *Fray Gerónimo de Mendoza*, sobrino del primer virrey de México, y fundador de esta cristiandad. A una legua larga al N. E. se encuentra un fenómeno geológico, merecedor a mi juicio de particular estudio. Allí se precipita el río de *Durango*, a cosa de treinta varas de altura, cuando menos; y lo notable es, que el lecho o terreno que forma el salto, está cortado a *plomo*, siendo este suelo, como el de las márgenes del pilón o estanque que recibe las aguas, de basalto, al parecer de una pieza. Las llanuras de ambos lados están cubiertas de tierra vegetal, y en ellas se ven algunas colinas de roca común.

Entre la *Breña* y *Durango* hay un terreno de tres a cuatro leguas, cubierto enteramente de arena muy menuda y de rocas volcánicas; se extiende aquella are-

na hasta la cumbre de las montañas vecinas, que no son poco altas, llamadas por los campesinos *volcanes de arena*. Ésta domina en el resto del valle, hasta la ciudad, por cuya razón su terreno es bastante pobre para el cultivo. Las aguas termales son abundantes, excepto en la *Breña*, donde no las hay de ninguna clase. Para explorar su interior, es necesario llevar provisiones.

La soledad del sitio, lo agreste y melancólico del paisaje, lo intransitable del terreno, pues que en muchas partes se encrespa la lava como cuchillas de lanza, en fin, las innumerables cavernas y vericuetos, han hecho de él, naturalmente, un lugar misterioso, mansión de hechiceros, endriagos, y lo que es más, depósito de inmensas riquezas enterradas, que de todas partes y de muy largas distancias vienen a buscar los crédulos, apoyados en verídicas relaciones. Las que yo poseo atestiguan la existencia de atajos de barras de plata y moneda acuñada, cargas de oro, arcas de alhajas, etc., que nadie ha podido encontrar, aunque no por culpa de las *relaciones*, que siempre traen señas muy individuales y precisas.

Discurriendo sobre el origen de estas tradiciones, tan profundamente arraigadas en las creencias populares, presumo que lo traigan de los asaltos, antes muy frecuentes, que los bárbaros y los bandidos daban a los transeúntes hacia aquel punto, que es camino necesario para la que llaman *tierra afuera;* robustecidas por el hallazgo de algunos setos o cerros de piedras hincadas en la tierra, que suelen encontrarse en lo más recóndito del terreno, y en las pequeñas planicies que dejó descubierto el torrente volcánico. Obras de esta clase en aquel desierto, debían hacer sospechar necesariamente que se habían construído con el designio de plantar la señal o recuerdo de un objeto allí deposi-

tado, o en su inmediación; y ya se ve que ese objeto no podía ser más que la plata u oro. Esa insensata codicia produjo la destrucción de los monumentos que nos recordaban el culto religioso de los antiguos pobladores del valle de Durango; pues yo no dudo que aquellas obras informes y groseras, pertenezcan a la clase de las que en todas partes fueron la humilde base o piedra angular, sobre la cual siglos más civilizados levantaron después obras tan portentosas como los templos de *Jehovah* en Jerusalén, de *Belus* en Babilonia, de *Diana* en Éfeso, y así de otros mil que se han sucedido, hasta la magnífica basílica de *San Pedro* en Roma.

Dije antes que en la Breña he reconocido veintidós volcanes extinguidos, tres de ellos notables por sus nombres, y que dan testimonio de la existencia de tres pueblos, hoy borrados del valle de Durango. El nombre del más central y más elevado es *Maica*, palabra de la lengua *tepehuana*, que significa *vámonos*. El del segundo es *Coyonqui*, de la *mexicana*, que el vocabulario del P. *Molina* interpreta *agujero* u *horado*. El del tercero es *Topia*, palabra de la lengua *Acaxaee*, y nombre de una serranía tan áspera y elevada, dice Alcedo, que sólo es comparable con la de los *Andes* del Perú. En ella se encuentra un valle y una población también llamados *Topia*, antiguo asiento de la tribu *Acaxaee*, hoy distrito del partido de *Tamazula*, perteneciente a *Durango*, y nuestro límite con el Estado de Sinaloa. El nombre de este territorio se enlaza con las tradiciones mitológicas de los pueblos que lo habitaron primitivamente, y su origen lo explicaba el P. *Hernando Santarena*, primer apóstol de aquellos gentiles, en las siguientes palabras que nos ha conservado el P. *Alegre:* "Decían que una india antigua de este nombre se convirtió en piedra, que hasta hoy ellos

veneran, en forma de *xícara*, que llaman en su idioma *Topia*, de donde tomó el nombre el valle más ancho y poblado de toda esta región." Quizá con esta tradición misma se enlazan unas pequeñas excavaciones abiertas en lava y otras en rocas muy duras en forma de tazas, siendo más comunes a las inmediaciones de las fuentes o los ríos; o también podían ser una especie de *pateras* destinadas a las ofrendas y sacrificios que hacían al genio venerado en aquel lugar, pues ellas convienen perfectamente con la descripción que de las de su clase hace el Br. *Alarcón*, y que dice eran muy comunes en su curato de *Atenanco* y sus inmediaciones.

José F. Ramírez.

1850.

Al Juanacatlán

Te veo al fin ¡oh río!... grande, salvaje, ruidoso y solitario... Te veo venir somero y silencioso; pero chocas con esas peñas, y resuena la soledad con el estruendo de tus ondas. Te precipitas partiendo en cien torrentes, blancos, espumosos como los copos de la nieve, brillantes como unos ríos de plata, transparentes como un cristal fundido, caen formando por todas partes bóvedas, fuentes, arcos o cascadas; se desgajan despedazados por las rocas o chocan entre sí estrepitosos y agitados; se hunden en la caverna, hierven y rebosan, y vuelven a salir humeantes, espumosos, arrojando vapores y rocío, resonando con el estruendo de la tempestad, y deslizándose al fin para seguir su curso silencioso.

Tu voz ¡oh río! tu voz más grande que el rugido de un león en su caverna, más que el silbido del viento enfurecido, más que el bramido del huracán entre las selvas, tu voz resuena en mi alma como el grito de un Dios que está enojado. Al escucharla, quedo poseído de un pavor misterioso, penetrado de admiración y de ternura.

Te hiere el sol, y el iris extiende sobre ti sus alas esplendentes. Esa aureola de luz con que te ciñes, ese arco de oro y esmeralda, de púrpura y de grana, por el que pasas como un guerrero después de sus victorias; esa lluvia de luz que cae sobre ti para cubrirte como un velo; esas sombras que se van agrupando entre tus olas; esos trozos de agua que se des-

gajan por todas partes, que vuelan por el aire, que se pierden entre una nube vaporosa; peñas cuyo cimiento excavan tus corrientes y que un día se desplomarán sobre tus ondas; esas cavernas sombrías y misteriosas sobre las que tus aguas caen como un velo de plata; esas montañas, esas ondulaciones que tus olas levantan, desechan y vuelven a formar con una rapidez inconcebible; esta soledad que me rodea; ese estruendo que no me deja escuchar ni mis palabras... todo me extasía, me encanta y me enajena.

Mi alma está ahora conmovida, como lo estuvo esta montaña, cuando al minarla tu corriente, arrojó con furor sus rocas desgajadas, y abrió este cauce en que ahora te desplomas.

Mi espíritu se hallaba adormecido, sereno y sosegado: mis afectos, como las olas de un mar cuando está en calma. Pero oí el eco de tu voz, y mis pasiones se levantaron tumultuosas; y mi alma ha vuelto a ser, como tú misma, grande, salvaje, turbulenta y solitaria... y mis afectos han vuelto a combatirse con el furor con que se chocan tus corrientes. Yo tenía un secreto en mi corazón, que sólo al silencio de la soledad podía confiarlo; y he levantado hacia ti mis brazos impotentes, y a gritos te he revelado este secreto; después he contemplado atónito tus aguas, las he bebido con una voracidad supersticiosa, y me ha parecido que una sombra querida salía de entre tus ondas...

¡Oh río! ¡Ojalá que yo te hubiera visto cuando el genio brillaba sobre mi alma como el sol que ahora te ilumina; cuando los pensamientos brotaban como torrentes en mi espíritu, y las imágenes, las ideas, se sucedían en él con la rapidez con que tus olas se suceden!... Ahora mi alma está muda, triste y sombría como la selva silenciosa... Ahora yo no he podido

consagrarte más que una lágrima, y esta lágrima se ha confundido entre tus ondas; un suspiro, y este suspiro se ha ahogado con tu voz; un recuerdo, y este recuerdo se desvanecerá entre las nieblas de mi tumba, se perderá en el olvido de la muerte...

Echo, en fin, sobre ti una última mirada... pero esta mirada, ¡oh río! es ávida, insaciable, tal que ha podido trasmitirte a mi alma con toda tu grandeza. Te veo ahora en ella tal como eres; primero manso y apacible; después ruidoso y bello, salvaje, grande y solitario; rápido al fin, somero y silencioso.[1]

LUIS DE LA ROSA

(1) Este artículo es muy antiguo. El aspecto de **El Juanacatlán** no es el de antes: la planta eléctrica instalada allí ha cambiado todo.

El Popocatépetl

Entre las obras grandiosas que la Naturaleza ha concedido al suelo mexicano, deben contarse desde luego las montañas, y entre ellas, el colosal *Monte que humea*, el célebre *Popocatépetl*. Las tradiciones remotísimas de los pueblos de México, aquellas que hablan de los hombres que llegaron por el *Pánuco*, ya mencionan el *Monte que humea;* para los conquistadores de *Anáhuac*, la excelsa montaña fue algo maravilloso; para los numerosos extranjeros que nos visitan, ya sean hombres de ciencia, ya simples amantes de lo bello, el grandioso volcán es objeto de estudio y de la más cuidadosa observación. Lo han estudiado sabios de diferentes naciones y lo han visitado y escalado muchos mexicanos; de unos y otros hay artículos que describen la majestuosa montaña; algo de tales artículos debe ser leído en las regiones mexicanas, distantes de la maravillosa eminencia, a fin de tener una idea de ella.

El *Popocatépetl* se ve al S. E. de la ciudad de México; su inmensa base ocupa territorio perteneciente a los Estados de México, Puebla y Morelos; su cima cónica dista, en línea recta, ochenta y tres kilómetros de la Capital de la República; está 15′ al Sur del paralelo de México y 30′ al Oriente del meridiano de dicha ciudad. Yo he contemplado varias veces, muy de cerca, al estupendo coloso, desde *Amecameca* y *Ozumba* que pertenecen al Estado de México; desde *Zacualpan Amilpas* que es de Morelos y desde *Atlixco* que es de

Puebla. Copio en seguida tres artículos que harán conocer la gran montaña: uno, puramente lírico, de don Luis de la Rosa; otro, científico, de los señores Gros y Gerolt, y otro de la *Comisión Científica de México*. De estos dos últimos, solo transcribo algunos párrafos.

* * *

Rey de los montes de Anáhuac, hermoso y gigantesco, se levantó en los días de la creación, asombrando a la naturaleza con su magnificencia. Los ángeles mismos lo admiraron disipadas las sombras del caos, apareció como diseñado en el azul del cielo, cubierto por todas partes de umbrosos bosques, erizado de rocas gigantescas, resplendeciendo con la corona de nieve con que ciñó el Señor su frente excelsa.

Desde entonces domina con imponente majestad a cuanto le rodea, y la vista del hombre no se sacia jamás de contemplarlo. Su mole es enorme, su sombra, cuando cae sobre la tierra, cubre a distancia de muchas leguas los collados, los valles y montañas. De su cima baja la tempestad rugiente y formidable; las densas nubes lo cubren de oscuridad y los rayos serpentean, arrastrándose por su falda como unos ríos de fuego. Algunas veces la cándida niebla cae sobre él como una gasa de plata transparente; y cuando el sol despedaza con sus destellos este velo que baja de los cielos, el *Popocatépetl* aparece en toda su grandeza. Entonces se ve descollar su enorme mole, cubierta con el verdor sombrío de sus espesos bosques, y la nieve de su cumbre sublime centellea como una corona de diamantes. En la tarde, el magnífico monte se enrojece con la luz del crepúsculo, y las rocas de hielo que lo coronan, enrojecidas también, brillan como un hermoso turbante de rubíes, sobre su frente. La noche se acerca, y al hundirse en sus sombras el *Popocatépetl*, la

nieve se emblanquece, y cuando toma un ligero tinte azul, aparece como una magnífica diadema de perlas. Así se presenta el excelso volcán, cuando se desvanece a nuestra vista, como una gigantesca aparición que vimos en un sueño.

Monumento grandioso de la naturaleza: la imaginación se pierde al contemplar cuántas catástrofes y cuántos prodigiosos acontecimientos han pasado al derredor de ti sin conmoverte. Tu viste las ondas del diluvio arrastrarse espumosas a tus pies en los últimos días de aquella horrorosa inundación, cuya memoria será eterna entre los hombres.

Tú viste a los mares rodar desde los valles y montañas hasta sumergirse en las cavidades en que Dios encerró sus aguas turbulentas. Tú viste resplandecer por la primera vez el iris de los cielos, cuando el dedo de Dios trazó en el fondo tenebroso de la tempestad sus franjas de topacio y de esmeralda, sus zonas de oro y fuego: ¡Cuántas veces habrás visto vagar en el cielo de México ese cometa que nos sorprendió por su magnificencia, cuando apareció como un arcángel, en cuya frente resplandecía una ráfaga de argentada luz, destello del fulgor de un Dios Omnipotente. Y ese cometa espléndido no lo vieron jamás nuestros abuelos, no lo verán quizá muchas de las generaciones que han de sucedernos. Pero los siglos vuelan ante ti como parvadas de aves pasajeras; las generaciones han desaparecido a tu presencia como las hojas secas que arrebata en su furor el viento del Otoño; y como se desliza tu sombra, al amanecer, sobre los valles, así has visto desvanecerse más de una vez la gloria y el poder de los imperios.

LUIS DE LA ROSA

1850

* * *

En mayo de 1834, después de una sequía de seis meses, cuando algunos aguaceros habían dado vida a la vegetación y cubierto de hierbas y flores los campos, emprendí, en compañía de mi amigo el barón Luis Gros, Encargado de Negocios de Francia en México, distinguido pintor y apasionado por las ciencias naturales, un viaje a la montaña llamada el *Popocatépetl.* Desde la capital, seguimos como ocho leguas el camino de Veracruz que pasa entre los lagos de *Chalco* y *Texcoco.*[1] Estas lagunas, en cuya superficie se reflejan los muchos cerros de origen volcánico y los cráteres apagados que adornan el valle de México, presentan una vista de las más grandiosas de la naturaleza; porque el valle está ceñido en este rumbo del S. E. por una cadena de espesos bosques y por el *Popocatépetl* y el *Iztaccíhuatl* que con su cima de nieves eternas se levantan en el fondo del cuadro. El *Popocatépetl,* según Húmboldt, tiene 5400 metros de altura sobre el nivel del mar.

El *Iztaccíhuatl* no tiene la figura tan regular, sino que forma una sierra como de media legua de largo, llena de barrancas y peñascos. Es muy notable la influencia que ejercen estos dos volcanes en las nubes. La mayor parte de las tempestades se forman en el laboratorio misterioso de aquellas cimas, y de allá descienden con estruendo a descargar por las regiones más bajas. Es también muy notable que las tempestades, aunque son más fuertes que en Europa, no tienen influjo alguno sobre la columna de azogue del barómetro.

Una legua más allá de *Ayotla,* salimos del camino de Veracruz y tomamos la dirección del Sur, pasando

(1) El lago de *Chalco* ya no existe; el de *Texcoco* está desapareciendo.

por las haciendas de la Compañía y Morales, cuyos extensos campos estaban ya sembrados de maíz y trigo. A cinco leguas de *Ayotla* dejamos el valle de México para subir a la cordillera, la cual en su cresta forma un llano o meseta a 244 metros sobre la ciudad de México; en este llano están los pueblos de *Ameca* y *Ozumba*, situados en la falda occidental de los referidos nevados. Aquí se divisan ya con claridad las barrancas que forman el pie de estos volcanes, y más arriba el arenal y los peñascos aislados que ocupan el espacio intermedio entre la vegetación y las nieves perpetuas.

El contraste de colores de las cimas resplandecientes por las nieves, con el tinte oscuro del arenal y el verde de los bosques, todo esto realzado por la alternativa de sombras y puntos iluminados por los últimos rayos del sol, produce efecto admirable en el observador. Por este llano de *Ameca* se abrió camino Hernán Cortés para llegar, la primera vez, a la capital del *Anáhuac*, después de haber pasado por entre los dos volcanes.

Cerca de *Ozumba*, a dos leguas de Ameca y diez y siete de México, termina el llano de *Ameca* y comienza la bajada, por el Sur del *Popocatépetl*, al Plan de *Amilpas* (1217 metros más bajo que *Ameca*), que tiene veinticuatro leguas de largo y diez y ocho de ancho. En el Plan de *Amilpas* hay unas cuarenta y ocho haciendas de azúcar (año de 1834), en algunas de las cuales se cultiva también el café y el añil.

La falda austral del *Popocatépetl* nos pareció menos difícil para la subida, por estar limpia de nieves hasta la cima. Esta circunstancia y la noticia de que por este lado acababan de subir unos ingleses al volcán, nos inclinó a seguir el mismo camino.

El 22 de mayo salimos temprano de Ozumba al pueblo de *Atlauca* (sic.), que dista del primero como me-

dia legua al Sudeste. Desde allí empezamos a subir y entramos en un monte muy espeso de árboles, arbustos y hierbas. Después de haber caminado algunas horas, encontramos el bosque tan espeso, que fue preciso que los indios guías habriesen el camino con sus hachas. Pasamos infinitas barrancas y precipios que se formaban de las ramificaciones de la sierra y estaban cubiertas de hermosos pinos; de cuando en cuando se nos aparecían resplandecientes con la luz del sol las cimas nevadas de los volcanes. El camino se presentó tan escarpado en muchos parajes, que era menester descargar las mulas y ayudar a los indios a abrir el camino con nuestras espadas.

Al medio día llegamos al rancho de *Zacapepelo*, donde hay mucha pastura y hermoso ganado; las crías están atadas cerca de la casa, para asegurarlas de los leones y lobos. No encontramos al dueño del rancho, pero nos servimos de su hogar, de sus ollas y de todo para hacer nuestra comida. En aquella altura (3520 metros sobre el mar), la rarefacción del aire ya es notable y molesta para la respiración, además se siente considerable frío. El monte es menos espeso y se compone sólo de ocotes.

En el rancho dejamos parte de nuestra comitiva, y con solos dos criados y los indios guías que llevaban agua y comestibles, subimos más arriba todavía a caballo, aunque el suelo era ya muy arenoso. Después de dos horas llegamos por fin a la línea donde acaba la vegetación, y sólo de cuando en cuando encontrábamos algunos *ocotes* decrépitos, cuyas ramas inclinadas hacia el suelo apenas tenían hojas verdes en sus puntas. A esta altura no encontramos más plantas que el *chelone gentianoides* y una hierbecita (*arenaria bryoides*) que es encuentra como a doscientos pies más arriba.

De allí en adelante se extiende un inmenso desierto

de arena volcánica de color negro, cubierto por todas partes de pedazos de piedra pómez. En cuanto a animales vivos, encontramos al fin de la vegetación una especie de avecillas cantoras.

La esperanza de que durante la noche y al día siguiente favoreciese el tiempo nuestra empresa, se frustró muy pronto, pues como a las siete de la noche se juntaron espesas nubes en la cima del volcán y después bajaron descargándose de un modo que causaba horror. Algunas horas duró la noche iluminada por continuos rayos, que no sólo salían de las nubes de arriba hacia las de abajo, sino de las de abajo hacia las de arriba, y también cruzaban en dirección horizontal, lo que nos causó no poco cuidado. Al mismo tiempo cayó una fuerte tempestad de granizo y nieve, para la cual no teníamos otra defensa que una sábana que clavamos por una extremidad al tronco de un árbol y la otra, con estacas, en el suelo. La nieve y el agua siguieron hasta las cuatro de la mañana y, al amanecer, vimos con gran sentimiento que todo el volcán, hasta su cima, estaba cubierto de nieve, que muchos árboles habían sido rejados por el rayo, y que el horizonte estaba cubierto de gruesas nubes. Sin embargo, nos decidimos a proseguir nuestra empresa y, con gran dificultad y haciendo grandes promesas, logramos que los indios nos acompañasen.

Todavía subimos a caballo como por espacio de legua y media, hasta que por lo empinado del camino y la mucha arena y nieve de que estaba cubierto, ya no podían los caballos pasar adelante. Por esta causa los hicimos retroceder con los criados, y nosotros seguimos a pie con los indios. La subida era muy penosa por no poder afirmar el pie en la arena, resbalándonos a cada paso. También se dificultaba más y más la respiración por el estado enrarecido de la atmósfera. Así subimos algunas horas, cuando los indios, por el

defecto de su mal calzado, se quejaron de cansancio y de dolor de pies, causado por la nieve; y tuvieron que quedarse atrás en un peñasco, prometiendo aguardar nuestro regreso. Seguimos subiendo solos, dejando nuestros instrumentos con los indios y llevando sólo un barómetro. Entre tanto apareció el sol; el reflejo de sus rayos en la nieve sobre nuestras caras, nos molestaba; por de pronto no le dimos importancia, después nos costó muy caro.

A las doce alcanzamos con gran trabajo un peñasco que llaman *El Pico del Fraile;* mis observaciones barométricas me dieron por ese lugar una altura de 5134 metros sobre el mar. Habiendo descansado un poco, empezamos a examinar por dónde podríamos llegar a la cima del volcán; no advertimos que hubiese otro camino que por peñas escabrosas y barrancas, todas cubiertas de nieve; así es que nos vimos precisados por entonces a abandonar la empresa; además, ya estaba muy avanzado el día y el volcán se iba cubriendo de nubes. Retrocedimos, pues, por el mismo camino y nos reunimos con los indios; antes de llegar a los límites de la vegetación, encontramos a nuestros criados con los caballos; seguimos adelante y llegamos al rancho de *Zacapepelo* al ponerse el sol. Rendidos de cansancio nos acostamos esperando disfrutar de buen sueño. No lo logramos: a poco rato nos despertó un dolor de ojos, tan vehemente que no nos dejó dormir; al mismo tiempo se nos hinchó la cara y los ojos, de tal manera, que no podíamos abrir éstos; unos fomentos de leche tibia nos permitió entreabrirlos. Bajamos con mucha dificultad y llegamos a *Ozumba* a las tres de la tarde. Descansamos allí dos días y regresamos a México, donde tardamos más de un mes en aliviarnos de la vista. Es terrible el efecto de la reflexión de los rayos del sol sobre la nieve.

FEDERICO GEROLT

* * *

Diego de Ordaz, soldado de Cortés, fue el primero que escaló la cumbre del Popocatépetl en 1519 y entregó a don Hernando el azufre recogido en el cráter. En la misma época de la conquista hubo otras ascenciones. Los viajes de exploración más importantes, llevados al cabo por hombres de ciencia, se efectuaron durante el siglo XIX; ya hemos copiado antes lo relativo al del barón Gros y Federico Gerolt; ahora vamos a insertar brevísimo extracto acerca del que emprendieron en 1865 los señores Dollfus, Montserrat y Pavie, miembros de la *Comisión Científica de México*.

Estos señores hicieron su viaje por Amecameca. Dicen en su artículo que la montaña está al SE. de la ciudad de México, a veinte leguas de distancia, en el punto de unión de la Sierra de Cuernavaca con la Sierra Nevada, y a 19°-1′-45″ de latitud septentrional. El camino más frecuentado es el que va de Amecameca al rancho de *Tlamacas* que tiene sobre el mar una altura de 3400 metros.

Al salir de Amecameca, el suelo es de un conglomerado pomoso; las pendientes, al principio son suaves, pero poco a poco se hacen más rápidas; donde termina la vegetación comienza una zona de arena negra violada, movediza, donde los caballos hunden las patas y apenas pueden andar. En *Tlamacas*, los exploradores tuvieron una temperatura de 8° sobre cero y vieron que el agua hierve a 88° centígrados.

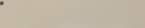
Llegaron a un lugar donde se alza una gran cruz de madera; allí comienzan las nieves perpetuas, a una altura de 4300 metros. Los guías se adelantan un poco, y este adelanto es favorable a los viajeros, pues las huellas que van dejando los pies de los guías sobre la blanda nieve, forman escalones que algo favorecen la

subida. Ésta es fatigosa en exceso; comienza a sentirse dificultad en la respiración; los pulmones se oprimen; cada paso que se da cansa mucho; la reverberación del sol sobre la nieve molesta demasiado y causa vértigos; las naturalezas débiles no soportan esas fatigas.

Por fin llegan los intrépidos viajeros a la cumbre y contemplan un espectáculo grandioso: ven el Pico de Orizaba, el Cofre de Perote y el Iztaccíhuatl,[1] en el cual no observan ningún cráter; ven también las grandes y pequeñas ciudades que se tienden en torno del coloso; después se aprestan a estudiar el cráter.

Tardan cuatro horas en hacer sus observaciones; caminan por el borde del cráter, borde *muy angosto, flanqueado por horribles abismos.* A una parte de ese borde le llaman Espinazo del Diablo. El cráter es de forma elíptica; su eje mayor es como cincuenta metros más largo que el menor; el perímetro del borde del cráter es de dos kilómetros y medio. Estudian algunas fumarolas y hacen otros estudios muy importantes relativos a Geología y Botánica, que consignan minuciosamente en su artículo. Mientras están en aquella altura, se toman el pulso unos a otros y cuentan más de cien pulsaciones por minuto. Según sus medidas, la altura de la enorme montaña es de 5425 metros.

Hace como cincuenta años se publicaba en México un periódico de vulgarización científica, titulado LA CIENCIA RECREATIVA; en él hay un artículo dedicado a describir menudamente una ascensión al Popocatépetl: lean tal artículo los que tengan curiosidad de saber ese asunto.



(1) Es muy común ver en periódicos y hasta en libros de Geografía, escrito este nombre con **x**: **Ixtlacíhuatl**; es un horrible desatino. La voz significa **mujer blanca**, y **blanca**, en náhuatl, es **iztac**, con **z**.

Frontón de Piedras Pintas

A la margen izquierda del río Sabinas —a 30 kilómetros al SE. de su confluencia con el Salado—, como a 50 metros del lecho actual, y en lo que fue la cuenca primitiva, se alza una roca de arenisca de cuatro metros de altura por ocho de longitud, en la que se ven grabadas estrías transversales que dividen la superficie del Frontón en porciones "casi iguales, equidistantes y paralelas, sobre las que están cinceladas unas figuras, entre las cuales se ven formas raras de flechas, escudos, estrellas, soles, serpientes, huellas de animales y grecas de perfección admirable."

Bajo el Frontón principal hay grandes rocas que parecen desprendidas de él, porque las inscripciones mutiladas que contienen parecen corresponder a las de aquél. Los miembros de la *Junta Arqueófila de Monterrey*, que tomaron fotografías y a quien pertenecen las noticias de este artículo, dicen también "que en los alrededores del Frontón se encontraron puntas de flecha, de lanza, fragmentos de cuchillos y de hachas, labrados en arenisca, calizas o pedernal, y que cerca del Frontón hay un sitio enlajado, donde tal vez efetuaban los aborígenes sus fiestas religiosas y funerarias." Supieron que los ancianos del lugar atribuían las inscripciones y restos referidos a los *comanches* o a los *lipanes* y *tarancahuases*."

Entiende la Junta que este monumento es uno de los pocos que quedan de la Prehistoria de Nuevo León, y parece relacionado con un depósito de fósiles de elefantes primitivos, que, según se asegura, existe al NO. y en el sitio llamado Las Tinajas, en el Arroyo Blanco.

Todo esto es muy discutible. Para visitar el Frontón, puede irse hasta Los Herreras por el Ferrocarril de Matamoros; de allí, en carruaje, por Cerralvo y Aguasleguas, hasta *Piedras Pintas*. (Periódico Ocifial de Nuevo León, tomo 43, abril de 1908).

Los Arcos de Cempoala

UNA de las obras de arquitectura más admirables de los misioneros, fue la que ejecutó Fr. Francisco de Tembleque. Residiendo en el convento de Otumba, y notando la escasez de agua potable que había en aquella comarca, emprendió traerla de unas fuentes que están a quince leguas de distancia (sesenta y tres kilómetros). Muchas fueron las contradicciones y dificultades que tuvo que superar en diez y siete años que duró la obra; pero todo lo venció su afán y su constancia, pues dejó concluído al cabo de tan largo tiempo un acueducto de atarjea, de calicanto, de la extensión que se ha dicho, que pasa por tres puentes; el primero de cuarenta y seis arcos; el segundo de trece, y el tercero que es el más notable y que se ve en el camino de *Otumba*, cerca del famoso campo de la batalla de aquel nombre, de sesenta y siete en una extensión de mil cincuenta y nueve varas (ochocientos ochenta y ocho metros). El arco de en medio tiene ciento veintiocho pies de altura, que son cuarenta y dos varas dos tercias (un poco más de treinta y cinco metros), y de ancho setenta pies o veintitres varas (muy cerca de veinte metros), por el cual podría pasar un navío de guerra con todas sus velas tendidas: obra construída con tal solidez, que después de tantos años y con tantos y tan recios temblores como en ellos ha habido, no ha sufrido detrimento alguno y existe causando admiración a cuantos la ven.

LUCAS ALAMÁN

En el artículo anterior, copiado de las *Disertaciones* de don Lucas Alamán, hay una nota en que se narra que Tembleque, para vigilar la construcción de su arquería, levantó una choza donde vivió algunos años sin más compañía que un gato pardo, que le llevaba las codornices y conejos que cazaba en el campo; que con aquella caza se alimentaba el buen religioso y hábil arquitecto. Alamán afirma que esa noticia la leyó en la *Monarquía Indiana* de Fr. Juan de Torquemada. El que primero la narró y fue testigo presencial del hecho, es Fr. Jerónimo de Mendieta, en su Historia Eclesiástica Indiana, libro que no conoció el Sr. Alamán, porque se publicó después de fallecido éste. El sencillo relato es curioso y merece conocerse: voy a copiarlo en seguida, y advierto que Mendieta fue hombre discreto, religioso ilustre e historiador serio y honorable, incapaz de relatar una superchería.

"Tembleque aprendió la lengua mexicana para confesar a los indios, y aunque no se dispuso a predicar en ella con el aparato acostumbrado, leía por el libro a los indios la doctrina o sermón que le parecía convenirles, porque leía expeditamente esa lengua. Como morase en el convento de *Otumba*, viendo que toda aquella provincia carecía de agua, y que la de las balsas llovediza, con que en su infidelidad se sustentaron los indios, se la encenegaban los españoles con sus ganados y bestias, de suerte que ya bebían cieno y lodo en lugar de agua, de que iba enfermando y muriendo mucha gente, condoliéndose de tan extrema necesidad de los pobres, puso haldas en cinta, determinando de acometer una hazaña que grandes y poderosos reyes apenas se atreverían a salir con ella. Ni él pudiera disponerse a semejante obra, si no fuera con inspiración y particular auxilio de la gracia divina. Y fue traer agua corriente de nueve o diez leguas de allí, sacándola

de pequeños manantiales y de parte (al parecer humano) mucho más baja que adonde había de correr, y metida entre cerros y barrancas. De cuya empresa se pueden ponderar tres cosas notables. La primera, su admirabe ingenio y industria con que hizo obra tan insigne, segura y perfecta, sin haber aprendido en su vida tal oficio. La segunda, su extremado ánimo con que emprendió lo que grandes señores con buenos maestros dificultaran de emprender; mas todo lo suple la caridad. La tercera, su increíble perseverancia con que pasó adelante, y duró diez y seis años o más en esta obra, teniendo muchas contradicciones para ella, no sólo de seglares, mas también de los frailes, que se lo atribuían a temeridad, y decían que consumiría los indios de aquella provincia con el trabajo, y al cabo no saldría con su empresa. Empero el salió con ella, y proveyó de muy escogida agua a la provincia de *Otumba* y a la de *Cempoala*, en cuyos términos halló su origen, dejando alcantarillas de trecho a trecho por todo el caño para provisión de todos los convecinos. Los cinco años de los arriba dichos se detuvo en edificar una altísima puente o arco por donde pasase el agua, sobre una honda y ancha barranca, que se puede contar entre las obras señaladas del mundo. Allí edificó para su habitación, por el tiempo que durase la obra del arco, una devota ermita dedicada a la Natividad del Señor, y la llamó Santa María de Belén, donde hacía misa y doctrinaba y consolaba a los indios de la obra. En ella no tuvo otro compañero durante los cinco años, sino un grande gato pardo que cazaba de noche en el campo, y al amanecer traía a su amo la caza que había hecho de conejos o codornices, como yo lo vi por mis ojos haciendo allí noche, de paso, algunas veces." (HISTORIA ECLESIÁSTICA INDIANA, pág. 698).

Las grutas de Villa García

En Monterrey, que es mi tierra, trabájase activamente para fomentar el turismo, inyección de substancias nutricias que han de circular por las venas de la patria. Pronto se iniciará la erección de un gran hotel —que espero será de construcción y carácter netamente mexicano— y se ofrecerán toda suerte de facilidades para atraer viajeros que vengan a conocernos un poco y dejarnos los frutos vivificantes de esa "exportación invisible" que es el turismo: mejorado Rey Midas, que sin que desaparezca ni merme lo transmutado, convierte en oro para el país, sus reliquias históricas, sus monumentos artísticos, sus bellezas naturales, las múltiples atracciones de su originalidad y de su fama contradictoria.

Ya en pleno aprovechamiento, como está, la carretera de Laredo a la Capital de Nuevo León, sobrarán yanquis ávidos y curiosos —en cuanto tengamos dónde recibirlos y les avivemos el deseo con una inteligente propaganda— que se vayan a pasear a Monterrey y sus cercanías, henchidas de esplendores naturales: el maravilloso cañón de Santa Catarina; el cerro del Mirador, en cuya altura escalada por carretera audaz, clavó don Bernardo Reyes, como nido de águila, su casa veraniega, y que hoy es toda una colonia; Villa de Santiago, donde jadean los telares de "El Porvenir," y ríen los naranjales, y se despeña, entre boscosas opulencias, la cascada de la "Cola de Caballo"; la incomparable Sierra Madre que yergue al Sur sus mu-

rallones, y en cuyas intimidades, sin riesgo de fieras ni alimañas, se hermanan y se besan el agrio risco y la suntuosa selva, la garganta vertiginosa y la suavísima meseta, las perspectivas soberanas y el recóndito manantial, el horror de la grandeza y la sonrisa del candor.

A esta maravilla de la Sierra —y a otras muchas que no son todavía suficientemente accesibles— habría que llevar la comodidad de la carretera, de algún risueño hotel al pie y demás facilidades y señuelos que invitan a familias y turistas. Pero quiero referirme, sobre todo, a una belleza excepcional: las grutas de Villa García.

¿Quién ha oído hablar de ellas? Fuera de las gentes de la región, seguro estoy que casi nadie. Si esas grutas estuvieran en Estados Unidos o en Europa, tendrían fama mundial. Y la merecen.

Tan vastas son que se dice no se les ha visto el fin, y varios exploradores se han perdido para siempre. Sus estalactitas y estalagmitas, de purísima limpidez, forman fantásticas arquitecturas. Un venero brota allá adentro. Y hay, sobre todo, el "cuarto de la luz", amplio recinto en que se apagan las inútiles antorchas, porque lo baña una suavísima claridad como de luna: es la luz exterior que, filtrada y tamizada a través de invisibles resquicios, baja a la gruta con prestigios de ensueño y poesía.

Pero para visitar esta maravilla se necesita, primero, saber que existe, y después, tener facilidades para llegar a ella. Entiendo que la carretera de Monterrey a Villa García está en aceptables condiciones, aunque podría mejorarse; pero de Villa García a las grutas, el camino es poco menos que intransitable.

¿Por qué no arreglar bien ese corto trayecto y organizar las condiciones de hospedaje y visitas necesarias para atraer un intenso y constante turismo? Con breve costo lograríase largo resultado. Tras una fácil campaña de publicidad, los yanquis afluirían a chorros, pues irían directa y comodísimamente en sus automóviles, y todos los viajeros que llegaran a Monterrey y hasta muchos de la tierra que aun no conocen las grutas, se animarían a visitar aquel alcázar subterráneo, hoy ignorado, mañana célebre.

❦ ❦ ❦

Y de igual modo que en mi rincón nativo, en todos los rincones de México. Sembrados estamos de prodigios de belleza natural. Pero los ignoramos. En esto, como en otros muchos órdenes, nos despreciamos sin conocernos. Y a gentes que han hollado los últimos recovecos de Europa, habría que darles la "sorpresa" de mil cosas naturales que ignoran en su propia patria.

¿Remedio? Que los escritores mexicanos nos revelen las bellezas de sus regiones respectivas; que en el periódico, en la poesía, en la novela, en el teatro, nombren y pinten nuestros tesoros, para que, entrando al conocimiento común, susciten curiosidades saludables, y vuelen y perduren dignificados por el arte. Taxco está ahora de moda, ilustrado por la palabra y por el lápiz de exquisitos intérpretes. Magnífico. Pero Taxco es un punto nada más. José Luis Velasco, con su pluma errabunda y florida, anduvo ha poco divulgando algunas de nuestras bellas cosas; recuerdo un lindo artículo sobre la cascada de la Tzaráracua, en Michoacán; lo convido a seguir. Y todos cooperemos en esta dulce labor de propio conocimiento. Tras las palabras, vendrán los hechos: la carretera y el hotel, y la atracción del turista seguirán las huellas del escritor.

El Club de Exploraciones de México y el Citlaltépetl, de esta metrópoli, —así como otros similares que haya o se funden en distintos rumbos del país—, podrían dar a la estampa y divulgar guías completas, con sus ilustraciones si es posible, reproduciendo sus programas de excursiones que ya publican, en que se revelan tantas bellezas y la manera práctica de visitarlas: acicate al conocimiento y al amor de nuestra tierra, estímulo a ese entusiasmo excursionista, hondamente salubre para el cuerpo y el alma, educador del esfuerzo, la disciplina y el compañerismo, y que debería fomentarse intensamente en nuestro mundo obrero y popular, como eficaz terapéutica contra el alcoholismo y demás degeneraciones de los días festivos.

Y como en esto, en todo. Conozcamos, estimemos lo nuestro, exaltemos lo nuestro, veámoslo con orgullo y con amor.

Muchas miserias, muchas lacras impelen al pesimismo; el mal es ruidoso, es exhibicionista, aparenta más de lo que es. Pero acudamos a nuetros valores silenciosos: ¡cuántos ejemplares humanos de admirable entereza y resplandor! Acudamos a nuestros libros soterrados, que piden a gritos reimpresión y divulgación: Alamán, García Icazbalceta, Munguía, Arango, Couto, Roa Bárcena, cien más. Triste es que se ignoren nuestras obras eximias, mientras saben hasta los escondrijos más menudos de literatura francesa. Ahondemos en lo nuestro, ilustremos lo nuestro; si no lo hacemos nosotros, ¿quién lo hará?

Desterremos ese prejuicio torpe y suicida que de antemano desdeña todo lo de casa y tiene un asombro novelero y pueril para todo lo de extranjis. Lo que pasa con nuestros productos industriales, que han de traer

marbete exótico para que los estimemos y compremos, suele pasar con nuestros sabios y artistas, que han de ser "resellados" en Europa para que empecemos a tomarlos en serio, y pasa siempre con nuestros rarísimos inventores —rarísimos por la falta de apoyo y aliciente— como el doctor García que ahora ensaya en París su sistema de anestesia por alcohol.

Estimulemos todo esfuerzo de propia integración, como este de la Comedia Mexicana, que sostenido con perseverancia y con brío, tendrá que dar a la larga frutos insospechados. Hay que tener el generoso valor de comprender el mérito y encomiarlo en altas voces, aunque el mérito esté en un desconocido de la víspera, aunque esté en el colega ante cuya loa nos retiene una recóndita e inconfesable emulación, aunque esté en ese señor con quien nos topamos todos los días y a quien no le vemos facha de genio.

Lo nuestro vale más de lo que nosotros mismos imaginamos. La apatía, la desconfianza, la ligereza, nos impelen a desdeñarlo... ignorándolo. Conozcámonos. Amemos lo nuestro: Hagamos valer nuestros valores. Suscitémoslos y corroborémoslos, afirmando nuestra auténtica personalidad. Pongamos la activa mano en la tarea, con un fulgor de fe en los ojos y un himno de esperanza en los labios.

ALFONSO JUNCO

El Volcán y el Nevado de Colima

En la región austral del Estado de Jalisco, cerca de *Zapotlán* (Ciudad Guzmán) y casi en la línea de Colima, se alzan dos eminencias de aspecto bello, imponente y majestuoso, que, vistas desde lejos, parece que tienen por soporte una misma montaña. Están tendidas de N. a S.; la comarca abrupta en que se hallan, queda encerrada entre la Sierra del Tigre y la de *Zapotitlán;* la primera está al Oriente; la segunda, al Oeste; las enormes quiebras de aquel enredijo de montes forman profundas barrancas, entre ellas, dos famosas en nuestra historia militar: la barranca de Beltrán y la barranca de *Atenquique.* Las aguas de aquella región dan su tributo al río de la Armería, por una parte, y por la otra, al río de *Tuxpan.* En un largo trayecto de las márgenes de este río, va la vía férrea que conduce a Manzanillo; muchos de los sitios de dichas márgenes ofrecen aspectos en verdad pintorescos.

Las dos eminencias dominadoras de aquellas tierras, son el *Nevado* y el *Volcán* de Colima. Desde las ventanas del vagón de un convoy que vaya hacia Manzanillo, se divisan, a mano derecha, uno al lado del otro, los dos enhiestos conos; el del Norte es el Nevado, el del Sur es el Volcán. El primero, casi siempre cubierto de nieve, alcanza 4334 metros sobre el mar; el ascenso a esa elevación es difícil y muy fatigoso, porque las pendientes que hay que trepar son muy rápidas, y en algunos tramos no hay pendientes, sino acantilados.

Sin embargo, los intrépidos exploradores han llegado a la cima; desde ella han visto el Pacífico y han contemplado paisajes remotos, pues aquella cumbre domina comarcas inmensas. En la cúspide hay un cráter apagado, de 150 metros de diámetro; ese monte nevado, hoy tranquilo, en tiempos excesivamente lejanos de nuestros días ha de haber arrojado cataratas de lava.

Cuando ésta dejó de salir por el cráter hoy extinguido, buscó quizá otro punto de desahogo y formó el pico que se yergue al Sur del Nevado, que está en plena actividad y que se llama *Volcán de Colima*. Dicen los geólogos que la historia de las erupciones de este volcán es de muy escasas noticias. El ascenso a la cúspide es imposible algunas veces, porque las arenas y rocas que cubren los senderos están excesivamente calientes, y porque hay emanaciones de gases sulfurosos. Sin embargo, después de un largo período de calma, el suelo se enfría algo y permite la subida. La altura del Volcán es de 3960 metros sobre el mar. Alguno de los exploradores dice que el cráter de éste cono esbelto y elegante dista en línea recta, me supongo, siete kilómetros del cono del Nevado. En los últimos sesenta años, ha tenido erupciones de intensidad extraordinaria. En una de las últimas, apareció nuevo cráter hacia el Noreste.

En 1853 fue visitado por un explorador extranjero; en 1866 lo midieron y estudiaron los sabios Montserrat y Dollfus, miembros de la ilustre *Comisión Científica de México;* algunos años después lo estudió pormenorizadamente el ingeniero don Mariano Bárcena.

Los que quieran conocer aquella región montañosa, y acercarse a los dos volcanes y aun subir a ellos, deben tomar un tren del ferrocarril que va de Guadalajara a Manzanillo. El punto de partida para la excursión puede ser la ciudad de Colima que dista 33 kiló-

metros de los Volcanes; o Ciudad Guzmán que dista 25; el pueblo de *Tonila* dista sólo 16; y 20, los ranchos de Beltrán y de *Atenquique*.

Abundan las fotografías tomadas en los momentos de una erupción; la de 1868 y una de las posteriores fueron verdaderamente aterradoras. Fue obispo de Colima el señor don Francisco Melitón Vargas, varón venerable que llegó a las alturas de la santidad; se cuenta de él que contemplaba las erupciones del Colima con gran serenidad, admiraba lo sublime y aterrador del espectáculo y lo consideraba como obra de Dios.

Torreón

En las agrias y fragosas cordilleras que forman la Sierra Madre Occidental durangueña, en una región ignorada de la mayor parte de los mexicanos, brotan los primeros raudales que van a formar el rey de los ríos de Durango, muy notable en nuestro país, el Nasas, que lleva la vida y la riqueza a la comarca agrícola más importante de México. Sería muy difícil precisar cuál es el arroyo que tiene derecho a llamarse el generador del Nasas, este nombre de la corriente fluvial durangueña, se le aplica desde la Hacienda del Rincón, lugar donde se unen los ríos del Oro y de Ramos; desde tal unión, sigue un trayecto de 215 kilómetros y va tocando numerosos poblados, entre otros, Trinidad, El Rodeo, Nasas, La Loma, La Goma, Avilés, San Carlos, Lerdo, Gómez Palacio, Torreón, y San Pedro de las Colonias.

En la región de Guanaceví, muy al Norte del territorio durangueño, comienza a correr un arroyo llamado el Zape, que se junta con el arroyo de Matalotes, pasa por Sextín, toma este nombre, riega varios pueblos de la municipalidad del Oro y con este nombre llega a la mencionada Hacienda del Rincón. Al Oeste de la ciudad de Durango, por el rancho del Oso, nace un arroyo que corre de Sur a Norte, engruesa su caudal, pasa por el pueblo del *Maguey* y por la ciudad de Santiago Papasquiaro, y con este nombre y, cerca de *Atotonilco*, se une con el *Tepehuanes* que viene de la Sierra del *Tarahumar* y va regando varios pueblos. Juntos ya el

Papasquiaro y el *Tepehuanes*, entran en el Cañón de Ramos y llegan a su confluencia con el Oro en la Hacienda dos veces mencionada. El arroyo de *Pánuco*, que pasa por San Juan del Río y toma este nombre, corre de Norte a Sur y afluye al Nasas cerca del rancho de Buenavista.

El doctor don Francisco Valdés, en un estudio titulado *Las Corrientes del Nazas*, que me ha proporcionado algunas de las noticias contenidas en este artículo, hace notar que lo intrincado de la sierra durangueña quita al río que describo caudalosos afluentes; los que penetran en una cuenca cerrada donde se forma la laguna de Santiaguillo o *Guatimapé*. Con este nombre era conocido un condado constituído en aquella comarca en la época colonial. El último conde de *Guatimapé* fue don José María del Campo Larrea y Fuente.

La palabra *nasa*, que significa red para pescar y trampa para hacer caer en ella a alguno, se deriva del latín, en cuya lengua es *nassa;* no hay razón para escribirla con *z;* el abuso, no el uso, efectuado durante largos años por gente ignorante o caprichosa, no debe sobreponerse a la etimología. Así como no debe escribirse *Taxco* sino *Tasco*, así no debe escribirse *Nazas* sino *NASAS*.

El río de este nombre, después de correr con ímpetu de torrente en la región escarpada, agria y quebradísima de la Sierra, arrastrando despojos animales, minerales y vegetales convertidos en el bendito y fecundante limo, entra sosegado, tranquilo, majestuoso en la planada, cuando ya se acerca al gran vaso cerrado donde deposita sus aguas; aguas que se pierden en parte por las filtraciones y por la rápida evaporación. Durante siglos, el vaso donde el Nasas depositaba sus aguas era la laguna de *Tlahualilo* o del Caimán; los

depósitos incesantes acarreados por el río elevaron el lecho de la laguna, disminuyeron su capacidad e hicieron que el Nasas llevase sus aguas a un punto situado al SE., a cuarenta Kilómetros, a la laguna de *Mayrán*. La desviación de la corriente del río comenzó en 1846.

Esta región, hasta hace algo más de cincuenta años, estaba como apartada de la civilización; era una parte del desierto salvaje; merodeaban en ella algunas de las tribus bárbaras del Norte; había uno que otro rancho y una que otra estancia de ganado. Terrenos tan extensos pertenecían al marqués de Aguayo y dependían de la Nueva Vizcaya; pero en tiempo del ilustre virrey conde de Revilla Gigedo, fueron anexados a Coahuila. En 1848 era propietario de ellos el canónigo Sánchez Navarro, quien los vendió en cuarenta mil pesos a los señores Juan Ignacio Jiménez y Leonardo Zuloaga; el primero, de Durango y el segundo, de Coahuila; la línea divisoria para los compradores era el río Nasas; la porción septentrional era de Jiménez, y la meridional, de Zuloaga. Hacia 1872 había cerca de la desembocadura del río una casa de adobe, centro de una estancia ganadera perteneciente a Zuloaga; la casa, en uno de sus ángulos, tenía un torreón con saeteras, para defenderse de los indios bárbaros. Esa torrecilla dio nombre a la ciudad que desde el año antes mencionado se ha ido formando y que ha adquirido desemvolvimiento extraordinario. Frente a esta nueva ciudad mexicana, construída en la margen derecha del Nasas, álzase, en la margen izquierda, la ciudad de Lerdo, llamada durante muchos años Villa Lerdo y fundada por la casa de los señores Avila y Jurado. Un poco más al Norte y en la misma orilla izquierda del Nasas, se alza Gómez Palacio, nuevo poblado que lleva el nombre de célebre político durangueño e ilustre hombre de letras.

A partir de 1872, la región del *Tlahualilo* se fue transformando; y aquella boca del Bolsón por donde, en épocas anteriores, vomitaba el Norte sus hordas de bárbaros, se convirtió en un agro de fecundidad inaudita y en asiento de poblados ricos y prósperos. Juntamente con Torreón, Lerdo y Gómez Palacio, unidas por una vía de tranvías eléctricos que recorren las tres ciudades en pocos minutos, se fundaron poblaciones como San Pedro de las Colonias y Matamoros, y haciendas y ranchos numerosos.

Desde que se inició la actividad agrícola en el *Tlahualilo*, se comenzaron a construír presas para guardar las aguas del Nasas, a fin de utilizarlas en momentos oportunos; también se abrieron numerosísimos canales para el riego de las tierras. En el artículo del doctor Valdés, citado antes, se dice a este respecto: "Las obras de irrigación están constituídas por presas, desde las primitivas de estacas y ramas, hasta el sistema más moderno. Los canales de riego son de diversas capacidades y longitudes, desde veinte metros de base, hasta uno; desde una capacidad de cinco metros cúbicos por segundo, hasta la de ciento; desde dos kilómetros de longitud, hasta sesenta."

La Comarca Lagunera actual es sin duda el lecho de antiguo lago o mar interior, que recibió en lapso secular el acarreo de varias corrientes fluviales, entre ellas la del Nasas. Por eso aquel suelo tiene una capa muy gruesa de terreno laborable, rico en elementos nutritivos para las plantas. Fueron de fama en la antigüedad las tierras regadas por el Tigris y el Eufrates, porque producían trescientos por uno; se asegura que en el *Tlahualilo*, en ciertas ocasiones, el maíz da mil por uno. De trigo se recogen cosechas ubérrimas; las higueras y la vid prosperan admirablemente. Yo he visto en la ciudad de Lerdo unos

álamos que me maravillaron; pero la planta que ha llevado el auge y la riqueza a aquella comarca privilegiada, es el algodón. Desde que esta planta comenzó a cultivarse allí, las fábricas de hilados de la frontera norte dejaron de comprar en Tejas la fibra para sus telas. El valor de las cosechas en algunos años ha sido de treinta millones de pesos; y aquel terreno que en 1848 vendió en cuarenta mil pesos el canónigo Sánchez Navarro, en 1915 valía ciento cincuenta millones; la estancia de ganado con la casa del *torreón*, después de veinticinco años, era una ciudad de cuarenta mil habitantes.

En el crecimiento de Torreón, fenómeno inusitado en la República Mexicana, influyeron sin duda las vías férreas. El gran Ferrocarril Central que va de México a Ciudad Juárez, pasa por Torreón; allí tiene una estación de primer orden; aun en este tiempo de decadencia ferrocarrilera, dicha estación es siempre animada y pintoresca. Llegan también a la Ciudad Lagunera otras vías herradas: la de Durango, la que conduce a Piedras Negras, otros ramales inferiores y el ferrocarril que va a Saltillo, a Monterrey y a Tampico.

Durante muchos años, Torreón tuvo gravísimo defecto: el suelo de las calles. Ese suelo no era sino la arena del desierto que, levantada por el viento, producía polvaredas que dañaban las mercancías de los almacenes, ensuciaban las fachadas de las casas y molestaban horriblemente a las personas; además, daban a la ciudad aspecto muy feo. Ahora, las calles tienen pavimento de asfalto; los grandes almacenes, los bancos, las escuelas, las moradas particulares y los jardines lucen muy bien y dan otro aspecto a la urbe.

La región del *Tlahualilo*, situada en la boca de un desierto, no carece de belleza y de grandiosidad. Aquel gran río seco, que, la mayor parte del año, muestra

sus ramblas agotadas; aquel suelo formado de arenas gruesas y fragmentos calizos, que cuando no está sembrado ofrece aspecto desolador; aquel calor sofocante que, según dicen algunos, hace caer muertos a los pájaros cuando vuelan de un árbol a otro, encierra mina inagotable de bellezas que explotan los grandes poetas. El altísimo cantor del *Himno de los Bosques*, Manuel José Othón, que fue a vivir y a morir en la Región Lagunera, ha tomado a ésta sus elementos bellos y los ha engarzado en sus poemas admirables. Cuando los leemos, nos conmueve hondamente la idea del desierto, del cielo, del horizonte inmenso, de las estrellas, del peñascal, del perro, del grillo, de las aves nocturnas y del huracán que hace tañer un arpa gigantesca.

La crisis que ha detenido el desenvolvimiento de la Región Lagunera y que amenaza destruírla, seguramente no lo hará; es de esperar que se calmen las exigencias del elemento obrero y que se llegue a encontrar una fórmula que adune todos los intereses y que permita seguir disfrutando de los ricos dones que el Nasas, cual otro Nilo, derrama sobre aquella tierra.

Apéndice

Entre los grupos de alumnos que tuve a mi cargo en 1926, en la asignatura de Lengua Española, había uno al que concurría el joven Ángel Hernández Gutiérrez, oriundo de la Región Lagunera. Quise aprovechar esta circunstancia para encomendarle un ejercicio de redacción, cuyo tema fuese la siembra del algodón. El alumno Hernández me presentó su trabajo, que inserto en seguida, porque lo juzgo como útil complemento del presente artículo.

❖ ❖ ❖

El cultivo del algodón en la Laguna

El clima de la Laguna, región que comprende parte de los Estados de Durango y Coahuila, por ser cálido y seco, es propicio para el cultivo del algodón. El río Nasas sirve para regar toda la comarca, pues se ha hecho una inmensa red de canales que facilitan la faena.

El cultivo del algodón no es como el de la mayor parte de los cultivos agrícolas, pues éstos sólo necesitan que se efectúe la siembra en una época favorable, y después esperar que se llegue la época de la recolección. El algodón, para que se desarrolle vigoroso y dé grandes rendimientos, necesita ayuda, desde que nacen las primeras hojas, hasta que se efectúa la *pizca*, para que crezca sano y robusto.

Para sembrar la semilla es necesario que la tierra haya sido previamente regada, arada, *cruzada* y *arropada*. La siembra empieza a fines de febrero y puede

durar hasta principios de marzo; más tarde es peligroso, porque las heladas de octubre o noviembre pueden acabar con la planta, que entonces está en el apogeo de su producción. Cuando la planta ya ha salido y tiene dos hojitas, se debe hacer el primer *desahije*, que consiste en quitar de cada seis plantas, cinco; después, cuando tiene cuatro o seis hojas, se hace el segundo *desahije* quitando de cada tres plantas, dos; y el último *desahije* se hace cuando la planta tiene ocho o diez hojas, quitando entonces una planta de cada dos. Todos estos *desahijes* sirven para que las plantas, al crecer, no se ahoguen unas a otras, por estar muy apiñadas.

Durante cuatro meses se le deben hacer constantes limpias para no dejar crecer hierbas que lo perjudiquen.

A mediados de julio, si el año es bueno, baja la primera avenida del Nasas y toda esa agua es aprovechada en regar los algodonales que ya han consumido la humedad almacenada por la tierra en el primer riego y, como no llueve, para este tiempo ya están sedientos. El riego dura hasta fines de agosto, época en que empieza la *pizca* que se hace a mano y consiste en quitar el algodón que está prendido aún en la *bellota;* en la *pizca* toman parte hombres, mujeres y niños que forman una multitud y todos los años emigran a los ranchos donde consiguen pingües ganancias, pues como se pagá a tantos centavos el kilo, se esfuerzan por *pizcar* la mayor cantidad posible. En octubre, cuando casi ha terminado la *pizca,* caen las primeras heladas, que acaban con las plantas.

Y al año siguiente vuelve a empezar la ardua labor, en la que algunos se enriquecen, si resulta bien el año, pero si éste resulta malo, entonces la ruina es segura.

Un viaje por la laguna de Tamiahua

EL día 15 de Marzo de 1859 salimos de *Tampico el Viejo* con dirección a *Túxpam*.

Como el camino por tierra, aun durante el período de las secas, es menos agradable y más molesto que la vía acuática de Tamiahua, preferimos esta última, tanto por ese motivo, cuanto por visitar la laguna, la cual, además de la novedad nos ofrecía el aliciente de una divertida caza en sus orillas.

Las cuatro leguas que median entre Tampico el Viego y Tampico el Alto, cerca del cual debíamos embarcarnos, las hicimos a pie, aprovechando el fresco de la mañana.

El terreno, a la salida de Tampico el Viejo, es bajo y arenoso, pero al cuarto de legua de abandonar la orilla de la laguna a cuyas márgenes está situado, comienza a hacerse quebrado, formando pequeñas colinas o lomas cubiertas de arboleda. El suelo, calcáreo y gredoso, aunque fértil, no lo es extremadamente; la capa de humus o tierra vegetal apenas tendrá un pie de profundidad. Los árboles, sin embargo, son crecidos y los que más abundan son el *mezquite* y el *ojite*, cuyas ramillas tiernas sirven de forraje a los caballos, y también hay algunos encinos y palmas, de la especie llamada redonda.

Tampico el Alto es un lugarcito formado por unas ochenta casas situadas sobre una loma o mesa de corta extensión. Las casas, perfectamente alineadas, aseadas y blanqueadas, forman una sola calle: en el centro está la iglesia, que es de adobe y techada de

guano, y en ella se venera una imágen, de tamaño natural, de Cristo crucificado. Cada año se celebra una fiesta, a la cual concurren los rancheros de las cercanías y los vecinos de Pueblo Viejo y Pánuco. La imagen del "Señor de Tampico Alto" es tenida por muy milagrosa, como lo atestigua la cantidad de figuritas (ex-voto) de cera y plata que la sencilla credulidad ha colgado al rededor del sitio en que se encuentra. Es igual a la que existe en Veracruz conocida con el nombre del *Señor del Buen Viaje;* y cuentan que esas dos imágenes y la del santuario de *Otatitlán* vinieron juntas de España, a mediados del siglo pasado.

Aunque no pudimos averiguar con certeza la época de la fundación de Tampico el Alto, podemos, sin embargo, decir que ya existía con el carácter de congregación por el año de 1740, en cuya época, poco más o menos, comenzaron sus vecinos un litigio con los dueños de la hacienda de Cofradía, en cuyos terrenos se habían indebidamente congregado.

Es notable que uno de los primeros vecinos del pueblo fuese un francés, llamado Biaud de la Pinière, pues la prohibición a los extranjeros de establecerse en Nueva España estaba entonces en todo su vigor. También supimos que, desde aquélla época había siempre un destacamento de caballería compuesto de unos diez hombres, para conservar la tranquilidad pública.

Fuera de estas escasas noticias y de una invasión de piratas, conservada tradicionalmente, ninguna otra pudimos obtener.

Sobre la invasión de los piratas nos dijeron que la hacienda de Llano de Bustos, y antiguamente llamada *llano de gustos*, porque siendo muy amena y des-

pejada iban a correr allí caballos y a divertirse, existía una cruz nombrada la Cruz de la Negra, que marcaba el lugar en que fué muerta una esclava por los piratas. Algún tiempo después tuvimos ocasión de confirmar la veracidad de la tradición con la lectura de los títulos de algunas propiedades vecinas.

Notamos, además, que los apellidos más comunes entre los habitantes, son los mismos de los primeros pobladores de Nueva España; sobre todo abunda el nombre, algo raro en el resto del país, de Chirinos y el de Olea.

Después de haber almorzado, y habernos quitado unas tres docenas de garrapatas, volvimos a ponernos las botas huastecas, y a continuar la marcha hasta el embocadero, lugar que llaman la Ribera y que dista cosa de media legua al Este de Tampico el Alto.

Puesto que hemos hecho mención de las botas huastecas, creemos necesario hacer una descripción de ellas, para el lector que no las conozca. Las botas, que propiamente son unas pantaloneras, pues no tienen suela, ni se calzan, están formadas de las pieles de dos venados, las cuales se acomodan de manera que el cuello respectivo de cada una, sirva para cubrir las pantorrillas y parte de los muslos, atándose a la cintura con unos cordones del mismo cuero. El modo de preparar la piel es el siguiente: los sesos del mismo animal se guardan hasta que entre en estado de putrefacción; entónces se le untan a la piel, secada al sol previamente, por el lado del pelo, y con una costilla de venado se raspa y se suaviza con un continuo frotamiento. Cuando ya está suficientemente suave se le da color con el humo de los olotes de maíz quemados. Esto tiene por objeto impregnar las pieles de un olor fuerte y acre, que impide que las garrapatas se adhieran a ellas. Las botas deben ser muy anchas y

formar muchos pliegues y arrugas, tanto porque así las espinas no penetran tan fácilmente, cuanto para escapar de las mordidas de las serpientes cuando hay que atravesar un matorral.

Llegados a la Ribera, encontramos lista una canoa de buen porte, que debía transportarnos hasta el pueblo de Tamiahua. Las canoas de la costa de Tampico difieren de las de Sotavento en que, además de ser de menor capacidad, tienen todas la forma de las piraguas, es decir, dos proas; mientras que en Sotavento llaman canoas a las que tienen dos popas. La manera de propelerlas es igualmente distinta. Rara vez usan de la palanca, sino de una especie de remo corto que llaman canaleta.

La canoa estaba provista de una vela y un toldo para nuestro abrigo. Como el viento del Nordeste, que llaman brisote, comenzaba a soplar, largamos desde luego la vela, y tomando rumbo hacia el Sudeste, pronto nos encontramos en medio de la anchurosa laguna.

En la parte que cruzábamos, es decir, el Norte, observamos que la laguna tenía como una legua de ancho; pero a medida que íbamos avanzando se anchaba hasta formar una línea con el cielo, y sin que los ojos descubriesen la tierra por este punto.

Como a las tres horas de correr a toda vela, alcanzamos a ver unos médanos de arena blanca, que forman la cadena principal de la lengua de tierra que separa las aguas de la laguna de las del mar.

Esos médanos se llaman de Las Calaveras. Como son bastante elevados y el buen viento que teníamos nos daba tiempo para pasar algunas horas en tierra sin mayor perjuicio, determinamos desembarcar para hacer un exámen de la costa desde su eminencia. Al acercarnos, reconocimos que la tarea que íbamos a

emprender era en extremo ardua, porque los manglares que bordan toda la orilla la hacían de muy difícil y aun peligroso acceso. Tuvimos, en efecto, que saltar sobre las ramas de los manglares, cuyas espinas nos destrozaron las manos y el vestido y, lo que era peor aún, estaban cubiertas de una multitud de hormigas coloradas, y las mordeduras de éstas, junto con los piquetes de los mosquitos y el calor de un sol abrasador, hacían la empresa difícil. Habiamos avanzado lo bastante para poder escoger entre la retirada o la continuación: preferimos esto último y, después de media hora más de lucha con las espinas de los manglares y de la uña de gato, las hormigas y los mosquitos, nos abrimos paso con los machetes hasta el pie de los médanos.

Entonces comenzaron nuevos trabajos: la arena era tan fina, movediza y blanca, que nos sumiamos hasta los tobillos a cada paso, sin poder avanzar gran trecho; los rayos del sol nos molestaban sobremanera y, como estábamos a cubierto del viento por la altura que se interponía, el calor era insoportable.

Al fin llegamos, y nuestro afan fué, en verdad, ampliamente pagado por la espléndida vista que desde la altura se ofrecía a nuestros ojos. A un lado el Golfo mexicano, tranquilo como un espejo, de profundo azul; al otro las turbias aguas de la laguna; a lo lejos; surgiendo del mar como una flor colosal de la Victoria regia, la isla llamada La Blanquilla; la punta avanzada del Cabo Rojo, adonde desembarcó Barradas con su expedición en 1828; la isla de los Lobos, así llamada porque en un tiempo era muy frecuentada por las focas o lobos marinos. En esta última isla hizo alto la expedición americana en 1847, antes de avistarse en Veracruz: en ella hay varias cruces y monumentos sepulcrales de aquella época. Por el

lado opuesto, al Oeste, la isla de Juana Ramírez, en medio de la laguna, y en lontananza hacia el Sur, las cimas de Bilbao; hacia el ocaso los cerros de Ozuluama y la aguda punta volcánica del cerro de *Tantomol.*

La isla de Juana Ramírez tiene cuatro leguas y media de largo, y en su parte meridional una anchura de más de una legua, mientras que por el Norte tendrá solo como media legua. Hay en ella varios ranchos de ganado; está toda cubierta de vegetación y su suelo es arenoso y muy fértil. Once jagüeyes o estanques naturales sirven para abrevar los ganados y para los habitantes de ella, que no llegan a treinta. Por el Oriente dista de la tierra en partes media legua, en otras hasta diez leguas; por el Poniente dista por término medio una legua escasa.

De la altura en que estábamos observamos que de la parte del Oeste desembocan en la laguna varios esteros o *bayús*, que se nombran del Frontón, de la Cocina, de Ayamucos, de los Almagres, de la Laja y de las Cucharas. De estos esteros los tres últimos son navegables cosa de una legua.

La laguna por la parte de Oriente alcanza una profundidad de diez y doce varas; por el Oeste es vadeable frente a Juana Ramírez, pero va aumentando de fondo hacia el Norte. Cuando el viento sopla con fuerza, levanta olas tan altas como el mar, y aunque su corriente es generalmente escasa, suele ser en esos casos muy peligrosa.

Los peces son muy abundantes en las aguas de la laguna, notablemente hacia la parte angosta del Sur, que se llama río de Tamiahua. Asimismo hay muchos caimanes. En la punta que forma la boca del estero de la Cocina, adonde pernoctamos bajo las ramas de una inmensa higuera (ficus índica), tuvimos ocasión

de ver dos o tres que a la orilla del agua yacían con la enorme boca abierta. Tenían un largo como de tres varas, y uno de ellos como de cuatro. Caminando por la ribera descubrimos otro que había sido muerto días antes. A pesar del insoportable olor de almizcle que despedía y del estado de putrefacción en que se encontraba, uno de nuestros criados se acercó a él con el objeto de arrancarle los colmillos, lo cual logró con alguna dificultad. Eran éstos muy blancos, y de largo de pulgada y media, y huecos en su interior hasta cierta profundidad. Los rancheros les emplean como medidores para arreglar la carga de pólvora que deben poner en sus fusiles.

Las conchas de la laguna son nacaradas, violáceas, algunas blancas, pero en general, no son tan bellas como las del mar; hay también a la orilla del agua muchas piedrecillas blancas, verdes y negras que parecen ágatas; algunas de ellas perfectamente redondas.

Del estero de la Cocina nos dirigimos a la isla de los Burros y a la del Toro; en ambas hay algún ganado y ranchos; pero como suelen sufrir inundaciones, sólo son habitables en cierta época del año. De esas islas, en cuyas márgenes matamos varias gallaretas, cocos, candiles y otros pájaros de ribera, hicimos rumbo a Tamiahua.

Esta población, en un tiempo importante por el comercio de pescado salado y de camarón, está situada a orilas de un río que no es otra cosa que la corriente de la laguna que busca una salida para la vecina barra de Tangüijo. Tamiahua tendrá cosa de mil habitantes, dedicados todos a la pesca y la ganadería. A corta distancia, como a las seis u ocho leguas, está la barra de Tangüijo, que sale al mar. Su profundidad es de cuatro o cinco pies cuando más

agua tiene. Sin embargo, en las primeras épocas del establecimiento de los españoles en México, se consideraba a Tamiahua como puerto, y así le designa Betancourt en su Teatro Mexicano.

De Tangüijo seguimos hasta un punto adonde se angosta el río y se convierte en un esterillo de muy poco fondo, que llaman el Infiernillo.

Los mosquitos abundan en esos lugares de tal modo, que no se puede abrir la boca o respirar sin atraerse e inhalar uno de esos insectos. El Infiernillo pasa por campos de Camalote (carex) y después de voltear varias veces se une con una lagunilla que se llama de *Tampamachoco*, la cual se une al río de Tuxpam, a tres leguas de la población de este nombre.

A. N. O.

Mazatlán

EL Puerto de Mazatlán se halla situado sobre el Golfo de California, a los 23° 10′ 17″ de latitud Norte; a los 7° 17′ 27″ de longitud Oeste del Meridiano de México, y a los 106° 24′ 35″ al Oeste del Meridiano de Greenwich. Su población asciende a 15,852 (1900) habitantes. Dista 263 kilómetros de Culiacán, y 1,220 de la Capital de México.

La ciudad se ve tendida en una península de corta extensión; hacia el Norte de ella, se encuentra la bahía de Puerto Viejo; al Este, el estero, la playa y la Punta del Astillero; hacia el Sur, aparecen los cerros de la Cruz, el Vigía, y más afuera, el Crestón, así como otros pequeños cerros o islotes cercanos a los citados, y de lado Oeste, la hermosa bahía o playa de Las Olas Altas, que constituye uno de los más agradables paseos de la población.

En el Cerro del Vigía se halla el Observatorio Astronómico y Metoerológico, así como unas fortificaciones, y en la cima del cerro del Crestón, que está situado entre el puerto y la playa de Olas Altas, se levanta el faro de Mazatlán, cuya luz es de 3er. orden, blanca y fija, y puede verse a una distancia de 25 millas.

La bahía de Mazatlán tiene de 4½ a 10 brazas de fondo; las mareas suben 1.87 metros, y la declinación de la aguja es de 9° 45′ al Este. En la estación de las aguas, los vientos soplan del Sureste, y en la de secas, del Noroeste. El clima de Mazatlán es caliente y húmedo.

La ciudad, vista desde el mar o desde cualquiera de

las alturas que la rodean, con su blanco caserío, la fresca vegetación de sus bien cultivados jardines, los numerosos cocoteros, que ya formando bosquecillos o aisladamente se levantan airosos por todas partes, y los líquidos, azulados mantos que en su mayor extensión la rodean, meciendo aquí y allá pequeñas embarcaciones de níveo velamen, o vapores de gran tamaño que arrojan al espacio gruesos torbelinos de humo, ofrece un golpe de vista agradabilísimo, forma un cuadro verdaderamente rico en atractivos.

De una bien escrita descripción de este importante puerto, publicada hace poco tiempo, tomamos los párrafos siguientes:

"Al Oriente forma la playa la rama de una parábola, que va a terminar en la punta del Astillero, mirando la concavidad hacia el estero del Confite, de más de 40 kilómetros, bordeado de inmensos manglares y con algunas isletas muy fértiles. La punta del Astillero ve a la isla del Portugués, llamada también de la piedra; en ésta se levanta una preciosa colina de unos 60 metros de altura que detiene los vientos del Sur, formando del estero un ancladero seguro que aprovechan los buques que pueden pasar la barra para *carenar* durante la estación de los chubascos, que coincide con el riguroso verano, desde fines de Junio hasta mediados de Octubre: por esta razón recibe el nombre de Astillero.

Por el Sur, la playa vuelve la concavidad, en una extensión de 2,000 metros, hacia la bahía, que limita el Cerro de los Chivos, el Crestón Chico, la Piedra Anegada y el Crestón Grande, que se eleva a 456 pies sobre la superficie de las aguas, y que se halla coronado por un faro de 3er. orden que se descubre desde una distancia de 28 millas marinas. Estas ele-

vaciones son los bordes rotos del terreno estratificado, levantados por una erupción de pórfido anfibólico.

Mira hacia el Poniente una Playa pequeña de 300 metros de largo bañada por las grandes olas del Océano, razón por la cual se le ha dado el nombre de *Olas Altas*. Desde ese lugar se goza diariamente de una maravillosa puesta de Sol. En el ángulo que forma esta playa y la anterior, se desprende el Cerro del Vigía, coronado en su mayor elevación por el Observatorio Astronómico y Meteorológico; y sobre un promotorio escarpadísimo de pórfido traquítico, de apariencia de grandes peñascos amontonados, está erigida una gran cruz venerada por los navegantes devotos.

Limitan las Olas Altas por el Norte, la simétrica forma del Cerro de la Nevería, que baja por ondulaciones hasta el nivel de la playa de puerto viejo, que se extiende, mirando al Occidente, hasta el Cerro de la Culebra, a cinco millas de distancia, formando con las islas elevadas de Venados, una gran herradura y un puerto de amplísimas dimensiones.

De las Olas Altas se descubren dos grandes piedras blancas, que son nidales de pájaros marinos, y una piedra anegada que sirve de blanco en los simulacros navales.

El fortín de Iturbide, el de Osollos, la Loma Atravesada, el depósito del agua y el Cuartel Colorado forman otras pequeñas elevaciones en la parte que mira al continente, y que, convenientemente fortificados y artillados, harían de Mazatlán una plaza fuerte.

El caserío se apiña de preferencia en la parte nivelada que dejan las colinas, y sube graciosamente a los faldeos, que durante las aguas se cubren completamente de flores de vivos colores.

De cualquier parte que se llegue a Mazatlán, se disfruta de antemano una bellísima perspectiva, a la que contribuye el agrupamiento irregular de las casas y la diferencia de nivel del terreno, el fondo siempre marítimo de todos los paisajes, el espléndido cielo y la transparente atmósfera que permiten distinguir los más prolijos pormenores, desde los mástiles de las embarcaciones, las velas de las canoas, las evoluciones de los botes, la actividad de la gente, las chimineas de las fábricas, los bosques de gallardas palmeras cuajadas de racimos de cocos; hasta los lejanos manglares y azules montañas del Estado, a 130 kilómetros de distancia, donde elevan sus enhiestas cimas el Yauco, la Sierra de Plomosas, Picachos, la Petaca, el Venteadero, el Fraile, la Secanta y otras majestuosas montañas de la gran cordillera.

Subiendo al faro, se descubren hasta los campanarios de algunas aldeas, los ríos serpenteando entre márgenes cultivadas de maíz, las colinas de bosques y los caminos que van a perderse en lontañanza; los buques que se balancean al pie del Crestón, los que se aproximan y los que se alejan en todas direcciones. La impresión que se siente es inolvidable, porque el alma se engrandece ante el paisaje, le parece himno sublime el rumor que elevan las olas golpando con afán incansable la base del inmenso monolito."

Allí hay buenos hoteles, como el Nacional, y el Sinaloense; hay dos buenos teatros, el Teatro de Rubio y el de Variedades; dos Casinos y varios círculos de obreros; bonitos paseos o sitios de recreo, como el Jardín Machado, Jardín Juárez, Jardín Hidalgo, el Parque de Zaragoza y Olas Altas; dos templos católicos, el antiguo y la nueva Basílica; dos hospitales, el Civil y el Militar. Hay excelentes planteles de instrucción; un Colegio Náutico; una Cámara de Comercio; una línea

de tranvías; alumbrado eléctrico; Consulados de varias naciones; bien escritos periódicos, como *El Correo de la Tarde* y otros; buenos edificios públicos y particulares; una gran fundición de fierro y varias importantes fábricas de hilados, fósforos, cigarros, cerveza, hielo, chocolate, pastas, escobas, carruajes, etc., etc.

El comercio del puerto es muy activo en los meses de secas, de Octubre a Mayo, y se paraliza en la estación de las aguas, de Junio a Octubre, debido a la falta de vías de comunicación, pues los caminos se hacen intransitables.

Situado Mazatlán casi a la entrada del Golfo de California, fue por mucho tiempo el centro mercantil que surtía a Sonora, Chihuahua, Durango, Jalisco y aun Zacatecas; pero su importancia fue decreciendo a medida que se hicieron más frecuentes las expediciones mercantiles, por Manzanillo, San Blas y Guaymas.

Una de las causas principales, contribuyente a la decadencia gradual del comercio de Mazatlán, ha sido y es la facilidad que han alcanzado el tráfico mercantil entre la Ciudad de México y los lugares que antes surtía aquel puerto, a consecuencia de los ferrocarriles que hoy recorren estas regiones; pero tan luego como llegue a estar el puerto, a su vez, ligado con el interior del país y otras poblaciones de la costa por esas cintas de acero, que tienen la virtud de ejercer influencias tan benéficas en los destinos de un país cualquiera, pero con especialidad en uno que, como el nuestro, posee tan múltiples elementos de riqueza; por esas cintas de acero que pueden llevar a cabo tan sorprendentes transformaciones en los pueblos que atraviesan, Mazatlán alcanzará, no sólo su antigua preponderancia, sino que llegará a ser también una de las más populosas ciudades de México, y uno de los puertos de más activo comercio en todo el litoral del Pacífico.

S. ADALBERTO DE CARDONA.

1900

La Ciudad de las Filigranas

EL convoy que me lleva a Torreón camina con velocidad extraordinaria. Son casi las dos de la mañana. A la tenue claridad de la luna, semivelada por las nubes, veo por una ventanilla del vagón que el tren cruza una llanura inmensa. Consulto mi guía y me doy cuenta de cuál es el terreno por donde voy pasando. Pienso en que hace cuatro siglos, esos llanos que hoy atraviesa la vía férrea, eran recorridos por los terribles *chichimecas*, que pretendían aniquilar a los adiados conquistadores; recuerdo que alguien cita un documento en que se asegura que se libró combate cerca de las *Ciénegas Calientes*.

Camina el tren algunos minutos más y se detiene frente a una gran estación, bien iluminada, de agradable aspecto. A pesar de lo avanzado de la hora, hay en el andén numerosas personas, entre ellas, varios vendedores de *deshilados* que tratan de colocar su mercancía.

Me instalo en un vagoncito de tracción eléctrica, nuevo y muy bien aderezado, que me conduce a la ciudad que hoy llamamos simplemente Aguascalientes, y que allá por los años de 1575, cuando la fundó Juan de Montoro para resguardar el camino de *Zacatecas* y alzar un baluarte contra las incursiones *chichimecas*, se llamó *Santa María de la Asunción de las Aguas Calientes*.

Alojado en un hotel cuya apariencia me agrada, duermo las pocas horas que faltan para que amanezca. Cuando despierto, está lloviznando. A pesar de la llovizna, salgo a la calle y enderezo mis pasos hacia la

Plaza de la Constitución, ocupada por un jardín que me parece estar cuidado con esmero. Entro en una iglesia que está frente al jardín, tanto para contemplarla como para guarecerme de la lluvia. La iglesia, de una sola torre y de atrio circuído por verja de fierro, es la Asunción; ha sido parroquia durante largo tiempo; hoy es catedral; en su interior, nada hallo que llame fuertemente mi atención: ni un retablo de gran mérito, ni una escultura notable, ni un gran cuadro.

Al salir de nuevo a la Plaza, contemplo una esbelta columna jónica que se irgue en el jardín; tiene unos veintiún metros de altura; fue alzada en la década postrera del siglo XVIII para conmemorar el advenimiento de Carlos IV de Borbón al trono de España; se tuvo la intención de colocar en la cúspide de la columna el busto del monarca mencionado, pero no se hizo así, sino que algún tiempo después se puso allí el busto de Fernando VII, que duró pocos años en tal sitio, pues consumada nuestra independencia, fue derribada la efigie de aquel mal hombre, mal hijo y mal rey. Al pie de la columna, según se dice, había una linda fuente que personas de mal gusto mandaron destruír.[1]

En uno de los lados de la Plaza, en la esquina, en la que queda a mano derecha saliendo de la Asunción, se muestra una vetusta casona de dos pisos, que es el

(1) Estas noticias se hallan en varios impresos; algo dice de ellas el historiador don Agustín R. González; pero después de escrito este artículo, llegó a mis manos una fotografía tomada de un cuadro al óleo, que existe en la ciudad de Aguascalientes, pintado allí en 1810; ese cuadro representa la Plaza principal de dicha urbe; se ve en el fondo la Parroquia y en la parte central la gran columna jónica, rematada por una estatua; así es que si el cuadro es representación fiel de la plaza, la columna tuvo estatua y no busto. Lo pequeño de la fotografía no permite distinguir con claridad los pormenores de la figura, no se puede saber, sin poseer antecedentes, lo que representa aquella efigie.

Palacio del Poder Ejecutivo del Estado de Aguascalientes.

Ese vetusto caserón fue antaño la morada de los marqueses de Guadalupe. Es mansión secular. Su arquitectura es de aquellas que usaban los próceres de la época hispana para la construcción de sus palacios. En dicha época, se formaron en Aguascalientes algunos ducados y marquesados que poseyeron valiosos latifundios y que monopolizaron los negocios agrícolas y comerciales, monopolio de que siempre estuvieron quejosas las clases populares.

El título de marqués de Guadalupe está vinculado en una de las ramas de la familia Rincón Gallardo, terratenientes de Aguascalientes. En la obra del Sr. Ortega y Pérez Gallardo sobre los títulos de nobleza de familias mexicanas, se halla el título de marqués de Guadalupe otorgado por Fernando VII, en la Isla de León, en 11 de marzo de 1810, al señor don Manuel Rincón Gallardo. El mismo libro trae las fes de bautismo del padre y del abuelo de dicho señor, nacidos en haciendas de dicho Estado.

* * *

Abandono la Plaza de la Constitución y recorro algunas callejuelas; doy vuelta a un edificio llamado el Parián, limitado en el exterior por cuatro portales, y, como la lluvia arreciaba, entro en un templo cercano. Está lleno de fieles, bien iluminado, luce bellos adornos; del coro se escapan los raudales de notas que producen los instrumentos de una orquesta; en el presbiterio, bajo un dosel, aparece un sacerdote que luce mitra episcopal, y frente a él, tres ministros que celebran misa solemne. Cuando yo entro, cantan el evangelio; acabado éste, aparece el predicador que se arro-

dilla para recibir la bendición del Obispo; a poco está ya en el púlpito y comienza su discurso. Por las expresiones del exordio, comprendo que se trata de hacer el panegírico de San Francisco de Asís; entonces recuerdo que aquél día es el 4 de octubre, destinado a la glorificación del *Poverello*.

Desde luego, las cláusulas del sermón me cautivan: su lenguaje es correcto y elegante; los pensamientos elevados; el tono, deprecativo, el de tierna y continua plagaria. Pregunto el nombre del orador, y un caballero que está junto a mí, me dice que es el diácono Maltrana. Ya el nombre y la fama de este predicador me eran conocidos; sabía yo que en sus discursos trataba de conmover y que lo conseguía; se cuenta que don Justo Sierra fue a escucharlo alguna vez. Me felicito de que la lluvia, haciéndome penetrar en la iglesia, me haya proporcionado la oportunidad de escuchar un bello discurso. En otra ocasión, en Toluca, tuve la buena suerte de escuchar al presbítero Segale, también gran orador; predicó en el lindo templo de la Merced acerca del amor maternal; aquel sermón me encantó; la voz de Segale por lo sonora y viril, era superior a la muy débil de Maltrana.

Además de la Asunción hay otras varias iglesias católicas, entre ellas la de San Diego, cuyo piso está sobre unas oquedades o catacumbas que existen bajo el suelo de la ciudad. Nadie sabe hasta hoy el origen de esos túneles. En el libro titulado *México y sus Capitales* se dice que "la ciudad de Aguascalientes se extiende sobre un verdadero laberinto de catacumbas. En el terreno en que está edificada existen grandes horadaciones que atraviesan en diferentes sentidos el subsuelo de la población. Se ignora el origen de tales catacumbas. Algunos suponen que es obra anterior a la colonización española; se cree que alguna de las

tribus que constantemente batallaban con otras más poderosas, practicó aquellos sótanos, a fin de esconderse en caso de graves persecuciones." A esta hipótesis se puede objetar que, según dicen los que han recorrido esos subterráneos, hay arquería en ellos, y las tribus indígenas no fabricaban arcos. Sea lo que fuere, *la ciudad de las aguas calientes* posee esa curiosa particularidad.

Hay una iglesia católica construída últimamente, en los primeros años de este siglo, si la memoria no me es infiel. La hechura de este lindo templo me sugirió el título que encabeza el presente artículo. Dicen que proyectó y construyó tal edificio un cantero de Aguascalientes. No sé si al llamarle *cantero* quieren significar que sólo sabía labrar piedra y que carecía de conocimientos arquitectónicos y de buen sentido estético; no me atrevo a opinar acerca de los defectos o de la belleza del templo de San Antonio; no soy competente para ello; pero si puedo asegurar que la piedra, en manos de los obreros aquicalidenses se convierte en blanda cera, y que los muros, las cornisas, la cúpula, las columnas y las partes todas de la iglesia de que hablo están labradas con gran habilidad y con exquisito primor.

A cuatro kilómetos del centro de Aguascalientes, fluyen los manantiales que han dado nombre a la ciudad. Son diez y ocho, de temperatura más o menos elevada; el llamado de San Juan Bautista es el menos caliente; su agua tiene un calor de 30° centígrados; en el denominado de San Ramón, la temperatura alcanza algo más de 40°; en éste, las aguas son algo sulfurosas; pero en los demás, luego que el agua se enfría y se aerea, presenta todas las propiedades del agua potable: cuece bien las legumbres y hace abundante espuma con el jabón. En Aguascalientes, no es necesa-

rio calentar el agua para bañarse, llega a la tina con muy buena temperatura. Hay en la ciudad establecimientos balnearios bien aderezados.

Aguascalientes carece de un adjetivo *étnico* para designar a sus habitantes. *Aguascalentense* y *aguacalenteño*, usados comunmente, tienen algo de feo y burdo que desagrada; *hidrocálido* o *hidrotérmico* son dos dislates inventados por algún chusco para hacer reír; así es que tratando este asunto en mis lecciones de lengua castellana (las he dado cincuenta y tres años no interrumpidos), pensé en formar un étnico aceptable y, consultando con quien más sabe, acepté la voz *aquicalidense* que he propuesto en mi *Gramática Inductiva*. Si esta voz parece extraña a alguien, que recuerde que en Francia se da el nombre de Aquitania a una región *abundante en aguas;* y que los habitantes de dicha región se llaman *aquitanos* o *aquitanienses*.

* * *

Las campanas de las iglesias dan las doce. Multitud de hombres que transitan por las calles se descubren respetuosamente la cabeza, como se acostumbra en casi todas las ciudades de México. Ha cesado la lluvia y el sol esplende en un cielo *de purísimo azul como el zafiro*, que dijo Carpio, o de azul de cobalto, como dicen los escritores modernos.

Recorriendo calles, llego a una muy ancha, mal pavimentada, con las aceras construídas irregularmente, unas más altas, otras más bajas. En los momentos en que llego a dicha calle, está llena de gente; cientos y cientos de obreros, vestidos de azul, pasan por ella; vienen de la Estación y se encaminan al centro de la ciudad. En aquella época, la Compañía del Ferrocarril Central tenía en Aguascalientes los grandes

talleres para la reparación del material rodante, y en ellos empleaba millares de operarios. Mostraban alegre semblante y marchaban bulliciosos; gozaban de jornales inferiores a los de ahora; pero quizá disfrutaban de mayor tranquilidad; no tenían que estar en continua brega, ni su espíritu estaba conturbado por hondos y pavorosos problemas. También existía una gran fundición que ocupaba a millares de hombres y contribuía al bienestar de aquélla comarca.

En muchas tiendas de la ciudad se venden los artefactos *aquicalidenses* por excelencia; los *deshilados*. En esta clase de labores mujeriles hay chales, pañuelos, toallas, manteles, servilletas y gran variedad de prendas; en el andén de la Estación del Ferrocarril, a toda hora pululan los vendedores de esta manufactura, que es muy estimada por nacionales y extranjeros. ¡Lástima grande que no sea productiva y que no compense los afanes de las deshiladoras! Pido a un vendedor de deshilados una prenda que yo deseaba, y me contesta que no la lleva consigo, pero que la tiene en su casa. Vamos a ésta y quedo entristecido al ver una habitación tan sórdida y tan pobre; seguramente que allí no hay comodidad ni bienestar. Todos quieren pagar los deshilados a muy bajo precio, y de ahí resulta que los deshiladores apenas ganan para mal comer. ¿No sería posible ayudarse con máquinas, a fin de disminuír el tiempo empleado en el trabajo y hacer éste más productivo? ¿Dónde están los defensores del proletariado que no se aprestan a resolver tales problemas?

* * *

Hay en Aguascalientes un barrio llamado de San Marcos, donde se ostenta un amplísimo jardín cerrado por balaustrada de cantería; tiene fuentes y portadas,

y caben en él miles de personas. Las huertas por aquel rumbo son muy numerosas; el geógrafo Noriega asegura que son quinientas las que existen en toda la ciudad y que producen frutas exquisitas. Son famosos los higos y las uvas de Aguascalientes. ¿No pudieran aderezarse estas frutas, hacerlas *pasadas* y venderlas en cantidades abundantes por todo el país, como se venden las extranjeras? Tal ramo de industria, explotado en grande escala, beneficiaría a los horticultores aquicalidenses.

Celebra San Marcos una feria rumbosa en abril de cada año; acuden a ella millares de personas de las clases humildes; no hallan alojamiento y duermen a la intemperie; y como, además, cometen desórdenes en su alimentación y son intemperantes, resulta que muchos enferman y mueren. En Aguascalientes se dice que sólo en la época de la feria tienen buenas ganancias los médicos, pues en el resto del año trabajan poco, debido a que la ciudad goza de clima saludable.

Muchos hijos de Aguascalientes han cultivado las letras y las ciencias y han dado buen contingente a la literatura nacional. Los institutos docentes en aquella urbe cuentan con numerosos alumnos; han tenido a las veces maestros idóneos.

Aquellos que viajan por recreo, deben visitar la antigua ciudad de *las ciénegas calientes;* verán con agrado sitios pintorescos; admirarán las bellas filigranas que las mujeres hacen en las telas, y las que los hombres hacen con la piedra; confesarán que no me ha faltado razón para llamar a Aguascalientes la *Ciudad de las Filigranas* y que los obreros aquicalidenses, hombres y mujeres, son trabajadores hábiles, tienen alma de artistas y merecen alcanzar una situación próspera que les de tranquilidad y bienestar.

El templo de los guerreros

En enero de 1925, el *Templo de los Guerreros,* observado superficialmente, parecía un montículo cualquiera cubierto de árboles y escombros que se destacaba unos 16 metros en un terreno plano cubierto de una espesa vegetación. Hoy, como resultado de las labores de los arqueólogos de la Institución Carnegie de Washington, este santuario de Kukulcán patrón de *Chichén-Itzá,* da una prueba palpable de su antiguo esplendor.

Por espacio de varios siglos, las espléndidas construcciones de piedra caliza de la más grande de las razas aborígenes americanas han estado a la merced de las fuerzas implacables de la naturaleza. El viento y la lluvia se han cebado en ellas; las raíces de los árboles gigantescos han cuarteado los techos y paredes de edificios que habían sido abandonados y descuidados por los hombres. Como resultado de este estado de cosas, la mayoría de las construcciones que en una época fueron modelos de magnificencia han quedado reducidas a informes escombros de mampostería. La labor de los arqueólogos que intentan restaurar estas construcciones consiste primeramente en despojar estos montículos de árboles y maleza, desenterrar e identificar las diferentes partes componentes de la estructura y colocarlas en su sitio primitivo. Los trabajos de restauración del *Templo de los Guerreros* han llegado hasta el punto a que es posible llegar con la certeza de que han devuelto al edificio a su estado primitivo.

El Templo, propiamente hablando, descansa sobre una pirámide de cuatro terrazas superpuestas, de 12 metros de alto y 40 de largo por cada lado. Cada una de las paredes de estas terrazas, exceptuando la última, ostenta un hermoso friso esculpido en el que se pueden ver águilas, jaguares, guerreros, y un cuadrúpedo desconocido al cual, por falta de mejor nombre, los arqueólogos de la Institución han dado en llamar *el lanudo.*

En la fachada o costado poniente de la pirámide hay una empinada escalinata de 10 metros 30 centímetros de ancho y 36 peldaños de piedra que forman un ángulo de 66 grados con la horizontal. Dos balaustradas de piedra de 1 metro veinte centímetros de ancho en las que se ven esculpidas serpientes emplumadas, a las cuales no faltan ni cascabeles ni colmillos, están colocadas a ambos lados de la escalinata. Por ésta se llega a una amplia terraza directamente al frente del pórtico del templo. Dos enormes serpientes emplumadas de 4 metros 60 centímetros de alto, con las cabezas en el suelo, convierten la entrada del templo en una triple puerta.

Al frente de este noble pórtico se ve una figura humana de tamaño natural, esculpida en piedra caliza. Figuras como ésta representan deidades toltecas de secundaria importancia y se conocen con el nombre de *Chacmools.*

Pasando por la entrada de las columnas de las serpientes se llega a un espacioso salón de más de 18 metros de largo por 9 de ancho, que con probabilidad medía originalmente más de 6 metros de alto y cuyo techo abovedado está sostenido por cuatro columnas de sección cuadrada, cada una de las cuales está esculpida y pintada con figuras de guerreros. De este salón

se pasa, a través de una puerta tallada que queda al fondo, al santuario del templo, el cual es del mismo tamaño que el salón que acabamos de describir, y cuyo techo está sostenido por ocho columnas, también de sección cuadrada, esculpidas y pintadas. Contra la pared del fondo del templo se levanta un altar de 4 metros de largo, 2 metros de ancho y cerca de un metro de alto, que descansa sobre 19 atlantes.

Tanto las paredes del salón interior como las del santuario estaban cubiertas de fino enlucido de color blanco y brillantemente decoradas con escenas de la vida doméstica, batallas y ceremonias religiosas.

Ahora se ve claramente que el *Templo de los Guerreros* fue en una época uno de los edificios más profusamente decorados de *Chichén-Itzá*, capital del Imperio Maya, que contenía muchos grandiosos edificios. Es también evidente que es uno de los más hermosos ejemplares de la arquitectura maya.

La excavación y los trabajos de restauración del *Templo de los Guerreros* estuvieron bajo la dirección inmediata de Mr. Earl H. Morris. En la introducción a la obra que la Institución Carnegié acaba de publicar, así como también en la primera parte, Mr. Morris describe detalladamente el templo y las construcciones que se relacionan con este edificio. Da asimismo una relación de las dificultades con que tropezó en el curso de las excavaciones y de cómo fueron resueltas. La parte final de esta sección ha sido dedicada a ciertas deducciones, respecto a los materiales y métodos de construcción empleados por los mayas, a las cuales se ha llegado en vista de las pruebas fehacientes acumuladas en el curso de los trabajos.

EARL H. MORRIS
(del Instituto Carnegie)

El Puente de Dios

I

EMPEZABA a clarear cuando salimos de la cabaña de madera, seguida, sola y aislada del otro edificio de la Estación, en medio del valle de Canoas. Las auras frescas y húmedas de la madrugada, envolvieron nuestro cuerpo como en una atmósfera. Las colinas aparecían medio ocultas entre los vahos de la mañana, que se arremolinaban, enredándose en los picos de las cañas y en el tubo de la chimenea, de donde se escapaba una columna de humo algodonado, que antes de perderse en el espacio, se arrastraba perezoso y soñoliento sobre las pizarras de los techos. A las vagas claridades de aquel crepúsculo, el pórfido de los cantiles teñíase de un color pardo que se iba iluminando poco a poco hasta tomar reflejos de acero apagado. La tierra, aparejada para la siembra, veíase ahí cerca como un manchón ceniciento. Más lejos se adivinaba confusamente el charco pantanoso unido al estanque formado por el derrame de los arroyos, y cuyo opaco cristal exhalaba tenues vapores, al través de los cuales parecían los troncos inmóviles fantasmas cobijados en ondulante velo. Las rocas grises, manchadas de salitre, sudaban humedades olorosas a musgo y limón; y sobre el barro del sendero vecino veíanse los hoyos donde se incrustarán los cascos de los caballos y las pezuñas de las reses. Arriba, en el cielo, languidecía, agonizando, el lucero. La luna, cual un disco de alabastro oriental, cruzaba entre copos de nubes semejantes a plúmbagos inmensos que iban des-

menuzándose gradualmente al ser barridos por el viento huasteco; y las últimas nieblas se desbaratan en la cumbre más alta de la montaña, que, como un cuchillo de piedra, las cortaba, aventándolas en girones sobre la espada de la gigante sierra, todavía envuelta en esa hora por las brumas del amanecer.

Las primeras palideces del alba disiparon bien pronto las neblinas de aquella madrugada, y en sus aéreas claridades apareció el paisaje del valle con toda su hermosura virginal y tranquila. El suelo era quebrado y estaba lleno de ondulaciones: algunas rocas arrancaban bruscamente sus aristas afiladas y sus picos puntiagudos, ahí donde el terreno era más suave. Las colinas ceñían el valle y tras ellas asomaban, rodeándole por todas partes, las crestas abruptas y escarpadas de las salvajes serranías, mientras la perspectiva se iba esfumando poco a poco en la lontananza del horizonte limitado a lo lejos por las montañas.

Al Oriente se abría la ancha boca del cañón de Guerrero, que íbamos a cruzar en desatentado y peligroso viaje, pues que iríamos en una carretilla, sobre un declive pronunciado, y así recorreríamos cuarenta y cuatro kilómetros en menos de una hora, pasando al borde de abismos vertiginosos de tres a cuatrocientos metros de profundidad, sumergiéndose en túneles tenebrosos y violentando curvas brutales, cuya sola vista hace saltar el corazón y nublarse el cerebro. Era un capricho aquel viaje, pues deseábamos contemplar el cañón en toda su espléndida hermosura y su majestuosa grandeza.

El cielo fue perdiendo sus tintes perlados y una inmensa blancura se extendió por el Oriente, bañando de entonaciones lechosas el horizonte. Por ese lado los picos de la sierra aparecían inundados de fulgores vi-

vísimos y semejaban cumbres de perpetuas nieves, erizadas de estalactitas de porcelana. Algunas nubes se desbandaban ligeras, prendiendo sus encajes níveos sobre el peñón más erguido que se envolvía en ellas para aparecer después como un cono de plata resplandeciente y luego se desbarataban, convirtiéndose en plumones vaporosos.

En lo más alto del cielo, la luna desaparecía, envolviéndose en transparentes colchas de inmaculada blancura; y el lucero lanzó el último destello de su pupila opalescente, hundiéndose en la inefable claridad de la alborada. Sobre la falda de los alcores vecinos, cruzaban algunos arroyos diáfanos y puros, que abrillantados por la luz matinal, parecían hilos de escarcha reluciente; y los remansos que formaban, tremulentos, límpidos, semejaban láminas argentinas o cristales fulgurantes. Más acá un grupo de rocas calizas se bañaba en la misma atmósfera lumínica y la vereda que a su pie se retorcía subiendo por la colina blanda y ondulante, tapizada por fragmentos prismáticos de cuarzo y mármol, albeaba semejando un sendero cubierto por el granizo, que lanzaba a trechos fulguraciones de diamante.

Ya todo estaba apercibido para la marcha y sólo esperábamos el tren de carga que nos había de preceder. Entre tanto, la aurora anunciábase sonrosada y ruborosa. El Levante fue encendiéndose gradualmente, y al rumbo opuesto, manchas tornasol y violeta pálido tiñeron el espacio que iba clareándose y tomando todos los tonos y matices del azul, desde el marino profundo de la turquesa, hasta la cerúlea diafanidad del zafiro. La cordillera occidental se esfumaba en el fondo infinito de una lontananza sin límites. Sobre su dorso apareció el perfil esmaltado de los crestones. En sus

gargantas parecía aglomerarse, como una masa de vapor, todo el azul del cielo; y los picachos y piedras que la coronaban o que la rodeaban hasta las vertientes, se destacaban semejantes a bloques gigantescos de lapislázuli. Por la falda se mecía, flotando, el humo azul de las majadas, como un velo transparente de finísimo tul; y en aquella explosión de azul inmenso se amalgamaban con el color, todos los perfumes de la pradera, y desvanecían lánguidamente la eflorescencia soberana de los campos; mientras que hacia el cenit iban mezclándose en admirables esfumaciones el blanco relampagueante del alba con el azul pálido del Ocaso y se fundían ambos en ópalos y perlas, desleídos sobre la maravillosa paleta de los cielos.

Más allá de la lejana elevación del valle apareció un largo penacho de humo, luego se oyó un mugido que repercutió en las hondas concavidades de los montes vecinos, y la locomotora avanzó rauda y tempestuosa hasta llegar frente a nosotros, donde se detuvo unos cuantos minutos. Allí se le dio contravapor y siguió su marcha, perdiéndose a poco tras las últimas ondulaciones del terreno.

Pasado un cuarto de hora nos instalamos sobre la carretilla, que fue empujada por los trabajadores de la vía. A los veinte metros había tomado impulso y quedó abandonada a su propia inercia, descendiendo por la pendiente de acero y hundiéndose con nosotros en la monstruosa boca del cañón.

II

La sensación es profunda. Los primeros momentos no se da uno cuenta con precisión, del efecto que produce aquella carrera vertiginosa al aire libre. A veces creeríase que se vuela, sobre todo cuando los rieles están sustentados por un puente que sólo tiene

la anchura de la vía, debajo del cual se descubre un abismo de horrorizantes profundidades. La carretilla o armón tiene un metro de anchura y menos de dos de largo. Aquella superficie, enteramente plana, en cuyos bordes no hay listones ni barandillas, con un solo garrote para detenerla, cuando es posible, casi es una tabla arrojada al azar, sobre la pendiente que en la montaña abrieron el pico y el barreno. Luego el aire azota la faz y se introduce bruscamente en los pulmones, hinchándolos y haciéndolos pletóricos con enorme cantidad de oxígeno. Y ese aire tiene perfumes resinosos; en ellos se mezclan el olor de los líquenes con el aroma de las plantas en flor. Hay allí, sobre todo, la frescura vivificante de la tierra húmeda y de las rocas aterciopeladas por el musgo.

Imagínese una muralla de 40 kilómetros de extensión y a veces de 500 ó 300 metros de altura. Cien o doscientos abajo de la cima, la mano del hombre utilizando el hierro y los explosivos, abrió un estribo enorme que corre a todo lo largo de la montaña y sobre el cual extendió la cinta de acero de la vía. Este estribo, en su parte más ancha, tiene 12 ó 14 metros. A la izquierda está el abismo; a la derecha rompe el muro de las rocas, de un rosa pálido a veces, como la epidermis de una virgen; encendido en otras, como una muralla de carne petrificada. En ocasiones se mancha de blanco por la caliza o de ocre y rojo sangriento por las sales de fierro y el cinabrio. Parásitas enormes y caprichosas arraigan y medran en la peña y las flores silvestres las cubren a trechos, matizándola con todos los tonos de la gema del arco iris. En el fondo del abismo que se hunde a la izquierda, está la canal en medio de la cual zerpea el río sonoroso y borbollante de Tamasopo. En sus vegas el cañal blondo columpia los plumeros se-

dosos y algodonados de sus flores, como un penacho de nieve afiligranada. Aquí y allí, siguiendo las márgenes, se ven las cabañas, de cuyas chimeneas sube el humo ondulante y oloroso a resinas y gomas exquisitas, como que la leña de que se desprende está cortada de maderas preciosas. Los trapiches rechinan al apabullar las cañas; canta el clarín de la selva oculto entre la fronda; gritan las cotorras y los papanes y el ajolito y faisán crotoran en lo más escondido de los bosquecillos que salpican las riberas de trecho en trecho y que, desde la altura del campo, aparecen como una orla de terciopelo verde, prendida a los cristales trémulos y garruladores de Tamasopo.

A la margen izquierda del río se levanta otra inmensa sierra semejante a la que sustenta la vía por donde vamos. Allí la vegetación se desarrolla poderosa y exuberante: crecen las chacas y las ceibas con vigoroso desenfreno, y el cedro y el enebro retuercen sus ramas, que se confunden entre las del higuerón y otros árboles parecidos al oyamel. La flor ostenta allí la pompa imperial de la naturaleza americana. Todos los colores se mezclan sin confundirse: hay en aquellos florestales, azucenas pálidas y floripondios rojos y violáceos, hiedras azules y campánulas azules y moradas; la enredadera campestre se enrosca a los troncos y a los peñascos, salpicándolos con sus florecillas polícromas diminutas; los azahares tiemblan titilantes como estrellas de nieve, en el follaje verdinegro de los naranjos y en aquella explosión de colores se desvanece el fondo de todos los matices del verde, hasta fundirse en una admirable pastosidad con el azul profundo del horizonte, cortado apenas por el vaguísimo perfil de las montañas.

Caminamos hacia el Oriente y nuestra vista navega en un piélago de luz, donde, en aquel instante, se

amalgaman las diversas tonalidades del verde. Es la hora en que, amaneciendo por completo, el sol está próximo a romper los senos del orto, anunciando su presencia con algunas ráfagas acardeladas que se extienden por la inmensa anchura del espacio. El horizonte oriental toma un tono lívido y más arriba se desvanece el celaje en lago de verde marino que presta sus tintes fantásticos a todas las cosas de la tierra. Las copas de los árboles aglomerados en apretadísimos grupos, se tiñen de glauco; la alfombra de musgo borda las orillas del río y en los esteros flotan las algas, lamiendo blandamente el tallo de la espadaña que se extremece en la ribera. Un grupo de rocas, a cuyo pie se alza una casita gris, aparece manchada por el sulfato de cobre: más lejos se han desprendido algunos trozos que brillan a la luz matinal como pedazos de malaquita, y obscura arboleda se pierde en lontananza hasta desvanecerse en las agrestes soledades del paisaje. Estamos en marzo: la primavera ha desatado ya sus galas sobre frondas y hierbas que se atavían con toda la riqueza y lujo de la pompa vernal.

Y entre tanto, seguimos arrastrados furiosamente sobre la rampa del camino. Hay un instante en que nos despeñamos con una velocidad mayor que la mayor de un tren expreso. El aire nos asfixia y el vértigo nos turba; pero experimentamos una sensación de voluptuosidad indefinible; algo como atracción del abismo: lo que se siente en suma, en presencia del peligro arrostrado voluntariamente.

Poco a poco va cesando aquella aceleración vertiginosa y un túnel abre sus negras fauces para tragarnos... Sentimos que la bóveda trepida al paso de la carretilla, cae sobre nosotros una lluvia de tierra desmenuzada y algunas guijas golpean nuestras espaldas.

Las tinieblas nos envuelven por todas partes, pero esto no dura más que unos segundos. En el fondo vemos una boca luminosa que se agranda por instantes, hasta que salimos otra vez a bañarnos en los infinitos resplandores de la mañana.

De repente, una ráfaga rojiza se tiende sobre el perfil de las montañas orientales, que se esfuman allá muy lejos como una masa de nieblas azuladas. Entonaciones cremesinas pintan el horizonte que va encendiéndose gradualmente, aunque con precipitación incalculable. Todos los objetos aparecen inundados a la luz auroral. Ya el oriente es un mar de oro en cuyo seno chispean puntos igneos y abrillantados. De la línea donde se confunde la tierra con el cielo, brotan llamaradas de un rojo irritante y ardiente, arrojando volcánicas reverberaciones sobre las rocas bermejas de las vertientes, abrasadas con el fuego candente de los trópicos. El muro de la montaña que corre a la derecha, aparece rayado por vetas de bermellón y en el espejo del río se reflejan las cintilaciones del cielo cual una lluvia fulgurante de corales y rubíes.

Todo el paisaje se colora con entonaciones rosáceas y carmíneas. Fajas de vivo rosicler cruzan la atmósfera. Las amapolas despliegan sus hojas encendidss como un turbante de fuego y entre los troncos de las palmas de abanicos flavos, crecen las parásitas de florecillas encarnadas que ensangrientan el fondo verde claro de la arboleda, relampagueante en esa hora por las centellas que el sol arroja a la tierra en la erupción flameante de su salida. Los colorines vuelan disparados en el espacio; el cardenal de plumas llameantes pía en lo más elevado de un árbol de hojas tostadas por el calor de aquellas abrasadas siestas y el *tutuvitzi* vibra las flámulas de sus alitas triangulares, clavándose como un dardo de lumbre en los cristales

del remanso, cuya superficie encarrujada picotea al pasar.

Nos acercamos por momentos al fin de nuestro viaje, estrechándose a medida que la carretilla corre desatentada sobre la pendiente de los rieles. Las rocas desaparecen y en su lugar nos cerca por todas partes una muralla de verdura, al fin de la cual se hunde a la izquierda, la vereda que ha de llevarnos al *Puente de Dios*, objeto y término de nuestra excursión encantadora.

Hacemos alto: bajamos del armón y nos incrustamos bajo la bóveda sombría de un cafetal exuberante y fresco, donde se respira a plenos pulmones el aire saturado con todas las emanaciones de Tierra Caliente.

MANUEL JOSÉ OTHÓN.

1892.

Acapulco y sus alrededores

(*Reproducido con permiso del autor.*)

UNA estancia de varios días en Acapulco es sencillamente deliciosa. Sus pobladores son honrados, buenos y afables. A diferencia de lo que acontece generalmente en los centros de turismo, no se advierte allí el afán inmoderado de explotar al viajero. La honradez de los habitantes de Acapulco es proverbial. Un automóvil puede permanecer en la calle durante toda la noche sin que se pierda ninguna de sus piezas.

La comida es buena y sabrosa. La excelencia del pescado y de los mariscos de Acapulco es generalmente reconocida.

Ya nos hemos referido a la ciudad de Acapulco con sus típicas callejas estrechas y empinadas, sus banquetas levantadas sobre el pavimento, con escalinatas para ascender a ellas, y sus soportales exteriores. Ya nos hemos ocupado extensamente de la fortaleza de San Diego, que merece una detenida visita, para estudiar los adelantos de la poliorcética en el siglo XVIII, para contemplar sus espesas murallas y mirar los herrumbrosos cañones mandados clavar por el gran Morelos. Ahora nos ocuparemos de los alrededores de Acapulco.

Merece una visita la isla de La Roqueta o del Grifo, en donde está instalado el faro. Las vistas son extensas y hermosas, pudiéndose admirar desde allí en toda su belleza el majestuoso Océano Pacífico. Esta isla está poblada de leyendas, pues se asegura que en ella existen fabulosos tesoros enterrados cuando Acapulco se

veía amagada por los piratas y cuando fue bloqueada y asediada por el generalísimo Morelos.

Desde la cumbre de esta isla se contempla el paso de las embarcaciones de vela y de vapor que pasan frente a Acapulco, desgraciadamente sin tocarlo, ya con sus altos velámenes o bien con sus negros penachos de humo. Se calcula que como promedio diario pasan cuatro barcos por las cercanías de la bahía.

Según una noticia estadística publicada por don Nicomedes de Basterra, en el año de 1926 fueron avistados, solamente durante las horas del día, por los guardafaros, 1,555 barcos, y como puede calcularse que durante la noche pasaron otros tantos, de allí que no sea aventurado asegurar que por frente a Acapulco y muy cerca de él pasan anualmente más de tres mil embarcaciones.

Ya hemos dicho que en nuestra opinión el Estado de Guerrero es uno de los más ricos de México, y, sin duda alguna, el menos explotado. Su riqueza está invitando a los hombres de empresa; es esencialmente minero y sus tierras son excelentes para la agricultura y para la ganadería. "Tierras bañadas por doce ríos que tienen agua durante todo el año, y seis ríos que tienen agua durante seis meses. Además, le atraviesan longitudinalmente varias lagunas y esteros, que fácilmente pueden hacerse navegables," agrega el referido señor Basterra en su interesante estudio.

Allí se cosecha algodón, ajonjolí, caña de azúcar, copra (coco seco), cayaco (coquito de aceite o corozo) y café. El maíz y el plátano se cultivan en condiciones excelentes, lo mismo que el arroz. "Sin arar ni regar estas tierras — dice el señor Basterra — ha habido años que han producido 70,000 quintales de algodón

despepitado, y el maíz, en caso necesario, puede dar tres cosechas al año."

Cuando se exploten las ricas vetas minerales que atesoran sus montañas y cuando se aliente la agricultura y ella no se circunscriba, lo mismo que la ganadería, a producir lo indispensable para el consumo local, muchos de esos barcos que pasan frente a Acapulco tendrán alicientes más que sobrados para hacer escalas en nuestro magnífico puerto.

Ya hemos hablado también del famoso y refrescante paseo de La Quebrada. Allí se recibe la caricia de la brisa y en la terraza construída sobre hermosos cantiles bañados por la espuma de las olas del Pacífico se organizan bellas fiestas a la luz de la luna.

El muelle fiscal durante las noches se ve también muy concurrido. En las bancas de que está provisto toman asiento un gran número de concurrentes.

Hay en las cercanías de Acapulco playas para todos los gustos; de oleaje moderado y fondo de fina arena, como la de Caleta, en la que la playa tiene una pendiente suave y las olas parecen acariciar a los bañantes; situada en una pequeña cala abrigada por la isla del Grifo. De oleaje impetuoso, como la del Pie de la Cuesta, en la que las olas rompen furiosas a más de un metro de altura y en la que los bañistas deben ser verdaderos atletas para poder resistir el empuje de las olas.

Entre estos dos extremos hay otras playas muy hermosas en las que el oleaje no es tan manso como en Caleta ni tan bravo como en el Pie de la Cuesta. Entre ellas se encuentran la bella playa de los Hornos, muy cercana a Acapulco y dotada de buenas habitaciones provistas de alambrados; la de Manzanillo, en el interior de la bahía; la de Tambuco, en donde

existe un astillero de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, y la de La Langosta, bellísima por sus altos cantiles y por su fuerte oleaje. También existen muy cercanas las playas de la bahía del Marqués, con sus lechos de conchas y caracoles diminutos.

Se pueden hacer interesantes excursiones por los alrededores de Acapulco y los viajeros se quedarán sorprendidos con el ambiente típico y primitivo de aquellas regiones que por carencia de buenos caminos se han quedado a la zaga de la civilización. Pueblos adormilados constituídos por dispersas cabañas de inclinadas techumbres de paja y de palma. Allí puede observarse una calma casi paradisíaca de familias enteras que se columpian en hamacas rodeadas de toda clase de animales domésticos. Allí se descascara el arroz en grandes morteros de madera por dos o cuatro mujeres, a la vez que lo baten con enormes mazas también de madera, llevando perfectamente el ritmo de los golpes, maravillosamente acompasados para que las mazas no se entrechoquen. La cascarilla del arroz, impulsada por el viento, cae al suelo, en donde ávidos la esperan para devorarla hambrientos cerdos que parecen jabalíes. Las mujeres con sus cabezas cubiertas semejan auténticas samaritanas.

Mocetones robustos, con sendos machetes, se encuentran por todas partes.

Una de las excursiones más pintorescas es la del Pie de la Cuesta, que puede prolongarse hasta Coyuca. Hasta el primer punto hay diez kilómetros de distancia y el camino aprovecha el antiguo trazo abandonado de una vía férrea que trepa primero y desciende después por las abruptas montañas que rodean a Acapulco, siguiendo en casi toda su extensión la orilla del mar por elevados cantiles que descienden cortados a

pico hasta el mar abierto. El camino pasa por un túnel en curva, de doscientos cincuenta metros de longitud.

Tajos en montañas, que parecen escalar el cielo, por un lado, y por el otro profundos abismos que terminan en el mar, de un intenso color verde obscuro, se observan en toda la longitud de este camino tallado a media ladera en el granito. En el kilómetro 8 se encuentra el "Frontón del Diablo," que es un enorme cantil en forma semicircular. Este tramo de carretera es muy superior en hermosura y en atrevimiento a las porciones más bellas de la "cornisa" francesa y de la "riviera" italiana. Es más bello que el camino a media ladera, que conduce de Salermo a Amalfi, bordeando los dos hermosos golfos azulados de Salermo y de Nápoles.

Al terminar el descenso de la elevada montaña se encuentra el pequeño poblado *Pie de la Cuesta*, con una playa en la que el mar rompe con furia levantando alto oleaje que se corona con irisados copos de blanquecina espuma. En el miraje de las olas que rompen como si fueran un movible telón de transparente cristal, pueden observarse desde la orilla toda clase de peces, grandes y pequeños, y con frecuencia hasta enormes tiburones que dejan ver sus grandes fauces, sus aletas y sus colas.

El camino continúa por un terreno plano y arenoso a lo largo de la larga laguna de Coyuca, abundante en toda clase de pesca. Esta laguna, alimentada por el río de Coyuca, sólo se comunica con el mar en la época de crecientes, en las que las aguas impetuosas barren con las arenas acumuladas de la barra de su desembocadura. A un lado el mar y al otro elevadas montañas, entre ellas las bizarras por su forma lla-

madas Tetas de Coyuca, que sirven de guía a los navegantes.

A 25 kilómetros de Acapulco se encuentra también la laguna del *Papagayo*, de longitud enorme, separada del mar por una angosta lengua de tierra. El viaje a esta laguna se hace por la carretera de México en una distancia de ocho kilómetros, hasta *La Sabana*, desviándose luego a la izquierda hasta *Tucingo* y siguiendo al poblado de *Tres Palos*, para llegar a *Las Playas*.

En las islas y en las orillas de las lagunas anidan grandes cantidades de aves marinas de todas clases. Patos en abundancia, garzas y espátulas de bello color rosado. Abundan los lagartos y constituye un emocionante espectáculo la caza de ellos por los nativos. En los montes cercanos se encuentran pumas, iguanas, jaguares, venados, liebres y conejos.

En el *Pie de la Cuesta* y en la *Barra de Coyuca* se encuentran individuos especializados en la pesca del tiburón. Esta pesca se efectúa en los lugares indicados, y sobre todo en el segundo, cuando la afluencia del río o más bien dicho de las aguas de la laguna hace que haya en la desembocadura una gran abundancia de peces. Los escualos rondan en las cercanías en grandes bandadas en busca de alimento y muchos tiburones son arrastrados hasta cerca de la playa por el fuerte oleaje. Dos o tres individuos cubiertos con simples taparrabos y provistos de arpones fijos a un palo de sección circular de tres metros de longitud, atado en la otra extremidad a una larga cuerda, acechan los tiburones, y cuando éstos se acercan a una distancia de cuatro a cinco metros de la orilla, lanzan el arpón con fuerza y dejan desenrollar la cuerda. Cuando hacen blanco se notan los movimientos del

animal, que arrastra mar adentro el palo y la cuerda a gran velocidad. El arponero deja correr la cuerda forcejeando, y cuando los movimientos se hacen menos bruscos con motivo del cansancio o del agotamiento del tiburón, entonces tiran de la cuerda y llevan la presa a la playa, con su piel oscura que parece de lija y sus grandes mandíbulas con varias filas de dientes.

Los arponeros, cuando están en actitud de espera, observando las aletas de los tiburones, que sobresalen sobre las olas, parecen soldados griegos o atletas de las fiestas romanas. El enorme animal es despojado de su piel en la misma playa y la carne es vendida a bajo precio a individuos que la salan y la mandan a Guadalajara o Morelos para expenderla como bacalao. Dicen que no la mandan a México porque la gente capitalina es más lista.

En Acapulco se pueden organizar paseos marítimos por la bahía y en las cercanías, ya para ir a La Roqueta o para visitar el puerto del Marqués y después recorrer la bahía de La Langosta, La Quebrada, el Pie de la Cuesta y la barra de Coyuca, por mar abierto. Abundan las mantarrayas y su pesca es atractiva y emocionante. Allí se han pescado enormes ejemplares.

Abundan los percebes, que son excelentes; los agujones, cuya pesca se hace con antorchas, y las sardinas y los ojotones. Con la pesca de estos dos últimos y con su empaque podría implantarse una remuneradora industria en Acapulco.

No se tiene recuerdo de que los tiburones hayan atacado a los bañistas en Acapulco. Ello se debe, sin duda, a que los escualos, por la abundancia de peces, nunca están famélicos.

VITO ALESSIO ROBLES

El Pueblo de Lerma, del Estado de Campeche

A los siete kilómetros de la ciudad de Campeche, capital del Estado de su nombre, en la costa del Golfo, al Oeste, está el pueblo de Lerma. Su población, en mayoría indígena, no excede de mil doscientos habitantes. Es el balneario favorito y a la vera de su mar rumoroso se alinean las casas de las gentes acomodadas de la capital, en las que pasan sus *temporadas* veraniegas, y en cuyas viviendas, como en el hueco de las caracolas que yacen en la arena de playas lejanas, resuenan, eólicos, los ecos profundos del épico Océano. Lerma está unido a Campeche, a más de la vía marítima, por una línea férrea de carros motores y por una linda carretera petrolizada para autos y camiones.

El pueblo, todo apretujado al pie de la sierra, blanco su caserío, imagen de gaviotas apiñadas en el canto de un peñasco, sólo se permite ocupar el segmento en declive y estrecho, aunque un tanto alongado, de un arco de círculo cuya cuerda es el mar, de un valle que fuera en otras edades geológicas pero que hoy lo sepulta el mar turbulento. Es este mar dormido en las mañanas plácidas y exasperado y jadeante en la pleamar de la tarde, entre rugidos que asordan y espumas

aladas, el que atrae los corazones con el sentimiento irreducible de la belleza, y los poetas, los que yo recuerdo, entre otros, Joaquín D. Casasús, nacido en Tabasco pero de sangre campechana, al contemplarlo, emocionados, tañeron la lira septicorde porque sus ojos nunca vieron:

"—un cielo como este cielo,
y otro mar como aquel mar."

Pues allí, a seis kilómetros de la ciudad de Campeche y un kilómetro antes de Lerma, precisamente frente a la finca de campo San Bartolo, la Federación, a sus expensas, está construyendo ahora un muelle de piedras arrancadas a los cerros vecinos, cuya longitud es de algo más de ochocientos metros. Es que allí, en los distintos sondeos practicados en la bahía, encontróse agua más profunda que en otro punto de la costa.

Produce Lerma maíz, arroz, pescados, frutas, huevos, aves, cacería y volatería, y es, por sus comunicaciones expeditas con la capital, proveedor constante de sus mantenimientos. En medio de sus bellezas naturales, a su clima saludable y a su tierra feraz, tiene, sí, la desventaja de carecer de agua potable natural. El agua de sus pozos es salobre y amarga; salobre, porque las infiltraciones del mar que penetran, o penetraron en otros tiempos su subsuelo, dejaron en él sus sales. Y amarga, porque éste, en el que la vena acuífera se capta — se capta la vena delgada, no el venero caudaloso, porque éste no puede sostenerse allí por la permeabilidad de la arcilla, — es de constitución arcillosa; de aquí que, desde tiempos antiguos, sus pobladores se dedicaran a la cerámica. La arcilla

allí es friable, y para darle cuerpo y poder cocinar la pasta, han debido mezclarla en cierta proporción con petrosilex, reduciéndole a polvo, por el molino, valiéndose para ello de procedimientos rudimentarios.

Tiene el pueblo una iglesia de espadaña, que fue construída a principios de 1800 por don Luis de Totosaus, dueño de la hacienda *Niop*, cercana a Champotón. Por aquel tiempo los hombres creyeron en Dios y su fe religiosa la hicieron patente alzando a los cielos el templo, plegaria de piedra. Y otro campechano, su amigo, don Joaquín García Rejón, ilustre hombre de Estado, donó al templo la escultura de su patrona: la Virgen de la Asunción. Vese allí, también, el "Cuartel," a cuyo frente corre una arcada de arcos de medio punto que descansan sobre una columnata de capiteles de orden toscano, construído bajo el gobierno del licenciado don Joaquín Baranda.

Su llamada *Pescadería*, edificio muy pequeño, construída en sitio reducido, ahogándose dentro del espacio que se le señalara, data de la época del gobierno del general Joaquín Mucel. No tiene interés alguno arquitectónico, ni, por su pequeñez inadecuada, se hace uso público de ella.

Lerma... ¿por qué se llama Lerma? De un antiguo documento perteneciente a la titulación de la hacienda *Chumpich*, su colindante, se ve que este pueblo se llamó en otro tiempo TIXBULUL. Era éste su nombre indio. No sé yo, ni se sabe por historia alguna, yucateca o campechana, por qué le fue cambiado su nombre indígena por el actual que lleva. ¿Sería por Juan de Lerma? Juan de Lerma, amigo y confidente del viejo conquistador Montejo, fue, en efecto, el ter-

cer Tesorero Real de Yucatán. El primero fue Alonso Dávila, el invicto, aquel que, en la ancha tierra del *Mayab*, no necesitó, para hacerse invulnerable, de la nube de Ayax; que para ello bastáronle el hierro de su lanza y su corazón de Bayardo. El segundo fue Pedro de Luna. ¿O sería, acaso, por alguna semejanza geográfica con Lerma, la villa del Mar Cantábrico, en la costa de Asturias, que fue feudo del valido don Francisco de Rojas Sandoval, Duque de Lerma...?

Tuvo Lerma una gloria, una gloria que los hombres del 1900 no conocen: la gloria de las armas, la gloria de los combates. Desde su *Castillo*, cuya falda el agua lamía, en otras edades lejanas, desafió las hordas piráticas que bajo la negra bandera de las calaveras fueron nuncio de crimen, de robo y de muerte. ¡Ah, las luchas homéricas! Y ora con *Lorencillo*, el cruel *Lorencillo*, ora con *Pie de Palo*, ora con *Barbillas*, con todos, el Castillo de Lerma con sus fuegos certeros y en reto de muerte se opuso a la horda en defensa de la Villa y Puerto de San Francisco de Campeche. Era el leal centinela avanzado, y, ante su fiera arrogancia, orzaban las naves piratas, turbadas, vencidas.

Tuvo dos siglos de vida: de 1680 a 1880. Macizo, alzaba a los aires su mole vetusta de flancos cuadrados, rasgados por aspilleras y por barbacanas, y en la frente lucía su corona, corona de almenas, y era adusto y huraño. Dos siglos viviera; hasta que hombres por desprecio al Pasado le dieron la muerte, derribándolo, destruyéndolo hasta sus cimientos, y con sus despojos y en su mismo asiento contruyóse la actual "Estación del Tranvía." ¿Por qué destruír el Pasado? Sin Pasado, el hombre no existe en la His-

toria, y hasta esa inerte roca de la playa vecina, hasta ella, tiene asímismo su historia: sus edades geológicas representadas en sus varios estratos relatan su historia, lo mismo que su conformación material por aglutinamiento de sus substancias componentes. La vida universal es historia: es Pasado, y sin éste no existe la historia, ni hay raza, ni hay pueblo. Ruskin dejó escrito: "El poder de todo pueblo grande, como de todo árbol viviente, se debe a que no borre la obra de sus antepasados, sino que la confirme y acabe."

JOAQUÍN LANZ TRUEBA

Campeche, Octubre de 1932.

(Tomado de **El Universal** del lunes 5 de Diciembre de 1932.)

Zacatecas

La capital del Estado de su nombre, la ciudad episcopal de Zacatecas merece conocerse, más que por la opulencia de sus minas, por lo romántico y agreste del sitio en que se halla construída, y por las obras costosísimas que ha sido necesario emprender y ejecutar para hacer habitable y aun embellecer una localidad que, en su origen, era habitada solamente por fieras alimañas y por los terribles cazadores chichimecas. En poco más de trescientos años, la Religión, la industria y la civilización cristiana han contribuído de consuno a levantar una ciudad opulenta en una comarca en que la naturaleza acumulaba los mayores obstáculos que oponer a la actividad e inteligencia humanas; y donde siglos antes no había sino rocas abruptas, plantas silvestres, cácteas punzantes, fieras terribles y razas de salvajes feroces y antropófagos, hay ahora templos suntuosos, edificios soberbios, establecimientos de instrucción y de beneficencia, bibliotecas, almacenes, mercados, teatro, y en fin, todo lo que simboliza la industria, la civilización y la cultura más desarrolladas, con algunos restos de su antigua riqueza y una numerosa población que, aunque hoy por hoy atraviesa por una crisis angustiosa, no por eso pierde su carácter generoso, ingenuo y expansivo.

La situación geográfica de Zacatecas es de 22 grados, 46 minutos, 3 segundos, de latitud N. por 101 grados, 57 minutos, 16 segundos, de longitud occidental del Meridiano de México. Situada la ciudad en la

hondonada o barranca formada entre las montañas del Grillo, la Bufa, San Francisco y el Capulín, no ofrece perspectiva alguna al entrar por la calzada de Guadalupe, y sólo al aproximarse a las primeras calles, comiénzase a descubrir las torres o cúpulas de San Juan de Dios y otras, con algunos caseríos en sus bases; mas vista la misma ciudad desde la cuesta de Mala Noche, por donde desciende la antigua ruta de Fresnillo, sorprende la perspectiva de aquel extenso caserío tan apiñado y a la vez tan vario por las elevaciones y depresiones del terreno, por las torres que se destacan y por los grandiosos edificios que la adornan. Pero la cima de la Bufa o las lomas de Isabelica, al S. E. de la Estación del F. C. Central son indiscutiblemente los más excelentes puntos de vista de Zacatecas, descubriéndose desde allí de una sola ojeada un extenso y detallado panorama en el cual aparece un extraño hacinamiento de casas como conglomeradas unas sobre otras, y sobresaliendo entre ellas grandes edificios, construídos unos sobre las eminencias, y hundidos otros en las ondulaciones del terreno.

Las torres de los templos que descuellan sobre aquellos grupos de casas, el bosquecillo de árboles de la alameda o parque y los prados y florestas que adornan las plazas de la ciudad, la antigua arquería o acueducto que en otro tiempo la abastecía de agua potable, aquellas calles tortuosas y sin nivel, que tan presto se deprimen como se elevan, aquel gentío que hormiguea en las plazas y en los mercados, aquellos remolinos de humo que se desprenden de las locomotoras anublando el espacio por instantes, aquel chirrido estridente de los tranvías al recorrer una curva enrielada; todo esto que poniendo está de manifiesto los avances de una civilización transcendente, contrasta con la rusticidad, con la aridez, con la anfractuosidad

de las montañas que constituyen el gran fondo sobre el cual se ve delineado aquel paisaje.

Desde el fondo de la barranca, que consideramos como el plano de la ciudad, sólo hay una perspectiva que admirar, pero imponente y antonomásticamente hermosa, poética. Contémplase desde allí con arrobamiento y con gran placer aquella montaña cónica y elevada de la Bufa, con su excelsa frente coronada de rocas escarpadas, con su falda hendida por torrentes innúmeros, con la cresta de rocas eruptivas que la atraviesa, con las viejas murallas que circundan su cima, con el templo blanquecino que se alza en medio de ellas y dentro de cuyos muros la Madre de Dios ejerce su poderoso Patrocinio, y con el esbelto observatorio astronómico que se eleva en uno de sus crestones, ostentando por la noche en su cúspide brillante foco de luz, como si el genio de la ciencia velara desde la altura el sueño de los habitantes de la ciudad adormecida. Desde algunos puntos, el crestón principal, semeja un turbante que da aspecto de majestad a la montaña. Desde otros es una diadema que la corona y embellece; de otros, en fin, las rocas gigantescas aparecen como ruinas de castillos o como demolidas fortificaciones.

Créese que la Bufa ha sido en otro tiempo desgarrada por los fuegos volcánicos, y sin duda no ha vuelto a presentar un aspecto tan imponente como el que ofreció hace millares de años, cuando el fuego hervía en sus entrañas, depurando la plata y el oro de sus filones; cuando columnas de humo saliendo de su seno se elevaban al cielo; cuando rebozaban de su cráter de encendida lava; cuando entre las sombras de la noche fulguraba su excelsa cumbre, iluminando con pálido esplendor la serranía, y, agitándose, se estremecía su inmensa mole, resonando sus hórridos bra-

midos en las cavernas silenciosas de la extensa y solitaria cordillera.

Durante la noche, la montaña de la Bufa es una masa titánica, informe, obscura, dibujando negra silueta allá en el éter, como fantasma colosal alzándose sobre una población aletargada. Allí, sin embargo, María triunfa, María reina, María impera desde que en esa montaña sagrada torbellinos de polvo arrojados por sus benditas manos, aterraron a los gentiles idólatras que poblaban en otro tiempo esta feliz comarca.

Descendamos ahora a recorrer los templos de la ciudad. La catedral, de tres naves y dos torres, una de las cuales ha quedado sin terminar, es espaciosa y capaz, con buena luz y de una arquitectura sencilla y sólida.

La parroquia del Sagrario está en la antigua iglesia de Santo Domingo. Hay otra parroquia, llamada de Jesús; hay la iglesia de San Juan de Dios, el Santuario de Guadalupe y el Oratorio de las Hermanas de la Caridad. En el cerro de la Bufa está la Capilla de los Remedios. Muy cerca de *Zacatecas* está la Villa de Guadalupe, donde hubo un convento de *Propaganda Fide*, donde moró algunos años el célebre religioso Fr. Antonio Margil de Jesús.

ÁNGEL DE LOS DOLORES TISCAREÑO

El Santuario de Ocotlán

(TLAXCALA)

EL SANTUARIO DE OCOTLÁN es una iglesia muy visitada por romerías que acuden a él desde regiones lejanas, y, sobre todo, por habitantes de los Estados de Puebla y Tlaxcala. Los visitantes van allí por devoción religiosa o por devoción artística. Los primeros, que forman la mayoría, son atraídos por el amor que les inspira la Virgen patrona de aquel templo; amor fundado en la tradición muy arraigada y llena de prestigio que les recuerda pestes, milagros, apariciones, y que, como la tradición guadalupana, arranca desde los albores primeros de la dominación hispana.

Los adoradores de la belleza, los devotos del arte, los que poseen esa cualidad suprema que se llama sentimiento estético, se llegan a *Ocotlán* en busca de una linda iglesia, de sus torres cuajadas de adornos, de sus retablos churrigueresco y de un camarín que se halla tras del altar mayor y que es con efecto una joya de peregrina hermosura.

En las goteras o aledaños de *Tlaxcala*, hacia el oriente de la ciudad, sobre suave colina a la que se asciende con facilidad, ya sea en carruaje, ya sea a pie, se ostenta el Santuario que atrae las miradas del peregrino y le produce la más grata impresión.

El frontispicio del templo parece un retablo del estilo de Churriguera; además de la puerta, se ve

sobre ésta una linda ventana en forma de estrella; domina todo el conjunto de la fachada una imagen de la Purísima y otra de San Francisco de Asís; la multitud de relieves que llenan todo el frontis son de buen gusto; éste, en su parte superior termina en una gran concha estriada.

Las dos torres, de algo menos de treinta y nueve metros de altura, armonizan con el resto de la fachada; todo es blanco; los dos cuerpos de las torres, los cimborrios, las ventanas, las cornisas, todas las partes están llenas de relieves. El conjunto es bellísima filigrana hecha con barro, según dicen algunos, o con argamasa diestramente vaciada.

El interior de la iglesia, cuya planta es una cruz latina, tiene hermoso aspecto. Sobre el crucero se irgue una cúpula esbelta, vestida exteriormente con finos azulejos; el presbiterio es algo más angosto que el cañón del templo; el altar mayor y los dos del crucero son churrigueresco; los retablos laterales de la nave son de órden corintio.

El retablo mayor representa la gloria; su parte principal es un gran nicho de plata, exquisitamente repujado, donde se manifiesta la *Virgen de Ocotlán*, imagen de talla natural, posada en peana de plata y coronada con rica e imperial corona. Sobre el nicho está representado el misterio de la Anunciación; están, además, las tres personas de la Trinidad, los padres de la Virgen María, los Arcángeles y otras muchas imágenes. En los tres retablos churriguerescos hay más de doscientas figuras talladas en madera y doradas con oro tan fino que recuerda las tallas de Tepozotlán.

Pero lo extraordinario, lo que es realmente bello y singular, es el camarín de la *Reina del Santuario*. Queda esta parte del edificio contigua al altar mayor,

detrás de él. Ocupa un recinto no muy amplio, cerrado por ocho muros y rematado por linda cúpula que, por fuera, se ve detrás de la del templo. De los ocho muros que forman este recinto ortogonal, uno de ellos es el respaldo del presbiterio de la iglesia; tiene abierta una gran ventana que comunica el nicho de la Virgen con el Camarín. Abajo de esta abertura hay un altar. En los otros siete lienzos de pared hay pinturas que representan escenas de la vida de la Madre de Cristo; sobre cada cuadro se abre una ventana ojival; sobre las ojivas se extiende una cornisa en la cual se apoya la cúpula. Los relieves que adornan este recinto son diversos de los que ostentan las demás partes del Santuario; están hechos de yeso y argamasa, y pintados y dorados con tal primor, que hacen del camarín un mosaico de hermosura extraordinaria. Sería imposible describir las imágenes, adornos, tallados y los mil pormenores artísticos que contiene esta joya arquitectónica. Debe uno ir a contemplarla, a saciarse en las bellezas en que abunda. Así lo han hecho muchos visitantes nacionales y extranjeros. El P. Florencia, autor del viejo libro titulado *Zodíaco Mariano*, refiere que el señor don Juan Antonio Lardizábal, obispo de Puebla, cuando penetró por primera vez en el Camarín, quedó verdaderamente pasmado, permaneció gran rato en estado contemplativo y al fin exclamó: "No he visto en Europa obras de más cabales ni conjunto de más primores."

Durante el siglo XVIII se ejecutaron muchas obras de ornato en las iglesias y casas de México; así es que eran numerosos los pintores, escultores y canteros que laboraban dirigidos por hábiles maestros españoles y criollos. Entre tantos obreros, algunos descollaron en su oficio, como el arquitecto de Coatepec don José Damián Ortiz de Castro, que hizo los remates de las

torres de la catedral de México; remates bellísimos, en forma de campana, que no han logrado superar, pero ni aun imitar diestramente; descolló con obras notables el celayense Tres Guerras; y logró dejar recuerdo imperecedero el artífice indio que labró el Camarín de *Ocotlán*.

Todos preguntan por el artífice, autor de obra tan selecta; y a todos se les dice que fue Francisco Miguel, muerto en 1749. La historia de este oscuro escultor y arquitecto es interesante. Fue uno de tantos trabajadores indios tlaxcaltecas que arrancaba piedra en una cantera cercana a *Ocotlán*. Un día, cayó desde un punto demasiado alto, y hubiera muerto sin duda; pero afortunadamente para él, quedó asido de un pie. Acudieron a descolgarlo, y tuvo la creencia firmísima de que la Virgen le había salvado la vida para que llevase al cabo alguna obra extraordinaria que glorificase a la excelsa Señora. Durante varias décadas, con tesón y paciencia admirables, se dedicó a aprender todo lo relativo a construcción, escultura y pintura de iglesias; logró dominar estas artes y saber cuanto era menester para el ornato de edificios sagrados. Cuando se sintió hábil y diestro, se encerró en *Ocotlán*, no iba a fiesta ninguna, trataba con muy pocas personas y, abstraído en la realización de un proyecto que había concebido, laboró durante varios años y entregó a la admiración de sus contemporáneos y de los innumerables romeros que van a *Ocotlán*, el célebre Camarín, orgullo de *Tlaxcala*.

El humilde artista indio probó con su obra que su raza, su gran raza, la que soportó digna y virilmente la odiosa inquina de la nación azteca, la que hizo la conquista de *Anáhuac* como gran colaboradora de Cortés, la que dio pruebas de ser hábil colonizadora, tuvo

también hijos poseedores de profundo sentimiento estético.

En *Iglesias de México*, obra editada por la Secretaría de Hacienda, se asegura que el *Santuario de Ocotlán*, antes de la reforma que le hicieron en los altares laterales de la nave, era una de las iglesias más ricas y completas de México. "La nave toda entera era una colosal obra de orfebrería de exclusivismo ornamental llevado al extremo límite y de policromismo feérico." Lo que queda del siglo XVIII puede "dar una idea bastante completa del carácter de esta obra en que la riqueza de los dorados y la habilidad de los artífices se exhibieron con exageración."

Hoy que se ha despertado el interés por todo lo bello que hay en México, deben ir a *Ocotlán* los turistas. La carretera de México a Puebla, tan bella como bien construída, conduce a *San Martín Texmelucan;* de allí parte otro camino, muy aceptable, de cuarenta kilómetros, que va a *Tlaxcala*. Pueden utilizarse asímismo el Ferrocarril Mexicano que conecta con el tranvía de Santa Ana y los camiones de *Apizaco*.

1933

Las Torres Miradores del Puerto de Campeche

NUNCA el Dios Délfico se dignó asistirme, sin duda porque, desde mi juventud, por mi amistad con Hermes, aquella vieja ojeriza entre los dos olímpicos hermanos se hizo hasta mí extensiva. Y he aquí que ahora, tentando al númen rítmico, exhausto ya a mis años invernales, tengo la infeliz ocurrencia de emprender un *soneto* que consagro a mi ciudad nativa. Es éste:

Nace entre las espumas, como Afrodita,
y vive en los recuerdos de su victoria;
es el sol rutilante su ópima gloria
y el lujo de la plata su mar imita.

Tiene un blasón flamante en el que palpita
un bajel en campo azur, por la memoria
de una intrépida hazaña que urdió en su historia
y hasta en el pergamino sus pompas grita.

En tropeles heroicos de campeadores,
como las aves cruzan sus miradores
cruzan sus grandes hombres la lejanía;

la épica trompa plañe de su grandeza,
llora la desventura de su pobreza
y goza con la gloria de su hidalguía.

Es gloria augusta esta gloria de las torres miradores de la Villa y Puerto de San Francisco de Cam-

peche. No hay ciudad alguna en todo el vasto México, creo yo, que ostente estas joyas de un arte del medioevo. Tuvieron un objeto, un fin, un interés los miradores, irguiéndose ceñudos ante los enemigos del mar y de los montes. Piratas o indios, todos enemigos del hispano. Y también, al paso que salvaguardaron el caudal del poderoso comerciante velaron por la pública seguridad, porque, hechos para la guerra y la rígida vigilia, como en el romancero, su sueño fue el velar. Los más, constan de dos cuerpos: el primero, cuadrado, se alza sobre la misma azotea del edificio, que le sirve de suelo; el segundo, de menor altitud, es, casi siempre, octagonal. Se explica ello: abarcar el espectador un mayor campo de visión hacia los lados. Del primero al segundo piso se subía por una escalerilla.

No fue el mirador rasgo de lujo arquitectónico, porque, de serlo, se hubiese construído en el ángulo, o esquina del edificio, o adjunto a alguno de sus dos lados; y todos los miradores se hallan en las casas de altos de proporciones señoriales, construidas en los ángulos de las manzanas de las casas, que son evidentemente las de más antigua construcción, en sus flancos apiñándose, villanas, las casas bajas, como agrupadas a la sombra del gigante. No fue, por tanto, ostentación del propietario, orgullo del señor, alarde del rico. Entonces, vanidad se exhibiera el mirador construido en el frontispicio. Y no; la torre-mirador fue siempre construida sobre la azotea de alguna habitación del fondo de la casa, de las del segundo patio, en las que residía el servicio del señor, el cual servicio junto con el personal de empleados de la casa comercial instalada en los bajos, con almacenes, depósitos y cajas de caudales, en caso de peligro de piratas o de guerra de indios, desde la torre-mirador

vigilaban o defendían las azoteas de la manzana, a fuerza de balas. El poderío social, se ve, se hallaba en manos del comerciante, del almacenista y armador, que, desde su enhiesta torre, vigilaba su ágil pailebot surto en el puerto y protegía también, sus almacenes y caudal. Es por eso que los miradores sólo se hallan dentro del recinto murado, que fue sede de los ricos. Y, a propósito, diré que, en la casa de mis abuelos maternos, las cajas fueron dos grandes tinajas catalanas, una para oro y otra para plata sepultadas en el suelo de una bodega disimuladas sus bocas con baldosas en todo iguales al embaldosado general, pero con cierta señal conocida únicamente por el propietario.

La torre, símbolo de fuerza, unió aquí su destino al poder mercantil y no al poder político y al militar. ¿Sería que en aquel tiempo la fuerza del dinero sobrepujó a las otras fuerzas? En los días del coloniaje la autoridad militar y la política residían en los Tenientes del Rey cuyo domicilio estuvo en la Ciudad de Campeche, plaza fuerte que era. Con los escudos de armas tildados por la República, se conservan todavía las residencias de algunos Tenientes del Rey. La del coronel don Leandro de Poblaciones, Calle 59, Nº 36. La del coronel don Juan José de León y Zamorano, Calle 51, Nº 10. La del brigadier don Miguel de Castro y Araoz, Sotomayor y Andrade, Lazo de la Vega, Ponce de León y Mexías, Calle 14, Nº 28. Ninguna de ellas ostenta la erguida torre-mirador. No necesitaron de ésta, sin duda. El pirata, el indio, tras el oro y las vituallas y licores, ¿por qué asaltar la residencia del Teniente del Rey? Ellas, ¿qué guardaban? Vanidad, inanidad, tan sólo.

¡Vieja torre albarrana de la casa de mis abuelos en la que yo nací en un abril ya lejano! Mis ojos,

desde niño, admiraron tu altivez gallarda, tus flancos poderosos, ennegrecidos por el tiempo y por los líquenes llevados a ellos en alas de lluvias y de vientos. En tu cima se amarran las Auras, desde ella avizorando la presa apetecida a su buche famélico; y por ellos, por sus deyecciones calcáreas, malsanas, las gentes huían de tu pie. Eras entonces aquel Polifemo de un único ojo, en tu frente, terror de los niños. Endriago en la noche, en las noches de "Nortes" silbantes, allá arriba al embate de Bóreas pujante, oí muchas noches tu alarido furente, unas veces, y fúnebre, otras. Combates titánicos eran. Y cuando el sol te vestía con sus galas de oro, el gárrulo enjambre de las golondrinas, en un ciclo azul y en un aire fúlgido, oliente en sus brisas a algas venidas del Mar Océano, eras entonces, ¡oh torre!, una gloria, la gloria del triunfo, de lo que está arriba, de todo aquello que sube a los cielos. No eras ya más el tétrico espía de aquellas banderas que en sus campos negros realzaban lo lúgubre de las blancas tibias y la calavera, un hórrido espanto de los corazones.

1933.

JOAQUÍN LANZ TRUEBA

Las calles de Cuautla

LA mayor parte de los turistas que van a la heroica y risueña *Cuautla*, la famosa ciudad del *Plan de Amilpas* (sementeras de riego), van por gozar de las saludables aguas de su balneario; pero no faltan algunos que aman nuestra historia y que desean aprender o recordar los episodios que ofrece en abundancia nuestra *Troya insurgente*. Estos curiosos deben leer las placas que ostentan los nombres de las calles; cada nombre evoca un recuerdo del inmortal sitio. El artículo que sigue narra algunos de esos episodios.

*
* *

Sabido es que Morelos entró por primera vez en *Cuautla* en diciembre de 1811, el día 22; la calle por donde penetró lleva el nombre de *Calle del Ejército Libertador* (las últimas voces han sido cambiadas por *Ejercito Americano*).

Las primeras fuerzas españolas que se presentaron para el sitio de *Cuautla*, considerándose impotentes para el ataque, permanecieron en *Yecapixtla* en espera de refuerzos; y llegados que les fueron, se avistaron a *Cuautla* atacando. Resistidos los primeros empujes, permanecieron las fuerzas a la vista de la ciudad, tiroteándose con frecuencia las respectivas avanzadas.

Sabedor Morelos de que venía un convoy para sus contrarios, determinó quitarlo en el camino y ordenó

a Galeana que efectuase tal operación. Este jefe, con 128 caballos y 60 infantes, rompió la línea norte de los sitiadores, quitándoles algunas armas y gente; continuó su camino y, en el punto llamado *Mal País*, esperó al convoy que llegó al día siguiente; pero al tratar de quitarlo, sufrió un fuerte descalabro en que perdió la mayor parte de la infantería y 19 caballos; el convoy iba custodido por 3400 hombres de las tres armas, y llevaba tres morteros. Violentamente mandó Galeana que Larios, con la mitad de la fuerza que le quedaba, se pusiera a la vanguardia y atacara la línea sitiadora, como lo verificó, pudiendo introducirse a la plaza.

Determinó entonces Morelos la construcción de fortines en puntos en que los creyó necesarios; y levantados por la noche, al día siguiente fueron derruídos y lo precisaron a recostruírlos de nuevo. Uno de esos fortines se levantó en la esquina de la plazuela de San Diego, y su defensa estuvo encomendada a Galeana; en dicho fortín había dos piezas de artillería; a mediados de marzo se presentó por la Calle Real (llamada así entonces), una columna enemiga que avanzó tanto que casi apagó los fuegos de los defensores del fortín; entonces uno de los muchachos que defendían el punto, llamado Narciso Mendoza, disparó una de las piezas que estaba cargada con metralla y la que barrió casi toda la columna, muriendo el Conde de Casa Rul. Como a la conclusión del sitio, por aquella calle fue por donde primero entraron los realistas, se llama hoy *Calle del triunfo del sitio y fin de Rul.*

Refiriéndose a propósito de lo que llevamos dicho, que cuando fueron casi apagados los fuegos de los sitiados, uno de ellos se apresuró a dar aviso a Morelos, que a la sazón dormía, diciéndole que el ene-

migo entraba por San Diego; a lo que contestó: "¿Y Galeana dónde está?" "Está batiéndose allí mismo con el enemigo," se le respondió, y entonces, disponiéndose a continuar su sueño interrumpido dijo: "No hay cuidado. No entrará."

La escasez de víveres en la plaza, obligaba a proporcionarse diariamente algunos, y a ese fin todos los días, por el poniente de la ciudad, salía una fuerza destinada a escoltar al niño Almonte, a tirotearse con la parte de fuerzas sitiadoras que se conocía por el nombre de los *Tamarindos* a consecuencia del traje que llevaban. Entretanto las fuerzas se batían, jóvenes de trece años, capitaneados por Almonte, recogían verdolagas, y debido a esto la calle se llama del *Sustento;* y aquella en la que se refugiaba la escolta en su diaria excursión, se le dio el nombre de calle del *Abrigo*. Por haberse hallado encomendada su defensa a Salas, lleva este nombre la que sigue rumbo al norte después de la calle del Abrigo.

La calle de *Almonte* llámase así porque éste tenía la costumbre de ir a una casa ubicada en aquélla, en la que permanecía generalmente.

La que sigue al norte de la de *Salas* se llama *De las angustias de Calleja;* debe su nombre a que habiendo dispuesto el jefe español que una columna atacara por aquel punto, y viendo que fue rechazada, ordenó se reforzara en triple número, y tomando personalmente el mando, llegó hasta la calle de *Salas*, en donde se confundieron los combatientes; habiendo sido uno de los ataques más fuertes y en el que estuvo a punto de caer prisionero Calleja, que al fin pudo con graves pérdidas retirarse.

Entre las tropas llevadas del Sur por Morelos, había una mujer que constantemente se batía y se la miraba en los lugares de combate, y para conservar

su memoria se dio el nombre de *Barragana* a una de las calles.

Otra mujer costeña se ocupaba en asistir a los enfermos y heridos, cuyo número era crecido por el desarrollo de una epidemia entre los sitiados, y en su recuerdo, llámase una calle *De la humana costeña.* Las calles de Larios, Barrera, Escoto, 1ª y 2ª de Urzúa, Catalán, Bravos, Galeana, Matamoros y Guerrero, llevan esos nombres en recuerdo de los que en el sitio combatieron distinguidamente al lado de Morelos.

La calle del *Niño,* llámase así porque en ella había durante el sitio un pequeño cañón que por sus dimensiones le llamaban *el niño;* los muchachos que acompañaban a Almonte tomaban aquella pieza y la iban a disparar sobre las fuerzas realistas por el punto que ellos querían; pero estaban obligados à devolverla a su lugar, en la calle que lleva el nombre dicho.(1)

La calle de la *Batería* debe su nombre a haberse hallado situada en ella una batería de reserva, dispuesta para el servicio en los lugares en que se necesitara.

El callejón de los *Nacionales* se llama así porque en él fueron fusilados durante la revolución de *Ayutla,* Manuel Vásquez y Miguel Villareal, pertenecientes a las fuerzas pronunciadas.

El callejón de la *Tesorería* se llama así porque en él se hallaba situada la Tesorería del ejército de Morelos.

La calle de las Víctimas es conocida porque al romper el sitio Morelos y cuando entraron las fuerzas realistas, varias familias se refugiaron en una casa situada en dicha calle, y fueron sacrificadas

(1) La placa actual dice así: **Calle del cañoncito Niño.**

en medio del desorden consiguiente a un triunfo inesperado y costoso.

El callejón del *Beneficio* se llama de esta manera porque habiendo penetrado por él Calleja, fue sorprendido y se evitó tomara la plaza.

El callejón del *Castigo* debe su nombre a haber sido fusilado en él un individuo que estaba de acuerdo con los realistas para entregarles un punto de los sitiados.

Tales son los nombres de calles y callejones de *Cuautla* que tienen relación con hechos verificados durante el famoso sitio de aquella ciudad y que debemos a relación amistosa de un hijo de la población.

Nos hemos permitido dar al público estos apuntes, porque siendo visitada con frecuencia por distintos viajeros la ciudad de *Cuautla*, unida ya por ferrocarril con la Capital de la República, no creemos fuera de propósito el conocimiento de datos que a ella se refieren. Si merecemos la benevolencia de nuestros lectores, dispensando su atención a nuestro cansado relato, habremos realizado nuestro más vehemente deseo.

LUIS

1883

El Río Usumacinta

En el Estado de Tabasco hay cien ríos y mil arroyos (1) que lo riegan en todas direcciones, lo fertilizan periódicamente, lo embellecen y lo amenizan, y sirven, además, de vías cómodas de comunicación y de transportes para casi todos sus pueblos, haciendas y rancherías. Si el río de *Tabasco*, impropiamente llamado Grijalva, es el más conocido porque aportan a él todas las embarcaciones que hacen el comercio extranjero y porque conduce directamente de su barra principal a San Juan Bautista, que es la capital, hay otro río poco frecuentado, que es sin duda el más hermoso de aquella comarca, el más caudaloso, el que tiene más extensión y anchura y que ostensiblemente prodiga más sus beneficios a los felices moradores de sus orillas e inmediaciones. Este río es el que naciendo en la República de Guatemala, baña después una parte del Estado de Chiapas y desciende en seguida majestuosamente en una linda cascada al de Tabasco, desde la cual recorre lentamente una espaciosa curva, fecundiza un terreno poco habitado de cerca de cuatrocientos kilómetros y va a perderse en nuestro golfo por tres conductos muy abiertos que describen imperfectamente la figura de una cruz: el de la derecha forma exclusivamente el río de la *Palizada*, que va a derramarse en la gran laguna de la Isla del Carmen; el de en medio constituye el río de *San Pedro* y *San Pablo* que desemboca en la barra de su nombre, entre la principal del *Tabasco* y el de la Isla del Carmen; y el de la izquierda, que

(1) Esta expresión es hiperbólica.

arrastra el mayor caudal de sus aguas, y es el verdadero *Usumacinta*, desemboca en el río Grijalva por cuatro canales, tres de los cuales se hallan como a diez y seis kilómetros arriba de la barra principal en el paraje llamado *Tres Brazos*, y el último a otros diez y seis kilómetros más allá, en un lugar nombrado *Los Ídolos*. El río *Usumacinta* tiene de anchura media como doscientos cincuenta metros, y de profundidad de cuatro a cinco en el verano. En los meses de octubre crece espantosamente y se desborda en casi toda su longitud; pero los riesgos de estas inundaciones a que sólo están expuestos los ganados, se precaven fácilmente conduciéndolos a las lomas con oportunidad. Este río se halla limpio y no tiene grandes tortuosidades; su curso es suave regularmente y no presenta ningún obstáculo ni peligro en su navegación para buques de 50 toneladas. Ocho pueblos pequeños que son Jonuta el mayor, Monte Cristo, Balancán, Santa Ana, Multé, Kannzari, Usumacinta y Tenosique, y que todos compondrán un censo de tres a cuatro mil almas, son los únicos que disfrutan de las riquezas que presenta el enunciado río. Sus orillas están engalanadas con una infinita variedad de palmeros que descuellan por la cima de los bosques sombríos que allí abundan; pero a poca distancia, se descubren hermosas y vastísimas florestas que por la derecha van a perderse en el Estado de Yucatán y por la izquierda en el de Chiapas. Estas llanuras poco sometidas a las inundaciones periódicas del río, están entrecortadas por arroyuelos de agua fresca, pura y cristalina que sirven para los millares del corpulento ganado vacuno que pacen diseminados y holgadamente el zacatillo verde que tapiza el valle y las suaves colinas que lo atraviesan. En los parajes más bajos se ha-

llan los *tintales*, o por mejor decir, esos plantíos naturales del *palo de tinte*, que son los tesoros inagotables de Tabasco, pues se reproducen espontáneamente y sin ningún esfuerzo humano; estos *tintales* ocupan centenares de kilómetros cuadrados, pues ya no se encuentran a las orillas, porque continuamente se están cortando; empero, por canales que fácilmente se abren, o por los arroyos se extrae hasta las márgenes del río, en donde se convierte en oro, pues siempre hay mucho interés por tener listos cargamentos de palo para los buques extranjeros, de los que no hay alguno que no salga recargado hasta sobre cubierta de este precioso fruto; casi todo el palo baja por el brazo de la Palizada, por la isla del Carmen, en donde siempre hay mucha demanda de él. (Esto era en 1843.)

En los lugares más elevados de ambas orillas se encuentran abundantes caobas, corpulentos cedros, brasil, jobillos y otros árboles de construcción; muchas plantas medicinales, gomas, resinas y otra infinita variedad de árboles y arbustos más o menos útiles. Todos los productos intertropicales se dan allí asombrosamente; se aclimatan con poco trabajo los de las zonas templadas.

El *Usumacinta* atraviesa el distrito de su mismo nombre y es uno de los nueve en que está dividido el Estado de Tabasco. Algunos ríos son tributarios del que nos ocupa, principalmente el *San Pedro*, que nace en el Petén, República de Guatemala, y el *Catasajá* en Chiapas; el primero desemboca a ocho kilómetros arriba del Balancán y el segundo entre Jonuta y Monte Cristo; otros muchos riachuelos y arroyos se derraman y confunden en el mismo *Usumacinta*. Una infinita variedad de peces y crustáceos pueblan las profundas manciones de este río y sus tributarios; fuera de él,

en los bosques y praderas inmediatas, abundante caza y volatería abastecen a sus indolentes moradores.

Una elevada y grande muralla tapizada de un verde oscuro, forma el fondo del pintoresco cuadro que se presenta, cundo el espectador mira río arriba desde los pueblos de Usumacinta o Tenosique, son las sierras de Chiapas que avanzándose hasta los confines de Tabasco, se internan después en Yucatán, formando un vasto y abierto semicírculo que comprende a los tres Estados. Pero esta gran muralla tiene un tajo o brecha que abrió en su furor un monstruoso gigante, cuya pequeña cabeza reposa en el territorio de Guatemala y sus enormes seis pies se han confundido en el Golfo de México; por esta brecha se escapó, con la rapidez de un soberbio fugitivo, el caudaloso *Usumacinta* que cansado de recorrer vanamente las campiñas de Guatemala y de Chiapas en solicitud del reposo no encontrado, rompió al fin con impaciencia formidable las barras de cuarzo y de pórfido, que inútilmente se opusieron a su imponente furia y poderío, lanzándose espumoso, bramando, arrollándolo todo y arrastrando en pos de sí los enormes peñascos y robustos árboles que encontró a su paso y que apenas osaron resistir por algunos instantes a la fuerza prepotente del gigante de las aguas; se precipitó en seguida sobre un suelo llano y arcilloso, que conduciéndolo, a su grado, hasta el inmenso lecho de los ríos, depuso entonces su rabia y ceño indomable, y recorrió mansa y dulcemente su último camino; pero siempre enemigo de estorbos y de trabas, quiso abrirse seis bocas en distintos lugares, por las que se esparcen y confunden finalmente las aguas del hermoso *Usumacinta*.

M. Z. y Z.

(Tomado de *El Museo Mexicano*. 1843).

Las Ruinas del Palenque

EN el Noreste de Chiapas, en un punto situado en la cuenca del gran río Usumacinta, que en larga extensión sirve de límites entre México y Guatemala, se hallan las célebres *Ruinas del Palenque*. Estos despojos de una portentosa civilización americana han sido estudiados y descritos en multitud de libros extranjeros y en pocos mexicanos. Vamos a copiar en seguida un fragmento de la HISTOIRE DU MÉXIQUE del abate Brasseur de Bourbourg que trata someramente de tales ruinas.

"Esta ciudad (Palenque) fue construída en la pendiente de las colinas y a la entrada de los escarpados montes de la cadena de *Tumbalá* que, en caso necesario, podía servir de refugio a los habitantes de esa metrópoli. En aquella época, los llanos adjuntos, atravesados por multitud de riachelos y canales, formaban un gran lago semejante a la laguna de Términos, tal como sucede ahora en la época de las crecientes, de junio a octubre. Las ruinas de esta metrópoli están separadas por una distancia de tres o cuatro leguas del riachuelo de *Catasahá;* este espacio es el que actualmente se llama *Las Playas*, a causa de la inundación a que están sujetas."

"La llanura de Palenque, ligeramente ondulada, va descendiendo suavemente hacia el mar, cortada por muchos arroyos que nacen en la montañña. La naturaleza, siempre pródiga de sus dones, en un clima encantador, de salubridad no desmentida, asegura con profusión, espontánea, cuanto es menester para

el reposo y la conservación de la vida. El arroyuelo de *Otólum* serpea entre las ruinas y va a echarse en el riachuelo de *Michol* que se tributa al *Catasahá*, afluente del soberbio *Usumacinta*. La límpida corriente del *Michol* rodea la falda de la montaña y lleva sus aguas por entre las flores y los arbustos de la pradera que exhala los más exquisitos aromas. Un sitio tan favorecido por la naturaleza no podía menos que atraer a los seres vivientes; así sucede: aquellos lugares son el plácido retiro de miles de cuadrúpedos y de aves de toda especie que allí se recrean y gustan de reproducirse en medio de risueñas soledades. El hombre los arroja, y no vuelven por aquellas praderas, sino cuando las revoluciones hacen huír a los hombres, los cuales devuelven a los animales su agreste morada".

"Si Votán fue el creador de Palenque y si él echó los primeros cimientos de aquellos edificios, los que le sucedieron terminaron probablemente lo que él había comenzado y añadieron gran esplendor a tan portentosas construcciones. Tiéndese la ciudad de Este a Oeste en la falda de la montaña, sobre una longitud de unos treinta kilómetros y una anchura de tres; desciende hasta las márgenes del *Michol* que baña su recinto. En medio del llano que se tiende entre los montes y el río, se alza majestuoso, sobre vasta colina artificial, el edificio que todos llaman *Palacio de los Reyes*. Las inundaciones periódicas que comienzan en junio cubren el bajo terreno en que corre el *Michol*, henchido por las aguas superabundantes de la cordillera. Esto obligaba sin duda a los descendientes de Votán a emprender obras de importancia para defender los terrenos bajos donde el fundador de la monarquía había querido establecer su morada real.

Otros edificios destinados a diferentes usos fueron construídos andando los tiempos, y en todos se siguió el mismo plan, así es que aquello que fue al principio una medida que exigieron las circunstancias, se convirtió después en uso consagrado para todas las construcciones de la civilización americana".

"La ciudad propiamente dicha fue trazada en anfiteatro sobre la falda de la montaña, en torno de la llanura, cuyos palacios, en la época de las inundaciones, debieron ofrecer a la vista singular espectáculo. Construídos sobre colinas artificiales, se asemejarían a esas rocas del Lago Mayor transformadas por los Borromeos en multitud de castillos que parecen encantados. Las calles seguían irregularmente el curso de los arroyos, los cuales en su descenso, proveían abundantemente de agua a todos los habitantes. Sobre una de las cumbres que forman el respaldo del anfiteatro, se alzaba, frente a frente del *Palacio de los Reyes*, un monumento, templo o ciudadela, cuyas altaneras construcciones dominaban soberbiamente aquellas comarcas hasta las riberas del Atlántico."

"Si es permitido juzgar del alto grado de civilización a que llegó un pueblo, examinando su religión y sus instituciones civiles y políticas, también lo es estudiar los progresos a que llegó este pueblo en las artes, sobre todo en la arquitectura y la escultura. Una y otra llevan consigo el sello poseído por ese pueblo; genio revelado claramente en las obras que han dejado a las generaciones futuras."

"Entre los edificios olvidados por el tiempo en las selvas de México y de la América Central, se notan caracteres arquitectónicos tan diferentes unos de otros, que no sería posible atribuír la construcción de tales monumentos a un mismo pueblo, como sería

imposible creer que hayan sido edificados en una misma época. Así como los monumentos del mundo antiguo, los del hemisferio occidental, tienen fechas y edades diversas, así también no sería posible creer que esta variedad de arquitectura americana deba su origen a una sola nación. Las ruinas más antiguas y que tienen mayor semejanza entre sí, son las que se hallan en las comarcas lacandonas, como las subestructuras de la ciudad de *Mayapán,* algunos edificios de Tulhá y la mayor parte de los del Palenque; de esto pudiera inferirse que pertenecen al primer período de la civilización americana."

"Los numerosos monumentos del Palenque respetados por la mano del tiempo, dan completa idea de su arquitectura: sus rasgos generales son la sencillez, la gravedad y la solidez. Esta última calidad no consiste en el empleo y naturaleza de los materiales, sino en el corte y declive que se observa en los basamentos de los templos y palacios. Además de este sello que tienen en común con la mayoría de los edificios de Yucatán, Guatemala y México, tienen también el de estar perfectamente orientados, es decir, que sus cuatro lados corresponden, respectivamente, a los puntos cardinales."

"El gran *Palacio de los Reyes* presenta la idea más cabal de una mansión soberana. La constucción piramidal que forma es un oblongo de 1080 pies de perímetro por 60 de altura; es de calicanto. Se sube a ella por una escalera colosal colocada abajo del frontis oriental; los escalones miden un pie de peralte; parecen hechos para que por ellos suban y bajen hombres gigantes. Por tal escalera se llega a la terraza que está frente al palacio, en el cual se entra por cinco puertas; de las dos principales, la de la derecha

conduce al patio de honor; la de la izquierda, a los departamentos interiores".

"La extensión del edificio es de 240 pies de longitud por 145 de diámetro. Su elevación es de 36, lo que da 96 para toda la masa en su conjunto, desde la base hasta la cúspide. Tanto en el interior como en el exterior hay doble galería que por dentro, en algunos sitios, forma habitaciones separadas. Los vanos, entre los pilares, no tienen más que seis pies de alto en las galerías exteriores, pero en las interiores son más elevados. La bóvedas reposan sobre muros de espesor prodigioso, a veinte pies sobre el suelo, y forman en la cúspide un ángulo truncado cubierto por losas extremadamente gruesas. El edificio hacia fuera, está coronado por ancho friso, al que limitan dos cornisas dobles de forma cuadrada. En fin, sobre todas las puertas y sobre todos los pilares de la galería que corre en torno de este monumento, están incrustados altos relieves de estuco que representan personajes de estatura mayor que la ordinaria y cartelas que encierran inscripciones jeroglíficas".

"El interior del Palacio no muestra la misma regularidad, pero ostenta en mayor grado la magnificencia de los príncipes que lo habitaron. Hay allí grandes patios circundados de pórticos, cuyos pilares son de granito y muestran en relieve personajes de doble estatura que los del exterior. Álzanse soberbios peristilos que conducen a diversos aposentos de aquella mansión, todo distribuído inteligentemente. Después de los dos patios de honor, se yergue una torre de ocho pisos, cuya escalera, en varios sitios, está sostenida por bóvedas cintradas, y desde cuya cúspide la vista se tiende y puede reposar embelesada sobre la ciudad, la campiña y el mar."

"La irregularidad que se nota en el arreglo de estos edificios y, sobre todo, la enorme diferencia que existe entre las proporciones de los departamentos interiores y galería principal que circunda el Palacio, sin hablar de la elegancia particular que se advierte en las puertas que se abren hacia los patios; todo esto parece probar que los señores de aquella suntuosa morada, a la vez que trataban de conservar los pórticos, construídos quizá por los hijos de Votán, se habían esforzado en embellecer sus habitaciones y en introducir en ellas los cambios que pedía el desenvolvimiento de la civilizacón."

. . . . . .

"La sencillez que reina en la mayor parte del Palacio, a pesar de los relieves que decoran los pilares, da idea de su antigüedad, sobre todo si se comparan con los monumentos de Yucatán que están recargados de adornos."

. . . . . .

"Los otros edificios descubiertos en *Palenque* son de construcción análoga a los del Palacio: se ostentan majestuosamente sobre masas piramidales de gran elevación; tienen un peristilo que los rodea. Se yergue en el fondo algo que pudiéramos llamar capilla, con aposentos a uno y otro lado, que quizá fueron habitaciones de los guardianes de la divinidad."

. . . . . .

"Otro despojo interesante de aquella vieja arquitectura, conservado en Palenque, es un soberbio puente sobre el *Michol*, a corta distancia del Palacio. Está hecho de piedras talladas en cuadro y ajustadas unas a otras sin argamasa; su corte es bastante para sostenerlas. El puente carece de pretiles; su longitud es

de sesenta pies; su anchura, de cuarenta y cinco; su altura sobre el nivel del agua, de doce. Hay algo singular en este puente: la abertura que da paso a las aguas es cuadrada en su parte superior y se va ensanchando de manera convexa, al contrario de los arcos de nuestros puentes que son cóncavos. El modo de construcción de Palenque es sin duda contrario a la solidez; pero el corte de las piedras se la ha dado a esta admirable construcción para que haya desafiado los estragos del tiempo."

BRASSEUR DE BOURBOURG

1857.

(Traducción de Miguel Salinas.)

La Ciudad de Teapa

Al sur de San Juan Bautista, (hoy se llama Villahermosa), capital del Estado de Tabasco, y a distancia de sesenta y cuatro kilómetros de esa ciudad, se halla una población que mirada desde una altura que está en sus inmediaciones, viniendo de la villa de Tacotalpa, presenta un hermoso panorama, que no es posible describir perfectamente en este artículo, pero del que a lo menos procuraremos dar una idea ligera, y, a la vez, indicaremos su bella posición: Lo primero que se descubre a la vista del viajero, cuando ha llegado a aquella altura, es el fondo verde oscuro de un gran cuadro cuya figura se asemeja, de algún modo, a un vasto anfiteatro que se despliega a su frente; sobre los elevados muros de este vasto semicírculo que es una sierra frondosa en todas las estaciones, se ve regularmente una faja blanca, de anchura desigual y de variable posición, sobre la que reflejan los brillantes rayos del sol que se levanta a espaldas del observador; fácilmente se entenderá que son grupos de blancas nubes que pasan tranquilamente sobre aquellas alturas; el azul purísimo del cielo, pues la atmósfera goza allí de su más sublime diafanidad, cierra el grandioso cuadro en la parte superior; en su base corre rápida y bulliciosamente un río, sobre un lecho de guijarros, y sobre su margen derecha está dibujada la escena más pintoresca de este magnífico paisaje; allí se ven mil casitas blancas con sus tejados rojos, separadas en varias e informes direcciones

por listones verdes que son sus calles, siempre alfombrados de menuda grama; pero estas casas que parecen incrustadas en el fondo verde oscuro del cuadro, no ocupan todas un suelo absolutamente llano, sino que muchas de ellas se elevan alternativa y suavemente sobre las otras, presentando una perspectiva tan variada como bella; algunas otras casitas de setos, cobijadas de paja amarillenta o gris y apiñadas sin orden sobre las lomas inmediatas de la población, la dominan orgullosas por su situación y disfrutan constantemente sus humildes moradores del hermoso panorama que tienen a sus pies y de la brisa del norte que los baña; dos torres macizas, de altura regular, de arquitectura semigótica, ennegrecidas por el tiempo y las lluvias y que pertenecen a la parroquia del lugar, sobresalen en el centro del cuadro y dominan sin ostentación al caserío que se despliega a sus costados. Hacia la izquierda del que contempla estas vistas, en la misma base del cuadro se ven otras dos torres de inferior y común arquitectura, algo más bajas que las otras e igualmente oscuras; son de otra iglesia llamada *Tecomagiaco*, porque fue de un pueblo de este nombre que hoy está confundido en la población que nos ocupa; más allá, siempre a la izquierda, descuella majestuoso el elevado pico de *Estampagoya*, cuyas sombras contrastan melancólicamente con el alegre paisaje que se representa casi a las inmediaciones de su anchurosa base. Los muros de otra iglesia sin concluírse y que hoy sirven de cementerio general, ocupan la parte más cercana del que mira arrebatado, este cuadro encantador. Una multitud de arroyos serpean caprichosamente por algunas calles y a los contornos del lugar que describimos; algunos son semejantes a pequeños ríos por su regular anchura y por sus inagotables corrientes, y otros se parecen a

cintas de plata o de cristal entrelazadas sobre un verde alfombrado, pues este color embellece todo el suelo de aquel lugar. Varias fuentecillas naturales, llamadas allí *mures*, no sabemos por qué razón, fluyen humildemente sus aguas cristalinas al nivel de la tierra y son las que sirven para el uso de aquellos habitantes, por ser las más puras, frescas y delgadas. Si el viajero que extático ha contemplado esta sublime perspectiva desde la altura en que lo hemos colocado, bajase a la población, recibiría otras agradables sensaciones de distinto género, viendo las escenas animadas que pasan sobre las orillas y en el fondo de los arroyos que tendrá que vadear; muchas mujeres y de todas edades, semejantes en alguna manera a las náyades de la fábula, pero menos poéticas, dominan las aguas; unas lavan la ropa de uso, propia o ajena, sobre las alisadas piedras de los arroyos; otras la tienden en cuerdas al sol, presentando la imagen de una fiesta por la variedad y matices de los colores y por las diversas formas y tamaños de los trajes y vestidos que flamean en todas direcciones; otras con medio cuerpo dentro del agua y el otro las más veces desnudo, se bañan, charlan y ríen bajo las sombras de los árboles y enramadas naturales que forman los arbustos y juncos que crecen viciosamente en las cercanías; algunas se peinan o visten; otras bañan y gruñen a sus chiquillos y muchos de éstos retozan y gritan alegremente por en medio de las aguas. Si el viajero sorprendiendo esta fiesta diaria y familiar, ha hecho ruborizar a alguna joven, que cruzando ambas manos sobre su pecho virginal o metiendo el resto de su cuerpo en el arroyo, para sustraerse a las miradas del profano que ha venido a turbarla, y éste ha pasado adelante en busca de posada, no hallará ninguna pública en que hospedarse; pero si no ha

estado antes en el pueblo y adquirido algún conocimiento, le bastará una simple carta de recomendación para ser acogido sin ceremonia y alojado cómodamente; no verá en la casa en que haya sido recibido el fausto ni el lujo de las ciudades; pero encontrará amplitud, sencillez y aseo y la más cordial hospitalidad; mas será preciso que no converse sino de los precios corrientes del cacao y del estado triste o lisonjero de la próxima cosecha; la alta política muy poco lugar tiene entre aquellos sencillos, laboriosos y honrados vecinos; hay, no obstante, allí, algunos hombres ilustrados, que hacen mucho honor al país de su nacimiento. La segunda parte de la conversación general, son regularmente los chismes del lugar, como en todas partes en iguales circunstancias. Las gentes de este hermoso pueblo no residen todas en él; una mitad por lo menos, se halla viviendo en sus haciendas de cacao, en las que disfrutan, a su modo, de todas las comodidades de la vida y de una envidiable tranquilidad. Antiguamente las habitaciones del campo eran casi semejantes a las que hoy tienen sus sirvientes; mas desde la época de la independencia han mejorado mucho aquéllas; hoy son muchas de mampostería y algunas de altos o de fachadas bonitas, con corredores y arquerías. La riqueza agrícola y territorial de *Teapa* se halla en un estado sobresaliente; las cosechas anuales de cacao, que es el principal cultivo, no bajan de diez mil cargas de treinta kilogramos, que al precio de catorce a quince pesos, que las más veces es el corriente, produce a aquellos habitantes una entrada de ciento cuarenta o ciento cincuenta mil pesos todos los años. Este pueblo es indisputablemente el más sano de todo el Estado de Tabasco y tiene un censo como de seis mil habitantes; de éstos, apenas muere uno cada tres días aproximadamente, lo que equivale a un

2% anual; mortalidad sumamente baja respecto de casi todos los países del mundo. El aire es siempre puro, pues está rodeada la población de plantaciones; no hay lagunas ni pantanos en sus contornos; el terreno es alto y ventilado y todo contribuye a su reconocida salubridad. Este solo pueblo y el de *Usumacinta* tienen la ventaja, sobre muchos, que les son comunes, de no tener mosquitos, que es la plaga más o menos general que hace molesta la residencia en aquella comarca como en toda la costa del Seno mexicano. El calor tampoco es excesivo, relativamente, en aquella población, pues nunca pasa de los 90 grados Reamur (sic) en la estación más elevada, a la vez que en la capital asciende frecuentemente de 96 a 98 grados. Tal es uno de los lugares más bellos del Estado de Tabasco, del que hoy se tienen tan pocas, vagas y falsas nociones y que procuraremos ir rectificando.

1843 M. Z. y Z.

El Pie de la Cuesta

A mi hija Ernestina.

HACE cuatro años, poco más o menos, estuve por primera vez en *Acapulco* y recorrí la carretera que une dicho puerto con el poblado que se llama *El Pie de la Cuesta*. Tal carretera, si merece llamarse así, mide unos diez o doce kilómetros y está muy lejos de ser una obra bien acabada. Se tiende a la falda de una cadena de seis o siete cerros peñascosos, que bajan en pendiente rapidísima hasta hundir su falda en las aguas del mar. A pesar de las rocas, los cerros tienen copiosa vegetación de un verde oscuro y fresco, pues la brisa marina los baña sin cesar.

El trabajo del hombre ha consistido allí en hacer un gran tajo vertical en la falda, a pocos metros de las aguas del Océano, y otro tajo horizontal que forma ángulo con el primero. Sobre este segundo tajo, que forma una repisa, va la llamada carretera. Muchos puntos del tajo horizontal están libres de obstáculos y dejan ver el mar, siempre azotando peñas, siempre salpicándolas de espuma, siempre ostentando los tonos maravillosos de las aguas; y en otros puntos, quedan en pie montones de rocas, cuyo derrumbe será sin duda costosísimo; estos obstáculos interceptan la vista del Pacífico; así es que la contemplación de éste es intermitente. Si alguna vez se reconstruye ese camino, y la obra cae en manos de hábil ingeniero, creo que los tramos abiertos se ampliarán y serán entonces balcones enormes con macizos y seguros pretiles, desde los cuales podrán contemplarse cómodamente las grandezas del ponto y las maravillas del paisaje.

¡Qué armonías tan esplendorosas las de aquellos sitios! ¡Armonía de colores: fondos de azul intenso, de verde cristalino, de albas espumas, de cielo sereno y de celajes nacarados y cremecinos! ¡Armonías de rocas enormes y pequeñas que sufren con olímpico desprecio los golpes del oleaje y sirven de lugar de reposo a las aves marinas! ¡Armonías de verde en los cerros, de tintas de cobalto en las olas, de blancura en las nubes, de purísimo zafiro en los cielos!

El señor Alessio Robles asegura que el camino de *El Pie de la Cuesta* compite en belleza con los caminos franceses e italianos que van por la orilla del Mediterráneo. Ojalá que así sea y que tengamos en México, frente al inmenso Océano, un remedo de lo que se admira en el Mediterráneo, en *el gran mar de las aguas azules, de las espumas argentadas y de los horizontes llenos de luz.*

El Pie de la Cuesta es una pobrísima aldehuela; en tiempos pretéritos, tuvo alguna importancia; era la primera etapa de largo camino frecuentado por la arriería que fomentaba el comercio desde *Acapulco* hasta *Petatlán,* hasta las regiones michoacanas; camino que no se aleja de la orilla del mar. Llegados los viajeros a *El Pie de la Cuesta,* se apean de sus automóviles y enderezan sus pasos a la izquierda, donde comienza la playa abierta que se tiende por dilatada extensión. Allí está uno frente a frente del mayor de los océanos, de la líquida llanura que se antoja ilimitada, donde sólo se ve cielo y agua. Las olas, irritadas contra la tierra que se atreve a oponerles un valladar de leve arena, la atacan sin cesar, sin cesar la golpean y sin cesar la apostrofan con el estruendo de sus tumbos. Se ve venir desde lejos la ola en forma de larguísimo lomo; al llegar a la orilla se hincha, ofrece una coloración de verde diáfano y brillante,

se desploma con insólito estruendo, levanta montones de nevada espuma, después, de espuma turbia, mezclada con arena; cuando ya está apagada esa espuma, llega al rostro del espectador una *asperges* de agua pulverizada que produce inefable sensación de frescura.

Durante las horas que permanece uno frente al oleaje, se ven a las veces las aletas de monstruos marinos, algún pez que brinca, la columna de humo de un buque, apenas columbrado, que pasa allá muy lejos. Se sienten deseos de no separarse de aquel eterno revolvér de las aguas.

A pocos metros de *El Pie de la Cuesta* comienza la laguna de *Coyuca*, bordeada por millares de mangles de follaje exuberante. Dicen que un paseo en barca por aquella laguna es algo realmente delicioso.

En el Estado de Guerrero hay, entre otros, un río que se llama de *Coyuca;* baja de la Sierra y va hacia el Pacífico. En tiempo de lluvias engruesa su corriente, y con los objetos diversos que arrastra y con la fuerza que las olas de las altas mareas oponen a la corriente fluvial, se obstruye la boca del río y las aguas de éste se extiende por ambas márgenes y han formado extensa laguna que lleva el mismo nombre del río, la laguna de *Coyuca*. En ella se hace pesca de robalo y de otros peces y se ven bandadas de garzas. Cuando cesan las lluvias y disminuyen las crecientes, y cuando a drede abren los costeños la boca del río (operación arriesgada e impresionante), las aguas bajan y dejan libre una gran extensión de terreno que se utiliza para la siembra del arroz. En la laguna de *Coyuca* abundaban antes los lagartos; pero ahora han disminuído en virtud de que muchos cazadores los persiguen para vender las pieles que tienen gran demanda. Además, se va extendiendo la moda,

asaz desagradable, de que numerosos turistas, en vez de llevar a su casa, como recuerdo de viaje, un pájaro de lindos colores, una garza o un lorito, llevan un asqueroso reptil de tres o cuatro decímetros de largo; así es que los ribereños de *Coyuca* se han dado a pescar lagartitos, les amarran el hocico para evitar las mordidas y los tienen en su casa en espera de compradores. Yo vi varios de tales animalejos, en las condiciones mencionadas, en una choza de *El Pie de la Cuesta.*

Si la carretera de este pueblo es encantadora por sus paisajes marinos, no lo es menos por la vista de las rocas y la vegetación de los cerros. Las rocas son de aspecto diverso, de forma caprichosa, de tamaño enorme. La angosta carretera es una línea ondulada que sube y baja, que serpea, que se acerca al mar o se aleja un poco de él. En algunos puntos la pendiente del cerro está casi a plomo, no pudo hacerse el tajo y se hizo un túnel curvo.

Aunque los cerros son rocallosos, entre roca y roca hay tierra donde arraigan los árboles, envueltos siempre por la humedad de las brisas oceánicas y acariciados por la luz del sol; su follaje es verde, variado de tonos, desde el oscuro intenso hasta el glauco, de aspecto fresco y de vigorosa lozanía. Los altos peñascos circundados de verdura y los jirones de mar, de azul intenso bordado de espuma, hacen del camino que va a *El Pie de la Cuesta* una vía de suprema belleza.

*
* *

La caza de los lagartos es uno de los hechos en que se hace patente la serenidad y sangre fría de los ribereños de *Coyuca.* Aquellos hombres son viriles, si las hay. Voy a relatar un suceso que me refirió un

amigo mío, ya difunto, que vivió en Acapulco allá por los años de 75 a 77 del siglo pasado. Como me lo contaron, lo cuento.

Una familia de *Coyuca*, que tenía tres pequeñuelos, habitaba una choza no muy distante de las riberas del lago. Los niños acostumbraban jugar frente a su casa, y a las veces se aproximaban a la laguna.

Un día, como de costumbre, salieron los hermanitos; los menores regresaron, pero el mayor no volvió. Fue buscado con diligencia, pero no se le halló.

El padre, ecuánime en medio de su congoja, exclamó: "A mi hijo se lo llevó un lagarto; y ha de haber sido uno que yo conozco, uno que con frecuencia se asolea en cierto lugar. Creo que encontraré su madriguera; voy a quitarle el cadáver del niño." [1] Sus amigos, simpatizadores de todo lo que sea desafiar un peligro, no lo disuadieron de su intento.

Acompañado de numerosas personas, desnudo, con solo un calzoncillo muy corto que no estorbase los movimientos, unió por el mango dos cuchillos filosos y puntiagudos, para llevar un arma que hiriese por dos lados, invocó el nombre de Dios, y se echó a la laguna.

Pasaron algunos momentos, momentos de zozobra y de esperanza. De repente, se notó cierto movimiento en las ondas; apareció la cabeza del héroe de tan generosa acción; se acercó nadando a la orilla y llevando asido el cadáver del niño.

Todos abrazaron y felicitaron al valiente e infortunado padre; lloraron con él, e hicieron gran velorio a la víctima.

---

(1) Los lagartos no devoran desde luego a sus víctimas; esperan a que la carne de ellas éntre en descomposición.

ÍNDICE

	Págs.
A los lectores	7
La puesta del sol en Cuernavaca	9
Chapala	17
Uruapan	23
Las fuentes del río de Lerma	27
El árbol de Santa María del Tule	33
El quiebraplato	38
El cerro de Mercado	42
La isla californiana del Carmen	48
El cenzontle	50
La cascada de Basasiáchic	53
El bosque de Chapultepec	57
Coatepec	61
Agustín Lorenzo. (El Cañón de la Mano)	64
Perfiles de Tasco	69
Los campos del Altar, Sonora)	71
Guadalajara de lejos	74
La laguna de Catemaco	84
La isla de Cozumel	88
Oaxaca	93
El Santo Desierto	98
Apéndice al Santo Desierto	113
La cascada de Tizapán	119
La sierra de Pachuca	122
La sierra de Tepoztlán	130
El acueducto de Querétaro	144
En la playa de Cuyutlán	147
La Breña.	154

Págs.

Al Juanacatlán 160
El Popocatépetl 163
Frontón de Piedras Pintas 173
Los arcos de Cempoala 175
Las grutas de Villa García 178
El volcán y el nevado de Colima 183
Torreón 186
Apéndice 192
Un viaje por la laguna de Tamiahua 194
Mazatlán 202
La ciudad de las filigranas 207
El templo de los guerreros 215
El puente de Dios 218
Acapulco y sus alrededores 227
El pueblo de Lerma en el Estado de Campeche . 234
Zacatecas 239
El Santuario de Ocotlán 243
Las torres miradores del puerto de Campeche. . 248
Las calles de Cuautla 252
El río Usumacinta 257
Las ruinas del Palenque 261
La ciudad de Teapa 268
El Pie de la Cuesta 273

ESTE LIBRO SE IMPRIMIÓ EN TLALPAN, D. F.,
EN LA IMPRENTA PATRICIO SANZ.
COMENZÓ LA IMPRESIÓN EN 1929,
SE INTERRUMPIÓ POR DIVERSAS
CAUSAS Y TERMINÓ EN
JUNIO DE 1933.
LAUS DEO.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 076147047